This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 5260.13

BOUGHT WITH

THE INCOME FROM THE

SUBSCRIPTION FUND

BEGUN IN 1858.

13 Nov. 1877.

s
-
e.
el
as
de

O

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXXVIII.

UNA ESCURSION

A LOS

INDIOS RANQUELES

POR

Victorio
LUCIO V. MANSILLA

CORONEL DE LA REPÚBLICA ARJENTINA.

OBRA PREMIADA EN EL CONGRESO INTERNACIONAL GEOGRÁFICO DE PARIS (1875).

UNICA EDICION AUTORIZADA.

TOMO PRIMERO.

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1877.

SA5260.13
~~SAL 4466.113~~
HARVARD COLLEGE LIBRARY
1877, Nov. 13.
Subscription fund.
(Tom. I., II.)

Estas cartas se publicaron cotidianamente en la «Tribuna» de Buenos Aires, empezando el 20 de Mayo de 1870.

El autor se reserva todo derecho de traduccion.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Al presentar al público aficionado de ambos mundos esta nueva edicion, digna de la distincion que el autor ha merecido ante un tribunal científico tan notable como el Congreso geográfico internacional de Paris, el suscrito, que ha sido encargado de ella, cree oportuno acompañar unos breves apuntes biográficos.

Don Lucio Victorio Mansilla nació en Buenos Aires el 23 de Diciembre de 1831; es hijo del general, guerrero de la Independencia, y de Doña Agustina Rosas, hermana del Dictador.

Por poco que conozca los detalles de aquella época de transicion, de luchas terribles y sangrientas, bien podrá figurarse el lector que no recibiera el jóven niño la erudicion metódica y perfectamente reglamentada de nuestros dias; pero mas le valdrian las grandes lecciones de la vida, las impresiones de aquel mundo político fuertemente conmovido, los recuerdos de un padre, excelente militar y ginete, que cuando el bloqueo francés de 1838 desafió á los agresores estrangeros á que ninguno de ellos supiera galopar una noche entera, — en fin la educacion de una madre tierna y religiosa, que no dejaba domingo sin que llevase á la iglesia al rebelde hijo, para que ayudára á misa.

Estendió ventajosamente su orizonte intelectual un viaje á las Indias Orientales, la isla de Ceylan y el Egipto, que

emprendió á los diez y ocho años de edad y despues del cual se puso en contacto con la sociedad europea, — estudios que fueron interrumpidos por los eventos políticos de 1852 y 53, pero continuados y completados en un segundo viaje, que hizo con su padre.

De vuelta á la pátria, harto de viajes en ferro-carril y grandes buques, concibió la idea mas original: se asoció con Don Benigno Lopez, hijo del dictador paraguayo, á subir en bote los rios Paraná y Paraguay; llegados hasta la Asuncion siguieron por tierra á la Uruguayana y bajaron, igualmente en bote, el rio Uruguay, salvando las rompientes del Gran Salto Oriental.

¡Viaje de jóven y del cual es lástima no haya quedado descripcion, pero que, por ser de puro capricho, no deja de ser muy genial!

Hombre maduro ya, adhirió Mansilla á la constitucion de 1853 y, bajo la presidencia del general Urquiza, desempeñó sucesivamente los puestos de secretario del ministro de hacienda, de oficial primero del ministerio de interior y de redactor del diario oficial; hasta que, cuando la guerra contra Buenos Aires, abiertamente se separó del general, esponiendo sus motivos en una carta justamente célebre. Elejido diputado al Congreso por dos provincias y como redactor del diario «La Paz», contribuyó á la nueva época constitucional, señalada por la batalla de Pavon (en 17 de Setiembre de 1861).

Entró entónces en la carrera militar, como capitan á guerra. En la guerra del Paraguay organizó el batallon 12 de línea como sargento mayor, y despues fué jefe de este mismo cuerpo. Estuvo en las principales acciones, militando casi siempre en la avanzada, hasta que en el asalto de Curupaytí (en 22 de Setbre. de 1866) fué herido.

Son notísimas las correspondencias del teatro de la guerra, que durante aquella campaña publicó bajo el seudónimo de «Tourlourou», y el folleto de «Orion» sobre el asalto de Curupaytí, dedicado á la defensa del general Mitre.

Nombrado comandante de la frontera sud y sudeste de la provincia de Córdoba en 1869, desplegó una actividad y un tino particulares, cuyos resultados muy pronto se hicieron

sentir tanto por los indios, hechos demasiado seguros ya, como por los cristianos, habitantes de aquellas fronteras, que al fin entrevieron alguna garantía de su existencia.

El episodio mas interesante de ese período, una visita que hizo al cacique enemigo, acompañado solamente por unos diez y nueve hombres entre monjes, soldados y vaqueanos, es la que forma el objeto de este libro. En cuanto á su valor etnográfico basta recordar la mencion honorífica, que hizo de él el Congreso geográfico de Paris; como punto de partida solamente comunicaremos aquí el elocuente cuadro, que hace del cuartel general de Mansilla otro escritor argentino, el conocido autor de los «Viajes del Atlántico al Pacífico.»

Dice así:

«No habia caminado cuatro pasos en las calles del Rio Cuarto, cuando se me presenta uno de los ayudantes de Mansilla; él lo enviaba para que me condujera á su alojamiento.

«Lo encontré afectuoso, bien puesto, bien plantado, quemado por el sol y con la piel curtida por el aire del desierto.

«Las mesas de su oficina, cubiertas de libros y de planos, y dos escribientes que pluma en mano esperaban órdenes, me hicieron comprender que mi colega de redaccion en diario que no circulaba á fuer de sensato, estaba en plena actividad.

«La actividad de Mansilla es martirizadora para sus amanuenses. Hombre de hierro que no conoce la fatiga, se imagina que sus adláteres son formados de la misma materia. La mirada floja y la actividad desfallecida de los que en aquel momento bendecian mi llegada, daban testimonio del error en que, respecto á sus fuerzas, estaba su buen jefe.

«La oficina era un maremagnum de gentes de todas profesiones, desde la muy digna del sacerdocio, hasta la muy productiva del comercio, incarnada en el honrado y cascarrabias proveedor de la guarnicion. Les seguian unos indiazos sucios y mal cubiertos; mujeres que imploraban gracia en nombre de sus cónyugues; viejos desocupados que iban á caza de noticias, y abuelas agradecidas que llevaban al comandante huevos de tero y avestruz.

«Mansilla echaba su párrafo con los franciscanos, desespe-

raba á encargos al proveedor, concedia ó negaba amnistía á las mujeres, sorprendia á los buenos viejos con algun episodio que los dejaba boquiabiertos, mandaba á la cocina á las viejas y tenía tiempo para espedir órdenes, escribir la correspondencia oficial, dictar centenares de epístolas y atender al gran pensamiento que lo preocupaba: consistia este en restablecer, en primer lugar, la disciplina y en segundo lugar en avanzar la frontera del Rio Quinto. Se proponia ligar su estrema izquierda con el pueblo del 25 de Mayo, en la provincia de Buenos Aires, y con el sud de Santa-Fé, practicando préviamente una espedicion formal al desierto . . .»

Tocará á la historia apreciar debidamente esos planes. Aquí basta mencionar, que como publicista y orador político el Sor. Mansilla ha seguido constantemente ocupándose de la realizacion de aquel gran problema, que consiste en conciliar y amalgamar los postulados de la civilizacion mas moderna con las conveniencias de su país, — no perder de vista ninguno de los progresos que hace aquella y, al mismo tiempo, saber consultar estas, — no hacer alarde de la palabra, sino manifestar prácticamente lo que es civilizacion.

ENRIQUE KITT.

ÍNDICE.

Pag.

Noticia biográfica v

I. Dedicatoria. — Aspiraciones de un *tourist*. — Los gustos con el tiempo. — Porque pelea un padre con un hijo. — Quiénes son los Ranqueles. — Un tratado internacional con los indios. — Teoría de los estremos. — Dónde están las fronteras de Córdoba y campos entre los rios 4° y 5°. — De dónde parte el camino del Cuero . . 1

II. Deseos de un viaje á los Ranqueles. — Una china y un bautismo. — Peligros de la diplomacia militar con los indios. — El indio Linconao. — Mañas de los indios. — Efectos del deber sobre el temperamento. — Qué es un parlamento? — Desconfianzas de los indios para beber y fumar. — Sus preocupaciones al comer y beber. — Un lenguaraz. — Cuanto dura un parlamento y lo que se hace en él. — Linconao atacado de las viruelas. — Efectos de la viruela en los indios. — Gratitud de Linconao. — Reserva de un fraile 7

III. Quien conocia mi secreto. — El Rio 5°. — El paso del Lechuzo. — Defecto de un fraile. — Compromiso recíproco. — Preparativos para la marcha. — Resistencia de los gauchos. — Cambio de opiniones sobre la fatalidad histórica de las razas humanas. — Sorpresa de Achauentrú al saber que me iba á los indios. — Pensamiento que me preocupaba. — Ofrecimientos y pedidos de Achauentrú. — Fray Moises Alvarez. — Temores de los indios. — Seguridades que les dí. — Efectos de la dijestion sobre el humor. — Las mujeres del fuerte Sarmiento. — Un simulacro 14

IV. Idea á que no nos resignamos. — La partida. — Lenguaje de los paisanos. — Que es una rastrillada. — El público sabe muchas mentiras é ignora muchas verdades. — Qué es un guadal. — El caballo y la mula. — Una despedida militar. — La laguna Alegre. 21

V. El fogon. — Calisto Oyarzabal. — El cabo Gomez. — De qué fué á la guerra del Paraguay. — Porqué lo hicieron soldado de línea. — José Ignacio Garmendia y Maximio Alcorta. — Predisposiciones mias en favor de Gomez. — Su conducta en el batallon 12 de línea. — Primera entrevista con él. — Su figura en el asalto de Curupaití. — La lista despues del combate. — El cabo Gomez muerto 28

VI. Regreso de Curupaití. — Resurreccion del cabo Gomez. — Cómo se salvó. — Sencillo relato. — Posibilidad de que un pensamiento se realice. — Dos escuelas filosóficas. — Un asesinato que nadie habia visto. — Sospechas 36

Pag.

VII. Presentimientos de la multitud. — Un asesino sin saberlo. — Deseos de salvarle. — Averiguaciones. — Un fiscal confuso. — Juicios contradictorios. — Augustin Mariño, auditor del Ejército Arjentino. — Consejo de guerra. — Dudas. — Sentencia del cabo Gomez. — Se confirma la pena de muerte. — Preparativos. — La ejecucion. — Una aparicion. 43

VIII. Palmar de Yataití. — Sepulcro de un soldado. — Su memoria. — Sus últimos deseos cumplidos. — El rancho del jeneral Gelly y lo que allí pasó. — Resurreccion. — Vision realizada. — Fanatismo 52

IX. La Alegre. — En qué rumbo salimos. — Los viajes son un placer? — Porqué se viaja. — Monte de la Vieja. — El alpataco. — El Zorro colgado. — Pollohelo. — Ushelo. — Qué es aplastarse un caballo? — Coli-Mula. — La trasnochada. — Precauciones 59

X. No es posible seguir la marcha. — Civilizacion y barbárie. — En qué consiste la primera. — Reflexiones sobre este tópico. — En marcha. — Manera de cambiar de perspectiva sin salir de un mismo lugar. — Asombroso adelanto de estas tierras. — Ralico. — Tremencó. — Médano del Cuero. — El Cuero. — Sus campos. 66

XI. Quien habia andado por Ralico. — Los rastreadores. — Talento de uno del 12 de línea. — Se descubre quien habia andado por Ralico. — Cuantos caminos salen del Cuero. — El jeneral Emilio Mitre no pudo llegar allí. — Su error estratéjico 74

XII. Por donde habian ido los chasquis. — Entrada á los montes. — Derechos de piso y agua. — Recomendaciones. — Despacho de algunas tropillas para el Rio 5°. — Los montes. — Impresiones filosóficas — Utatriquin. — El cuento del arriero 82

XIII. Martes es mal dia. — Trece es mal numero. — Los *quatorzième*. — Marcha nocturna. — Pensamientos. — Sueño ecuestre. — Un latigazo. — Historia de un soldado y de Antonio. — Alto. — Una vision y una mulita 90

XIV. Sueño fantástico. — En marcha. — Calisto Oyarzabal y sus cuentos. — Cómo se busca de noche un camino en la Pampa. — Campamento. — Los primeros toldos. — Se avistan chinas. — Algarrobo. — Indios 99

XV. La Laguna Verde. — Sorpresa. — Inspiraciones del gaucho. — Encuentros. — Grupos de indios. — Sus caballos y trajes. — Bustos. — Amenazas. — Resolucion 107

XVI. El embajador del cacique Ramon y Bustos. — Desconfianzas del cacique. — Quién era Bustos. — Caniupan. — Otra vez el embajador de Ramon y Bustos. — Un bofeton á tiempo. — *Mari purra wentrú*. — Recepcion. — Retrato de Ramon. — Exijencia de Caniupan. — Lo mando al diablo! — Conformidad 116

XVII. Un cuerpo sano en alma sana. — El mate. — Un convidado de piedra. — Pánico y desconfianzas de los indios. — Historias.

Pag.

— Un mensajero de Caniupán. — Visitas. — En marcha. — Calcumuleu. — Nuevo mensajero. — La noche. — Amonestaciones. — Primer regalo. — Unos bultos colorados 126

XVIII. Historia de Crisóstomo. — Quienes eran los bultos colorados. — El indio Villareal y su familia. — De noche 135

XIX. El amanecer. — Llegada de las cargas. — El marchado de la mula. — Achauentrú en el Rio 4°. — Un almuerzo en el fogon. — Lo que hicieron las chinas en cuanto se levantaron. — El cabo Mendoza y Wenchenao. — Enojo finjido. — Se presenta Caniupan 142

XX. El camino de Calcumuleu á Leubucó. — Los indios en el campo. — Su modo de marchar. — Cómo descansan á caballo. — Qué es tomar caballos á mano. — No habia novedad. — Cruzando un monte. — Se divisa Leubucó. — Primer parlamento. — Cada razon son diez razones 149

XXI. En qué consiste el arte de hacer de *una razon* varias razones. — De cuantos modos conversan los indios. — Sus oradores. — Sus rodeos para pedir. — Precauciones de los Caciques ántes de celebrar una junta. — Numeracion y manera de contar de los Ranqueles 158

XXII. Una nube de arena — Cálculos. — El ojo del indio. — Segundo parlamento — Se avista el toldo de Mariano Rosas. — Frente á él 166

XXIII. Epocas buenas y malas. — En que cosas cree el autor. — La cadena del mundo moral — Será cierto que los padres saben mas que los hijos? — El capitan Rivadavia. — Hilarion Nicolai. — Camargo. — Dilaciones 174

XXIV. Qué hacer cuando no hay mas remedio! — Cuál era el objeto de esta otra parada. — Pretensiones de la ignorancia. — Las brujas — Saludos y regocijos. — Qué sucedia miéntras tenia lugar el parlamento. — Ajitacion en el toldo de Mariano Rosas. — Las brujas vieron al fin lo mismo que el Cacique. — Cómo estaba formado este. — Qué es Leubucó y qué caminos parten de allí. — Echo pié á tierra. — Víctores 182

XXV. Gracias á Dios. — Empieza el ceremonial. — Apretones de mano y abrazos. — De cómo casi hube de reventar. — Por algo me habia de hacer célebre yo. — Qué mas podian hacer los bárbaros? 190

XXVI. La enramada de Mariano Rosas. — Parlamento y comida. — Agasajo. — Pasion de los indios por la bebida. — Qué es un yapaí. — Epumer, hermano mayor de Mariano Rosas. — El y yo. — Me deshago de mi capa colorada. — Regalos. — Distribucion de aguardiente. — Una orjia. — Miguelito 198

XXVII. Pasion de Miguelito. — Los hombres son iguales en todas las circunstancias de la vida. — Retrato de Miguelito. — Su historia 207

Pag.

XXVIII. Teoría sobre el ideal. — Miguelito continúa contando su historia. — Cuadro de costumbres 216

XXIX. El gaucho es un producto peculiar de la tierra arjentina. — Monomanía de la imitacion. — Continuacion de la historia de Miguelito. — Cuadro de costumbres. — Qué es filosofar? 224

XXX. Mi vademecum y sus méritos. — En qué se parece Orion á Roqueplan. — Donde se aprende el mundo. — Concluye la historia de Miguelito 231

XXXI. Ojeada retrospectiva. — El valor á media noche, es el valor por excelencia. — Miedo á los perros. — Cuento al caso. — Qué es loncotear. — Sigue la orjia. — Epumer se cree insultado por mí. — Una serenata 240

XXXII. El negro del acordion y la música. — Reflexiones sobre el criterio vulgar. — Sueño fantástico. — Lucius Victorius Imperator. — Un mensajero nocturno de Mariano Rosas. — Se reanuda el sueño fantástico. — Mi entrada triunfal en Salinas Grandes. — La realidad. — Un huésped á quien no le es permitido dormir . 248

XXXIII. Retrato de Mariano Rosas. — Su política. — Cómo le tomaron prisionero los cristianos. — Rosas le hace peon de su estancia del Pino. — Su fuga. — Agradecimiento por su antiguo patron. — Paralelo. — De pillo á pillo. — Voto de un indio. — Muerte de Painé. — Derecho hereditario, entre los indios. — Los refujiados políticos. — Mareo. — Mariano Rosas quiere *loncotear* conmigo. — Apuros. — Una sombra 257

XXXIV. Efectos del aguardiente. — Una mano femenil. — Mi comadre Cármen me cuenta lo sucedido. — Unas coplas. — La vida de un artista en acordion en dos palabras. — Preguntas y respuestas. — Las obras públicas de Leubucó. — Insistencia del organista. — Un baño. — Mariano Rosas en el corral. — Como matan los indios la res 268

XXXV. El toldo de Mariano Rosas visto de la enramada. — Preparativos para recibirme. — Un bufon en Leubucó. — De visita. — Descripcion de un toldo. — La mesa. — El indio y el gaucho. — Paralelo afijente. — Reflexiones. — La comida. — Un incidente gaucho 276

XXXVI. Por qué se presenta Camilo Arias. — Caractéres de este hombre y de nuestros paisanos. — El indio Blanco. — Sus amenazas. — Le pido una entrevista á Mariano Rosas. — Me tranquiliza. — Costumbres de los indios. — No existe la prostitucion de la mujer soltera. — Qué es *cancanear*. — El pudor entre las indias. — La mujer casada. — De cuantos modos se casan las indias. — Las viudas. — Escena con Rufino Pereira. — Igualdad. — Miguelito intercede por Rufino 284

UNA ESCURSION Á LOS INDIOS RANQUELES.

I.

Dedicatoria. — Aspiraciones de un *tourist*. — Los gustos con el tiempo.— Porque se pelea un padre con un hijo. — Quiénes son los Ranqueles. — Un tratado internacional con los indios. — Teoría de los estremos. — Dónde están las fronteras de Córdoba y campos entre los rios 4° y 5°. — De dónde parte el camino del Cuero.

No sé donde te hallas, ni donde te encontrará esta carta y las que le seguirán, si Dios me dá vida y salud.

Hace bastante tiempo que ignoro tu paradero, que nada sé de tí; y solo porque el corazon me dice que vives, creo que continuas tu peregrinacion por este mundo, y no pierdo la esperanza de comer contigo, á la sombra de un viejo y carcomido algarrobo, ó entre las pajas al borde de una laguna, ó en la costa de un arroyo, un *churrasco* de guanaco, ó de gama, ó de yegua, ó de gato montés, ó una picana de avestruz, boleado por mí, que siempre me ha parecido la mas sabrosa.

A propósito de avestruz, — despues de haber recorrido la Europa y la América, de haber vivido como un marqués en Paris y como un guarani en el Paraguay; de haber comido *mazamorra* en el Rio de la Plata, *charquican* en Chile, ostras en Nueva-York, *macarroni* en Nápoles, trufas en el Perigord, *chipá* en la Asuncion, — recuerdo que una de las grandes aspiraciones de tu vida era comer una tortilla de

huevos de aquella ave pampeana en *Nagüel Mapo,* que quiere decir «Lugar del Tigre».

Los gustos se simplifican con el tiempo, y un curioso fenómeno social se viene cumpliendo desde que el mundo es mundo. El *macrocosmo*, ó sea el hombre colectivo vive inventando placeres, manjares, necesidades, y el *microcosmo,* ó sea el hombre individual pugnando por emanciparse de las tiranias de la moda y de la civilizacion.

A los veinte y cinco años, somos víctimas de un sin número de superfluidades. No tener guantes blancos, frescos como una lechuga, es una gran contrariedad, y puede ser causa de que el mancebo mas cumplido pierda casamiento. Cuántos dejaron de comer muchas veces, y sacrificaron su estómago en aras del buen tono!

A los cuarenta años, cuando el cierzo y el hielo del invierno de la vida han comenzado á marchitar la tez y á blanquear los cabellos, las necesidades crecen, y por un bote de *cold cream,* ó por un paquete de cosmético, qué no se hace?

Mas tarde, todo es lo mismo; con guantes ó sin guantes, con retoques ó sin ellos «la mona aunque se vista de seda mona se queda».

Lo mas sencillo, lo mas simple, lo mas inocente es lo mejor; nada de picantes, nada de trufas. El *puchero* es lo único que no hace daño, que no se indijesta, que no irrita.

En otro órden de ideas, tambien se verifica el fenómeno. Hay razas y naciònes creadoras, razas y naciones destructoras. Y, sin embargo, en el irresistíble *corso e ricorso* de los tiempos y de la humanidad, el mundo marcha; y una inquietud febril mece incesantemente á los mortales de perspectiva en perspectiva, sin que el ideal jamás muera.

Pues, cortando aquí el exordio, te diré, Santiago amigo, que te he ganado de mano.

Supongo que no reñirás por esto conmigo, dejándote dominar por un sentimiento de envidia.

Ten presente que una vez me dijiste, censurando á tu padre con quien estabas peleado:

— Sabes por que razon el viejo está mal conmigo?

— Porque tiene envidia de que yo haya estado en el Paraguay, y él nó.

Es el caso, que mi estrella militar me ha deparado el mando de las fronteras de Córdoba, que eran las mas asoladas por los ranqueles.

Ya sabes que los ranqueles son esas tribus de indios araucanos, que habiendo emigrado en distintas épocas de la falda occidental de la cordillera de los Andes á la oriental, y pasado los rios Negro y Colorado, han venido á establecerse entre el Rio 5º y el Rio Colorado, al naciente del Rio Chalileo.

Ultimamente celebré un tratado de paz con ellos, que el Presidente aprobó, con cargo de someterlo al Congreso.

Yo creia que siendo un acto administrativo no era necesario.

Qué sabe un pobre coronel de trotes constitucionales?

Aprobado el tratado en esa forma, surjieron ciertas dificultades relativas á su ejecucion inmediata.

Esta circunstancia por un lado, por otro cierta inclinacion á las correrias azarosas y lejanas; el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo, que llaman Tierra Adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su relijion, su lengua é inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes, — hé ahí lo que me decidió no ha mucho y contra el torrente de algunos hombres que se decian conocedores de los indios á penetrar hasta sus tolderias, y á comer primero que tú en Nagüel Mapo una tortilla de huevo de avestruz.

Nuestro inolvidable amigo Emilio Quevedo, solia decirme cuando vivíamos juntos en el Paraguay, vistiendo el ligero traje de los criollos é imitándolos en cuanto nos lo permitian nuestra sencillez y facultades imitativas: Lucio, despues de Paris, la Asuncion! Yo digo: Santiago, despues de una tortilla de huevos de gallina frescos, en el Club del Progreso, una de avestruz en el toldo de mi compadre el cacique Baigorrita.

Digan lo que quieran, si la felicidad existe, si la podemos

concretar y definir, ella está en los estremos. Yo comprendo las satisfacciones del rico y las del pobre; las satisfacciones del amor y del odio; las satisfacciones de la oscuridad y las de la gloria. Pero quién comprende las satisfacciones de los términos medios; las satisfacciones de la indiferencia; las satisfacciones de ser *cualquier cosa*?

Yo comprendo que haya quien diga: Me gustaria ser Leonardo Pereira, potentado del dinero.

Pero que haya quien diga, me gustaria ser el almacenero de enfrente, D. Juan ó D. Pedro, un nombre de pila cualquiera, sin apellido notorio, — eso nó.

Y comprendo que haya quién diga: — yo quisiera ser limpia-botas ó vendedor de billetes de loteria.

Yo comprendo el amor de Julieta y Romeo, como comprendo el odio de Silva por Hernani, y comprendo tambien la grandeza del perdon.

Pero no comprendo esos sentimientos que no responden á nada enérjico, ni fuerte, á nada terrible ó tierno.

Yo comprendo que haya en esta tierra quien diga: — Yo quisiera ser Mitre, el hijo mimado de la fortuna y de la gloria, ó sacristan de San Juan.

Pero que haya quien diga: yo quisiera ser el Coronel Mansilla, — eso no lo entiendo, porque al fin, ese mozo *quién es?*

Al Jeneral Arredondo, mi jefe superior, le debo, querido Santiago, el placer inmenso de haber comido una tortilla de huevos de avestruz en Nagüel Mapo, de haber tocado los estremos una vez mas. Si él me niega la licencia, me quedo con las ganas, y no te gano la delantera.

Siempre le agradeceré haya tenido conmigo esa deferencia, y que me manifestára que creia muy arriesgada mi empresa, probándome así, que mi suerte no le era indiferente. Solo los que no son amigos pueden conformarse con que otro muera estérilmente y en la oscuridad.

La nueva línea de fronteras de la Provincia de Córdoba, no está ya donde tú la dejaste cuando pasaste para San Luis, en donde tuviste la fortuna de conocer aquel tipo que te decia un dia en el Morro: Yo no deseo, Sr. D. Santiago,

visitar la Europa por conocer el Cristal Palais, ni el Buckingham Palace, ni las Tullerias, ni el London Tunel, sino por ver ese Septentrion! ese Septentrion!!

Está la nueva línea sobre el Rio 5°, es decir, que ha avanzado veinte y cinco leguas, y que al fin se puede cruzar del Rio 4° á Achiras sin hacer testamento y confesarse.

Muchos miles de leguas cuadradas se han conquistado.

Qué hermosos campos para la cria de ganados son los que se hallan encerrados entre el Rio 4° y Rio 5°!

La cebadilla, el porotillo, el trébol, la gramilla, crecen frescos y frondosos entre el pasto fuerte; grandes cañadas como la del Gato, arroyos caudalosos y de largo curso como Santa Catalina y Sampacho, lagunas inagotables y profundas como Chemeco, Tarapendá y Santo Tomé constituyen una fuente de riqueza de inestimable valor.

Tengo en borrador el *croquis topográfico*, levantado por mí de ese territorio inmenso, desierto, que convida á la labor, y no tardaré en publicarlo, ofreciéndoselo con una memoria á la industria rural.

Mas de seis mil leguas he galopado en año y medio para conocerlo y estudiarlo.

No hay un arroyo, no hay un manantial, no hay una laguna, no hay un monte, no hay un médano, donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posicion aproximada y hacerme baqueano, comprendiendo que el primer deber de un soldado, es conocer palmo á palmo el terreno donde algun dia ha de tener necesidad de operar.

Puede haber papel mas triste que el de un jefe con responsabilidad, librado á un pobre paisano, que lo guiará bien, pero que no le sujerirá pensamiento estratéjico alguno?

La nueva frontera de Córdoba, comienza en la raya de San Luis, casi en el meridiano que pasa por Achiras, situado en los últimos dobleces de la Sierra, y costeando el Rio 5° se prolonga hasta la Ramada Nueva, llamada así por mí, y por los ranqueles *Trapalcó,* que quiere decir agua de Totora. *Trapal* es Totora y *co* agua.

La Ramada Nueva, son los desagues del Rio 5°, vulgarmente denominados la Amarga.

De la Ramada Nueva y buscando la derecha de la frontera Sud de Santa Fé, sigue la línea por la Laguna nº 7, llamada así por los cristianos, y por los ranqueles *Potá-lauquen*, es decir laguna grande: *potá* es grande y *lauquen* laguna.

Siguiendo el juicioso plan de los españoles, yo establecí esta frontera colocando los fuertes principales en la banda Sur del Rio 5º.

En una frontera internacional esto habria sido un error militar, pues los obstáculos deben siempre dejarse á vanguardia para que el enemigo sea quien los supere primero.

Pero en la guerra con los indios el problema cambia de aspecto; lo que hay que aumentarle á este enemigo no son los obstáculos para entrar sino los obstáculos para salir.

El punto ó fuerte principal de la nueva línea de frontera sobre el Rio 5º se llama Sarmiento. De allí arranca el camino que por laguna del Cuero, famosa para los cristianos, conduce á Leubucó, centro de las tolderias ranquelinas.

De allí emprendí mi marcha.

Mañana continuaré.

Hoy he perdido tiempo en ciertos detalles creyendo que para tí no carecerian de interés.

Si al público, á quien le estoy mostrando mi carta le sucediese lo mismo, me podria acostar á dormir tranquilo y contento como un colejial que ha estudiado bien su leccion y la sabe.

¿Cómo saberlo?

Tantas veces creemos hacer reir con un chiste y el auditorio no hace ni un jesto.

Por eso toda la sabiduria humana está encerrada en la inscripcion del templo de Delfos.

II.

Deseos de un viaje á los Ranqueles. — Una china y un bautismo. — Peligros de la diplomacia militar con los indios. — El indio Linconao. — Mañas de los indios. — Efectos del deber sobre el temperamento. — Qué es un parlamento? — Desconfianzas de los indios para beber y fumar. — Sus preocupaciones al comer y beber. — Un lenguaraz. — Cuanto dura un parlamento y que se hace en él. — Linconao atacado de las viruelas. Efectos de la viruela en los indios. — Gratitud de Linconao. Reserva de un fraile.

Hacia mucho tiempo que yo rumeaba el pensamiento de ir á Tierra Adentro.

El trato con los indios que iban y venian al Rio 4°, con motivo de las negociaciones de paz entabladas, habia despertado en mí una indecible curiosidad.

Es menester haber pasado por ciertas cosas, haberse hallado en ciertas posiciones, para comprender con que vigor se apoderan ciertas ideas de ciertos hombres; para comprender que una mision á los Ranqueles puede llegar á ser para un hombre como yo, medianamente civilizado, un deseo tan vehemente, como puede ser para cualquier ministril una secretaría en la embajada de Paris.

El tiempo, ese gran instrumento de las empresas buenas y malas, cuyo curso quisiéramos precipitar, anticipándonos á los sucesos para que estos nos devoren ó nos hundan, me habia hecho contraer ya varias relaciones, que puedo llamar íntimas.

La china Cármen, mujer de veinte y cinco años, hermosa y astuta, adscripta á una Comision de las últimas que anduvieron en negociados conmigo, se habia hecho mi confidente

y amiga, estrechándose estos vínculos con el bautismo de una hijita mal habida que la acompañaba y cuya ceremonia se hizo en el Rio 4º con toda pompa, asistiendo un jentio considerable y dejando entre los muchachos un recuerdo indeleble de mi magnificencia, á causa de unos veinte pesos bolivianos que, cambiados en medios y reales, arrojé á la *manchancha* esa noche inolvidable, al son de los infalibles gritos: padrino pelado!

Solo quien haya tenido ya el gusto de ser padrino, comprenderá que noches de ese jénero pueden ser realmente inolvidables para un triste mortal, sin antecedentes históricos, sin títulos para que su nombre pase á la posteridad, gravándose con caractéres de fuego en el libro de oro de la historia.

Ah! tú has sido padrino pelado alguna vez, y me comprenderás.

Cármen no fué agregada sin objeto á la comision ó embajada ranquelina en calidad de *lenguaraz*, que vale tanto como secretario de un ministro plenipotenciario.

Mariano Rosas ha estudiado bastante el corazon humano, como que no es un muchacho; conoce á fondo las inclinaciones y gustos de los cristianos, y por un instinto que es de los pueblos civilizados y de los salvajes, tiene mucha confianza en la accion de la mujer sobre el hombre, siquiera esté esta reducida á una triste condicion.

Cármen fué despachada, pues, con su pliego de instrucciones oficiales y confidenciales por el Tayllerand del desierto, y durante algun tiempo se injenió con bastante habilidad y maña. Pero no con tanta que yo no me apercibiese, apesar de mi natural candor, de lo complicado de su mision, que á haber dado con otro Hernan Cortes habria podido llegar á ser peligrosa y fatal para mí, desacreditando gravemente mi *gobierno fronterizo*.

Pasaré por alto una infinidad de detalles, que te probarian hasta la evidencia todas las seducciones á que está espuesta la diplomacia de un jefe de fronteras, teniendo que habérselas con secretarios como mi comadre; y te diré solamente que esta vez se le quemaron los libros de su esperiencia

á Mariano, siendo Cármen misma la que me inició en los secretos de su mision.

El hecho es que nos hicimos muy amigos, y que á sus buenos informes del compadre debo yo en parte el crédito de que llegué precedido cuando hice mi entrada triunfal en Leubucó.

Otra conexion íntima contraje tambien durante las últimas negociaciones.

El cacique Ramon, jefe de las indiadas del Rincon, me habia enviado su hermano mayor, como muestra de su deseo de ser mi amigo.

Linconao, que asi se llama, es un indiecito de unos 22 años, alto, vigoroso, de rostro simpático, de continente airoso, de carácter dulce, y que se distingue de los demas indios en que no es *pedigüeño*.

Los indios viven entre los cristianos finjiendo pobrezas y necesidades, pidiendo todos los dias; y con los mismos preámbulos y ceremonias piden una racion de sal, que un poncho fino ó un par de espuelas de plata.

Tener que habérselas con una comision de estos sujetos, para un jefe de frontera, presupone tener que perder todos los dias unas cuatro horas en escucharles.

Yo que por mi temperamento sanguineo-bilioso no soy muy pacienzudo que digamos, he descubierto con este motivo que el deber puede modificar fundamentalmente la naturaleza humana.

En algunos *parlamentos* de los celebrados en el Rio 4°, mas de una vez derroté á mis interlocutores, cuyo exordio sacramental era: para tratar con los indios se necesita mucha paciencia, hermano.

No sé si tienes idea de lo que es un parlamento en tierra de cristianos; y digo en tierra de cristianos, porque en tierra de indios el ritual es diferente.

Un parlamento, es una conferencia diplomática.

La comision se manda anunciar anticipadamente con el lenguaraz.

Si la componen veinte individuos, los veinte se presentan.

Comienzan por dar la mano por turno de jerarquia, y en esa forma se sientan, con bastante aplomo, en las sillas ó sofaes que se les ofrecen.

El *lenguaraz*, es decir, el intérprete secretario, ocupa la derecha del que hace cabeza.

Habla éste y el lenguaraz traduce, siendo de advertir que aunque el plenipotenciario entienda el castellano y lo hable con facilidad, no se altera la regla.

Mientras se parlamenta hay que obsequiar á la comision con licores y cigarros.

Los indios no rehusan jamás beber, y cigarros, aunque no los fumen sobre tablas, reciben mientras les den.

Pero no beben, ni fuman cuando no tienen confianza plena en la buena fé del que les obsequia, hasta que este no lo haya hecho primero.

Una vez que la confianza se ha establecido cesan las precauciones, y echan al estómago el vaso de licor que se les brinda, sin mas preámbulo que el de sus preocupaciones.

Una de ellas estriba en no comer ni beber cosa alguna, sin ántes ofrecerle las primicias al jénio misterioso en que creen y al que adoran sin tributarle culto esterior.

Consiste esta costumbre en tomar con el índice y el pulgar un poco de la cosa que deben tragar ó beber y en arrojarla á un lado, elevando la vista al cielo y esclamando: *para Dios!*

Es una especie de conjuro. Ellos creen que el diablo, *Gualicho*, está en todas partes, y que dándole lo primero á Dios, que puede mas que aquel, se hace el exorcismo.

El parlamento se inicia con una série inacabable de salutaciones y preguntas, como verbi gracia: como está vd.? cómo están sus jefes, oficiales y soldados? cómo le ha ido á vd. desde la última vez que nos vimos? no ha habido alguna novedad en la frontera? no se le han perdido algunos caballos?

Despues siguen los mensajes, como por ejemplo: mi hermano, ó mi padre, ó mi primo, me ha encargado le diga á vd. que se alegrará que esté vd. bueno en compañia de todos sus jefes, oficiales y soldados; que desea mucho conocerle;

que tiene muy buenas noticias de vd.; que ha sabido que desea vd. la paz y que eso prueba que cree en Dios y que tiene un escelente corazon.

A veces cada interlòcutor tiene su lenguaraz, otras es comun.

El trabajo del lenguaraz es ímprobo en el parlamento mas insignificante. Necesita tener una gran memoria, una garganta de privilejio y muchísima calma y paciencia.

Pues es nada ántes de llegar al grano tener que repetir diez ó veinte veces lo mismo!

Despues que pasan los saludos, cumplimientos y mensajes, se entra á ventilar los negocios de importancia, y una vez terminados estos entra el capítulo quejas y pedidos, que es el mas fecundo.

Cualquier parlamento dura un par de horas, y suele suceder al rato de estar en él, que varios de los interlocutores están roncando. Como el único que tiene responsabilidad en lo que se ventila es el que hace cabeza, despues que cada uno de los que le acompaña ha sacado su piltrafa, ya la cosa ni le interesa, ni le importa y no pudiendo retirarse, comienza á bostezar y acaba por dormirse, hasta que el plenipotenciario, apercibiéndose del ridículo, pide permiso para terminar y retirarse, prometiendo volver muy pronto, pues tiene muchas cosas mas que decir aun.

Linconao fué atacado fuertemente de las viruelas, al mismo tiempo que otros indios.

Trajéronme el aviso, y siendo un indio de importancia, que me estaba muy recomendado y que por sus prendas y carácter me habia caido en gracia, fuíme en el acto á verle.

Los indios habian campado en tiendas de campaña que yo les habia dado sobre la costa de un lindo arroyo tributario del Rio 4º.

En un albardon verde y fresco, pintado de flores silvestres, estaban colocadas las tiendas en dos filas, blanqueando risueñamente sobre el campestre tapete.

Todos ellos me esperaban mústios, silenciosos y aterrados, contrastando el cuadro humano con el de la riente naturaleza y la galanura del paisaje.

Linconao y otros indios yacian en sus tiendas revolcándose en el suelo con la desesperacion de la fiebre, — sus compañeros permanecian á la distancia, en un grupo, sin ser osados á acercarse á los virulentos y mucho ménos á tocarles.

Detras de mí iba una carretilla ex-profeso.

Acerquéme primero á Linconao y despues á los otros enfermos; habléles á todos animándolos, llamé algunos de sus compañeros para que me ayudáran á subirlos al carro; pero ninguno de ellos obedeció, y tuve que hacerlo yo mismo con el soldado que lo tiraba.

Linconao estaba desnudo y su cuerpo invadido de la peste con una virulencia horrible.

Confieso que al tocarle sentí un estremecimiento semejante al que comueve la frájil y cobarde naturaleza, cuando acometemos un peligro cualquiera.

Aquella piel granulenta al ponerse en contacto con mis manos, me hizo el efecto de una lima envenenada.

Pero el primer paso estaba dado y no era noble, ni digno ni humano, ni cristiano, retroceder, y Linconao fué alzado á la carretilla por mí, rosando su cuerpo mi cara.

Aquel fué un verdadero triunfo de la civilizacion sobre la bárbarie; del cristianismo sobre la idolatría.

Los indios quedaron profundamente impresionados; se hicieron lenguas alabando mi audacia y llamáronme su padre

Ellos tienen un verdadero terror pánico á la viruela, que sea por circunstancias cutáneas ó por la clase de su sangre los ataca con furia mortífera.

Cuando en Tierra Adentro aparece la viruela, los toldos se mudan de un lado á otro, huyendo las familias despavoridas á largas distancias de los lugares infestados.

El padre, el hijo, la madre, las personas mas queridas son abandonadas á su triste suerte, sin hacer mas en favor de ellas que ponerles al rededor del lecho agua y alimentos para muchos dias.

Los pobres salvajes ven en la viruela un azote del cielo que Dios les manda por sus pecados.

He visto numerosos casos y son rarísimos los que se han

salvado, á pesar de los esfuerzos de un exelente facultativo el Dr. Michaut, cirujano de mi Division.

Linconao fué asistido en mi casa, cuidándolo una enfermera muy paciente y cariñosa, interesándose todos en su salvacion, que felizmente conseguimos.

El Cacique Ramon, me ha manifestado el mas ardiente agradecimiento por los cuidados tributados á su hermano, y este dice, que despues de Dios, su padre soy yo, porque á mí me debe la vida.

Todas estas circunstancias, pues, agregadas á las consideraciones mentadas en mi carta anterior, me empujaban al desierto.

Cuando resolví mi espedicion, guardé el mayor sijilo sobre ella.

Todos vieron los preparativos, todos hacian conjeturas, nadie acertó.

Solo un fraile amigo conocia mi secreto.

Y esta vez no sucedió lo que debiera haber sucedido á ser cierto el dicho del moralista: Lo que uno no quiere que se sepa no debe decirse.

Es que la humanidad, por mas que digan, tiene muchas buenas cualidades, entre ellas, la reserva y la lealtad.

Supongo que serás de mi opinion, y con esto me despido hasta mañana.

III.

Quien conocia mi secreto. — El rio 5°. — El paso del Lechuzo. — Defecto de un fraile. — Compromiso recíproco. — Preparativos para la marcha. — Resistencia de los gauchos. — Cambio de opiniones sobre la fatalidad histórica de las razas humanas. — Sorpresa de Achauentrú al saber que me iba á los indios. — Pensamiento que me preocupaba. — Ofrecimientos y pedidos de Achauentrú. — Fray Moises Alvarez. — Temores de los indios. — Seguridades que les dí. — Efectos de la dijestion sobre el humor. Las mujeres del fuerte Sarmiento .— Un simulacro.

Solo el Franciscano Fray Marcos Donatti, mi amigo íntimo, conocia mi secreto.

Se lo habia comunicado yendo con él del fuerte Sarmiento al «3 de Febrero», otro fuerte de la estrema derecha de la línea de frontera sobre el Rio 5°.

Este sacerdote, que á sus virtudes evanjélicas, reune un carácter dulcisimo, recorria las dos fronteras de mi mando, diciendo misa en improvisados altares, bautizando y haciendo escuchar con agrado su palabra, á las pobres mujeres de los pobres soldados. La que le oía se confesaba.

Era una noche hermosa, de esas en que el mundo estelar brilla con todo el esplendor de su magnificencia. La luna no se ocultaba tras ningun celaje, y de vez en cuando al acercarnos á las barrancas del Rio 5° que corre tortuoso costeándolo el camino, la veíamos retratarse radiante en el espejo móvil de ese rio, que nace en las cumbres de la sierra de la Carolina, y que, corriendo en una curva de poniente á naciente, fecunda con sus aguas, ricas como las del 2° de Córdoba, los grandes potreros de la villa de Mercedes, hasta perderse en las impasables cañadas de la Amarga.

Llegábamos al paso del Lechuzo, famoso por ser uno de los mas frecuentados por los indios en la época tristemente memorable de sus depredaciones.

Hay allí un montoncito de árboles corpulentos y tupidos, que tendrá como una media milla de ancho, y que de noche el fantástico caminante se apresura á cruzar por un instinto racional que nos inclina á acortar el peligro.

El paso del Lechuzo, con su nombre de mal agüero, es una escelente emboscada y cuentan sobre él las mas estrañas historias de fechorías hechas allí por los indios.

Lo cruzamos al trote, azotando las ramas, caballos y jinetes; al salir de la espesura piqué yo el mio con las espuelas, y diciéndole á Fray Marcos, — oiga padre, — me puse al galope seguido por el buen franciscano, que no tenía entónces, como no tiene ahora, para mí mas defecto que haberme maltratado un escelente caballo moro que le presté.

El ayudante y los tres soldados que me acompañaban quedáronse un poco atrás y nada pudieron oir de nuestra conversacion.

El Padre tenia su imajínacion llena de las ideas de los gauchos que han solido ir á los indios por su gusto ó vivir cautivos entre ellos.

Consideraba mi empresa la mas arriesgada, no tanto por el peligro de la vida, sino por la fé púnica de los indíjenas. Me hizo sobre el particular las mas benévolas reflecciones, y por último, dándome una muestra de cariño me dijo: «Bien, Coronel; pero cuando vd. se vaya, no me deje á mí, vd. sabe que soy misionero.»

Yo he cumplido mi promesa y él su palabra.

Los preparativos para la marcha se hicieron en el fuerte Sarmiento, donde á la sazon se hallaba una comision de indios presidida por Achauentrú, diplomático de monta entre los Ranqueles, y cuyos servicios me han sido relatados por él mismo.

Ya calcularás, que los preparativos debian reducirse á muy poca cosa. En las correrías por la Pampa lo esencial son los caballos. Yendo uno bien montado, se tiene todo;

porque jamás faltan vichos que bolear, avestruces, gam guanacos, liebres, gatos monteses, ó peludos, ó mulitas piches, ó matacos que cazar.

Eso es tener *todo,* andando por los campos, — tener (comer.

A pesar de esto yo hice preparativos mas formales. Tı que arreglar dos cargas de regalos y otra de charquí riq simo, azúcar, sal, yerba y café. Si alguien llevó otras ; losinas debió comérselas en la primera jornada porque se vieron.

Los demás aprestos consistieron en arreglar debitame las monturas y arreos de todos los que debian acompañar para que á nadie le faltára maneador, bozal con cabes manea y demás útiles indispensables y en preparar los ballos, componiéndoles los vasos con la mayor prolijidad.

Cuando yo me dispongo á una correría solo una cosa preocupa grandemente, — los caballos.

De lo demás se ocupa el que quiere de los acompañan

Por supuesto, que un par de buenos chifles no ha faltarle á ninguno que quiera tener paz conmigo. Y ı razon, el agua suele ser escasa en la Pampa y nada de lienta y desmoraliza mas que la sed. Yo he resistido sete y dos horas sin comer, pero sin beber no he podido es sino treinta y dos. Nuestros paisanos, los acostumbrado cierto jénero de vida, tienen al respecto una resisten pasmosa. Verdad que, qué fatiga no resisten ellos!

Sufren todas las intemperies, lo mismo el sol que lluvia, el calor que el frio, sin que jamás se les oiga ı murmuracion, una queja. Cuando mas tristes parecen, tonan un airecito cualquiera.

Somos una raza privilejiada, sana y sólida, suscepti de todas las enseñanzas útiles y de todos los progre adaptables á nuestro jénio y a nuestra índole.

Sobre este tópico, Santiago amigo, mis opiniones han cı biado mucho, desde la época en que con tanto *furor* dis tíamos á tres mil leguas, la unidad de la especie human la fatalidad histórica de las razas.

Yo creia entónces, que los pueblos greco-latinos no hab

venido al mundo para practicar la libertad y enseñarla, con sus instituciones, su literatura y sus progresos en las ciencias y en las artes, sino para batallar perpetuamente por ella. Y, si mal no recuerdo, te citaba á la noble España luchando desde el tiempo de los Romanos por ser libre de la dominicacion estranjera unas veces, por darse instituciones libres otras.

Hoy pienso de distinta manera. Creo en la unidad de la especie humana y en la influencia de los *malos* gobiernos. La politica cria y modifica insensiblemente las costumbres, es un resorte poderoso de las acciones de los hombres, prepara y consuma las grandes revoluciones que levantan el edificio con cimientos perdurables ó lo minan por su base. Las fuerzas morales dominan constantementc las físicas, y dan la esplicacion y la clave de los fenómenos sociales.

Terminados los aprestos, recien anuncié á los que formaban mi comitiva que al dia siguiente partiríamos para el Sur, por el camino del Cuero, y que no era difícil fuéramos á sujetar el pingo en Leubucó.

Mas tarde hice llamar al indio Achauentrú y le comuniqué mi idea.

Manifestóse muy sorprendido de mi resolucion, preguntóme si la habia trasmitido de antemano á Mariano Rosas y pretendió disuadirme, diciéndome que podia sucederme algo, que los indios eran muy buenos, que me querian mucho; pero que cuando se embriagaban no respetaban á nadie.

Le hice mis observaciones, le pinté la necesidad de hablar yo mismo sobre la paz con los Caciques y el bien inmenso que podia resultar de darles una muestra de confianza tan clásica, como la que les iba á dar.

Sobre todos los pensamientos el que mas me dominaba era este: probarles á los indios con un acto de arrojo, que los cristianos somos mas audaces que ellos y mas confiados cuando hemos empeñado nuestro honor.

Los indios nos acusan de ser jentes de muy mala fé, y es inacabable el capítulo de cuentos con que pretenden demostrar que vivimos desconfiando de ellos y engañandolos.

Achauentrú, es entendido, y comprendió no solo que mi

resolucion era irrevocable, que decididamente me iba al dia siguiente, sino algunos de los motivos que le espuse.

Entónces, me ofreció muchas cartas de recomendacion, y como favor especial me pidió, que del Cuero adelantára un chasqui avisando mi ida; primero para que no se alarmasen los indios y segundo para que me recibieran como era debido.

Le pedí para el efecto un indio, y me dió uno llamado Anjelito, sin tener nada de tal. Positivamente los nombres no son el hombre.

Despues de hablar Achauentrú conmigo, fuése á conversar con el padre Marcos y su compañero Fray Moisés Alvarez, jóven franciscano, natural de Córdoba, lleno de bellas prendas, que respeto por su carácter y quiero por su buen corazon.

Al rato vinieron estos muy alarmados, diciéndome que los indios todos, lo mismo que los lenguaraces conceptuaban mi espedicion muy atrevida, erizada de inconvenientes y de peligros, y que lo que mas atormentaba su imajinacion, era lo que seria de ellos si por alguna casualidad me trataban mal en tierra adentro ó no me dejaban salir.

Híceles decir, — porque quedaban en rehenes, — que no tuvieran cuidado, que si los indios me trataban mal, ellos no serian mal tratados; que si me mataban, ellos no serian sacrificados; que solo en el caso de que no me dejasen volver, ellos no regresarian tampoco á su tierra, quedando en cambio mio, de mis oficiales y soldados. Ellos eran unos ocho, me parece, y los que íbamos á internarnos diez y nueve.

Y les pedí encarecidamente á los padres, les hicieran comprender que aquellas ideas eran justas y morales.

Tranquilizáronse; despues de muchos meses de estar en negociados conmigo, no habiéndolos engañado jamás ni tratado con disimulo, sino así tal cual Dios me ha hecho; bien unas veces, mal otras, porque mi humor depende de mi estómago y de mis dijestiones, habian adquirido una confianza plena en mi palabra.

Cuantas veces no llegaron á mis oidos en el Rio 4º estas

palabras, proferidas por los indios en sus conversaciones de pulpería: «ese colonel Mansilla, bueno, no mintiendo, engañando nunca pobre indio.»

Llegó por fin el dia y el momento de partir. El fuerte Sarmiento estaba en revolucion. Soldados y mujeres rodeaban mi casa, para darme un adios, *sans adieu!* y desearme feliz viaje. Ellas creian quizá interiormente que no volveria. El cariño, la simpatía, el respeto exajeran el peligro que corren ó deben correr las personas que no nos son indiferentes. Hay mas miedos en la imajinacion que en las cosas que deben suceder.

Cuando todos esperaban ver arrimar mis tropillas y las mulas para tomar caballos, aparejar las cargas y que me pusiera en marcha, oyóse un toque de corneta inusitado á esa hora, llamada redoblada.

En el acto cundió la voz, — los indios!

Y una ajitacion momentánea era visible en todos los semblantes.

Los soldados corrian con sus armas á las cuadras.

Poco tardó en oirse el toque de tropa, y poco tambien en estar todas las fuerzas de la guarnicion formadas, el batallon 12 de línea montado en sus hermosas mulas, y el 7 de caballería de línea en buenos caballos, con el de tiro correspondiente.

Al mismo tiempo, que la tropa habia estado aprestándose para formar, los bibanderos recibieron órden de armarse, las mujeres de reconcentrarse al club «El Progreso en la Pampa», que estaban edificando los jefes y oficiales de la guarnicion, que tiene su hermoso billar y otras comodidades. A los indios se les ordenó no se movieran del rancho en que estaban alojados y á los bibanderos, que sirvieran de custodia de unos y otras.

Miéntras esto pasaba en el recinto del fuerte, en sus alrededores reinaba tambien gran animacion, las caballadas, el ganado, todo, todo cuanto tenia cuatro patas era sacado de sus comedores habituales y reconcentrado.

Decididamente los indios han invadido por alguna parte,

eran las conjeturas. Achauentrú estaba estupefacto, vacilando entre si era una invasion que venia ó una que iba.

Cuando todo estaba listo, mi segundo jefe recibió órden de salir con las fuerzas, de marchar una legua rumbo al Sur y se pasó allí una *revista jeneral.*

Yo quise antes de marcharme ver en cuanto tiempo se aprestaba la guarnicion, finjiendo una alarma y reirme un poco de los indios que tuvieron un rato de verdadera amargura, no sabiendo ni lo que pasaba, ni qué creer.

Y tuve la satisfaccion militar de que todo se hiciera con calma y prontitud, sea dicho en elojio de cuantos guarnecian el fuerte Sarmiento en aquel entónces.

Que Dios ayude miéntras estoy léjos á mis compañeros de armas, esos hermanos del peligro, del sacrificio y de la gloria; lo mismo que deseo te ayude á tí, Santiago amigo, conservándote siempre con un humor placentero, y un estómago como los desea Brillat-Savarin!

IV.

Idea á que no nos resignamos. — La partida. — Lenguaje de los paisanos. — Qué es una rastrillada. — El público sabe muchas mentiras é ignora muchas verdades. — Qué es un guadal. — El caballo y la mula. Una despedida militar. — La laguna Alegre.

A las cinco de la tarde todo estaba listo, y mi jente recibió órden de entregar sus armas, escepto el sable, que sin vaina debia ser colocado entre las caronas. Mis ayudantes y yo llevábamos *revolvers* y una escopeta. Por mas grande que fuese mi deseo de presentarme ante los indíjenas sin aparato, ni ostentacion, no pude resolverme á hacerlo completamente desarmado. Podia llegar el caso de tener que perder la vida, y era menester ir preparado á venderla caro. Hay una idea á la que el hombre no se resigna sino cuando es santo, — y es á morir sacrificado con la mansedumbre de un cordero.

Entregadas las armas hice arrimar las tropillas y las mulas; formé cuatro pelotones de la jente, díle á cada uno una tropilla, dejando otra de reserva; mandé ensillar y aparejar, y á la media hora, cuando el sol del último dia de Marzo se perdia radiante en el lejano horizonte, puse pié en el estribo.

Varios jefes y oficiales habian ensillado para acompañarme hasta cierta distancia.

Salí del fuerte entre las salutaciones cariñosas, y las sonrisas amables y espresivas de los soldados, dejando á todos inquietos, particularmente á Achauentrú que, al subir á caballo, vino á darme un abrazo, á hacerme su retahila

de recomendaciones, y á repetirme por la milésima vez, que no dejára de adelantar un chasque anunciando mi ida.

El camino del Cuero pasa por el mismo fuerte Sarmiento que le ha robado su nombre al antiguo y conocido paso de las Arganas.

Este camino consiste en una gran rastrillada, y su rumbo es Sudeste, ó lo que en el lenguaje comprensivo de los paisanos de Córdoba llamamos Sud-abajo.

Ellos tienen un modo peculiar de denominar ciertas cosas y solo en la práctica se comprende la ventaja de la sustitucion.

Al Oeste, le llaman *arriba*. Al Este, *abajo*. Estos dos vocablos sustituidos á los vientos cardinales, permiten espresarse con mas facilidad y mas claridad, en razon de la similitud de las palabras este y oeste y de su composicion vocal.

Un ejemplo lo demostrará.

Si queriendo ir del punto A al punto B, ó para ser mas claro, de la Villa del Rio 4º al fuerte Sarmiento, cortando el campo, se ocurriese á un baqueano por las señas, las daria así:

Miraria al Sur, y haciendo una indicacion con la mano derecha diria: se sale en estas dereceras, — Sur, y se camina rumbeando medio abajo; pero muy poco abajo.

Con estas señas, el que tiene la costumbre de andar por los campos, va derecho como un uso á su destino.

Si queriendo ir de la Villa del Rio 4º á las Achiras, en el mes de Noviembre, verbi-gracia, en que el sol se pone inclinándose al Sur, se preguntasen las señas, la contestacion seria:

Salga derecho arriba, medio rumbeando al lado en que se pone el sol y ahí, en aquella punta de sierra, ahí está Achiras.

Con esas señas cualquiera va derecho.

De esta costumbre cordobesa de llamarle abajo al naciente y arriba al poniente, viene la denominacion de Provincias de arriba y de abajo; la de arribeños y abajeños.

A las facilidades que este modo de espresarse ofrece,

reune una circunstancia, que responde á un hecho geográfico.

Ir de Córdoba para el poniente ó para el naciente es, en efecto, ir para arriba ó para abajo, porque el nivel de la tierra es mas elevado que el del mar á medida que se camina del Litoral de nuestra patria para la Cordillera; la tierra se dobla visiblemente, de manera que el que va sube y el que viene baja.

He dicho que el camino del Cuero consiste en una gran *rastrillada*, y voy á esplicar lo que significa esta palabra, que en buen castellano tiene una significacion distinta de la que le damos en la jerga de la tierra.

Si en lugar de estar conversando contigo públicamente, lo hiciera en reserva, no me detendria en estos detalles y esplicaciones. Todos los que hemos sido público alguna vez sabemos que este monstruo de múltiple cabeza, sabe muchas cosas que debiera ignorar é ignora muchas otras que debiera saber. Quién sabe, por ejemplo, mas mentiras que el público?

Pero preguntadle algo sobre las cosas de la tierra, sobre el estado social y político de nuestros moradores fronterizos de la Rioja ó de Santiago del Estero, y ya vereis lo que sabe.

Preguntadle donde queda el rio Chalileo, ó el Cerro Nevado, y ya vereis qué sabe el respetable público, sobre las cosas que pueden interesarle mañana, distraido come vive por las cosas de actualidad.

Hasta cierto punto yo le hallo razon. No paga su dinero para que cotidianamente le dén noticias de las cinco partes del mundo, le enteren de la política internacional de las naciones, le tengan al cabo de los descubrimientos científicos, de los progresos del vapor, de la electricidad y de la pesca de la ballena?

Pues entónces, porqué se ha de afanar tanto?

Una *rastrillada*, son los surcos paralelos y tortuosos que con sus constantes idas y venidas han dejado los indios en los campos.

Estos surcos, parecidos á la huella que hace una carreta

la primera vez que cruza por un terreno vírjen, suele ser profundos y constituyen un verdadero camino ancho sólido.

En plena Pampa, no hay mas caminos. Apartarse de ell un palmo, salirse de la senda, es muchas veces un peligr real; porque no es difícil que ahí mismo, al lado de l rastrillada haya un *guadal* en el que se entierren caballo jinete enteros.

Guadal se llama un terreno blando y movedizo que n habiendo sido pisado con frecuencia, no ha podido solid ficarse.

Es una palabra que no está en el diccionario de la len gua castellana, aunque la hemos tomado de nuestros ante pasados, que viene del árabe, y significa *agua ó rio.*

La Pampa está llena de esta clase de obstáculos.

Cuántas veces en una operacion militar, yendo en perse cucion de los indios, una columna entera no ha desaparecid en medio del ímpetu de la carrera!

Cuántas veces un trecho de pocas varas ha sido caus de que jefes muy intrépidos se viesen burlados por el ene migo, en esas Pampas sin fin!

Cuántas veces los mismos indios no han perecido bajo e filo del sable de nuestros valientes soldados fronterizos, po haber caido en un guadal!

Las Pampas son tan vastas, que los hombres mas cono cedores de los campos se pierden á veces en ellas.

El caballo de los indios es una especialidad en la Pampas.

Corre por campos guadalosos, cayendo y levantando, resiste á esa fatiga hercúlea asombrosamente, como que est educado al efecto y acostumbrado á ello.

El guadal, suele ser húmedo y suele ser seco, pantanos y pegajoso, ó simplemente arenoso.

Es necesario que el ojo esté sumamente acostumbrad para conocer el terreno guadaloso. Unas veces el pasto otras veces el color de la tierra son indicios seguros. La mas el guadal es una emboscada para indios y cristianos.

Los caballos que entran en él, cuando no están acostumbrados, pugnan un instante por salir, y el esfuerzo que hacen es tan grande, que en los dias mas frios no tardan en cubrirse de sudor y en caer postrados, sin que haya espuela ni rebenque que los haga levantar. Y llegan á acobardarse tanto que á veces no hay poder que los haga dar un paso adelante cuando pisan el borde movedizo de la tierra. Y eso que es de todos los cuadrúpedos destinados al servicio del hombre el mas valiente. Picado con las espuelas parte como el rayo y salva el mayor precipicio.

Cuán diferente de la mula!

Jamás pierde ella su sangre fria.

Ora vaya por los caminos pampeanos, ó por las laderas vertijinosas de la Cordillera, el híbrido animal es siempre cauteloso. El caballo se lanza como el rayo; la mula, tantea ántes de ir adelante. Saca una mano, despues otra, y es tan precavida, que en donde puso estas, pone las patas. Cuando hay peligro no hay que advertirla; á nada obedece, ni á la rienda, ni al rebenque, ni á la espuela. Solo su instituto de conservacion la mueve. Es escusado querer dirijirla. Ella va por donde quiere. Morirá despeñada; pero no ciegamente como el caballo, sino por haberse equivocado.

Estando los campos cubiertos de agua, es mas necesario que nunca seguir rectamente la direccion de la *rastrillada;* porque reblandecida la tierra por la humedad, el peligro del guadal es inminente á cada paso.

Cuando salimos de Sarmiento habia llovido mucho. A una media legua de allí el terreno tiene un doblez y se cae á una cañada muy guadalosa; así fué que allí hice alto, me despedí y separé de los camaradas que me acompañaban, y despues de algunas prevenciones generales á los que me seguian, tomé la direccion llevando el baqueano á mi izquierda, yendo él por una huella, por otra yo.

Con qué pena se despidieron de mí, mis leales compañeros! Yo lo leí en sus caras, por mas que con afables sonrisas y afectuosos apretones de manos, quisieran disimularlo.

Ah! Solo los que somos soldados, sabemos lo que es partir á los amigos al peligro en que se cae ó se muere quedarnos ... Y solo los que somos soldados sabemos que es ver volver del combate, sanos é ilesos á los herma cuya suerte no hemos compartido ese dia!

Ha tales misterios en el corazon humano; abismos profundos de amor, de abnegacion, de jenerosidad, que palabra no conseguirá jamás esplicarlos.

Hay que sentir y callar. Por eso una mirada, un abra un ademan con la mano, dicen mas que todo cuanto la plu mas hábilmente manejada pueda describir.

La noche nos sorprendió sin haber alcanzado á cruzar cañada.

La luna salia tarde, el cielo estaba cubierto de nub no se veian las estrellas. Durante un largo rato caminam pues, en medio de una completa oscuridad, cayendo y lev tando; porque en cuanto nos desviábamos de la rastrilla pisábamos el borde del guadal.

Las mulas que llevaban las cargas de charqui y re los para los Caciques daban muchísimo trabajo. Por h del peligro caian á cada paso en él. Una de ellas llev los ornamentos sagrados de mis amigos los franciscanos ellos y yo ibamos con el Jesus en la boca: esperando momento en que gritaban: cayó la mula de los *padreci* que así llaman los paisanos cordobeses á los frailes.

Fué menester ponerles á todas bozal y llevarlas tira del cabestro.

Perdióse tiempo en esta operacion, así fué que era ta cuando llegamos á la Laguna Alegre.

Estaban las cabalgaduras tan fatigadas de cuatro leg mas ó ménos de marcha nocturna por la oscuridad y en el agua, que resolví hacer una parada esperando que despejase el cielo ó saliera la luna.

Campamos .... Y el fogon no tardó en brillar, haci dose una rueda en torno de él, de todos los que me acc pañaban.

Entre mate y mate cada cual contó una historia ma menos soporífera.

En todo pensábamos, ménos en los indios.

Yo conté la mia, y un cabo Gomez muerto en la gloriosa guerra del Paraguay, fué el asunto de mi cuento.

Tiene algo de fantástico y maravilloso.

Si estoy de humor mañana y no te vas fastidiando de las digresiones y no te urje llegar á Leubucó, te la contaré.

V.

El fogon. — Calisto Oyarzabal. — El cabo Gomez. — De qué fué á guerra del Paraguay. — Porqué lo hicieron soldado de línea. — Jo Ignacio Garmendia y Máximio Alcorta. — Predisposiciones mias en fav de Gomez. — Su conducta en el batallon 12 de línea. — Primera ent vista con él. — Su figura en el asalto de Curupaiti. — La lista despu del combate. — El cabo Gomez muerto.

El fogon es la delicia del pobre soldado, despues de fatiga. Al rededor de sus resplandores desaparecen l jerarquías militares. Jefes superiores y oficiales subalterno conversan fraternalmente y rien á sus anchas. Y hasta l asistentes que cocinan el puchero y el asado, y los que ceb el mate, meten, de vez en cuando, su cucharada en la char general, apoyando ó contradiciendo á sus jefes y oficiale diciendo alguna agudeza ó alguna patochada.

Cuando Calisto Oyarzabal, mi asistente, dejó la palabr con sentimiento de los que le escuchaban, pues es un pil de siete zuelas, capaz de hacer reir á carcajadas á un inglé pidiéronme los circunstantes mi cuentito.

Yo estaba de buen humor, así fué, que despues de d rijirle algunas bromas á Calisto, que con su aire de zon estudiado, ha hecho ya una revolucion en las Provincia para que veas lo que es el pais, tomé á mi turno la palabr

Y este cuento, me permitirás que se lo dedique á un amigo, que ha hecho la guerra en el Paraguay como ofici de un batallon de Guardia Nacional.

Se llama Eduardo Dimet, y como le quiero, me permit rás no te haga la pintura de su carácter y cualidades; porq

los colores de la paleta del cariño son siempre lisonjeros y sospechosos.

Voy á mi cuento.

El cabo Gomez, era un correntino que se quedó en Buenos Aires cuando la primera invasion de Urquiza, que dió en tierra con la dictadura de Rosas.

Tendria Gomez, así como unos treinta y cinco años; era alto, fornido y columpiábase con cierta gracia al caminar; su tez era entre blanca y amarilla, tenia ese tinte peculiar á las razas tropicales; hablaba con la tonada guaranítica, mezclando como es costumbre entre los correntinos y entre los paraguayos vulgares, la segunda y la tercera persona; en una palabra, era un tipo varonil simpático.

Marchó Gomez á la guerra del Paraguay, en el 1er batallon del 1er Regimiento de G. N. que salió de Buenos Aires bajo las órdenes del comandante Cobo, si mal no recuerdo, y perteneció á la compañía de granaderos.

El capitan de esta, era otro amigo mio, José Ignacio Garmendia, que despues de haber hecho con distincion toda la campaña del Paraguay, anda ahora por Entre-Rios al mando de un batallon.

Un dia leíase en la Orden General del 2º Cuerpo del Ejército del Paraguay, á que yo pertenecia: «destínase por insubordinacion, por el término de cuatro años, á un cuerpo de línea al soldado de G. N. Manuel Gomez.»

Mas tarde presentóse un oficial en el reducto que yo mandaba, — que lo guarnecia el batallon 12 de línea, creado y disciplinado por mí, con esta órden: «Vengo á entregar á vd. una alta personal.»

Llamé un ayudante y la alta personal fué recibida y conducida á la Guardia de Prevencion.

Luego que me desocupé de ciertos quehaceres, hice traer á mi presencia al nuevo destinado para conocerle é interrogarle sobre su falta, amonestarle, cartabonearle y ver á qué compañía habia de ir.

Era Gomez, y por su talla esbelta fué á la compañía de granaderos.

José Ignacio Garmendia, comia frecuentemente conmigo

en el Paraguay, así era que despues de la lista de tarde ca siempre se le hallaba en mi reducto, junto con otro amig muy querido de él y mio, Maximio Alcorta, aunque es escelente camarada, que lo mismo se apasiosona del sex hermoso que del feo, tiene el raro y desgraciado talento d recomendar de vez en cuando á las personas que mas estim unos tipos que no tardan en mostrar sus malas mañas.

Cosas de Maximio Alcorta!

La misma tarde que destinaron á Gomez, Garmend comió conmigo.

Durante la charla de la mesa, — ya que en campaña un tronco de yatay se le llama así — me dijo que Gome habia sido cabo de su compañía; que era un buen hombr de carácter humilde, subordinado y que su falta era efect de una borrachera.

Me añadió, que cuando Gomez se embriagaba perdia l cabeza, hasta el estremo de ponerse frenético si le contr decian, y que en ese estado lo mejor era tratarlo con dulzur que así lo habia hecho él, siempre con el mejor éxito.

En una palabra, Garmendia me lo recomendó con es vehemencia, propia de los corazones calientes, que así e el suyo, y por eso cuantos le tratan con intimidad le quiere

La varonil figura de Gomez y las recomendaciones d Garmendia predispusieron desde luego mi ánimo en favor d nuevo destinado.

A mi turno pues, se lo recomendé al capitan de la con pañía de granaderos, diciéndole todo lo que me habia prevenid Garmendia.

El tiempo corrió....

Gomez cumplia estrictamente sus obligaciones, circun pecto y callado con nadie se metia, á nadie incomodab Los oficiales le estimaban y los soldados le respetaban po su porte. De vez en cuando, le buscaban para tirarle l lengua y arrancarle tal cual agudeza correntina.

En ese tiempo yo era mayor y jefe interino del batallo 12 de línea. Todos los sábados pasaba personalmente un revista jeneral.

Me parece que lo estoy viendo á Gomez en las fila

cuadrado á plomo, inmóvil como una estátua, sério, melancólico, con su fusil reluciente, con su correaje lustroso, con todo su equipo tan aseado que daba gusto.

Gomez, no tardó en volver á ser cabo.

Habrian pasado cinco meses.

Un dia, paseábame yo á lo largo de la sombra que proyectaba mi alojamiento, que era una hermosa carreta.

Esto era en el célebre campamento de Tuyutí, allá por el mes de Agosto.

En qué pensaba, como saberlo ahora. Pensaria en lo que amaba ó en la gloria, que son los dos grandes pensamientos que dominan al soldado. Recuerdo tan solo que, en una de las vueltas que dí una voz conocida me sacó de la abstraccion en que estaba sumerjido.

Dí media vuelta y como á unos seis pasos á retaguardia vi al cabo Gomez, cuadrado, haciendo la vénia militar, doblándose para adelante, para atrás, á derecha é izquierda, así como amenazando perder su centro de gravedad.

Sus ojos brillaban con un fuego que no les habia visto jamás.

En el acto conocí que estaba ébrio.

Era la primera vez, desde que habia entrado al batallon.

Por cariño y por las prevenciones que me habia hecho Garmendia, le dirijí la palabra así:

— Qué quiere, amigo?

— Aquí te vengo á ver ché, Comandante, pa que me deslicencia usted.

— Y para qué quieres licencia?

— Para ir á Itapirú á visitar á una hermanita que me vino de la Esquina.

— Pero hijo, sino estás bueno de la cabeza.

— No, ché, comandante, no tengo nada.

— Bien, entónces, dentro de un rato te daré la licencia, no te parece?

— Sí, sí.

Y esto diciendo, y haciendo un gran esfuerzo para dar militarmente la media vuelta y hacer como era debido la vénia, Gomez jiró sobre los talones y se retiró.

Pasó ese dia, ó mejor dicho llegó la tarde, y junto con ella Garmendia.

Contéle que Gomez se habia embriagado por primera vez, y me dijo, que debia haberlo hecho para perder el miedo de hablar con el jefe, que cuando estaba en su batallon así solia hacer algunas veces.

Como él y yo nos interesábamos en el hombre, sobre tablas entramos á averiguar cuánto tiempo hacia que estaba ébrio cuando habló conmigo.

Llamé al capitan de granaderos, le hicimos varias preguntas y de ellas resultó esactamente lo que me acababa de decir Garmendia, — que Gomez habia tomado para atreverse á llegar hasta mí.

Empezando por el Sarjento 1º de su compañía, y acabando por el Capitan, á todos los que debia, les habia pedido la vénia para hablar conmigo estando en perfecto estado; de lo contrario, no se la habrian concedido.

Al otro dia de este incidente, Gomez estaba ya bueno de la cabeza. Iba á llamarlo, mas entraba de guardia, segun ví al formar la parada, y no quise hacerlo.

Terminado su servicio, le llamé, y recordándole que tres dias ántes me habia pedido una licencia, le pregunté si ya no la queria.

Su contestacion fué callarse y ponerse rojo de vergüenza.

— ¿Por cuántos dias quiere Vd. licencia, Cabo?

— Por dos dias, mi Comandante.

— Está bien; vaya vd., y pasado mañana, al toque de asamblea, está vd. aquí.

— Está bien, mi Comandante.

Y esto diciendo, saludó respetuosamente, y mas tarde se puso en marcha para Itapirú, y á los dos dias, cuando tocaban asamblea, la alegre asamblea, el Cabo Gomez entraba en el reducto, de regreso de visitar á su hermana, bastante picado del aguardiente, cargado de tortas, queso y cigarros, que no tardó en repartir á sus hermanos de armas.

Yo tambien tuve mi parte, tocándome un escelente queso de Goya, que me mandaba su hermana, á quien no conocia.

En el mundo no hay nada mas bueno, mas puro, mas jeneroso que un soldado!

El tiempo siguió corriendo.

Marchamos de los campos de Tuyutí á los de Curuzú para dar el famoso asalto de Curupaití.

Llegó el memorable dia, y tarde ya, mi batallon recibió órden de avanzar sobre las trincheras.

Se cumplió con lo ordenado.

Aquello era un infierno de fuego. El que no caia muerto, caia herido y el que sobrevivia á sus compañeros contaba por minutos la vida. De todas partes llovian balas. Y lo que completaba la grandeza de aquel cuadro solemne y terrible de sangre, era que estábamos como envueltos en un trueno prolongado, porque las detonaciones del cañon no cesaban.

A los cinco minutos de estar mi batallon en el fuego sus pérdidas eran ya sérias, — muchos muertos y heridos yacian envueltos en su sangre, intrépidamente derramada por la bandera de la patria.

Recorriéndolo de un estremo á otro hallé al cabo Gomez, herido en una rodilla; pero haciendo fuego hincado.

— Retírese, Cabo, le dije.

— No, mi Comandante, me contestó, todavía estoy bueno, y siguió cargando su fusil y yo mi camino.

Al regresar de la estrema derecha del batallon á la izquierda, volví á pasar por donde estaba Gomez.

Ya no hacia fuego hincado, sino echado de barriga, porque acababa de recibir otro balazo en la otra pierna.

— Pero cabo, retírese, hombre, se lo ordeno, le dije.

— Cuando vd. se retire, mi Comandante, me retiraré, repuso, — y echando un voto, agregó, — paraguayos, ahora verán!

Y ébrio con el olor de la pólvora y de la sangre, hacia fuego y cargaba su fusil con la rapidez del rayo como si estuviese ileso.

Aquel hombre era bravo y sereno como un leon.

Ordené á algunos heridos leves que se retiraban que le sacáran de allí, y seguí para la izquierda.

El asalto se prolongaba.....

Yendo yo con una órden, recibí un casco de metralla en un hombro, y no volví al fuego de la trinchera.

Pocos minutos despues, el ejército se retiraba salpicado con la sangre de sus héroes, pero cubierto de gloria.

Para pasar el parte, fué menester averiguar la suerte que le habia cabido á cada uno de los campañeros.

Esta ceremonia militar es una de las mas tristes.

Es una revista en la que los vivos contestan por los muertos, los sanos por los heridos.

Quién no ha sentido oprimirse su pecho, despues de un combate, durante ese acto solemne?

— Juan Paredes!

— Presente.....!

— Pedro Torres.

— Herido.....!

— Luis Corro.

— Muerto.....!

Ah! «ese muerto!» hace un efecto que es necesario sentirlo para comprender toda su amargura.

Segun la revista que se pasó en el 12 de línea por el teniente 1º D. Juan Pencienati, que fué el oficial mas caracterizado que regresó sano y salvo del asalto de Curupaití, y segun otras averiguaciones que se tomaron, conforme á la práctica, resultó que el cabo Gomez habia muerto y por muerto se le dió.

En la visita que se mandó pasar á los hospitales de sangre no se halló al cabo Gomez.

Para mí no cabia duda, de que Gomez si no habia muerto, habia caido prisionero herido.

Los soldados decian, — no señor, el cabo Gomez ha muerto. Nosotros lo hemos visto echado boca abajo al retirarnos de la trinchera con la bandera.

Yo sentia la muerte de todos mis soldados como se siente la separacion eterna de objetos queridos.

Pero lo confieso, sobre todos los soldados que sucumbieron en esa jornada de recuerdo imperecedero, el que mas echaba de ménos era el cabo Gomez.

La actitud de ese hombre oscuro, tendido de barriga,

herido en las dos piernas y haciendo fuego con el ardor sagrado del guerrero, estaba impresa en mí con indelebles caracteres.

Esa vision no se borrará jamás de mi memoria. Perderé el recuerdo de ella cuando los años me hayan hecho olvidar todo.

Y por hoy termino aquí, y mañana proseguiré mi cuento.

Hoy te he narrado sencillamente la muerte de un vivo. Mañana te contaré la vida de un muerto.

Si lo de hoy te ha interesado, lo de mañana tambien te interesará.

A los del fogon que me escucharon les sucedió así.

VI.

Regreso de Curupaití. — Resurreccion del cabo Gomez. — Cómo se salvó. — Sencillo relato. — Posibilidad de que un pensamiento se realice. — Dos escuelas filosóficas. — Un asesinato que nadie habia visto. — Sospechas.

El ejército volvió á ocupar sus posiciones de Tuyutí; mi batallon su antiguo reducto.

Durante algun tiempo fué pan de cada dia conversar del asálto de Curupaití, ora para hacer su crítica, ora para recordar los héroes que cayeron mortalmente heridos aquel dia de luto.

La sucesion del tiempo, nuevos combates, otros peligros iban haciendo olvidar las nobles víctimas.

Solo persistian en el espíritu el recuerdo de los predilectos, — de esos predilectos del corazon, cuya imájen querida no desvanecen ni el dolor ni la alegría.

De cuando en cuando, los hospitales de Itapirú, de Corientes y de Buenos Aires, nos remitian pelotones de valientes curados de sus gloriosas y mortales heridas.

La humanidad y la ciencia hacian en esa época de lucha diaria y cruenta, verdaderos milagros.

Cuántos que salieron horriblemente mutilados del campo de batalla, no volvieron á los pocos dias á empuñar con mano vigorosa el acero vengador!

Los que mandaban cuerpos, enviaban de tiempo en tiempo oficiales de confianza á revisar los hospitales, tomar buena nota de sus enfermos ó heridos respectivos, y socorrerles en cuanto cabia.

Yo tenia frecuentes noticias de los hospitales de Itapirú y de Corrientes. Los enfermos seguian bien. Dia á dia esperaba algunas altas.

Pensaba en esto quizá, cierta mañana, paseándome, segun mi costumbre, por el parapeto de la batería, cuyos cañones tenian constantemente dirijidas sus elocuentes y fatídicas bocas al montecito de Yataytí-Corá, cuando un ayudante vino á anunciarme:

— Señor, una alta del hospital.

Su fisonomía traicionaba una sorpresa.

— Y quién, hombre?

— Un muerto.

— Cuál de ellos?

El Cabo Gomez.

Al oirle, salté impaciente y alegre del parapeto á la esplanada, corriendo en direccion al rancho de la Mayoría.

La noticia de la aparicion del cabo Gomez, ya habia cundido por las cuadras.

Cuando llegué á la puerta de la Mayoría, un grupo de curiosos la obstruia.

Me abrieron paso y entré.

El Cabo Gomez, estaba de pié, apoyado en su fusil y llevaba la mochila terciada. Sus vestiduras estaban destrozadas, su rostro pálido, habíase adelgazado mucho y costaba reconocerle.

Realmente, parecia un resucitado.

Le dí un abrazo, y ordené en el acto que prepararan un baile para celebrar esa noche la resurreccion de un compañero y el regreso del primer herido.

El batallon era un barullo. Todos querian ver á un tiempo al Cabo; los unos le hacian señas con la cabeza, los otros con la mano, los que no podian verle bien, se trepaban sobre el mojinete de los ranchos; nadie se atrevia á dirijirle la palabra interrumpiéndome á mí.

— Y cómo te ha ido, hombre?

— Bien, mi Comandante.

— ¿Dónde está la alta? pregunté al oficial encargado de la Mayoría.

Diómela, y notando que era de un hospital brasilero me dirijí al Cabo.

— Qué, has estado en un hospital brasilero?

— Sí, mi Comandante.

— Y cómo te salvaste de Curupaití? Cuando yo te ordené salieras de la trinchera ya estabas herido de las dos piernas, no te podias mover?

— Mi Comandante, cuando los demás se retiraron con la bandera, viendo yo que nadie me recojia, porque no me oian ó no me veian me arrastré como pude, y me escondí en unas pajas á ver si en la noche me podia escapar.

— Y cómo te escapaste?

— Cuando los nuestros se retiraron, los paraguayos salieron de la trinchera y comenzaron á desnudar los heridos y los muertos. Yo estaba vivo; pero muy mal herido, y como ví que mataban algunos que estaban *penando* me acabé de hacer el muerto á ver si me dejaban. No me tocaron, anduvieron dando vueltas cerca de mí y no me vieron. Lo que la noche se puso oscura, hice fuerzas para levantarme y me levanté y caminé agarrándome del fusil, que es este mismo, mi Comandante.

Un silencio profundo reinaba en aquel momento. Todos contenian hasta la respiracion, para no perder una palabra de las del Cabo.

— ¿Y por dónde saliste?

Esa noche no pude salir, porque no era baqueano, y me perdí varias veces y me costaba mucho caminar, porque me dolian los balazos. Pero así que vino la mañanita, ya supe á donde habia de ir; porque oí la diana de los brasileros. Seguí el rumbo y el humo de un vapor, y salí á Curuzú. Allí habia muchos heridos, que estaban embarcando; á mí me embarcaron con ellos y me llevaron á Corrientes, y allí he estado en el hospital, y ya estoy muy mejor, mi Comandante, y me he venido, porque ya no podia aguantar las ganas de ver el batallon.

— ¡Viva el Cabo Gomez, muchachos! grité yo.

— Viva! contestaron los muy bribones, que nunca son mas felices que cuando se les incita al desórden y se les deja la libertad de retozar.

Y se lo llevaron al Cabo Gomez en triunfo, dándole mil bromas, y siendo su venida inesperada un motivo de jeneral animacion y contento, durante muchas horas.

Estas escenas de la vida militar, aunque frecuentes, son indescribibles.

Garmendia vino esa tarde á compartir mi pucherete, mi asado flaco y mi fariña, sabiendo ya por uno de sus asistentes, que el Cabo Gomez habia resucitado.

Garmendia tiene fibras de soldado y estaba infantilmente alegre del suceso; así fué que la primera cosa que me dijo al verme fué:

— Con qué el Cabo Gomez no habia muerto en Curupaití, cuánto me alegro!

— ¿Y dónde está, llámelo, vamos á preguntarle cómo se escapó?

Contéle entónces todo lo que acababa de referirme el Cabo; pero como se empeñase en verle la cara, le hice venir.

Interrogado por Garmendia repitió lo que ya sabemos, con algunos agregados, como por ejemplo, que la noche que estuvo oculto, él mismo se ligó las heridas, haciendo hilas y vendas de la ropa de un muerto.

Contónos tambien que estaba muy triste y avergonzado, porque en los primeros momentos del fuego, el dia de Curupaití, el Alferez Guevara le habia pegado un bofeton, creyendo que estaba asustado, y diciéndole, — eh! haga fuego, déjese de mirar el oido del fusil.

Que él no habia estado asustado, ese dia, que cuando el Alferez le pegó, estaba limpiando la chimenea de su arma, que recien se asustó un poco cuando los Paraguayos salieron de sus posiciones, desnudando y matando, porque no tenia fuerzas para defenderse, y le dió miedo que lo ultimáran sin poder hacerles cara.

Y todo esto era dicho con una ingenuidad que cautivaba, dando la medida del temple de ese corazon de acero.

Garmendia gozaba como en el dia de sus primeras revelaciones. Yo me sentia orgulloso de contar en mis filas un nene come aquel.

Confieso que le amaba.

Esa misma noche, y con motivo de las interminables preguntas de Garmendia, supe que Gomez habia padecido en otro tiempo de alucinaciones.

Esplicónos en su media lengua, lo mejor que pudo, que en Buenos Aires, siendo mas jóven, habia tenido una querida. Que esta mujer le habia sido infiel y que habia estado preso por una puñalada que le diera.

Al recordarla, una especie de celaje sombrío envolvió su rostro, al mismo tiempo que cierta sonrisa tierna vagó por sus labios.

La curiosidad, aumentaba el interés de este tipo, crudo, enérjico y fuerte, tan comun en nuestro pais.

Inquiriendo las causas que armaron el brazo de este Otelo correntino, sacamos en limpio que su querida no habia faltado á los compromisos contraidos ó á la fé jurada.

Que en sueños, miéntras dormian juntos, la habia visto en brazos de un rival, que él aborrecia mucho; que cuando se despertó, el hombre no estaba allí, pero que él lo veia patente; que lo hirió en el corazon, y que, á un grito de su querida, volvió en sí, despertándose del todo, y viendo recien que estaban los dos solos y que su cuchillo se habia clavado en el pecho de su bien amada.

Este relato debe conservarse indeleble en la memoria de Garmendia; porque esa noche despues, me dijo varias veces que si no pensaba escribir aquello.

Yo entónces tenia mi espíritu en otra línea de tendencias y no lo hice nunca.

A no ser mi escursion á Tierra Adentro, la historia de Gomez queda inédita, en el archivo de mis recuerdos.

Creerán algunos que á medida que corre la pluma voy fraguando cosas imajinarias, por llenar papel y aumentar el efecto artificial de estas mal surcidas cartas.

Y sin embargo todo es cierto.

Los abismos entre el mundo real y el mundo imajinario no son tan profundos.

La vision puede convertirse en una amable ó en una espantosa realidad.

Las idèas son precursoras de hechos.

Hay mas posibilidad de que lo que yo pienso sea, que seguridad de que un acontecimiento cualquiera se repita.

Las viejas escuelas filosóficas discurrian al revés.

El pasado no prueba nada. Puede servir de ejemplo, de enseñanza no.

Pero me echo por esos trigales de la pedantería y temo perderme en ellos.

Gomez nos hizo pasar una noche amena.

Al dia siguiente otras impresiones sirvieron de pasto á la conversacion, sin duda alguna, que nada hay tan fecundo para la cabeza y para el corazon como dos ejércitos que se acechan, que se tirotean y se cañonean desde que sale el sol hasta que se pone.

Gomez dejó de ocupar por algun tiempo la atencion de Garmendia y la mia.

Qué persistencia de personalidad!

Una mañana regresando á caballo á mi reducto, pasé como de costumbre por el campamento del viejo querido Mateo J. Martinez.

Jamás lo hacia sin recibir ó dar alguna broma.

Este viejo en prospecto, para que no se enfade, si desconoce su actualidad, tiene la facilidad difícil de hacerse querer de cuantos le tratan con intimidad.

Iba á decir, que al pasar por el alojamiento de D. Mateo, supe por él que en mi batallon habia tenido lugar un suceso desagradable.

— Vd. paseando, amigo, y en su reducto matando vivanderos?

— No embrome, viejo!

— Que no embrome, vaya y verá.

Piqué el caballo y lleno de ansiedad y confusion partí al galope, llegando en un momento á mi reducto.

No tuve necesidad de interrogar á nadie.

Un hombre maniatado que rujia como una fiera en la Guardia de Prevencion me descorrió el velo de misterio.

— Desaten ese hombre, grité con inesplicable mezcla de coraje y tristeza.

Y en el acto el hombre fué desatado, y los rujidos cesaron, oyéndose solo.

— Quiero hablar con mi Comandante.

Vino el Comandante de campo, y en dos palabras me esplicó lo acontecido.

— Han asesinado á un vivandero que estaba de visita en el rancho del Alferez Guevara!

— ¿Quién?

— El Cabo Gomez!

— ¿Y quién lo ha visto?

— Nadie, señor; pero se sospecha sea él, porque está ébrio, y murmura entre dientes, habia jurado matarlo, — un bofeton á mí!....

Me quedé aterrado!

Pasé el parte sin mentar á Gomez.

Y aquí termino hoy.

Lo que no tiene interés en sí mismo, puede llegar á picar la curiosidad del amigo y de los lectores, segun el método que se siga al hacer la relacion.

El Cabo Gomez queda preso.

VII.

Presentimientos de la multitud. — Un asesino sin saberlo. — Deseos de salvarle. — Averiguaciones. — Un fiscal confuso. — Juicios contradictorios. — Agustin Mariño auditor del Ejército Argentino. — Consejo de guerra. — Dudas. — Sentencia del Cabo Gomez. — Se confirma la pena de muerte. — Preparativos. — La ejecucion. — Una aparicion.

Un hombre habia sido asesinado en pleno dia, durante la luz meridiana, en un recinto estrecho, de cien varas cuadradas, en medio de cuatrocientos séres humanos, con ojos y oídos, el cadáver estaba ahí encharcado en su sangre humeante, sin que nadie le hubiera tocado aún cuando yo penetré en el reducto, — y nadie, nadie, absolutamente nadie, podia decir, apoyándose en el testimonio inequívoco de sus sentidos, el asesino es fulano.

Y sin embargo, todo el mundo tenia el presentimiento de que habia sido el Cabo Gomez y algunos lo afirmaban, sin atreverse á jurar que lo fuera.

Qué estraño y profético instinto el de las multitudes!

Immediatamente que pasé el parte, que se redujo á dar cuenta del hecho y á pedir permiso para levantar una sumaria, traté de averiguar lo acontecido.

Cuando vino la contestacion correspondiente yo estaba convencido ya de que el asesino era el Cabo Gomez.

El hombre que viendo al estranjero amenazar su tierra, marcha cantando á las fronteras de la Patria; que cruza rios y montañas, que no le detienen murallas, ni cañones, que todo lo sacrifica, tiempo, voluntad, afecciones, y hasta la misma vida; que si se le grita, *arriba!* se levanta, *adelante!*

marcha, *muere ahí*, ahí muere, en el momento quizá mas dulce de la existencia, cuando acaba de recibir tiernas cartas de su madre y de su prometida, que esperanzadas en la bondad inmensa de Dios, le hablan del pronto regreso al hogar, ese hombre no merece que en un instante solemne de la vida, se haga algo por él?

Eso hice yo. Y para que no me quedase la menor duda de que el asesino era el indicado, le hice comparecer ante mí, é interrogándole con esa autoridad paternal y despótica del jefe, me hice la ilusion de arrancarle sin dificultad el terrible secreto.

El Cabo estaba aun bajo la influencia deletérea del alcohol; pero bastante fresco para contestar con precision á todas mis preguntas.

— Gomez, le dije afectuosamente, quiero salvarte; pero para conseguirlo necesito saber, si eres tú el que ha muerto al hombre ese que estaba de visita en el rancho del alferez Guevara?

El Cabo no respondió, clavándose sus ojos en los mios y haciendo un jesto de esos que dicen, — dejadme meditar y recordar.

Díle tiempo, y cuando me pareció que el recuerdo le asaltaba, proseguí:

— Vamos, hijo, dime la verdad?

— Mi comandante, repuso con el aire y el tono de la mas perfecta injenuidad, yo no he muerto ese hombre.

— Cabo, agregué, finjiendo enojo, porqué me engañas, ¿á mí me mientes?

— No, mi Comandante.

— Júralo, por Dios.

— Lo juro, mi Comandante.

Esta escena pasaba lejos de todo testigo. La última contestacion del Cabo me dejó sin réplica y caí en meditacion, apoyando mi nublada frente en la mano izquierda como pidiendole una idea.

No se me ocurrió nada.

Le ordené al Cabo que se retirara.

Hizo la vénia, dió media vuelta y salió de mi presencia,

sin haber cambiado el jesto que hizo cuando le dirijí mi primer pregunta.

A pocos pasos de allí le esperaban dos custodias, que le volvieron á la guardia de prevencion.

Yo llamé un ayudante y dicté una órden, para que el alferez D. Juan Alvarez Rios, procediese sin dilacion á levantar la sumaria debida.

Alvarez era el fiscal ménos aparente para descubrir, ó probar lo acaecido; por eso me fijé en él. No porque fuera negado, al contrario, sino porque es uno de esos hombres de imajinacion impresionable, inclinados á creer en todo lo que reviste caractéres estraordinarios ó maravillosos.

A pesar del juramento del Cabo yo tenia mis dudas, y estaba resuelto á salvarle aunque resultasen vehementes indicios contra él, de lo que Alvarez inquiriese.

Volví, pues, á tomar nuevas averiguaciones con el doble objeto de saber la verdad y de mistificar la imajinacion de Alvarez, previniendo mañosamente el ánima de algunos.

Por su parte Alvarez se puso en el acto en juego, no habiéndoselas visto jamás mas gordas.

Empezó por el reconocimiento médico del cadáver, rejistró, etc. y luego que se llenaron las primeras formalidades vino á mí, — para hacerme saber, que en los bolsillos del muerto se habia hallado algun dinero, creo que doce libras esterlinas, y consultarme que haria con ellas.

Díjele lo que debia hacer, y así como quien no quiere la cosa agregué: No le decia á vd. que Gomez no podia ser el asesino, se habria robado el dinero.

Esta vulgaridad surtió todo el efecto deseado porque Alvarez, me contestó: Eso es lo que yo digo, aquí hay algo.

Mas tarde volvió á decirme, que se habia encontrado un cuchillo ensangrentado cerca del lugar del crímen; pero que habiendo muchos iguales no se podia saber si era el del Cabo Gomez ó no; que despues lo sabria y me lo diria, porque era claro que si Gomez tenia el suyo, el asesino no podia ser él.

Aunque era cierto, que la desaparicion del cuchillo de Gomez podria probar algo, tambien podria no probar nada. Era sin embargo, mejor que resultase que el Cabo tenia el suyo.

Otro Cabo, Irrazabal, hombre de toda mi confianza, que habia sido mi asistente mucho tiempo, fué de quien me valí para saber si Gomez tenia ó no su cuchillo.

Irrazabal estaba de guardia, de manera que no tardé en salir de mi curiosidad.

Gomez tenia su cuchillo, y en la cintura nada ménos.

Quedéme perplejo, al saberlo.

Voy á pasar por alto una infinidad de detalles. Seria cosa de nunca acabar.

Alvarez sigiuó fiscalizando los hechos, enredándose mas, á medida que tomaba nuevas declaraciones; lo que sobre todo acabó de hacerle perder su latin, fué la declaracion de Gomez, — que negó rotundamente haber asesinado á nadie.

Unas cuantas manchas de sangre que tenia en la manga de la camisa, cerca del puño, dijo, que debian ser de la carneada.

Efectivamente, esa mañana habia estado en el matadero del ejército, con un peloton de su Compañía que salió de fajina.

Y para mayor confusion, resultaba que se habia dado un pequeño tajo en el pulgar de la mano izquierda, con el cuchillo de otro soldado.

No obstante; la conciencia del Batallon, — sin que nadie hubiese afirmado terminantemente cosa alguna contra Gomez, seguia siendo la conciencia del primer momento: Gomez es el asesino.

Al fin, acabó por haber dos partidos, — uno de los oficiales y de los soldados mas letrados, — otro de los ménos avisados, que era el partido de la gran mayoría.

La minoría sostenia que Gomez no era el asesino del vivandero, y hasta llegó á susurrarse, que este y el Alferez Guevara habian tenido una disputa muy acalorada, insinuando otros con malicia que Guevara le debia mucho dinero.

Alvarez estaba desesperado de tanta version y opinion contradictoria, y sobre todo, lo que mas le trabucaba era la opinion mia, favorable en todas las emerjencias que sobrevenian á la causa de Gomez.

Los oficiales mas diablos le tenian aterrado zumbándole al oido, — que seria severamente castigado si nada probaba,

y con mucha mas razon si sin pruebas ponia una vista contra Gomez.

El pobre alferez iba y venia en busca de mi inspiracion, y salia siempre cabizbajo con esta refleccion mia:

Cuántas veces no pagan justos por pecadores!

Como era natural, la sumaria no tardó en estar lista. En campaña el término es limitadísimo para estos procedimientos.

Fué elevada, y sobre la marcha se ordenó que el Cabo Gomez fuera juzgado en Consejo de Guerra ordinario.

El Auditor del Ejército, jóven español, lleno de corazon y de talento, que sirvió como un bravo, que luchó como un hombre templado á la antigua, contra el cólera dos veces, contra la fiebre intermitente, contra todas las demás plagas del Paraguay, y que ha muerto en el olvido, que así suele pagar la patria la abnegacion, — era mi particular amigo; yo le habia colocado al lado del Jeneral Emilio Mitre cuando dejé de ser su secretario militar.

Por él supe lo que contenia la causa de Gomez, — que Alvarez, á pesar de su notoria inhabilidad, algo habia descubierto, que arrojaba sospechas de que Gomez era el verdadero autor del crímen.

Nombrado el consejo y prevenido yo por Mariño, procuré con el mayor empeño hacer atmósfera en pro de mi protejido, viendo á los vocales, conversándoles del suceso y diciéndoles qué clase de hombre era el acusado, sus servicios, su valor heróico y el amor que por esas razones le tenia.

Reunióse el consejo el dia y hora indicado, y Gomez fué llevado ante él, con todas las formalidades y aparato militar, que son imponentes.

La opinion del Batallon se habia hecho miéntras tanto unánime contra Gomez. Solo habia disputas sobre su suerte. Los unos creian que seria fusilado; los otros que no, que seria recargado, porque el Jeneral en Jefe, en presencia de sus méritos y servicios, que yo haria constar, le conmutaria la pena, dado el caso que el consejo le sentenciára á muerte.

Yo era el único que no tenia opinion fija.

Parecíame á veces que Gomez era el asesino, otras dudaba,

y lo único que sabia positivamente era que no omitiria esfuerzo por salvarle la vida.

A fin de no perder tiempo, asistí como espectador al juicio, mas, viendo que el ánimo de algunos era contrario á mi ahijado, me disgusté sobre manera y me volví á mi campo sumamente contrariado.

Se leyó la causa, y cuando llegó el momento de votar, el Consejo se encontró atado. En conciencia, ninguno de los vocales se atrevia á fallar condenando ó absolviendo.

Entónces, guiado el Consejo por un sentimiento de rectitud y de justicia, hizo una cosa indebida.

Remitieron los autos y resolvieron esperar. Y volviendo estos sin tardanza el Consejo Ordinario se convirtió en Consejo de Guerra verbal, teniendo el acusado que contestar á una porcion de preguntas sujestivas, cuyo resultado fué, — la condenacion del Cabo.

Los que presenciaron el interrogatorio, me dijeron que el valiente de Curupaití no desmintió un minuto siquiera su serenidad, que á todas las preguntas contestó con aplomo.

Antes de que el Cabo estuviera de regreso del Consejo, ya sabia yo cuál habia sido su suerte en él.

Púseme en movimiento, pero fué en vano. Nada conseguí. El superior confirmó la sentencia del Consejo, y al dia siguiente en la Orden Jeneral del Ejercito, salió la órden terrible mandando que Gomez fuera pasado por las armas al frente de su Batallon, con todas las formalidades de estilo.

No habia que discutir ni que pensar en otra cosa, sino en los últimos momentos de aquel valiente infortunado.

La clemencia es caprichosa!

Los preparativos consistieron en ponerle en capilla y en hacer llamar al confesor.

Todos habian acusado á Gomez y todos sentian su muerte.

El Cabo oyó leer su sentencia, sin pestañar, cayendo despues en una especie de letargo. Yo me acerqué varias veces á la carpa en que se le habia confinado, hablé en voz alta con el centinela y no conseguí que levantára la cabeza.

El confesor llegó; era el Padre Lima.

Gomez era cristiano y le recibió con esa resignacion consoladora, que en la hora angustiosa de la muerte dá valor.

El Padre estuvo un largo rato con el reo, y dejándole otro solo, como para que replegase su alma sobre sí misma, vino donde yo estaba encantado de la grandeza de aquel humilde soldado.

Quise preguntarle si le habia confesado algo del crímen que se le imputaba, y me detuve ante esa interrogacion tremenda, por un movimiento propio y una admonicion discreta del sacerdote, que sin duda conoció mi intencion y me dijo, «queda preparándose.»

Yo pasé la noche en vela junto con el Padre. El por sus deberes, y yo por mi dolor que era intenso, verdadero, imponderable, no podíamos dormir.

Queria y no queria hablar por última vez con el Cabo. Me decidí á hacerlo.

Pobre Gomez! Cuando me vió entrar agachándome en la carpa, intentó incorporarse y saludarme militarmente. Era imposible por la estrechez.

— No te muevas, hijo, le dije.

Permaneció inmóvil.

— Mi Comandante! murmuró.

Al oir aquel mi Comandante, me pareció escuchar este reproche amargo: vd. me deja fusilar.

— He hecho todo lo posible por salvarte, hijo.

— Ya lo sé, mi Comandante, repuso, y sus ojos se arrasaron en lágrimas, y los mios tambien, abrazándonos.

Dominando mi emocion, le pregunté:

— ¿Cómo hiciste eso?

— Borracho, mi Comandante.

— Y cómo me lo negaste el primer dia?

— Vd. me preguntó por un vivandero, y yo creia haber muerto al alferez Guevara.

— Esa fué tu intencion?

— Sí, mi Comandante, me habia dado un bofeton el dia del asalto de Curupaití, sin razon alguna.

— Y qué has confesado en el Consejo?

— Mi Comandante, no lo sé. Yo he creido que el muerto

era el alferez. Me han preguntado tantas cosas que me he perdido.

Salí de allí . . .

Hablé con el Padre y le rogué le preguntára á Gomez qué queria.

Contestó que nada.

Le hice preguntar, si no tenia nada que encargarme, que con mucho gusto lo haria.

Contestó, que cuando viniese el Comisario, le recojiese sus sueldos; que le pagase *un peso* que le debia al sarjento 1º de su compañía y que el resto se lo mandára á su hermana que vivia en la Esquina, villorio de Corrientes rayano de Entre-Rios.

Pasó la noche tristemente y con lentitud.

El dia amaneció hermoso, el batallon sombrío.

Nadie hablaba. Todos se aprestaban en sepulcral silencio para las 8.

Era la hora funesta y fatal.

La órden, que yo presidiera la ejecucion.

No lo hice, porque no podia hacerlo. Estaba enfermo.

Mi segundo salió on el batallon y mandó el cuadro.

Yo me quedé en mi carreta. La caja batia marcha lúgubremente.

Yo me tapé los oidos con entrambas manos.

No queria oir la fatídica detonacion.

Despues me refirieron como murió Gomez.

Desfiló marcialmente por delante del batallon repitiendo el rezo del sacerdote.

Se arrodilló delante de la bandera, que no flameaba sin duda de tristeza.

Le leyeron la sentencia y dirijiéndose con aire sombíro á sus camaradas, dijo, con voz firme, cuyo éco repercutió con amargura.

— Compañeros! así paga la Patria á los que saben morir por ella.

Testuales palabras, oidas por infinitos testigos que no me desmentirán.

Quisieron vendarle los ojos y no quiso.

Se hincó .... Un resplandor brilló .... los fusiles que apuntaron .... oyóse un solo estampido .... Gomez habia pasado al otro mundo.

El batallon volvió á sus cuadras y los demás piquetes del ejército á las suyas, impresionados con el terrible ejemplo; pero llorando todos al Cabo Gomez.

A los pocos dias yo tuve una aparicion .... Decididamente hay vidas inmortales.

VIII.

El palmar de Yataití. — Sepulcro de un soldado. — Su memoria. — Sus últimos deseos cumplidos. — El rancho del Jeneral Gelly y lo que allí pasó. — Resurreccion. — Vision realizada. — Fanatísmo.

A inmediaciones de mi reducto estaba el palmar de Yataití, donde tantos y tan honrosos combates para las armas arjentinas tuvieron lugar.

Allí fué enterrado el Cabo Gomez, y sobre su sepulcro mandé colocar una tosca cruz de pino con esta inscripcion: «Manuel Gomez, cabo del 12 de línea.»

Durante algunas horas, su memoria ocupó tristemente la imajinacion de mis buenos soldados. Y, poco á poco, el olvido, el dulce olvido, fué borrando las impresiones luctuosas de ese dia. Al siguiente, si su nombre volvió á ser mentado, no fué ya á impulsos del dolor sufrido.

Así es la vida, y así es la humanidad. Todo pasa, felizmente, en una sucesion constante, pero interrumpida, de emociones tiernas ó desagradables, profundas ó superficiales. Ni el amor, ni el odio, ni el dolor, ni la alegría absorben por completo la existencia de ningun mortal. Solo Dios es imperecedero.

La muchedumbre olvidó luego, como ves, el trájico fin del Cabo.

Yo me dispuse á cumplir sus últimas voluntades.

Llamé al Sarjento 1º de la compañía de Granaderos, y con esa preocupacion fanática que nos hace cumplir estrictamente los caprichos póstumos de los muertos queridos, le pagué *el peso* que le debia el Cabo.

Confieso que despues de hacerlo, sentí un consuelo inefable.

Cuesta tanto á veces cumplir las pequeñeces!

Es por eso que el hombre debe ser observado y juzgado por sus obras chicas, no por sus obras grandes.

En el cumplimiento de las últimas, está interesado jeneralmente el honor ó el crédito, el amor propio ó el orgullo, el egoismo ó la ambicion.

En el cumplimiento de las primeras no influye ninguno de esos poderosos resortes del alma humana, sino la conciencia.

Chancelada la deuda con el sarjento, me quedaba por hacer la remision prometida de los haberes devengados de Gomez á la Esquina.

Esperar el Comisario era un sueño. ¿Cuándo vendria éste? Y si venia, estaria yo vivo? Me entregaria, sobre todo, los sueldos del cabo? El Estado no es el heredero infalible de nuestros soldados muertos en el campo de batalla, por él mismo, ó por la libertad de la Patria, ó por su honor ultrajado?

No es esa la consecuencia del odioso é imperfecto sistema administrativo militar que tenemos?

Gomez, no era un soldado antiguo en mi batallon. Reservándome, pues, ver si recojia sus sueldos de Guardia Nacional, resolví mandarle á su hermana los seis ú ocho que se le debian como soldado de línea.

Simbad, el corresponsal del *Standard* á la sazon en el teatro de la guerra, era vecino de la Esquina y mi antiguo amigo.

Debo á él la iniciacion en un mundo nuevo, la lectura del *Cosmos*, — ese monumento imperecedero de la sapiencia del siglo XIX.

De *Simbad* iba á valerme para remitir á su destino la pequeña herencia.

Habrian pasado *cincuenta y dos* horas desde el instante en que el Cabo Gomez, segun dejo relatado, recibió en su pecho intrépido las balas de sus propios campañeros en cumplimiento de una órden y del mas terrible de los deberes.

Yo habia ido de mi reducto, segun costumbre que tenia, al alojamiento del jefe de Estado Mayor.

Tenia éste dos puertas. Una que daba al naciente y otra al poniente. La última estaba abierta. El Jeneral Gelly escribia con una pausa metódica, que le es peculiar, en una mesita, cuya colocacion variaba segun las horas y la puerta por donde entraba el sol. Esta vez se hallaba colocada cerca de la puerta abierta. Yo estaba sentado en una silla de vaqueta paraguaya, dándole la espalda.

En qué pensaba?

Probablemente, Santiago amigo, en lo mismo que aquel tipo de comedia de San Luis, que te ponderaba un dia las delicias de su Estancia.

Aquí me lo paso, te decia cierta hermosa tarde de primavera desde el corredor, que dominaba una vasta campiña, *pensando . . . pensando . . . .*

Y tú, interrumpiéndole, con tu sorna caracteristica, — *en qué . . . . en qué.*

Y el pobre hombre contestaba, — *en nada . . . . en nada . .*

El Jeneral era distraido de su escritura á cada paso, por oficiales que se presentaban con distintas solicitudes, — dirijiéndole la palábra desde el dintel de la puerta.

Yo seguia *pensando . . . .*

En el instante en que mi pensamiento se perdia, qué sé yo en qué nebulosa, un éco del otro mundo, con tonada correntina, resonó en mis oidos.

— Aquí te vengo á ver V. E. para que . . . .

Mi sangre se heló . . . mi respiracion se interrumpió . . . . quise dar vuelta, imposible!

— Estoy ocupado, murmuró el Jeneral, y el ruido del rasguear de su pluma que no se interrumpió, produjo en mi cabeza un efecto nervioso, semejante al que produce el rechinar estridoroso de los dientes de un moribundo.

— Haceme, ché, V. E., el favor . . . .

— Estoy ocupado, repitió el Jeneral.

Yo sentí algo como cuando en sueños se nos figura que una fuerza invisible nos eleva de los cabellos hasta las alturas en que se ciernen las águilas.

Debia estar pálido, como la cera mas blanca.

El Jeneral Gelly fijó casualmente su mirada en mí, y al

ver la emocion angustiosa de que era presa preguntóme con inquietud.

— Qué tiene vd?

No contesté.... Pero oí.... El vértigo iba pasando ya.

El Jeneral estaba confuso. Yo debia parecer muerto y no enfermo.

— Mansilla! dijo.

— Jeneral, repuse, y haciendo un esfuerzo supremo, dí vuelta la cabeza y miré á la puerta.

Si hubiese sido mujer, habria lanzado un grito y me hubiera desmayado.

Mis labios callaron; pero como suspendido por un resorte y á la manera de esos maniquíes mortuorios que se levantan en las tablas de la escena teatral, fuíme levantando poco á poco de la silla y como queriendo retroceder.

— Ché, V. E. hacé vos el favor, volvió á oirse.

El Jeneral Gelly, se puso de pié, y dirijiéndose á la voz que venia de la puerta, contestó:

— Qué quieres?

Yo sentí un sudor frio por mi frente, y llevando mi mano á ella y como queriendo condensar todas mis ideas y recuerdos ó hacerlos converjir á un solo foco, miré al Jeneral y esclamé con pavor:

— El Cabo Gomez.

Efectivamente, el Cabo Gomez estaba ahí, en la puerta del rancho del Jeneral, con el mismo rostro que tenia la noche que le ví por última vez.

Solo su traje habia variado. No revistia ya el uniforme militar, sino un traje talar negro.

Mis ojos estuvieron fijos en él un instante; que me pareció una eternidad.

El Jeneral Gelly volvió á repetir:

— Vamos, qué quieres? Y dirijiéndose á mí: — Está vd. enfermo?

La aparicion contestó:

— Quiero que me dejes velar la crucesita de mi hermano.

— La crucesita de tu hermano? repuso el Jeneral, con aire de no entender bien.

— Sí, pues, Manuel Gomez, que ya murió....

Y esto diciendo, echó á llorar, enjugando sus lágrimas con la punta del pañuelo negro que cubria sus hombros.

Miéntras se cambiaron esas palabras, yo volví en mí.

— Y dónde está la crucesita de tu hermano, dijo el Jeneral.

— En el cementerio de la Lejion Paraguaya.

Entónces, tomando yo la palabra, como que aquella desdichada mujer no podia dejar de interesarme, la dije:

— No, estás equivocada, la cruz de Gomez no está ahí.

— Yo sé, murmuró.

Queriendo convencerla, la dije:

— Yo soy el jefe del 12 de línea, que era el cuerpo de tu hermano.

— Yo sé, murmuró, retrocediendo con marcada impresion de espanto.

— Yo tengo los sueldos de tu hermano para tí; ven á mi batallon, que está en el reducto de la derecha, te los daré y te haré enseñar donde está su cruz.

— Yo sé, murmuró.

Un largo diálogo se siguió. Yo pugnando porque la mujer fuera á mi reducto para darle los sueldos de su hermano é indicarle el sitio de su sepultura, y ella aferrada en que no, contestando solo — *Yo sé.*

El Jeneral Gelly, picado por la curiosidad de aquel carácter tan tenaz, al parecer, la hizo varias preguntas:

— De dónde vienes?

— De la Esquina.

— Cuándo saliste de allí?

— Antes de ayer.

— Dónde supiste la muerte de tu hermano?

— En ninguna parte.

— Cómo en ninguna parte?

— En ninguna parte, pues.

— Te la han dado en Itapirú, ó aquí en el campamento?

— En ninguna parte.

— Y entónces, cómo la has sabido?

La hermana de Gomez, refirió entónces, con sencillez,

que en sueños habia visto á su hermano que lo llevaban á fusilar; que como sus sueños siempre le salian ciertos habia creido en la muerte de aquel, y que tomando el primer vapor que pasó por la Esquina, se habia venido á velar su crucesita, que estaba en el cementerio de los paraguayos, idea que era fija en ella.

A las interpelaciones del Jeneral Gelly siguieron las mias.

El sueño de la hermana de Gomez habia tenido lugar precisamente en el momento en que éste estaba en capilla, recibiendo los ausilios espirituales.

Un hilo invisible y magnético, une la existencia de los séres amantes, que viven confundidos por los vínculos tierníssimos del corazon.

Y, como ha dicho un gran poéta inglés: Hay mas cosas en el cielo y en la tierra de las que ha soñado la filosofía.

Empeñéme con la mujer cuanto pude, á fin de que fuera á mi Reducto, intentando seducirla con el halago de los sueldos de su hermano.

Fué en vano!

El Jeneral la despidió, diciéndole, que podia velar la crucesita de su hermano.

Y despues de cambiar algunas palabras conmigo sobre aquel estraño sueño realizado, filosofando sobre la vida y la muerte, á mis solas, me volví á mi campo.

Mandé llamar á Garmendia en el acto, y le relaté todo lo sucedido.

Despachamos en seguida emisarios en busca de la hermana de Gomez.

Halláronla; pero fué inútil luchar contra su inquebrantable resolucion de no verme, y ménos convencerla de que la crucesita de su hermano no estaba en el cementerio que ella decia.

Esa noche hubo un velorio al que asistieron muchos soldados y mujeres de mi batallon prevenidos por mí.

Por ellos supe que la hermana de Gomez, siendo yo el jefe del 12, me achacaba á mí su muerte, y, así mismo, que en la Esquina tenia algunos medios de vivir, confirmando

todos, por supuesto, que la noticia del fusilamiento se la dió Dios en sueños.

Al dia siguiente del velorio la mujer desapareció del ejército, sin que nadie pudiera darme de ella razon.

El único mérito que tiene este cuento de fogon, que aquí concluye, es ser cierto.

No todas las historias pueden revindicar ese crédito.

Si será verdad que el público no se ha dormido leyéndolo?

A los del fogon le pasaron distintas cosas.

Cuando yo terminé, unos roncaban, otros (la mayor parte) dormian.

Se oian sonar los cencerros de las tropillas; la luna despedia ya alguna claridad.

— A caballo! cordobeses, grité, se acabaron los cuentos.

Y todo el mundo se puso en movimiento, y un cuarto de hora despues rumbeábamos en direccion á un oasis denominado. — Monte de la Vieja.

Buenas noches! por no decir buenos dias ó salud, lector paciente.

IX.

La Alegre. — En qué rumbo salimos. — Los viajes son un placer? — Por qué se viaja. — Monte de la Vieja. — El alpataco. — El Zorro colgado. — Pollohelo. — Ushelo. — Qué es aplastarse un caballo? — Coli Mula. — La trasnochada. — Precauciones.

La Alegre, es una laguna de agua dulce, permanente, cuyo nombre le cuadra muy bien, como que está situada en un accidente del terreno de cierta elevacion, circunvalada de médanos y arbustos, que suministran una excelente leña, y de abundante pasto.

Las cabalgaduras seu dieron allí una buena panzada, que no se les indijestó. Ojalá que á tí y al lector les sucediera lo mismo con el cuento del Cabo Gomez! Si sucediese lo contrario, me veria en el caso de suprimir otros que deben venir á su tiempo.

Nos pusimos en marcha.

El rumbo, Sur recto, — ó *reuto,* como dicen los paisanos.

El camino, ó mejor dicho, la rastrillada, cruzaba por un campo lleno de chañaritos espinosos. La luna estaba en su descenso, el cielo nublado, la noche oscura; de modo que no pudiendo ver con facilidad los objetos, á cada paso rehuia el caballo la senda por no espinarse, espinándose el jinete y evitando el culebreo del animal que nos durmiéramos profundamente.

Todos los que viajan, ponderan alguna maravilla, la que mas ha llámado su atencion, ó tienen alguna anécdota favorita, algo que contar en suma, aunque mas no sea, que han estado en Paris, barniz que no á todos se les conoce.

¿Dirás que esto no es cierto?

En lo que suelen estar divididas las opiniones de los *tourist*, y desde luego las opiniones de los que no han viajado, que es mas fácil coincidir en pareceres cuando se conocen prácticamente las cosas, — es sobre el capítulo: placer de los viajes.

Ni todos, viajan del mismo modo, ni por las mismas razones, ni con el mismo resultado.

Se viaja por gastar el dinero, adquirir un porte y un aire *chic*, comer y beber bien.

Se viaja por lucir la mujer propia, y á veces la ajena.

Se viaja por instruirse.

Se viaja por hacerse notable.

Se viaja por economía.

Se viaja por huir de los acreedores.

Se viaja por olvidar.

Se viaja por no saber que hácer.

Vamos, seria inacabable el enumerar todos los motivos *por qué* se viaja; como seria inacabable decir *para* qué se viaja.

No olvidemos que estas dos preposiciones, aunque son muy parecidas, gramaticalmente no significan lo mismo. Ambas significan causa ó fin; pero *para* responde mas que *por* á la idea de efecto.

Por ejemplo:

¿No es comun ir á Europa por instruirse para olvidar lo poco que se ha aprendido en la tierra?

¿No suele suceder hacer un viaje *por* curarse *para* morir en el camino?

Ir *por* lana *para* salir trasquilado.

Madame de Staël dice, que viajar es, digan lo que quieran, un placer tristísimo.

Sea de esto lo que fuere, yo digo que viajando por los campos, en noche clara ú oscura, es un placer dormir.

Por mi parte, al tranco, al trote ó al galope, yo duermo perfectamente. Y no solo duermo, sino que sueño.

Cuántas veces un amigo que tengo en Córdoba, Eloy Avila, no sorprendió mis sueños, y yendo á la par mia, no me alzó el rebenque.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que el camino de la laguna Alegre al Monte de la Vieja, no permitiendo dormir á gusto por el inconveniente de los arbustos, me pareció poco divertido.

Por fortuna, el terreno era mejor que el de la primera etapa. El guadal no nos amenazaba á cada paso, las mulas cargueras no caian y levantaban acá y acullá como ántes de llegar á la Alegre.

Serian las tres y media de la mañana cuando llegamos al Monte de la Vieja.

Amanecia muy tarde, así fué que resolví pasar alli otro rato.

Desensillar y á la leña! fué el grito de órden.

El fogon volvió á arder con una rapidez maravillosa.

Uno de los talentos del gaucho arjentino, consiste en la prontitud con que halla leña, y en la asombrosa facilidad con que hace fuego.

Ellos hallan leña donde ningun otro la vé, y hacen fuego en el agua.

Y á propósito de leña que no se vé, conoces, Santiago, lo que es el algarrobo *alpataco?*

Es un arbustito muy pequeño, cuyo desarrollo se hace subterráneamente, echando raices gruesísimas, que aunque estén verdes, tienen tanta resina, que arden como sebo.

Tú conoces el chañar. Pues así es el *alpataco.*

En los campos al Sud del Rio 4°, particularmente en los de Sampacho, y en algunos al Sud del Rio 5° abunda este arbustito, que mas bien parece un algarrobo comun naciente.

El ojo necesita estar ejercitado para distinguir el uno del otro.

Se puso un asado!

Miéntras se hacia, habiendo calentado agua en un verbo se cebaba mate y se daban sendas cabeceadas.

En este fogon no hubo cuentos. Hubo hambre y sueño y algunas órdenes para en cuanto amaneciera.

Comimos, dormimos, y cuando ..... iba á decir gorjeaban las avecillas del monte .....

Pero que, si en la Pampa no hay avecillas, — por casua-

lidad se ven pájaros, tal cual carancho. Las aves, escepto las acuáticas, buscan la inmediacion de los poblados.

Y luego, en Monte de la Vieja no es mas que un pequeño grupo de árboles, no muy viejos, bajo cuyo destruido ramaje apenas pueden guarecerse unas cuantas personas.

La luz crepuscular venia anunciando el dia en el momento en que cumpliendo mis órdenes, se pusieron en juego todos los asistentes al llamado de Camilo Arias, un hombre de toda mi confianza, Alferez de Guardia Nacional del Rio 4°, cuja pintura no faltará ocasion de hacer.

Era completamente de dia cuando dejábamos el Monte de la Vieja, dirijiéndonos á otro paraje, donde debia haber leña y agua sobre todo.

El rumbo era Sud-arriba, ó Sud con algunos grados de inclinacion al Oeste.

La noche habia estado templada, así fué que la mañana no presentó ninguno de esos fenómenos meteorolójicos que suele ofrecer la Pampa, cuando despues de un rocío abundante ó de una fuerte helada sale el sol caliente.

Marchábamos.

El terreno presenta pocos accidentes; cañadas y cañadones, que se van encadenando, montecitos de pequeños arbustos quemados aquí, creciendo ó retoñando allí; salitrales que engañan á la distancia, con su superficie plateada como la del agua.

El objetivo á que me dirijia era el Zorro Colgado.

Por qué se llama así este lugar, es echarse á nadar, buscando un objeto perdido. Probablemente el primer cristiano que llegó allí halló un zorro colgado por los indios en algun árbol.

Seis leguas representan, no andando con apuro, dos horas y media de camino; contemplando las cabalgaduras, como es debido, en las correrías lejanas, un poco mas.

Cuando llegamos al Zorro Colgado serian las diez de la mañana.

El campo recorrido es muy solo. No tiene vichos ó *aves*, como les llaman los paisanos á los venados, peludos, mulitas, guanacos, etc.

El Zorro Colgado no estaba por supuesto.

Aquel punto es un grupito de árboles, chañares viejos, mas altos que corpulentos. Tiene una aguadita que se seca cuando el año no es lluvioso.

Allí paramos un rato, lo bastante para que las bestias de carga que se habian quedado atrás llegáran, y despues de haber bebido bien seguimos caminando en el mismo rumbo, hasta llegar á *Pollo-helo,* que quiere decir, en lengua ranquelina, Laguna del Pollo, y cuya pronunciacion debe hacerse nasal ó gangosamente, verbi-gracia, como si la palabra estuviese escrita así y debieran sonar todas las letras *Pollonguelo.*

Aquí variamos de rumbo un poco buscado el Sud recto, y así seguimos, como legua y media, por un campo muy guadaloso y pesado, en el que caimos y levantamos varias veces, lo mismo que las mulas de carga, hasta llegar á *Us-helo,* donde hay otro grupo de árboles, una aguada semejante á la anterior y una lagunita de agua salobre; pero potable no habiendo seca.

Las cabalgaduras se habian *aplastado* algo con la legua y media de guadal.

Aplastarse, es un término del pais, que vale mas que fatigarse y ménos que cansarse, cuando se quiere espresar el estado de un caballo.

Hicimos alto, se hizo fuego, se hizo cama para una siesta, se descansó, se tomó mate, se durmió y á las cansadas llegaron las mulas de carga, que habiendo caido en una cañada mojaron las petacas de los padres franciscanos.

Serian las tres cuando nos movimos de aquí, en direccion á *Coli-mula,* que de la etapa anterior queda en rumbo Sud.

Este trayecto es mas variado que los demás; el terreno se quiebra acá y allá en grandes bajíos salitrosos y en grupos considerables de arbustos crecidos.

En un inmenso pajonal, sembrado de grandes árboles diseminados; pillamos un caballo que hacia pocos dias andaba por allí, pues, no estaba alzado aun.

Cuando llegamos á Coli Mula, que quiere decir, mula colorada, habíamos andado tres leguas.

No sé porque se llama así este paraje. No hay árboles. Es una linda lagunita circular, de agua excelente y abundante que dura mucho.

Resolví descansar allí hasta las nueve de la noche, y adelantar dos hombres.

El cielo comenzaba á fruncir el ceño, una barra negra se dibujaba en el horizonte hácia el lado del poniente, el sol brillaba poco.

Ibamos á tener viento á agua.

Llamé al Cabo Guzman, magnífico tipo criollo y al indio Anjelito, escribí algunas cartas, les dí mis instrucciones y los despaché, despues de asegurarme de que habian entendido bien.

Llevaban encargo especial de llegar á las tolderías del cacique Ramon que son las primeras y de decirle que pasaria de largo por ellas, no sabiendo si al cacique Mariano le pareceria bien que visitase primero á uno de sus subalternos y que al regreso lo haria.

Partieron los chasquis.

Miéntras yo tomaba las antedichas disposiciones, otros se ocupaban en hacer un buen fogon, preparándonos para la trasnochada.

Los chasquis no se habian perdido de vista aun, cuando frescas y récias ráfagas de viento comenzaron á augurar la inevitable proximidad de la tormenta.

El cielo se puso negro.

La esperiencia nos dijo, que debíamos renunciar al folgon y al asado y prepararnos para una noche toledana, por no decir pampeana.

El viento arreció, gruesas gotas de agua comenzaron á caer, la noche avanzaba, ó mejor dicho, se anticipaba con rapidez.

Pronto estuvimos envueltos en una completa oscuridad.

Llovia á cántaros, silbaba el viento, eléctricos fulgores resplandecian en el cielo á distancias inconmensurables, haciendo llegar hasta nuestros oidos el ruido sordo del rayo.

Las tropillas se habian agrupado, daban las ancas al viento y permanecian inmóviles.

Cada cual se habia acurrucado lo mejor posible, y con maña procuraba mojarse lo ménos posible. No teníamos siquiera donde hacer espalda, ni era posible conversar; porque el ruido de la lluvia, que caia á torrentes, ahogaba las palabras que salian de abajo de los ponchos ó capotes, con que estábamos cubiertos hasta la cabeza.

Durante dos horas llovió sin cesar cayendo el agua á plomo.

Cuando las intermitencias del aguacero lo permitian, yo cambiaba algunas palabras con Camilo Arias, que estaba casi pegado á mi lado.

En una de esas pláticas diluvianas, le dije así:

— Puede ser que los indios me maten, es difícil; pero no lo es que quieran retenerme, con la ilusion de un gran rescate. En este caso es preciso que el Jeneral Arredondo lo sepa sin demora. Preven á los muchachos, — eran estos cinco hombres especiales, — mis baqueanos de confianza.

Será señal de que *ando mal*, que no tenga en el cuello este pañuelo.

Era un pañuelo de seda de la india colorado, que siempre uso en el campo debajo del sombrero por el sol y la tierra.

Puede, sin embargo, suceder que tenga que regalar al pañuelo. En este caso, la señal será que me vean con la *pera trenzada*.

No comuniques esto mas que á los *muchachos*. Y cuando lleguemos á las tolderías no te acerques á hablar conmigo jamás. Sírvete de un intermediario.

Camilo, es como un árabe, habla poco; sabe que la palabra es plata y el silencio oro, contestó solo:

— Está bien, señor.

Y yo me quedé seguro de que me habia entendido y rumeando: algun mosquetero llegará á Londres y hablará con Buckingham.

Ya verás despues que caso estraordinario sucedió con mi pera. (Te prevengo que estoy hablando de la barba.)

Y como sigue lloviendo y estoy mojado hasta la camisa, me despido hasta mañana.

X.

No es posible seguir la marcha. — Civilizacion y barbarie. — En qué consiste la primera. — Reflexiones sobre este tópico. — En marcha. — Manera de cambiar de perspectiva sin salir de un mismo lugar. — Asombroso adelanto de estas tierras. — Ralico. — Tremencó Medano del Cuero. — El Cuero. — Sus campos.

El hombre propone y Dios dispone.

Fué imposible seguir la marcha á las 9.

La lluvia cesó á las cuatro horas; pero el cielo quedó encapotado, amenazando volver á desplomarse, el aquilon continuó rujiendo y los relámpagos serpenteando en el cielo, por los espacios sin fin.

Pensé en que la jente masticára. Arriba! grité, vamos, pronto, hagan un buen fuego, pongan un asado y una pava de agua!

Los asistentes salieron de sus guaridas y un momento despues chisporroteaba el verde y resinoso chañar.

El asado se hacia, el agua hervia, unos cuantos rodeaban el fuego calentándose, secándose sus trapitos, mirando al cielo y haciendo cálculos sobre si volveria á llover ó no.

El fogon estaba hecho y en regla, porque de su centro se elevaban grandes y relumbrosas llamaradas.

Era imposible resistirle. Mas fácil habria sido que una mujer pasára por delante de un espejo sin darse la inefable satisfaccion platónica de mirarse en él.

Abandoné la postura en que me habia colocado, y permanecido tanto rato, y me acerqué á él.

Me dieron un mate.

Los buenos franciscanos intentaban dormir rendidos por la fatiga del dia y de la noche anterior, — que quien no está hecho á bragas las costuras le hacen llagas.

Haciendo uso de la familiaridad y confianza que con éllos tenia, les obligué á levantarse y á que ocupáran un puesto en la rueda del fogon.

Apuramos el asado, desperramamos brasas, lo estendimos y no tardó en estar.

Miéntras estuvo nos secamos.

Comimos bien, hicimos camas con alguna dificultad; porque todo estaba anegado y las *pilchas* muy mojadas y nos acostamos á dormir.

Dormimos perfectamente. Qué bien se duerme en cualquier parte cuando el cuerpo está fatigado!

Si los que esa noche se revolvian en elástico y mullido lecho ajitados por el insomnio, nos hubieran oido roncar en los albardones de Coli Mula, qué envidia no les hubiéramos dado!

Es indudable que la civilizacion tiene sus ventajas sobre la barbárie; pero no tantas como aseguran los que se dicen civilizados.

La civilizacion consiste, si yo me hago una idea exata de ella en varias cosas.

En usar cuellos de papel, que son los mas económicos, — botas de charol y gantes de cabritilla. En que haya muchos médicos y muchos enfermos, muchos abogados y muchos pleitos, muchos soldados y muchas guerras, muchos ricos y muchos pobres. En que se imprimam muchos periódicos y circulen muchas mentiras. En que se edifiquen muchas casas, con muchas piezas y muy pocas comodidades. En que funcione un gobierno compuesto de muchas personas como Presidente, Ministros, Congresales, y en que se gobierne lo ménos posible. En que haya muchísimos hoteles y todos muy malos y todos muy caros.

Verbi-gracia, como uno en que yo paré la última noche que dormí en el Rosario, — que intenté dormir para ser mas verídico.

Son precisamente las camas de ese hotel, las que me han sujerido estas reflexiones tan vulgares.

Ah! en aquellas camas habia de cuanto Dios crió, el quinto dia, que si mal no recuerdo fueron: «los animales domésticos, segun su especie y los reptiles de la tierra, segun su especie.»

Todo lo cual, segun afirma el Jénesis, el Supremo Hacedor vió que *era bueno*, aunque es cosa que no me entra á mí en la cabeza, que los animales domésticos del referido hotel del Rosario hayan jamás sido cosa buena; y ménos la noche en que yo estuve en él, en que juraria, á fé de cristiano, que me parecieron algo mas que cosa mala, cosa malísima, tan insoportable que me creo en la obligacion de preguntar.

No tiene la civilizacion el deber de hacer que se supriman esas cosas, que pudieron ser buenas al principio del mundo; pero que pueden ser puestas en duda en un siglo en el que tenemos cosas tan buenas como las de *Orion?*

Qué hacen los gobiernos entónces?

No nos dice la civilizacion todos los dias en grandes letras que el gobierno es para el pueblo?

Que en lugar de invertir los dineros públicos en torpes guerras debe aplicarlos á mejorar la condicion del pueblo?

No hay inspectores de puentes y caminos, inspectores de aduanas, inspectores de fronteras, inspectores de escuelas, inspectores de todo y así vá ello?

Pues, y por qué no ha de haber inspectores de hoteles?

Acaso no se relacionan estos establecimientos muy íntimamente con la salud pública?

No se albergan en ellos, — el cólera, la fiebre amarilla, y tantas otras *cosas* que Dios crió el quinto dia, y que en su atraso inocente y primitivo, creyó que eran buenas y que así las legó en herencia á la desagradecida humanidad?

Se cree que faltarian inspectores de hoteles?

Provéase el cargo por oposicion, prévio exámen de conocimientos, aptitudes, moralidad, estado fisiolójico de los candidatos y se verá, sin tardanza que sobra patriotismo en el pais?

No digo pagando bien el empleo, que es el modo mas eficaz de salvar la moral administrativa, y el medio mas seguro, sobre todo, de que abunden impetrantes.

Cualquier renumeracion que se ofreciese bastaria.

Hay en el pais, felizmente, el convencimiento de que todos deben tributarle á la patria abnegacion, tiempo, sangre, alma y vida.

Esta gran conquista es debida á la educacion oficial dada por los buenos gobiernos que hemos tenido á la Guardia Nacional.

Ella ha hecho todo, — guerras interiores, guerras de frontera, guerras esteriores.

Decididamente la civilizacion es de todas las invenciones modernas, una de las mas útiles al bienestar y á los progresos del hombre?

Empero, mientras los gobiernos no pagan remedio á ciertos males, yo continuaré creyendo en nombre, de mi escasa esperiencia, que mejor se duerme en la calle ó en la Pampa que en algunos hoteles.

Sonaban los cencerros de las tropillas; cada cual se preparaba para subir á caballo, habiendo olvidado sus penas al rededor del fogon;

«Y en el oriente nubloso
«La luz apenas rayando,
«Iba el campo tapizando
«De claro oscuro verdor.»

Galopábamos, aprovechando la fresca de la mañana, y á la derecha en lontananza se veian ya los primeros montes de Tierra Adentro.

Me proponia llegar al Cuero temprano.

Apenas salimos de Coli Mula comprendí que no lo conseguiria.

El campo estaba cubierto de agua, y quebrándose en altos médanos, en cañadas profundas y guadalosas nos obligaba á marchar despacio.

Los caballos hubieran soportado bien una marcha acelerada; las mulas no.

Y, sin embargo, por muy despacio que anduve se que-

daron atrás, porque á cada rato se caian con las cargas y habia que perder tiempo en enderezarlas.

Mas allá de un lugar en el que hay agua y leña, y cuyo nombre es Ralíco, el terreno se dobla sensiblemente formando varios médanos elevados, y es de allí de donde se divisan ya los montes del Cuero.

Los campos comienzan á cambiar de fisonomía y la vista no se cansa tanto espaciándose por la sabana inmensa del desierto solitario, triste, imponente; pero monótona como el mar en calma.

Sin contrastes, hay existencia, no hay vida.

Vivir es sufrir y gozar, aborrecer y amar, creer y dudar, cambiar de perspectiva física y moral.

Esta necesidad es tan grande, que cuando yo estaba en el Paraguay, Santiago amigo, voy á decirte lo que solia hacer, — cansado de contemplar desde mi reducto de Tuyutí todos los dias la misma cosa; las mismas trincheras paraguayas, los mismos bosques, los mismos esteros, los mismos centinelas; sabes lo que hacia?

Me subia al merlon de la batería, daba la espalda al enemigo, me abría de piernas, formaba una curva con el cuerpo y mirando al frente por entre aquellas, me quedaba un instante contemplando los objetos al revés.

Es un efecto curioso para la visual, y un recurso al que te aconsejo recurras cuando te fastidies, ó te canses, de la igualdad de la vida, en esa vieja Europa que se cree jóven, que se cree adelantada y vive en la ignorancia, siendo prueba incontestable de ello, como diria Teófilo Gauthier, que todavía no ha podido inventar un nuevo gas para reemplazar el Sol.

La América, ó mejor dicho, los *americanos* (del Norte), la van á dejar atrás si se descuida.

Por lo pronto nosotros vamos resolviendo los problemas sociales mas difíciles, — degollándonos, — y las teorías y las cifras de Malthus sobre el crecimiento de la problacion no nos alarman un minuto.

Tenemos grandes empíricos de la política, que todos los dias nos prueban, que el dolor puede ser no solo un anes-

tésico, sino un remedio; que las tiranías y la guerra civil son necesarias, porque su consecuencia inevitable, fatal, es la libertad.

Esto te lo demuestran en cuatro palabras y con espantosa claridad, al estremo que nuestra juventud tiene ya sus axiomas políticos de los que no apea, creyendo en ellos á pié juntillos, y demostrándolos prematuramente á su vez por A. B.

Te asombrarías, si volvieses á estas tierras lejanas y vieras lo que hemos adelantado.

Buscarias inútilmente el Molino de viento; el pino de la quinta de Guido se ha escapado por milagro. La civilizacion y la libertad han arrasado todo.

El Paraguay no existe. La última estadística despues de la guerra arroja la cifra de ciento cuarenta mil mujeres y catorce mil hombres.

Esta grande obra la hemos realizado con el Brasil. Entre los dos lo hemos mandado á Lopez á la *difunteria*.

No te parece, que no es tampoco hacer en tan poco tiempo?

Ahora la hemos emprendido con Entre-Rios, donde Lopez Jordan se encargó de despacharlo á Urquiza.

Todos, todos han sentido su muerte muchísimo.

De esta guerrita, en la que nos ha metido la fatalidad histórica nos consolamos, pensando en que se acabará pronto y en que como el Entre-Rios estaba muy rico le hacia falta conocer la pobreza.

La letra con sangre entra.

Es el principio del dolor fecundo.

Te hablo y te cuento estas cosas; porque vienen á pelo. Y no tan á humo de paja, pues, mas adelante verás que ellas se relacionan bastante, mas de lo que parece, con los indios.

No hay quien sostiene que es mejor esterminarlos, en vez de cristianizarlos, civilizarlos y utilizar sus brazos para la industria, el trabajo y la defensa comun, ya que tanto se grita de que estamos amenazados por el esceso de inmigracion espontánea?

Sigamos caminando....

Pasando los médanos de Ralíco, se llega á la aguada de Tremencó. Son dos lagunas, la una de agua dulce, la otra de agua salada. Ambas suelen secarse.

De Tremencó se pasa al médano del Cuero.

De allí al Cuero mismo hay dos leguas.

Esta laguna tendrá unos cien metros de diámetro. Su agua es excelente y durante las mayores secas allí pueden abrevar su sed muchísimos animales, sin mas trabajo que cavar las vertientes del lado del Sur.

En la laguna del Cuero ha vivido mucho tiempo el famoso indio Blanco, azote de las fronteras de Córdoba y San Luis; terror de los caminantes, de los arrieros y troperos.

Ya te contaré como lo eché yo del Cuero con unos cuantos gauchos, sin cuya circunstancia me habria encontrado con él en sus antiguos dominios.

Este episodio tiene su interés social, y les hará conocer á muchos, que no salen de los barrios cultos de Buenos Aires, lo que es nuestra Patria amada, en la que hay de todo y para todo; un negro que mate una familia entera por venganza y por amor, y un blanco que mate un gobernador tambien por amor á la libertad, despues de haber sostenido con su brazo viril la tiranía.

Miéntras tanto, te diré, que los campos entre el Rio 5° y el Cuero son pobre cosa, pasto fuerte, amargo en su mayor parte y sin variacion.

Los campos del Cuero son diferentes. Ricos pastos abundantes y variados; gramilla, porotillo, trébol, cuanto se quiera. Agua inagotable, leña, montes inmensos.

Un estanciero entendido y laborioso allí haria fortuna en pocos años.

Pero del Cuero al Rio 5° hay treinta leguas.

Que le pongan cascabel al gato. De allí á los primeros toldos permanentes, hay otras treinta leguas, y los indios andan siempre boleando por el Cuero.

Estoy esperando las mulas que se han quedado atrás, y reflexionando en la costa de la laguna si el gran ferrocarril

projectado entre Buenos Aires y la Cordillera no seria mejor traerlo por aquí?

No vayas á creer que los indios ignoran este pensamiento. Tambien ellos reciben y leen «La Tribuna».

No sé si serán suscritores.

Te ries, Santiago?

Tiempo al tiempo.

XI.

Quien habia andado por Ralico. — Los rastreadores. — Talento de uno del 12 de línea. — Se descubre quien habia andado por Ralico. — Cuantos caminos salen del Cuero. — El Jeneral Emilio Mitre no pudo llegar allí. Su error estratéjico.

Debo á la fidelidad del relato consignar un detalle ántes de proseguir.

En Ralico hallamos un rastro casi fresco. ¿Quién podia haber andado por allí á esas horas, con seis caballos, arreando cuatro, montando dos?

Solamente el cabo Guzman y el indio Anjelito, — los chasquis que yo adelanté acto contínuo de llegar á Coli-Mula.

Los soldados no tardaron en tener la seguridad de ello. Fijando en las pisadas un instante su ojo esperto, cuya penetracion raya á veces en lo maravilloso, empezaron á decir con la mayor naturalidad, como nosotros cuando yendo con otros reconocemos en la distancia ciertos amigos: ché, ahí vá el gateado, ahí vá el zarco, ahí vá el oscuro chupino.

Los rastreadores mas exímios son los sanjuaninos y los riojanos.

En el batallon 12 de línea hay uno de estos últimos, que fué *rastreador* del Jeneral Arredondo durante la guerra del Chacho, tan hábil, que no solo reconoce por la pisada si el animal que la ha dejado es gordo ó flaco, sino si es tuerto ó no.

Era indudable que la tormenta habia impedido que los chasquis continuáran su camino, que habian dormido en Ralico; y que solo me llevaban un par de horas de ventaja.

Si no se apuraban, ó si por apurarse demasiado fatigaban los caballos, íbamos á llegar á las tolderías del Rincon, que así se llaman las primeras, casi al mismo tiempo.

A cada criatura le ha dado Dios su instinto, su pensamiento, su acento, su alma, — su carácter, por fin. Confieso que este incidente me contrarió sobremanera.

O les daba tiempo á los chasquis para que su comision surtiera efecto, deteniéndome un dia en el camino, — ó seguia viaje sin curarme de ellos corriendo el riesgo de llegar primero.

Es de advertir que del Cuero salen dos caminos. Uno vá por Lonco-uaca, — *lonco* quiere decir cabeza y *uaca* vaca, — y otro por Bayo-manco, que al ocuparme de la lengua ranquelina se verá lo que quiere decir.

Estos dos caminos se reunen en Utatriquin, y de allí la rastrillada sigue sin bifurcarse hasta la laguna Verde.

El camino de Lonco-uaca dá una pequeña vuelta. Pero tiene sobre el de Bayo-manco la ventaja de que en él no falta jamás agua, miéntras que en el otro no se la halla sino cuando el año no está de seca.

Por cual de los dos caminos habian tomado los chasquis: esa era la cuestion.

Los bañados del Cuero no permitirian saberlo; los hallaríamos anegados.

Disimulando mi contrariedad, y pensando en lo que haria, si mis conjeturas se realizaban, es decir, si no podíamos tomarles el rastro á los heraldos, llegué al Cuero.

Allí nos quedamos ayer esperando las mulas, Santiago amigo.

Te cumpliré, pues, cuanto ántes mi oferta para poder seguir viaje y llegar hoy siquiera á Laquinhan, que es donde me propongo dormir.

Estamos á orillas del Cuero, del famoso Cuero, á donde no pudo llegar el Jeneral Emilio Mitre, cuando su espedicion, por ignorancia del terreno, costándole esto el desastre sufrido. Y sin embargo, llegó á Chamalcó, y de allí contramarchó, dejando el Cuero seis leguas al Norte.

Es verdad que el Jeneral buscaba tambien la Amarga,

en su marcha de retroceso, creyendo en las anotaciones d las malas cartas jeográficas que circulan con la Amarga pi tada como una gran laguna, siendo así que no es sino u inmenso cañadon.

Son los desagües del Rio 5°, ya sabes, y lo mas parecid que puedo indicarte son los desagües del Rio 4° ó sean l cañadores de Lobay.

Como tú eres uno de los amigos de la República Arje tina que mas se interesa en ella, que mas se ha preocupad de sus grandes problemas, estudiando la cuestion fronter é indios con una constancia envidiable, te diré en lo qu consistió el error estratéjico principal del Jeneral Mitre.

El Jeneral llegó á Witalobo, lugar muy conocido dond he estado yo.

Son dos médanos que forman un portezuelo. Hay e ellos alfalfa, y de ahí vino la denominacion, que entónces l dieron, de médano de la alfalfa, creyendo haber hecho u descubrimiento.

No puedo decirte con exactitud en qué latitud y longitu queda este punto.

Sin embargo, para que formes juicio mas cabalmente t diré que queda en la derecera Sur de la Carlota.

El Cuero queda de Witalobo al Poniente con una inclin cion al Sur de pocos grados.

En Witalobo hay una encrucijada de caminos — uno d travesía que vá al Cuero, raramente frecuentado por los i dios; y otro conocido por camino de las Tres Lagunas, qu vá á las tolderías de Trenel.

En lugar de tomar este último camino que rumbea Sur, el Jeneral tomó otro, y abandonado á un mal vaquean y sin nociones gráficas, ni ideales, del terreno, no pud correjir sus equivocaciones.

En Chamalco se notan aun los rastros y vestijios dejad por la columna espedicionaria.

La laguna del Cuero está situada en un gran bajo. pocas cuadras de allí el terreno se dobla ex-abrupto, sobre médanos elevados comienzan los grandes bosques del de ierto, ó lo que propiamente hablando se llama Tierra Adentr

Los que han hecho la pintura de la Pampa, suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura, en qué errores descriptivos han incurrido!

Poetas y hombres de ciencia, todos se han equivocado. El paisaje ideal de la Pampa, que yo llamaria, para ser mas exacto, pampas, en plural, y el paisaje real, son dos perspectivas completamente distintas.

Vivimos en la ignorancia hasta de la fisonomía de nuestra Patria.

Poetas distinguidos, historiadores, han cantado al ombú y al cardo de la Pampa.

Qué ombúes hay en la Pampa, qué cardales hay en la Pampa?

Son acaso oriundos de América, de estas zonas?

Quien que haya vivido algun tiempo en el campo, hablando mejor, quien que haya recorrido los campos con espíritu observador, no ha notado que el ombú indica siempre una casa habitada, ó una poblacion que fué; que el cardo no se halla sino en ciertos lugares, como que fué sembrado por los jesuitas, habiéndose propagado despues?

Estos montes del Cuero se estienden por muchísimas leguas de Norte á Sur y de Naciente á Poniente; llegan al rio Chalileo, lo cruzan, y con cortas interrupciones van á dar hasta el pié de la Cordillera de los Andes.

A la orilla de ellos vivia el indio Blanco, que no es ni cacique, ni capitanejo, sino lo que los indios llaman un *indio gaucho*. Es decir, un indio sin ley, ni sujecion á nadie, á ningun cacique mayor, ni menor, á ningun capitanejo; que campea por sus respetos; que es aliado unas veces de los otros, otras enemigo; que unas veces anda á monte, que otras se *arrima* á la toldería de un cacique; que unas anda por los campos *maloqueando*, invadiendo, meses enteros seguidos; otras por Chile comerciando, como ha sucedido últimamente.

Toda la fuerza de este indio, temido como ninguno en las fronteras de Córdoba y de San Luis, y tan vaqueano de ellas como de las demás, se componia en la época á que voy á referirme, de unos ocho ó diez compañeros de averías.

Con ellos invadia jeneralmente, agregándose algunas veces á los grandes malones.

Como en aquel entónces los campos al Sur del Rio 5° y del Rio 4° eran una misma cosa, — dominio de los indios, — las invasiones se sucedian semanalmente, dia de por medio, y hasta diariamente.

El héroe de estas hazañas era, por lo comun, el indio Blanco.

El camino del Rio 4° á Achiras, fué cien veces campo de sus robos y crueldades.

A mi llegada al Rio 4° era imposible dejar de hablar del indio Blanco; porque, á dónde se iba que no oyera uno mentar los estragos de sus depredaciones?

Quien no lamentaba sus ganados robados, lloraba algun deudo muerto ó cautivo.

El tal indio tenia un prestijio terrible.

Yo era, de consiguiente, su rival.

Me propuse, ántes de avanzar la frontera, desalojarlo del Cuero, incomodarlo, alarmarlo, robarlo, cualquier cosa por el estilo.

Pero no queria hacer esta campaña con soldados. La disciplina suele tener los inconvenientes de sus ventajas.

Busqué un contrafuego, acordándome de la máxima de los grandes capitanes, — al enemigo batirlo con sus mismas armas.

Le escribí á mi amigo D. Pastor Hernandez, comandante militar del Departamento del Rio 4°, hombre tan penetrante, como laborioso y constante, — que necesitaba conchavar media docena de pícaros, siendo de advertir que preferia la destreza á la audacia, en una palabra, ladrones.

Hernandez no se hizo esperar. A los pocos dias presentáronseme seis conciudadanos de la falda de la Sierra, con una carta y encabezándolos uno, denominado, el *Cautivo*.

Los fariseos que crucificaron á Cristo no podian tener unas fachas de forajidos mas completa.

Sus vestidos eran andrajosos, sus caras torvas, todos encojidos y con la pata en el suelo, necesitábase estar animado del sentimiento del bien público para resolverse á tratar con ellos.

Entraron donde yo estaba.

Queriendo hacer un estudio social les ofrecí asiento. Me costó conseguir que lo aceptáran; pero instando conseguí que se sentáran.

Lo hicieron, poniendo cada cual su sombrero en el suelo al lado de la silla.

Agacharon todos la cabeza.

Inicié la conferencia con ciertas preguntas como, — cómo te llamas, de dónde eres, en qué trabajas, has sido soldado, cuántas muertes has hecho?

Y luego que la confianza se estableció, proseguí:

Con qué quieren vds. conchavarse?

— Cómo úsia quiéra (contestó el *cautivo,* con esa tonada cordobesa, que consiste en un pequeño secreto, — como lo puede ver el curioso lector ó lectora, en cargar la pronunciacion sobre las letras acentuadas y prolongar lo mas posible la vocal ó primera sílaba.)

En haciendo esto ya es uno cordobés. No hay mas que ensayarlo.

— Vds. son hombres gauchos, porsupuesto.

— Cómo nó, séñor.

— Entienden de todo trabajo?

— De cuánto quiéra.

— Y cuánto ganan?

— A segun úsia.

— Ganan mas de ocho pesos mensuales?

— No, séñor.

— Pues yo les voy á pagar diez; les voy á dar comida, ropa y caballos.

— Cómo úsia guste.

— Sí; pero es que yo los conchavo para robar.

— Y cómo há de ser pues.

— Iremos ánde nos mánde [dijeron varios á una].

— Hum! Y se animarán?

— Y como no séñor úsia.

— Bueno, es para robarles á los indios.

Nadie contestó!

Y ahí está el pais, la causa de la montonera y otras yerbas.

El Coronel los conchavaba para robar; para robarl lucero del alba que fuera. No habia inconveniente. Esta prontos y resueltos á todo, á derramar su sangre, á ju la vida. Lo mismo habria sido ofrecerles diez pesos y t lo demás, que lo que ganaban honradamente.

Obedecian á una predisposicion, á una educacion, á seducciones del caudillaje bárbaro y turbulento. Quizá decian interiormente: este sí que es un Coronel, y lindo!

Mas se trató de los indios, de los mismos que no h muchos meses asolaban su propio hogar, y las disposicic cambiaron con la rapidez del relámpago.

Era miedo? Qué era?

No, no era miedo.

Nuestra raza es valiente y resuelta; no es el temor la muerte lo que contiene al gaucho á veces.

Yo he visto á uno de ellos discurrir como un filósofo el momento de llevarlo á fusilar.

Era un Sarjento: el sacerdote le instaba á confesarse, queria hacerlo.

— Qué, no temes á la muerte?

— Padre, contestó con marcada espresion, la muert un salto que uno dá á oscuras, sin saber donde vá á ca

Fué esto en Chascomús.

Y, qué detenia entónces á los *Voluntarios de la Pa* que así se llamaron al fin; qué los arredraba?

Ah! es triste decirlo. Pero es verdad, y hay que deci para enseñanza de las jóvenes jeneraciones en cuyas ma está el porvenir, las que nos salvarán á nosotros, aspira de la intolerancia y del ódio, enanos del patriotismo que compensa bien, héroes del siglo de oro!

Era la ausencia completa del sentimiento del deber, el horror de toda disciplina.

Ellos tenian bastante sagacidad para comprender yendo á robarle á cualquiera, por mi órden, yo me hacia cómplice.

Yendo á robarles á los indios, el juego cambiaba de pecto; tenian que ir como soldados. Llegaron tal vez á i jinarse que era una jugada mia para reclutarlos.

Lo comprendí así.

Estuve dispuesto á despacharlos. Pero ya estaban allí.

Les hice entender que eran hombres libres; que podian conchavarse ó no; que nadie les obligaba; que podian retirarse si querian.

Se convencieron de que no habia en el conchavo mas riesgo que el de la vida, y se arregló todo.

Les dí buenos caballos, los vestí, les dí carabinas de las que hicieron *recortados* y una lata de caballería para llevar entre las caronas.

Y partieron....

Mis órdenes eran robarle al indio Blanco.

El *Cautivo* era vaqueano del Cuero.

Lo que trabajasen seria para ellos.

Volvieron con *algo*. No se trabaja y se espone el cuero sin provecho, discurren los ménos calculadores.

Se repitió la escursion tres veces mas, hasta que el indio Blanco se alejó. El no podia calcular detrás de los voluntarios de la Pampa cuantos mas iban.

Confieso que al mandar aquellos diablos á una correría tan azarosa me hice esta reflexion: si los pescan ó los matan poco se pierde.

Fué una de las causas que me hizo no recurrir á los pobres soldados.

Los *voluntarios de la Pampa* acabaron por hacerme á mí un robo.

Los tomé y por todo castigo les dije, devolviéndoselos á Hernandez:

Qué les he de hacer, ya sabia que eran vds. ladrones.

No se juega mucho tiempo con fuego sin quemarse.

Han llegado las mulas.

Es cosa resuelta que hoy no duermo donde queria.

Llegaremos mañana.

XII.

Por donde habian ido los chasquis. — Entrada á los montes. — Derechos de piso y agua. — Recomendaciones. — Despacho de algunas tropillas para el Rio 5°. — Los montes. — Impresiones filosóficas. — Utatriquin. El cuento del arriero.

Antes de ponerme en marcha resolví dejar las mulas atrás. Caminaban sumamente despacio por lo mucho que habia llovido y era un martirio para los franciscanos seguirlas al tranco; el padre Moisés no es tan maturrango, pero el padre Marcos no hallaba postura cómoda.

Contra mis cálculos tomamos el rastro de los chasquis. Habian seguido el camino de Lonco-uaca.

Mi lenguaraz, mestizo chileno, hijo de cristiano y de india Araucana, hombre muy vaqueano, de cuyas confidencias soy depositario, no por él sino por otros, lo que me permitirá contar sus aventuras amorosas de Tierra Adentro, — creyó oportuno hacerme algunas indicaciones.

Eran muy juiciosas y sensatas; y como entre ellas entrase la posibilidad de que los chasquis se estraviáran, en razon de que ni Guzman ni Anjelito conocian prácticamente el camino que habian tomado, me pareció prudente hacer yo á mi turno mis recomendaciones.

Ibamos á entrar ya, ya en los montes; á tener que marchar en dispersion, sin vernos unos á los otros; por sendas tortuosas, que se borraban de improviso unas veces, que otras se bifurcaban en cuatro, seis ó mas caminos, conduciendo todas á la espesura.

Era lo mas fácil perder la verdadera rastrillada, y tambien

muy probable que no tardáramos en ser descubiertos por los indios.

Un tal Peñaloza, suele ser el primero que se presenta á los indios ó cristianos que pasan por esas tierras, alegando ser suyas y tener derecho á exijir se le pague el piso y el agua.

No hay mas remedio que pagar; porque el señor Peñaloza se guarda muy bien de salir á sacar contribucion alguna cuando los caminantes son mas numerosos que los de su toldo ó van mejor armados.

Mas adelante hay otros señores dueños de la tierra, del agua, de los árboles, de los vichos del campo, de todo en fin lo que puede ser un pretesto para vivir á costillas del prójimo.

Estos derechos interterritoriales se cobran en la forma mas política y cumplida, suplicando casi y demostrándoles á los contribuyentes ecuestres la pobreza en que se vive por allí, lo escaso que anda el trabajo.

Si los espedientes pacíficos surten efecto no hay novedad, si los transeuntes no se enternecen se recurre á las amenazas, y si estas son inútiles á la violencia.

Es ser bastante parlamentario, para vivir tan léjos de los centros de la civilizacion moderna.

Recomendé á mi jente como habian de marchar; prohibí terminantemente que bajo pretesto de componer la montura se quedára alguien atrás, advirtiendo que cada cuarto de hora haria una parada de dos minutos para que pudiéramos ir lo mas junto posible; describí la aguada de Chamalco donde me demoraria un rato, lo bastante para mudar caballos por si alguien llegaba á ella estraviado; y á los franciscanos les supliqué me siguiesen de cerca, no fuera el diablo á darme el mal rato de que se me perdieran.

Finalmente, hice notar, que hallándonos ya en donde podia haber peligro cuando ménos lo esperáramos, queria, puesto que no estábamos bien armados, que todos y cada uno nos condujéramos con moderacion y astucia, con sangre fria sobre todo, que como ha dicho muy bien Pelletan, — es el valor que juzga.

Hecho esto, mandé que dos soldados, con dos tropillas que no me hacian falta se volviesen al Rio 5º caminando despacio.

Escribí con lápiz cuatro palabras para el Jeneral Arredondo y algunos subalternos amigos de mis fronteras, avisándoles que habia llegado con felicidad al Cuero, y entramos en los montes.

Hermosos, seculares algarrobos, caldenes, chañares, espinillos, bajo cuya sombra inaccesible á los rayos del sol crece frondosa y fresca la verdosa gramilla, constituyen estos montes, que no tienen la belleza de los de Corrientes, del Chaco ó Paraguay.

Las esbeltas palmeras, empinándose como fantasmas en la noche umbría; la vejetacion pujante renovándose siempre por la humedad; los naranjeros que por doquier brindan su dorada fruta; las enmarañadas enredaderas, vistiendo los árboles mas encumbrados hasta la cima y sus flores inmortales todo el año; fresco muzgo tapizando los robustos troncos; el líquen pegajoso, que con el rocío matinal brilla, como esmaltado de piedras preciosas; las espadañas que se columpian graciosas, ajitando al viento sus blancos y cedosos penachos; las flores del aire, que viven de las auras purísimas, embalsamando la atmósfera, cual pebéteras de la riente natura; las aves pintadas de mil colores, cantando alegres á todas horas; los abigarrados reptiles serpenteando en todas direcciones; los millones de insectos que murmuran en incesante coro diurno y nocturno; el agua siempre abundante para consuelo del sediento viajero, y tantas, y tantas otras cosas que revelan la eternal grandeza de Dios, dónde están, aquí? me preguntaba yo, soliloqueando por entre los carbonizados y carcomidos algarrobos.

Y como siempre que bajo ciertas impresiones levantamos nuestro espíritu, la vision de la Patria se presenta, pensé un instante en el porvenir de la República Arjentina, el dia en que la civilizacion, que vendrá con la libertad, con la paz, con la riqueza, invada aquellas comarcas desiertas, destituidas de belleza, sin interés artístico; pero adecuadas á la cria de ganados y á la agricultura?

Allí, hay pastos abundantes, leña para toda la vida, y agua la que se quiera sin gran trabajo, como que inagotables corrientes artesianas surcan las Pampas convidando á la labor.

Cada médano es una gran esponja absorbente, cavando un poco en sus valles, el agua mana con facilidad.

La mente de los hombres de Estado se precipita demasiado, á mi juicio, cuando en su anhelo de ligar los mares, el Atlántico con el Pacífico, quieren llevar el ferro-carril por el Rio 5º.

La línea del Cuero es la que se debe seguir. Sus bosques ofrecen durmientes para los rieles, cuantos se quieran, combustible para las voraces hornallas de la impetuosa locomotora.

Son iguales á los de Yuca, cuya esplotacion ha hecho y sigue haciendo la empresa del Gran Central Arjentino.

Estos campos son mejores que aquellos.

Y si un ferro-carril, á mas de las ventajas del terreno, de la línea recta, de las necesidades del presente y del porvenir, debe consultar la estratejia nacional, — qué trayecto mejor calculado para conquistar el desierto que el que indico?

La impaciencia patriótica puede hacernos incurrir en grandes errores; el estudio paciente hará que no caigamos en la equivocacion.

No puedo hablar como un sábio: hablo como un hombre observador. Tengo la carta de la República en la imajinacion y me falta el teodolito y el compás.

Los peligros para el trabajo son mas imajinarios, que reales. Oportunamente podria ocuparme de este tópico. Por el momento me atreveré á avanzar que yo con cien hombres armados y organizados de cierta manera, responderia de la vida y del éxito de los trabajadores.

Incito á meditar sobre este gran problema del comercio y de la civilizacion.

No he visto jamás en mis correrías por la India, por Africa, por Europa, por América, — nada mas solitario que estos montes del Cuero.

Leguas y leguas de árboles secos, abrasados por la quemazon; de cenizas que envueltas en la arena, se alzan al menor soplo de viento; cielo y tierra: hé ahí el espectáculo.

Aquello entenebrecia el alma. Las cabalgaduras iban ya sedientas, Chamalcó estaba cerca.

Llegamos.

El peligro estrecha, vincula, confunde; la union es un instinto del hombre en las horas solemnes de la vida.

Nadie se habia quedado atrás. Segun los cálculos del baqueano Chamalcó tenia agua.

Esperamos un buen rato ántes de dejar beber los animales.

Se reposaron, y bebieron.

Nosotros hallamos un manantial al pié de un árbol magnífico, de robustez y frondosidad.

Cambiamos caballos y seguimos, saliendo á un gran descampado.

Respiré con espansion.

El europeo ama la montaña, el arjentino la llanura.

Esto caracteriza dos tendencias.

Desde las alturas físicas, se contemplan mejor las alturas morales.

Los pueblos mas libres y felices del mundo son los que viven en los picos de la tierra.

Ved la Suiza.

A poco andar volvimos á entrar en el monte. Aquí era mas ralo. Podíamos galopar y era menester hacerlo para llegar con luz á Utatriquin, — otra aguada, — porque la noche seria sin luna, salia recien á la madrugada.

Me apuré, cuanto la arboleda lo permitia, y llegamos á la etapa apetecida.

«Era la tarde, y la hora
«En que el sol la cresta dora
«De los Andes» . . . .

Esta aguada es un inmenso charco de agua revuelta y súcia, apenas potable para las bestias.

En prevision de que no estuviera buena, habíamos llenado los chifles en Chamalcó.

Habia marchado muy bien, ganando mas terreno del que esperaba, — no tenia porque apurarme ya.

Podia descansar un buen rato, lo que les haria mucho bien á los caballos y á mis queridos franciscanos.

Mandé desensillar.

El padre Marcos me miró como diciendo: loado sea Dios! que si en estos berenjenales me mete tambien me ayuda.

Habia un corral abandonado; cerca de él campamos.

Ordené que se redoblára la vijilancia de los caballerizos, entusiasmé á los asjstentes con algunas palabras de cariño y un rato despues ardió flamíjero el atrayente fogon.

Comenzó la charla de unos con otros, sin distincion de personas.

Ya lo he dicho, el fogon es la tribuna democrática de nuestro ejército.

El fogon arjentino no es como el fogon de otras naciones. Es un fogon especial.

Estábamos tomando mate de café de postre; la noche habia estendido hacía rato su negro sudario.

Una voz, murmuró, como para que yo oyera.

— Si contára algun cuento el Coronel.

Era mi asistente Calisto Oyarzabal, de quién ya hablé en una de mis anteriores; buen muchacho, ocurrente y de esos que no hay mas que darles el pié para que se tomen la mano.

— Sí, sí, dijeron los franciscanos, al oirle, los oficiales y demás adláteres — que cuente un cuento el Coronel!

— Me hice rogar y cedí.

Es costumbre que los hombres tomamos de las mujeres.

Y sabes, Santiago, qué cuento conté?

Uno de los tuyos.

El del arriero.

Vamos, á que te has olvidado?

Voy á contártelo á tres mil leguas.

El respetable público que asiste á este coloquio, me dispensará.

Fíjense bien, dije ántes de empezar, que este cuento es bueno tenerlo presente cuando se viaja por entre montes tupidos.

Todos estrecharon la rueda del fogon, uno atizó el fuego, los ojos brillaron de curiosidad y me miraron, como diciendo, ya somos puras orejas, empiece vd. pues.

Era este un arriero, hombre que habia corrido muchas tierras; que se habia metido con la montonera en tiempos de Quiroga y á quien perseguia la justicia.

Tomé la palabra y hablé así:

Yendo un dia por los Llanos de la Rioja, le salió una partida de cuatro. Quisieron prenderlo, se resistió, quisieron tomarlo á viva fuerza, y se defendió. Mató á uno, hirió á otro, é hizo disparar á tres.

En esos momentos se avistó otra partida; prevenida ésta por los derrotados, apuraron el paso. El arriero huyó y se internó en un monte.

Montaba una mula zaina, media bellaca. Corria por entre el monte, cuando se le fué la cincha á las berijas.

Irsele y agacharse la béstia á corcobear, fué todo uno.

El arriero era gaucho y jinete.

Descomponiéndose y componiéndose sobre el recado, anduvo mucho rato, hasta que en una de esas, como tenia las mechas del pelo muy largas y *porrudas*, se enganchó en el gajo de un algarrobo.

La mula siguió bellaqueando, se le salió de entre las piernas y él quedóse colgado.

Permaneció así como un Judas, largo rato, esperando que alguien le ayudase á salir del aprieto; pero en vano.

Llegó la noche.

Los que le seguian, aciertan á pasar por allí.

El arriero, con la rapidez del pensamiento, concibió una estratajema.

Dejó que la partida se aproximára, poniendo la cara lánguida, y cuando al resplandor de la luna vinieron á verle, dijo con voz cavernosa:

Viva Quiroga!

La partida al oir hablar un muerto, huyó poseida de terror pánico, sujetando los pingos quién sabe dónde.

El arriero se salvó así.

Pero aquella actitud no podia prolongarse demasiado.

Era incómoda.

Procuró salir de ella. Buscó su cuchillo; con los corcovos de la mula lo habia perdido.

Era una verdadera fatalidad. No tenia con que cortarse los cabellos y como eran muy largos, no alcanzaba con la mano á desasirlos del gajo en que estaban enredados.

Un hombre como él acostumbrado á todas las fatigas podia resistir el peso de su propio cuerpo, si no habia otro remedio, no digo un dia, muchos dias, teniendo que comer. Es claro. La necesidad tiene cara de hereje.

Pero no tenia nada. Todo se lo habia llevado la mula en las alforjas. Felizmente tenia un pedazo de queso en los bolsillos, yesquero, tabaco y papel. Agua era lo de ménos para un arriero.

Se comió el pedazo de queso.

Sacó despues su chuspa y armó un cigarro; luego sacó fuego y fumó.

Nadie pasaba por allí, apesar de la voz que debieron esparcir los de la partida despertando la curiosidad popular.

El arriero fumaba, y fumaba y en lugar de otras cosas, cuando tenia necesidad echaba humo y humo.

Y así pasó muchos dias, hasta que de hambre se comió la camisa y se murió de una indijestion.

Y entré por un caminito y salí por otro.

No sé, si al público le gustará este cuento, en el fogon fué aplaudido.

Yo soy porteño, del barrio de San Juan y nadie es profeta en su tierra.

Por eso Sarmiento siendo de San Juan es Presidente, habiéndose cumplido con él una de mis profecías del Paraguay.

Cuando llegaba al fin de mi cuento serian las ocho.

Dí mis órdenes, encerraron en el corral los caballos, se tomó y ensilló en un abrir y cerrar de ojos, montamos, nos pusimos en camino y esa noche sucedieron cosas raras....

Basta de cuentos.

XIII.

Martes es mal dia. — Trece es mal número. — Los *quatorzième*. — Marcha nocturna. — Pensamientos. — Sueño ecuestre. — Un latigazo. — Historia de un soldado y de Antonio. — Alto. — Una vision y una mulita.

Ayer fué Mártes; mal dia para embarcarse, casarse, presentar solicitudes, pedir dinero á réditos y suicidarse.

A mas de ser Mártes, esta carta debia llevar, como lleva, el número *trece*, número de mal agüero, misterioso, enigmático, simbólico, profético, fatídico, en una palabra, — cabalístico.

Las cosas que son *trece* salen siempre malas. Entre trece suceden siempre desgracias. Cuando trece comen juntos, á la corta ó á la larga alguno de ellos es ahorcado, muere de repente; desaparece sin saberse cómo, es robado, naufraga, se arruina, es herido en duelo. Finalmente, lo mas comun, es que entre trece haya siempre un traidor.

Es un hecho que viene sucediéndose sin jamás fallar desde la famosa cena aquella en que Judas le dió el pérfido beso á Jesus.

Es por esa razon que en Francia, nacion cultísima, hay una industria, que no tardará en introducirse en Buenos Aires, donde todas las plagas de la civilizacion nos invaden dia á dia con aterrante rapidez. El cólera, la fiebre amarilla y la epizootia, le quitan ya á la antigua y noble ciudad el derecho de llamarse como siempre. Pestes de todo jénero y auras purísimas; — es una incongruencia.

Debiera quitarse nombre y apellido como hacen los brasileros, en cuyos diarios suelen leerse avisos así:

De hoy en adelante Juan Antonio Alves, Pintos, Bracamonte y Costa, — se llamará Miguel da Silva, da Fonseca é Toro. Tome buena nota el respetable público.

Es una escelente costumbre que prueba los adelantos del Imperio. Porque mediante ella, los pillos hacen sus evoluciones sociales con mas celeridad. En un pais semejante Luengo no tendria mas que poner un aviso para ser Moreira, — persona muy decente.

La industria de que hablaba toma su nombre de los que la ejercen, llamados, — *le quatorzième* (décimo cuarto).

Le quatorzième, no puede ser cualquiera. Se requiere ser jóven, no pasar de treinta y cinco años, tener un porte simpático, maneras finas, vestir bien, hablar varios idiomas y estar al cabo de todas las novedades de la época y del dia.

Cuando alguien ha convidado varios amigos á comer en su casa, en el *restaurant,* ó en el hotel, y resulta que por la falla de uno ó mas no hay reunidos sino *trece* y que se ha pasado el cuarto de hora de gracia, concedido á los inexactos, se recurre al *quatorzième.*

Como han de comer trece, esponiéndose á que bajo la influencia de malos presentimientos la dijestion se haga con dificultad!

Se envia, pues, un lacayo en el acto por el *quatorzième.* En todos los barrios hay uno, así es que no tarda en llegar; es como el médico.

Entra y saluda, haciendo una jenufleccion, que es contestada desdeñosamente; y acto contínuo se abre la puerta que cae al comedor, ó no se abre, porque los convidados pueden estar en él ó por cualquier otra razon, y se oye: *monsieur est servi!*

Siéntanse los convidados. Qué felicidad! La sopa humea de caliente, no se ha enfriado! La alegría reina en todos los semblantes. Han comenzado á sonar los platos, á chocarse las copas. De repente óyese un grito del anfitrion:

— Ahí está al fin! Siéntese vd. donde quiera, que los demás no vendrán yá.

Y Monsieur de la Tomassière (en un tipo de este apellido Paul de Kock, ha personificado el tipo de esos amigos

fastidiosos que siempre llegan tarde), se presenta y se sienta, pidiendo disculpas á todos y protestando que es la primera vez que tal cosa le sucede.

Miéntras tanto, *le quatorzième* ha visto una seña del dueño de la casa, que en todas partes del mundo quiere decir *retírese vd.*, y sin decir oste ni moste se ha eclipsado. Iba quizá á probar la sopa cuando Mr. de la Tomassière se presentó.

Al llegar á la puerta de calle de donde vive, se halla con un necesitado que le espera. En otro banquete le aguardan con impaciencia. Han buscado varios *quatorzième*, no hay ninguno. Esa noche dan muchas comidas, hay muchos inexactos ó un esceso de prevision y la demanda de *quatorzième* es grande desde temprano.

El *quatorzième* marcha; llega, igual escena á la anterior. Tiene que desalojar su puesto ántes de haber probado un plato siquiera de cosa alguna.

Al volver á llegar á la puerta de calle de su pobre mansion, otro necesitado. Le sigue con éxito semejante al de los pasados convites.

Hay noches en que las idas y venidas del pobre *quatorzième* esceden toda ponderacion.

Ha ganado bien su dinero, porque cada viaje se paga, pero ha pasado por el suplicio de Tántalo.

La civilizacion de Buenos Aires debe pensar sériamente en esto. No soy un alarmista. Pero sostengo que así como estamos amenazados de muchas pestes por falta de policía municipal, hace muchos años que la educacion se descuida inculcar en los niños esta idea: uno de los mayores defectos sociales es hacer esperar.

Tan es así, que me acuerdo yo de un andaluz que vivió once años de huésped en casa de una tia mia. Un dia anunció que se iba á su tierra. Ya era tiempo! Su despedida consistió en esto:

— Señora, vd. no puede tener queja de mí, siempre he estado presente á la hora fija de almorzar y comer.

Con lo cual se marchó, habiendo dicho no poco, — que él que no ha esperado jamás jente á comer, porque nunca

ha dado comidas, habiéndose limitado á comerlas, no sabe lo que es esperar un huésped ó un convidado.

Indudablemente debe haber una enfermedad que los médicos no conocen, proviniente de la impaciencia de esperar jente á comer.

La ciencia no tardará en descubrirla y en agregarla á la nomenclatura patolójica.

Creo haberte esplicado suficientemente, Santiago amigo, que si esta décima tercia carta no se publicó ayer, ha sido porque fué Mártes y porque su número es fatal.

Cuando me moví de Utatriquin,

«*The bright sun was extinguish'd, and the stars*
«*Did wander darkling in the eternal space.*»

La noche estaba bastante oscura. El monte era muy espeso y en las sendas de la rastrillada habia muchos troncos de árbol y pequeños arbustos. Era sumamente incómodo para el caballo y para el jinete. Teníamos que andar muy despacio. Nos dormíamos .... De vez en cuando una rama de algarrobo ó de chañar, azotaba la faz del caminante y le sacaba de su sopor.

La lentitud del aire de la marcha hacia que mi comitiva no fuera en tanta dispersion como otras ocasiones.

Yo iba mústio y callado, como la misma noche.

Pensaba en el instante inesperado que marca mas tarde ó mas temprano en el cuadrante de la vida, el pasaje de lo conocido á lo desconocido, de la triste realidad á un quien sabe mas triste aun; á un estado inconsciente, al vacío, á la nada; pensaba en lo que serian mis dias hasta ese instante solemne en que estinguiéndose mi vista, mi voz, con el último soplo de vida, me quede todavía aliento para reunir todas las fuerzas de mi espíritu y decirme á mí mismo, *me muero!*

Y pensando en esto, me engolfé en otras reflexiones y cuando la duda horrible y desgarradora me asaltó; recordé á Hamlet:

.... *To die, — to sleep* ....
To sleep! perchance to dream.

Me quedé como soñando .... Veia todos los objetos en-

vueltos en una bruma finísima, de trasparencia opaca; los árboles me parecian de inconmensurable altura, ví desfilar confusas muchedumbres, ciudades tenebrosas, el cielo y la tierra eran una misma cosa, no habia espacio....

Un latigazo aplicado á mi rostro por el gajo de un espinillo, en cuyas espinas quedó enganchado mi sombrero, obligándome á detenerme, me sacó del fantástico *fantaseo* en que me sumia la soñolencia producida por la monotonía de la marcha.

Varios soldados me seguian de cerca conversando. Parece que hacia rato se contaban por turno sus aventuras. El que hablaba cuando mi atencion se fijó en el grupo, decia así:

— Pues, amigo, á mí me echaron á las tropas de línea sin razon.

— Cuando no! le dije, ya saliste con una de las tuyas. Nunca hay razon para castigarlos á vds.

— Sí, mi coronel, repuso, créame.

— Y cómo fué eso?

— Yo tenia un amigo muy diablo á quien queria mucho y á quien le contaba todo lo que me pasaba.

Se llamaba Antonio.

Al mismo tiempo tenia amores con una muchacha de Renca, que me queria bastante, cuyo padre era rico y se oponia á que la visitára.

Mi intencion era buena.

Yo me habria casado con la Petrona, ese era su nombre.

Pero no basta que el hombre tenga buena intencion si no tiene suerte, si es pobre.

Tanto y tanto nos apuraba el amor, que al fin resolvimos irnos para Mendoza, casarnos allí y volver despues cuando Dios quisiera.

En eso andábamos, viéndonos de paso con mucha dificultad; porque siempre nos espiaban los padres y el juez que era viudo y medio viejo, que queria casarse con la Petrona, y cuya hija menor tenia tratos con Antonio, de quien era muy enemigo; siempre lo amenazaba con que lo habia de hacer veterano.

Un dia arreglamos al fin, despues de mucho trabajo, como habíamos de fugar.

Yo debia sacar á la Petrona de su casa en la noche.

Antonio me acompañaria, para cuidar la ventana, que era por donde habia de entrar. No podíamos descuidarnos con el juez.

La ventana caia al cuarto del padre de Petrona que era jugador, muy jugador, lo mismo que Antonio. En ese tiempo habia hecho una gran ganancia. A Antonio le habia ganado todas sus prendas y este le andaba con ganas.

Petrona dejó apretada la ventana. Una tia le acompañaba y dormia junto con ella, en el mismo cuarto. Doña Romualda, la madre, andaba por el puesto.

Esa noche era muy linda ocasion, porque el padre de Petrona estaba de tertulia.

Tempranito estuvo Antonio en ella y vino á avisarme que el hombre ganaba ya mucho, diciéndome que si no nos apurábamos erraríamos el golpe.

Aunque la hora convenida con Petrona era cuando la diesen las cabritas, me resolví á ir un poco mas temprano.

Todo estaba pronto, caballos y con que comprar algo por el camino. Yo tenia algunos reales.

Salimos de casa con Antonio, llegamos á la ventana de Petrona, la empujamos despacito y salté yo sin hacer ruido dejándola abierta. Cuando estuve en el cuarto oí roncar. Era el padre de Petrona que, segun los cálculos de Antonio, se habia retirado de su tertulia antes de la hora acostumbrada.

Antonio sintió los ronquidos y me dijo en voz baja: vamonos, ché, hoy no se puede.

No quise obedecerle, y por toda contestacion le dije, chit!

El cuarto estaba oscuro, tenia que caminar en puntas de pié, con mucho cuidado para no hacer ruido, hasta acercarme á la cama de Petrona.

Ella me habia sentido. Lo mismo que yo, contenia la respiracion. Si se despertaba el padre, teníamos mal pleito. Ella no se escapaba de una soba, yo de una puñalada, porque era malísimo.

Me acercaba á la cama de Petrona sin sentir que detrás de mí habia entrado Antonio.

Le habia ya tomado la mano y ella iba á levantarse, cuando oímos ruido de plata y un grito: Ah, pícaro!

Era la voz del padre de Petrona.

Antonio tuvo la tentacion de robarle, él lo sintió y le agarró del poncho.

Yo no podia salir sino por donde habia entrado; esconderme bajo la cama, era peligroso.

El padre de Petrona gritaba con todas sus fuerzas: ladrones! ladrones!

La tia se levantó. Yo intenté escaparme. Pero no pude, delante de mí salia Antonio, me obstruyó el paso, y el padre de Petrona me agarró.

Luché con él un rato inútilmente.

La hermana le ayudaba.

Petrona estaba media muerta. El padre furioso, porque ella tambien no venia en su ayuda, encendiendo luz pronto. Le amenazó con matarla si no lo hacia. Tuvo que hacerlo.

Para esto Antonio se habia ido con la plata.

Entre el padre de Petrona y la hermana, me amarraron bien.

A los gritos vinieron dos de la partida de policía, que estaba cerca de allí y me llevaron preso. Me pusieron en el cepo para que dijese dónde estaba la plata, y contesté siempre que no sabia, que yo no la habia robado.

Me preguntaron que si tenia cómplices, teniéndome siempre en el cepo, y contesté que no.

— Y por qué no decias que Antonio era el ladron?

— Y cómo lo habia de descubrir á mi amigo! Y cómo la habia de perder á Petrona cuando la queria tantísimo! Yo preferia pasar por ladron á ser delator de mi amigo; yo preferia pasar por ladron y no que dijeran que Petrona era mi querida. Yo preferia ser soldado á todo eso.

Además, como todas las mujeres son iguales, falsas como la plata boliviana, supe esos dias no mas, ántes que me echáran á las tropas de línea, que Petrona decia para salvarse del castigo de su padre, que algo andaba maliciando

que yo era un pícaro que la habia solicitado á ella de mala fé, con solo la intencion de hacer el robo que habia hecho.

Quien sabe si no hubiera sido eso, si no declaro al fin atormentado por el cepo que Antonio era el ladron; este ya se habia ido para la sierra de Córdoba, y, cuando lo pescaban! siendo, como era, un muchacho tan diantre! Era mozo muy gaucho y alentado.

— Y, te acuerdas todavía de Petrona, Macario?

— Ay! mi coronel, si las mujeres cuanto mas malas son, mas tardamos en olvidarlas.

— Y, nunca hubo nada con ella.

— Mi coronel, vd. sabe lo que son esas cosas de amor, cuando uno ménos piensa.....

— La ocasion hace al ladron, dijo Juan Diaz, uno de mis baqueanos muy ocurrente.

En esos momentos el bosque se abria formando un hermoso descampado; la nítida y blanca luna, se levantaba, y las estrellas centelleaban trémulamente en la azulada esfera.

Detuve mi caballo, que no obedecia como un rato ántes á la espuela, y dirijiéndome á los franciscanos que no se separaban de mí, les consulté:

— Si tenian ganas de descansar un rato.

— Con mucho gusto, contestaron. Los buenos misioneros iban molidos; nada fatiga tanto como una marcha de trasnochada.

El pasto estaba lindísimo, la noche templada, pararnos no les haria si no bien á los animales.

Pasé la voz de que descansaríamos una hora.

Se manearon las madrinas de las tropillas; cesó el ruido de los cencerros, único que interrumpia el silencio sepulcral de aquellas soledades, y nos echamos sobre la blanda yerba.

Yo coloqué mi cabeza en una pequeña eminencia, poniendo encima un poncho doblado á guisa de almohada, y me dormí profundamente.

Tuve un sueño y una vision envuelta en estas estrofas de Manzoni á manera de guirnalda ó de aureola luminosa:

«Tutto ei provó; la gloria
«Maggior dopo il periglio,
«La fuga, e la vittoria
«La reggia, e el triste esiglio,
«Due volte nella polvere,
«Due volte sugli altar.

Me creí un conquistador, un Napoleon chiquito.

De improviso sentí, como si la cabeza se me escapára, hice fuerzas con la cabeza endureciendo el pescuezo, la tierra se movia; yo no estaba del todo despierto, ni del todo dormido. La cabecera seguia escapándoseme, creí que soñaba, fuí á darme vuelta y un objeto con cuatro patas, negro y peludo corrió ..... Habia hecho cabecera de una mulita.

Los héroes como yo tienen sus visiones así, sobre reptiles, y las pájinas de nuestra historia no pueden terminar sino poniendo al fin de cada capítulo el terrible *lasciate ogni speranza.*

Dejemos dormir á mi jente un rato miéntras yo compongo mi cabecera.

XIV.

Sueño fantástico. — En marcha. — Calisto Oyarzabal y sus cuentos. — Cómo se busca de noche un camino en la Pampa. — Campamento. — Los primeros toldos. — Se avistan chinas. — Algarrobo. — Indios.

Despues que arreglé mi nueva cabecera, me volví á quedar dormido, hasta que Camilo, el exacto y valiente Camilo, se acercó á mí y diciéndome al oido, — mi Coronel, — me despertó.

Tenia en ese momento un sueño que era como la perspectiva confusa del pintado kaleidoscopio.

Estaba en dos puntos distantes al mismo tiempo, en el suelo y en el aire. Yo era *yo*, y á la vez el soldado, el paisano ese, lleno de amor y abnegacion, cuya triste aventura acababa de ser relatado por sus propios labios, con el acento inimitable de la veracidad. Yo me decia, discurriendo como él, — qué ingrata y qué mala fué Pancha! y discurriendo como yo mismo, — Byron tan calumniado tiene razon: en todo clima el corazon de la mujer es tierra fértil en afectos jenerosos; ellas, en cualquier circunstancia de la vida saben como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino. De repente yo era Antonio, el ladron del padre de Pancha, ora el Juez celoso, ya el cabo Gomez, resucitado en Tierra Adentro. En el instante mismo en que me desperté, el desórden, la perturbacion, la incompatibilidad de las imájenes del delirio llegaban al colmo. Habia vuelto á tomar el hilo del sueño anterior, — no sé si al lector le suele suceder esto, — y montado, no

ya en la mulita que se me escapára de la cabecera, sino en un enorme cliptodon, que era yo mismo, y persistiendo mi espíritu en alcanzar la vision de la gloria cabalgando reptiles, discurria por esos campos de Dios murmurando:

«Dall' Alpi alle Piramide
«Dall' Mansanare al Reno,
. . . . . .
«Dall' uno all' altro mare.»

Pronto estuvimos otra vez en camino con cabalgaduras frescas.

La noche tenia una majestad sombría; soplaba un vientecito del Sur y hacia un poco de frio. Medio entumido como me habia levantado de mi gramineo lecho, temí dormirme sobre el caballo, y era indispensable tener muchísimo cuidado, pues, en cuanto salimos del descampado y entramos de nuevo en el bosque comenzaron á azotarnos sin piedad las ramas de los árboles. La penumbra de la luna eclipsada á cada momento por nubes cenicientas que corrian veloces por el vacío de los cielos, hacia muy difícil apreciar la distancia de los objectos; así fué que mas de una vez apartamos ramas imajinarias y mas de una vez recibimos latigazos formidables en el instante mismo en que mas léjos del peligro nos creíamos.

No sucede en el sendero de la vida, — de la política, de la milicia, del comercio, del amor, — lo mismo que cuando en nublada noche atravesamos las sendas de un monte tupido?

Cuando creemos llegar á la cumbre de la montaña con la piedra nos derrumbamos á medio camino. Nos creemos al borde de la playa apetecida y nos envuelve la vorájine irritada. Esperamos ansiosos la tierna y amorosa confidencia y nos llega en perfumado y pérfido billete un *olvidadme!* Ofrecemos una puñalada, y somos capaces de humillarnos á la primer mirada compasiva.

Cuán cierto es que el hombre no alcanza á ver mas allá de sus narices!

Llamé para no dormirme á Francisco, mi lenguaraz, y de pregunta en pregunta llegué á asegurarme de que no tardaríamos muchas horas en hallarnos entre las primeras tolderías.

Díjome que poco ántes de llegar á donde íbamos á parar, se apartaban varios caminos: que debíamos ir con mucho cuidado para no tomar uno por otro; que él era baqueano, pero que podia perderse haciendo mucho tiempo que no habia andado por allí.

— Pues entónces no conversemos; no vayas á distraerte con la conversacion y nos estraviemos, le contesté.

Y esto diciendo sujeté de golpe el caballo, esperé á que toda la comitiva estuviese junta, y previne que de un momento á otro íbamos á llegar á donde se apartaban varios caminos, no tardando en encontrarnos entre las primeras tolderías; que tuvieran cuidado, que quien primero notára otros caminos ó toldos, avisára.

Marchamus un rato en silencio, oíase de cuando en cuando el relincho de los caballos, y constantemente el cencerreo de las madrinas.

De repente oyóse una carcajada.

Era Calisto, mi jocoso asistente, el revolucionario de marras, que, segun su constumbre, iba contando cuentos y que acababa de echarles á los compañeros una mentira de á fólio.

— Qué hay, pregunté?

— Nada, mi Coronel, contestó Juan Diaz, es Calisto que nos quiere hacer comulgar con ruedas de carreta.

El muy mentiroso acababa de jurar, por todos los santos del cielo, que una mujer de la Sierra habia parido un fenómeno macho, — así dijo él, con dos cabezas.

Hasta aquí el hecho no tenia nada de inverosímil. Lo gordo era que Calisto agregaba. Que el muchacho, — por no decir los muchachos, tenia los mas estraños caprichos; que con una boca bebia leche de vaca y con la otra de cabra; que con una decia sí y con la otra nó; que con una lloraba y con la otra cantaba, armando mediante ese dualismo unas disputas y camorras infernales, que eran muy entretenidas.

— Eres un gran embustero, le dije.

— Mi Coronel, contestó, embustero será la gaceta en que yo lo he leido.

— Y en qué gaceta has leido eso?

— En un pedazo de gaceta en que me envolvieron dias pasados una libra de azúcar que me vendió D. Pedro en el Fuerte Sarmiento. Allí lo leimos en la cuadra del 7 de caballería; el amigo Cármen se ha de acordar.

Y Cármen, otro de mis asistentes, dió testimonio del hecho, corrijiendo solamente algunos detalles.

A lo cual Calisto observó:

— Bueno, yo me habré olvidado de algo; pero *lo mas es verdad,* es verdad.

— Cómo que eso ha sucedido en la Sierra, que es donde se consuman todas las maravillas para un cordobés?

— De eso no me acuerdo bien.

— Padre Marcos, — cuando lleguemos á Leubucó, confiéseme ese mentiroso.

— Con mucho gusto, contestó el buen franciscano, siempre dulce, atento y amable en su trato.

Y cuando aqui llegábamos, una voz gritó:

Acá vá el camino!

Me detuve y conmigo todos los que me seguian de cerca; los demás fueron llegando uno tras otro.

— Debemos estar por llegar, dijo Mora, voy á ver, mi Coronel.

Esperé un rato.

Volvió diciendo, que estaba muy oscuro, que no podia reconocer la rastrillada mas traqueada que era la que debíamos tomar.

En efecto, — un nubarron parduzco eclipsaba totalmente la luna menguante y las estrellas apenas despedian su vacilante luz, por entre la ténue bruma que se levantaba en toda la redondez del horizonte.

Habíamos llegado á otro gran descampado, cuyos límites no se columbraban por la oscuridad.

Ordené que cortáran paja.

Rápidos y ájiles se desmontaron los asistentes y obedecieron.

En un verbo tuvimos hermosas antorchas, y buscando al resplandor de ellas el camino que debíamos seguir no tardamos en hallarlo.

Iba por él el rastro de Anjelito y del Cabo Guzmann.

— Han pasado no hace mucho rato, afirmaron los rastreadores y van con los caballos aplastados y solo con el montado.

— Anjelito vá en el picazo, dijo uno.

— Ché, y el Cabo Guzmann, agregó otro, en el moro clinudo.

Tomamos el camino.

Debíamos estar á una legua. Los primeros toldos no se veian por la lobreguez de la noche.

Llegamos .... Era un charco de agua entre dos medanitos. Campamos .... Mandé asegurar bien las tropillas y me acosté no esclamando como el poeta:

«Without a hope in life.»

Al contrario, esperanzado en el favor de Dios que hasta allí me habia llevado con felicidad.

Era singular que los indios no nos hubieran sentido todavía; ellos que son tan andariegos, que se acuestan tan temprano y se levantan con estrellas.

La luz crepuscular anunciba la proximidad de un nuevo dia.

Durmamos .....

Es tan fácil conciliar el sueño cuando la civilizacion no nos incomoda, no nos irrita con sus inacabables inconvenientes, cuando no tiene uno mas que echarse, cuando no hay ni el temor de desvelarse, quitándose la ropa, ó pensando en lo que la justicia y la generosidad humanas acaban de hacernos ó se proponen hacernos!

Lo confieso, en nombre de las cosas mas santas. Yo no he dormido jamás mejor, ni mas tranquilamente que en las arenas de la Pampa, sobre mi recado.

Mi lecho, el lecho blando y mullido del hombre civilizado, me parece ahora comparado con aquél, un lecho de Procusto.

Viviendo entre salvajes he comprendido recien porque ha sido siempre mas fácil pasar de la civilizacion á la barbárie que de la barbárie á la civilizacion.

Somos muy orgullosos. Y sin embargo, es mas fácil hacer de *Orion* ó de Carlos Keen un Cacique, que de Calfucurá ó de Mariano Rosas un *Orion* ó un Carlos Keen.

¿Hay quién lo ponga en duda?

Me desperté al ruido de los soldados que señalaban toldos acá y acullá.

La curiosidad me puso de pié en un abrir y cerrar de ojos.

Los franciscanos y los oficiales hicieron lo mismo.

Ya no se pensó en dormir, sino en las novedades que, sin duda, ocurririan.

El toldo mas próximo estaria distante de nosotros unos mil metros.

Divisábamos algo colorado.

Los soldados con ese ojo de águila que tienen, tan bueno como el mejor anteojo, decian si eran indios ó chinas, los contaban y se reian á carcajadas.

Estaban en sus coloquios cuando uno de ellos dijo:

— De aquel toldo salen tres chinas enancadas.... y vienen para acá.

Con efecto, no tardamos en verlas llegar, como deteniéndose á cien metros de nuestro volante campamento.

Mandé que el lenguaraz les hablára; díjoles que era yo, el Coronel Mansilla, que iba de paces, que se acercáran.

Las chinas castigaron el flaco mancarron que montaban enorquetadas como hombres, medio acurrucadas, y vinieron hácia mí.

Me acerqué a ellas.

Las tres eran jóvenes, dos bien parecidas, una así así....

Vestian su traje habitual, que despues tendré ocasion de describir, y cada una de ellas traía una sandía. Era un regalo, por si teníamos sed. El agua de la lagunita era impotable, ellas lo sabian.

Acepté el obsequio y les dí doce reales bolivianos, azúcar, yerba, tabaco, papel, todo cuanto pudimos: llevábamos bien poca cosa, habiendo quedado los cargueros atrás.

Les pregunté por sus maridos, y contestaron que hacia dias andaban boleando.

Que cómo no habian tenido recelo de acercarse, y con-

testaron que hacia poco acababan de saber por Anjelito que iba llegando á su tierra un cristiano muy bueno; que qué miedo habian de tener, siendo además mujeres.

Estas mujeres, señor, en todas partes se creen seguras y miéntras tanto, en dónde no corren riesgo!

No he visto nada mas confiado que las tales mujeres, (para ciertas cosas porsupuesto.)

Era indudable que ya nos habian sentido los indios.

Mandé ensillar, para llegar á la Verde y esperar un rato allí, donde hallaríamos buen pasto y escelente agua.

Mi lenguaraz, se fué con las chinas al toldo, se cercioró de que no habia indios en él y volvió con una ponchada de algarrobo.

Es un entretenimiento muy agradable ir á caballo masticando ó chupando esa fruta.

Así fué que en tanto caminábamos funcionaban las mandíbulas.

Ya no íbamos por entre montes, quedaban estos al naciente, al poniente y al frente en lejanía.

Habíamos llegado á un campo que quebrándose en médanos bastante escarpados, semejaba el paisaje á las soledades del desierto de Arabia.

La vejetacion era escasa y pobre. El guadal profundo. Los caballos caminaban con dificultad.

La mañana estaba lindísima.

Veíamos toldos en todas direcciones, léjos; pero indios, jinetes, ninguno.

Y era lo que mas deseaban todos.

Ver indios, indios, eso es lo que yo quisiera, decian los franciscanos; y yo les replicaba: tengan paciencia padres, que quien sabe si no es para un susto.

De médano en médano, de ilusion en ilusion, de esperanza en esperanza, llegamos á la Verde.

Serian las diez de la mañana.

Es una laguna como de trescientos metros de diámetro profunda, adornada de árboles y escondida en la olla de un médano que tendrá setenta piés de elevacion.

Mandé desensillar y mudar caballos.

Yo, aunque sea este un detalle que no le interesa mucho al lector me desnudé y, echéme al agua.

Queria inspirar confianza á los que me seguian, y mas que á éstos, á los indios si me descubrian en aquel lugar.

Ya debian estar prevenidos. Y aquí me detengo hoy. Mañana te contaré los percances del resto del dia, en que los franciscanos queridos no ganaron para sustos.

XV.

La Laguna Verde. — Sorpresa. — Inspiraciónes del gaucho. — Encuentros. — Grupos de indios. — Sus caballos y trajes. — Bustos. — Amenazas. — Resolucion.

Despues que me bañé, que comieron, descansaron y se refrescaron las cabalgaduras, en las profundas aguas de *La Verde,* mandé ensillar, y continuó la marcha.

Estábamos tan cerca ya de Leubucó, que era en verdad sorprendente no se hiciera ver ningun indio.

Anjelito y el cabo Guzman, debian estar á esas horas descansando en el toldo del Cacique Mariano Rosas, y éste prevenido de que yo llegaria de un momento á otro.

Ibamos con mi lenguaraz haciendo conjeturas y atravesando siempre un terreno guadaloso, sumamente pesado, tanto que los caballos no resistian al trote, cuando al coronar los últimos pliegues de la sucesion de médanos que forman el gran médano de *La Verde*, divisamos, viniendo al gran galope, un indio armado de lanza.

Mi lenguaraz se alarmó ..... lo conocí en cierta espresion de sorpresa que vagó por su cara.

— Qué hay, le dije, qué te llama así la atencion?

— Señor, repuso, los indios no tienen costumbre de andar armados en Tierra Adentro.

— Y qué será?

Se encojió de hombros, trepidó un instante y por fin contestó:

— Deben estar asustados.

— Pero asustados de qué, cuando le he escrito á Ma-

riano, y tú mismo le has traducido y esplicado bien á A jelito mi mensaje para Ramon, para él y Baigorrita?

Ah! señor, los indios son muy desconfiados.

El indio avanzaba hácia nosotros, haciendo molinetes c su larga lanza, adornada de un gran penacho encarnado plumas de flamenco.

Tuve la intencion de detenerme. Pero en la disyunti de que el indio creyera que lo hacia por recelo de él, aumentar sus sospechas, si venia á reconocerme, preferí último, aun esponiéndome á que por no dejarlo acercarse b stante, no me reconociera bien.

Entre asustarse y asustar, la eleccion no es nunca d dosa. Un gran capitan ha dicho, que una batalla son d ejércitos que se encuentran y quieren meterse miedo. E efecto, las batallas se ganan, no por el número de los qu mueren gloriosamente, luchando como bravos, sino por número de los que huyen ó pierden toda iniciativa, aterror zados por el estruendo del cañon, por el silbido de las bala por el choque de las relucientes armas y el espectáculo in ponente de la sangre, de los heridos y de los cadáveres.

El indio sujetó su caballo, y con la destreza de u acróbata se puso de pié sobre él, sirviéndole de apoyo l lanza.

Venia del Sur. Ese era mi rumbo. Seguí avanzand aunque acortando algo el paso.

El indio continuó inmóvil.

Estaríamos como á tiro de fusil de él, cuando cayend á plomo sobre el lomo de su caballo, partió á toda riend en mi direccion, pero visiblemente con el intento de que n nos encontráramos.

Hay actitudes que no pueden esplicarse; solo la práctic da el conocimiento de ellas; es una especie de adivinacio

Nuestros paisanos tienen á este respecto inspiraciones qu pasman.

A mí me ha sucedido ir por los campos, y decirme C milo Arias: allí debe haber animales alzados y han de s baguales, por el modo como corre ese venado; y en efect no tardar muchos minutos en descubrir los ariscos animale

flotando al viento sus largas crines y corriendo impetuosos. Qué hermoso es un potro visto así en los campos!

Destaqué mi lenguaraz sobre el indio, sin detenerme, con la órden de que lo hiciera venir á mí.

Como ni el indio ni yo nos detuviéramos, llegamos á encontrarnos á la misma altura, pero en distintas direcciones. Hubiérase dicho que nos habíamos pasado la palabra, al vernos hacer alto simultáneamente.

Mi lenguaraz se puso al habla con el indio. Habló un momento con él, y volvió diciéndome que queria reconocerme.

Piqué mi caballo, y ordenándole á mi jente que nadie me siguiese, partí á media rienda sobre el indio, que me esperaba con el caballo recojido y la lanza enristrada. A los veinte pasos de él, sujeté, diciéndole: buenos dias, amigo. Buenos dias! contestó. Cambiamos algunas palabras mas, por medio del lenguaraz, tendentes todas á tranquilizarlo, y él dió vuelta rumbeando al sur á todo escape, y yo, reuniéndome con mi jente, seguí ganando terreno paso á paso.

Mora, mi lenguaraz, parecia de mal talante, y, en efecto, lo estaba, pues, habiéndole interrogado, me manifestó las mas sérias inquietudes.

Hablábamos de las leguas que todavía teníamos que hacer para llegar á Leubucó, discurriendo sobre si seguiríamos por el camino de Cerrilobo, que pasa por los toldos del cacique Ramon, ó por el de la derecha, que pasa por la lagunita de Calcumuleu, que debíamos encontrar por momentos, — cuando avistamos dos indios ocultos en un pliegue del terreno.

No podia saber si alguno de ellos era el mismo con quien acababa de hablar.

Le consulté á Mora.

Fijó su vista, observó un instante, y contestó con aplomo: son otros, el pelo del caballo del primero era gateado.

Los dos indios avanzaron sobre mi resueltamente.

Como el anterior, venian armados.

No tardamos en estar muy cerca.

Estos no trataban como el primero, de buscarme el flanco.

Vienen á toparnos! decia Mora, vienen á toparnos! Y vienen en buenos pingos.

Pues vamos á toparlos, vamos á toparlos, agregaba yo, y esto diciendo, castigué con fuerza el caballo, y ordenándole á mi jente que no apuraran el paso, me lancé á escape.

Con la rapidez del relámpago nos hubiéramos topado, si unos y otros no hubiéramos sujetado á unos cincuenta pasos, avanzando, despues poco á poco, hasta quedar casi á tiro de lanzada.

— Buenos dias, amigo, cómo vá? les dije.

— Buenos dias, ché amigo, contestaron ellos.

Y como estuvieran con las lanzas enristradas, le observé á mi lenguaraz se los hiciera notar, diciéndoles quién era yo, que iba de paces, y que no traia mas jente que la que se veia allí cerca.

Los indios recojieron las lanzas á la primera indicacion de Mora, y cuando éste acabó de hablarles, llamando especialmente su atencion, — sobre que yo no llevaba armas, — me insinuaron con un ademan el deseo de darme la mano.

No vacilé un punto; piqué el caballo, me acerqué á ellos y nos dimos la mano con verdadera cordialidad.

Les ofrecí cigarros, que aceptaron con marcada satisfaccion, y quédandome solo con ellos, hice que Mora fuese donde estaba mi jente, en busca de un chifle de aguardiente.

Miéntras fué y volvió, nos hicimos algunas preguntas sin importancia, porque ni ellos entendian bien el castellano, ni yo podia hacerme entender en lengua araucana.

Sin embargo, saqué en limpio que el cacique principal, Mariano Rosas, con otros caciques y muchos capitanejos estaban entregados á Baco; el padre Burela habia llegado el dia ántes de Mendoza, con un gran cargamento de bebidas.

Volvió Mora, tomaron mis interlocutores unos buenos tragos, y despidiéndose alegremente, siguieron ellos su camino que era la direccion de las tolderías de Ramon, y yo el mio.

Mora seguia cabizbajo, á pesar del aire franco de los dos indios. No las tenia todas consigo. Quién sabe que va á suceder, decia á cada paso, y luego murmuraba, son tan desconfiados estos indios!

De cálculo en cálculo, de sospecha en sospecha, de es-

peranza en esperanza, mi caravana se movia pesadamente, envuelta en una inmensa nube de polvo.

Mora decia: Los indios van á creer que somos muchos.

Yo seguia tranquilo; un secreto presentimiento me decia que no habia peligro.

Hay situaciones en que la tranquilidad no puede ser el resultado de la reflexion. Debe nacer del alma.

El campo se quebraba otra vez en médanos vestidos de pequeños arbustos, espinillos, algarrobos y chañares.

Nos aproximábamos á una ceja de monte.

Todos, todos los que me acompañaban, paseaban la vista con avidez por el horizonte, procurando descubrir algo.

Marchábamos en alas de la impaciencia, subiendo á la cumbre de los médanos, descendiendo á sus bajíos guadalosos, esquivando los arbustos espinosos, bajo los rayos del sol, que estaba en el zénit, alargándose la distancia cada vez mas, por ciertas equivocaciones de Mora, — cuando casi al mismo tiempo, varias voces esclamaron: indios! indios!

Con efecto, fijando la vista al frente y estando prevenida la imajinacion, descubrí varios pelotonos de indios armados.

— Parémonos, señor, me dijo Mora.

— No, sigamos, repuse, pueden creer que tenemos miedo, ó desconfiar. Adelantémonos, mas bien.

Dejé mi comitiva atrás, aunque mi caballo iba bastante fatigado y apartándome del camino, que ya habíamos encontrado y poniéndome al galope, me dirijí al grupo mas numeroso de indios.

Tendiendo la vista en ese momento á mi alrededor, ví que me hallaba circulado de enemigos ó de curiosos. Poco iba á tardar en saber lo que eran.

Vinieron á decirme, que estábamos rodeados.

— Que avancen al tranco, contesté, y seguí al galope.

Rápidos como una exhalacion, varios pelotones de indios estuvieron encima de mí.

Es indescriptible el asombro que se pintaba en sus fisonomías.

Montaban todos caballos gordos y buenos. Vestian trajes

los mas caprichosos; los unos tenian sombrero, los otros la cabeza atada con un pañuelo limpio ó súcio. Estos, vincha de tejido pampa; aquellos, poncho, algunos, apenas se cubrian como nuestro primer padre Adam, con una jerga; muchos estaban ébrios; la mayor parte tenian la cara pintada de colorado, los pómulos y el labio inferior; todos hablaban al mismo tiempo, resonando la palabra: winca! winca! es decir: cristiano! cristiano! y tal cual desvergüenza, dicha en el mejor castellano del mundo.

Yo finjia no entender nada.

— Buen dia, amigo!

— Buen dia, hermano; era toda mi elocuencia, miéntras mi lenguaraz apuraba la suya, esplicando quien era yo, y el objeto de mi viaje.

Hubo un momento en que los indios me habian estrechado tan de cerca, mirándome como un objeto raro, que no podia mover mi caballo. Algunos me agarraban la manga del chaqueton que vestia, y como quien reconoce por primera vez una cosa nunca vista, decian: ese coronel Mansilla! ese coronel Mansilla!

Sí, sí, contestaba yo, y repartia cigarros á diestro y siniestro, y hacia circular el chifle de aguardiente.

Notando que mi comitiva, siguiendo el camino, se alejaba demasiado de mí, resolví terminar aquella escena. Se lo dije á Mora, habló éste, y abriéndome calle los indios, marchamos todos juntos al galope, á incorporarnos á mi jente.

Pronto formamos un solo grupo, y confundidos, indios y cristianos, nos acercábamos á un medianito, al pié del cual hay un pequeño bosque. Llámase Aillancó.

Mis oficiales y soldados no sabian qué hacerse con los indios, — dábanles cigarros, yerba y tragos de aguardiente.

— *Achucar* [azúcar], pedian ellos. Pero el azúcar se habia acabado, la reserva venia en las cargas, y no habia como complacerlos.

Nuevos grupos de indios llegaban unos trás otros.

Con cada uno de ellos tenia lugar una escena análoga á la que dejo descrita, siendo remarcable las buenas disposiciones que denotaban todos los indios, y la mala voluntad

de los cristianos cautivos ó refujiados entre ellos. La afabilidad, por decirlo así, de los unos, contrastaba singularmente con la desvergüenza de los otros. Cuando ésta subió de punto, hablé fuerte, insulté groseramente, á mi vez, y así conseguí imponerles respeto á aquellos desgraciados ó pillos, á quienes, viéndonos casi desarmados, se les iba haciendo el campo orégano.

Llegamos á Aillancó, y como allí hay una lagunita de agua escelente, hice alto, eché pié á tierra y mandé mudar caballos.

Mudando estábamos, cuando llegó un grupo de veinte y seis indios, encabezados por un hombre blanco, en mangas de camisa, de larga melena, atada con una vincha; de aspecto varonil, un tanto antipático, montando un magnífico caballo overo negro, perfectamente ensillado, con ricos estribos de plata y chapeado, que haciendo sonar unas grandes espuelas, tambien de plata, y blandiendo una larguísima lanza, y dirijiéndose á mí, y sofrenando de golpe el caballo, me dijo: Yo soy Bustos.

— Me alegro de saberlo, le contesté con disimulada arrogancia.

— Soy cuñado del Cacique Ramon, anadió, cruzando la pierna derecha sobre el pescuezo de su caballo.

— Soy el Coronel Mansilla, repuse imitando su postura, y añadiendo: ¿cómo está el Cacique Ramon?

Contestóme que estaba bueno, que mandaba saludarme, con todos mis jefes y oficiales, y á saber por qué razon, habiendo llegado á sus tierras, pasaba de largo por ellas.

Le dije, agradeciéndole el saludo: que no pasaba de largo por sus tierras, callado la boca, que el dia ántes habia adelantado al indio Anjelito y al Cabo Guzman con un mensaje.

Me dijo, que precisamente de ahí nacia la sorpresa de Ramon, que ellos habian dicho que ántes de llegar á las tolderias del Cacique Mariano, yo pasaria por las de Ramon.

Seguimos cambiando palabras sobre este tópico, y no tardé en apercibirme de que el Cacique Ramon hacia una mistificacion esprofeso del mensaje que recibiera.

Ni el indio Anjelito, ni el cabo Guzman podian haberse equivocado. Era sumamente difícil. Yo me aseguré ántes de despacharlos de Coli-Mula de que me habian entendido perfectamente bien.

Por otra parte, mi carta al Cacique Mariano era terminante, y las tolderías de este no distan tanto de las de Ramon, como para que no hubiera tenido tiempo de prevenirlo.

Mi diálogo con el *caballero Bustos,* se prolongó bastante, porque él hablaba castellano lo mismo que yo.

Me avisaron que los caballos estaban prontos, preguntándome si queria mudar el mio.

Contesté que sí, que me tomaran otro, y ofreciéndole á Bustos un cigarro, eché pié á tierra, y convidándole á hacer lo mismo, le dije: que pensaba llegar en un rato al toldo de Mariano Rosas.

Miéntras me mudaban el caballo, hice estender un poncho bajo de un árbol, y sentados en él nos pusimos á platicar como dos viejos conocidos.

Me trajeron el caballo, y cuando ponia el pié en el estribo, despidiéndome de Bustos, á quien conocí le habia caido en gracia, llegaron simultáneamente por dos rumbos distintos dos grupos de indios.

El uno venia de los toldos de Ramon, y el otro de los toldos de Mariano.

El de Mariano lo encabezaba un capitanejo, hombre de malas pulgas, como se verá despues.

El otro un indio cualquiera.

Mariano mandaba saludarme; Ramon á decirme que ya salia á encontrarme.

Despedí al primero con mis agradecimientos, y me dispuse á esperar á Ramon.

Esperándolo estaba, conversando con Bustos, mi comitiva charlaba y se entretenia con los demás indios y con unas chinas que acababan de llegar enancadas de á tres, cuando fuímos acometidos por unos cuantos indios, que, lanza en ristre, y viniendo hácia mí, gritaban: *winca! winca! matando! matando, winca!*

Eché una mirada á mi alrededor, y ví que mi jente estaba

resuelta á todo, y con disimulada irritacion, le dije á Bustos: Pensarán estos hacer alguna barbaridad?

Los bárbaros estaban ya encima. Hablóles Bustos y mi lenguaraz en su lengua, y echándose sobre ellos las chinas, sin temor de ser pisoteadas por los caballos, y asiéndose vigorosamente de sus lanzas, se las arrancaron de las manos. Los indios bramaban de coraje. Felizmente, el incidente no pasó de ahí.

Los augurios y temores de mi lenguaraz amenazaban confirmarse. Pero ya estábamos en las astas del toro, y no era cosa de retroceder.

Volvió el *embajador* del Cacique Ramon.

Con qué embajada? Mañana lo sabrás.

XVI.

El embajador del cacique Ramon y Bustos. — Desconfianzas del cacique. — Quién era Bustos. — Caniupan. — Otra vez el embajador de Ramon y Bustos. — Un bofeton á tiempo. — *Mari purra wentru.* — Recepcion. — Retrato de Ramon. — Exijencia de Caniupan. — Lo mando al diablo! — Conformidad.

Regresó el embajador de Ramon.

En lugar de dirijirse á mí, se dirijió á Bustos.

Qué le dijo? Ni lo supe, ni lo sé. Mi lenguaraz no tenia suficiente libertad para hablar conmigo, porque, á mas de pertenecer á las tolderías de Ramon, cuyo cuñado estaba allí, á mi lado, rodeábannos muy de cerca muchísimos indios, que, atentos y curiosos, no apartaban sus miradas de mí, como queriendo penetrar mis pensamientos.

Lo que no podia ocultárseme era que Bustos y el embajador no estaban acordes. El primero se espresaba con verbosidad, con calor y perceptible descontento.

Mora, aprovechando un instante de distraccion de Bustos, me insinuó con aire significativo que Ramon desconfiaba y que Bustos me defendia.

No me habia engañado. El hombre habia simpatizado conmigo. Ya tenia un aliado. Traté, pues, de acabar de hacer su conquista, afectando la mayor tranquilidad, disimulando que conocia las desconfianzas de Ramon, y encontrando muy natural todo lo que hasta entónces habia pasado.

El embajador partió de nuevo, y Bustos y yo seguimos conversando, dándome mala espina el que á cada rato me dijera, como queriendo justificar el estraño proceder de Ra-

mon, que con toda astucia y disimulo me retenia en el camino:

— No tenga miedo, amigo.

— No, no hay cuidado, contestaba yo.

Y bajo la influencia de estas admoniciones, comencé á enjendrar sospechas, inclinándome á creer que habia andado muy lijero al hacerme la idea de que el hombre habia simpatizado conmigo.

Estábamos platicando, habiéndome dicho que habia nacido en el antiguo Fuerte Federacion, hoy Villa de Junin, que su madre fué india y su padre un vecino de Rojas, de apellido Bustos, que en un tiempo fué comandante de Guardia Nacional. Mi comitiva, asediada por los indios, que pedian cuanto sus ojos veian, repartia cigarros, yerba, fósforos, pañuelos, camisas, calzoncillos, corbatas, todo lo que cada uno llevaba encima y le era ménos indispensable. De repente, sintióse un tropel, y envueltos en remolinos de polvo, llegaron unos treinta indios, sujetando los caballos tan encima de mí, que si hubieran dado un paso mas me habrian pisoteado.

Bustos no pudo prescindir de gritarles: Eeeeeh!

Yo, sin moverme del sitio en que estaba, ni cambiar de postura, fruncí el ceño y clavé la mirada en el que venia haciendo cabeza, que encarándoseme y llevando la mano derecha al corazon, me dijo:

— Ese soy Caniupan! Capitanejo Mariano Rosas! (y volviendo á señalarse á sí propio) Ese indio guapo!!

Seguí mirándolo con torvo ceño.

Junto con las palabras winca! winca! se oyeron algunas otras groseras, de calibre grueso.

Bustos me dijo:

— Montemos á caballo.

Lo tenia ahí cerca, y sin esperar otra insinuacion, me levanté del suelo y monté.

Mora me dijo, al hacerlo:

— Caniupan quiere hablar con vd., señor.

— Pues que hable lo que guste, dile.

Díjome por medio del lenguaraz:

Que Mariano Rosas mandaba saludarme con todos mis jefes y oficiales; que sentia muchísimo no poder recibirme ese dia como yo lo merecia; que al dia siguiente me recibiria; que tuviese á bien campar dondo me encontraba.

Contestéle con la mayor política, resignándome á pasar la noche en Aillancó, y viendo ya que todas aquellas dilaciones eran calculadas.

Miéntras el capitanejo y yo hablábamos, varios indios, particularmente uno chileno, nos interrumpian con sus gritos, echándome encima el caballo y metiéndome, por decirlo así, las manos en la cara.

Hasta donde era posible me daba por no apercibido de estas amabilidades, que llegaron á alarmarme sériamente, cuando ví que un indio lo atropelló al Padre Márcos, pechándolo con el caballo, en medio de un grito estentóreo, cariño que el reverendo franciscano recibió con evanjélica mansedumbre, á pesar de haber andado por las gávias, lo mismo que su compañero, el Padre Moisés, que simultáneamente era objeto de otra demostracion por el estilo.

El indio chileno vociferaba algo que debian ser amenazas de muerte.

Bustos, que no se separaba de mi lado, volvió á decirme:

— No tenga miedo, amigo.

Le contesté, con tono áspero y fuerte:

— Vd. me está fastidiando ya con su, no tenga miedo, amigo, y echando un voto cambrónico agregué:

— Digame eso cuando me vea pálido.

Algunos indios que entendian el castellano, esclamaron á una: Ese coronel Mansilla, ese cristiano toro!

Caniupan me dijo con aire imperioso: Dáme un caballo gordo para comer.

— Con que habias entendido la lengua? le dije.

— Poquito, repuso el indio, — dando caballo?

— Sí . . . . en eso estoy pensando.

El capitanejo iba á contestar, cuando el embajador de Ramon se presentó por tercera vez.

Habló con Bustos, parando la oreja todos los indios que me rodeaban, porque lo hacia con aire misterioso.

Bustos contestaba con monosílabos que me parecian significar solamente sí y nó. Dirijiéndose á los circunstantes, me dijo:

— Dice el cacique Ramon que vd. no es el coronel Mansilla, que el coronel vendrá atrás con la demás jente.

Lo llamé á Mora, y le dije:

— Váte al toldo de Ramon, asegúrale que yo soy el coronel Mansilla, que mande algun indio de los que han estado en el Rio 4° á reconocerme y quédate en rehenes.

Mora contestó:

— Le voy á decir que si lo engaño, me degüelle.

Y dirijiéndose á Bustos, al separarse de mi lado añadió:

— Amigo, repáremelo al coronel por si quiere conversar con alguno.

La resolucion con que se separó Mora de mi lado, acompañado del embajador, produjo un efecto inesperado en los indios. Cesaron sus impertinencias, continuando, sin embargo, las de algunos cristianos.

A uno de mis soldados se le fué la mano y le plantificó un bofeton al mas atrevido de ellos, diciéndole:

— Tomá, chachino pícaro!

El cristiano quiso hacer barullo, pero los otros cólegas no le ayudaron, y ménos los indios.

El soldado era un diablo. Echó el bofeton á la risa, y esgrimiendo un chifle de aguardiente, gritaba encarándose con los que le parecian mas capaces de una avería: Bebiendo, peñi (*peñi* quiere decir *hermano*).

Por algunos indios sueltos que llegaron, supe que el Cacique Ramon no estaba en su toldo, sino que se hallaba allí cerca, dentro del monte; que Mora ya estaba con él, que se hacian los preparativos para recibirme.

Detrás de estos llegó un propio, y despues de hablar con Bustos, me dijo este:

— Amigo, haga formar su jente y dígame cúantos son.

Llamé al Mayor Lemlenyi, y le dí mis órdenes.

Cumplidas éstas, le dije á Bustos:

— Somos cuatro oficiales, once soldados, dos frailes y yo.

— Bueno, amigo, déjelos así formados en ala como están.

Y dirijiéndose al propio, le dijo: entre otras cosas, *Maripurrá wentrú*, palabras que comprendí, y que querian decir *diez y ocho hombres.*

Miéntras mi jente permanecía formada, mis tropillas andaban solas. Yo estaba con el Jesus en la boca, viendo la hora en que me dejaban con los caballos montados.

Bustos despachó de regreso el propio.

Siguiendo sus insinuaciones al pié de la letra, primero, porque no habia otro remedio; segundo . . . . . Aquí se me viene á las mientes un cuento de cierto personaje que queriendo esplicar por qué no habia hecho una cosa, dijo:

No lo hice, — primero, porque no me dió la gana; segundo . . . . Al oir esta razon, uno de los presentes le interrumpió diciendo: Despues de haber oido lo primero, es escusado lo demás.

Iba á decir que siguiendo las insinuaciones de Bustos; me puse en marcha con mi falanje formada en ala, yendo yo al frente, entre los dos frailes.

Anduvimos como unos mil metros, en direccion al monte donde se hallaba el cacique Ramon.

Llegó otro propio, habló con Bustos, y contramarchamos al punto de partida.

Esta evolucion se repitió dos veces mas.

Como se hiciera fastidiosa, le dije á Bustos, sin disimular mi mal humor.

— Amigo; ya me estoy cansando de que jueguen conmigo. Si sigue esta farsa mando al diablo á todos y me vuelvo á mi tierra.

— Tenga paciencia, me dijo, son las costumbres.

Ramon es buen hombre, ahora lo vá á conocer. Lo que hay es que están contando su jente bien.

Oyéronse toques de corneta.

Era el cacique Ramon que salia del bosque, como con ciento cincuenta indios.

A unos mil metros de donde yo estaba formado en ala, el grupo hizo alto; tocaron llamada, y se replegaron á él

todos los otros que habian quedado á mi espalda, escepto el de Caniupan, que formó en ala, como cubriéndome la retaguardia.

Tocaron marcha, y formaron en batalla.

Serian como doscientos cincuenta. Un indio seguido de tres trompas que tocaban á degüello recorria la línea de un estremo á otro en un soberbio caballo picazo, proclamándola.

Era el cacique Ramon.

Llegaron dos indios y mi lenguaraz, diciéndome que avanzára. Y Bustos, haciendo que los franciscanos me siguieran como á ocho pasos, se puso á mi izquierda, diciéndome: vamos.

Marchamos.

Llegamos á unos cien metros del centro de la línea de los indios, al frente de la cual se hallaba el Cacique, teniendo un trompa á cada lado, otro á retaguardia.

Caniupan me seguia como á doscientos metros.

Reinaba un profundo silencio.

Hicimos alto.

Oyóse un solo grito prolongado que hizo estremecer la tierra y conversando las dos alas de la línea que teníamos al frente, formaron rápidamente un circulo, dentro del cual quedamos encerrados, viendo brillar las dagas relucientes de las largas lanzas adornadas de pintados penachos, como cuando amenazan una carga á fondo.

Mi sangre se heló . . . . . .

Estos bárbaros van á sacrificarnos, me dije . . . .

Reaccioné de mi primera impresion, y mirando á los mios: Que nos maten matando, — les hice comprender con la elocuencia muda del silencio.

Aquel instante fué solemnísimo.

Otro grito prolongado volvió á hacer retemblar la tierra.

Las cornetas tocaron á degüello . . . .

No hubo nada.

Lo miré á Bustos, como diciéndole:

— De qué se trata?

— Un momento, contestó.

Tocaron marcha.

Bustos me dijo:

— Salude á los indios primero, amigo, despues saludar al Cacique.

Ya haciendo de *cicerone*, empezó la ceremonia por el primer indio del ala izquierda que habia cerrado el círculo:

Consistia esta en fuerte apreton de manos, y en un grito en un especie de hurrah dado por cada uno de los indios que iba saludando, en medio de un coro de otros gritos que no se interrumpian, articulados abriendo la boca y golpeándosela con la palma de la mano.

Los frailes, los pobres franciscanos, y todo el resto de mi comitiva hacian lo mismo.

Aquello era una batahola infernal.

Imajínate, Santiago amigo, como estarian mis muñecas despues de haber dado unos doscientos cincuenta apretones de mano!

Terminado el saludo de la turba multa, saludé al Cacique, dándole un apreton de mano y un abrazon que recibió con visible desconfianza de una puñalada, pues, sacándome el cuerpo se echó sobre el anca del caballo.

El abrazo fué saludado con gritos, dianas y vítores al coronel Mansilla.

Yo contesté:

— Viva el Cacique Ramon! Viva el Presidente de la República! Vivan los indios arjentinos!

Y el circulo de jinetes y de lanzas se quebró en todas partes, desparramándose los indios al son de las dianas que no cesaban, haciendo molinetes con las lanzas, dándose encontradas los unos á los otros, cayendo aquí y levantándose allá, ostentando los mas diestros su habilidad, *rayando* los corceles, hasta que jadeantes de fatiga les corria el sudor como espuma.

Los gritos de regocijo se perdian por los aires.

El Cacique Ramon y yo, rodeados de pedigüeños, tomamos el camino de Aillancó.

Llegamos . . . . . .

Estendiendo ponchos bajo los árboles y formando rueda, nos pusimos á parlamentar entre mate y mate, entre trago y trago de aguardiente.

Hube de echar las entrañas por la boca.

No estaba en carácter, y no habia mas remedio que hacer bien mi papel.

Obsequié al Cacique lo mejor que pude con lo poco que llevaba.

Tenia que armarle y encenderle yo mismo el cigarro, que probar primero que él el mate y la bebida para inspirarle confianza plena.

El Cacique Ramon, es hijo de indio y de una cristiana de la Villa de la Carlota.

Predomina en él el tipo de nuestra raza.

Es alto, fornido, tiene ojos pardos, cabello algo rubio, ancha frente y habla muy lijero.

Es en estremo aseado.

Viste como un paisano rico.

Quiere bien á los cristianos, teniendo muchos en sus tolderías y varios á su alrededor.

Tendrá cuarenta años.

Todo su aspecto es el de un hombre manso, y solo en su mirada se sorprende á veces como un resplandor de fiereza.

Es de oficio platero; siembra mucho todos los años, haciendo grandes acopios para el invierno y sus indios le imitan.

Su padre ha abdicado en él el gobierno de la tribu.

Charlamos duro y parejo.

Me agradeció con marcada espresion de sentimiento, todo cuanto habia hecho en el Rio 4°. por su hermano Linconao, á quien con mis cuidados salvé de las viruelas, preguntándome repetidas veces, — si sempre vivia en mi casa, qué cuando volveria á su tierra.

Contestéle que estuviera tranquilo, que su hermano quedaba muy bien recomendado; que no le habia traido conmigo porque estaba convalesciente, muy débil y que el caballo le habria hecho daño.

Me instó encarecidamente, á visitarle en sus tolderías, ofreciéndome presentarme su familia.

Le prometí hacerlo de regreso, y nos separamos ofreciéndome visita para el dia siguiente.

Bustos, se marchó con él, pidiéndome porsupuesto una botellita de aguardiente.

Le dí la última que quedaba.

Mora, se quedó á mi lado, diciéndome Ramon que le conservára tanto cuanto le necesitára.

Apenas se alejaba Ramon, se presentó el capitanejo Caniupan, insistiendo en que le diera un caballo gordo para comer.

El pedido tenia todo el aire de una imposicion.

Me negué redondamente.

Insistió chocándome, y le contesté, — qué dónde habia visto que un hombre gaucho diera sus caballos; que los necesitaba para volverme á mi tierra; que si creia que me iba á quedar toda la vida en la suya.

Me dijo algo picante.

Lo mandé al diablo.

Los que le seguian murmuraron algo que podia traer un conflicto.

Creí prudente aflojar un poco la cuerda, y como haciendo una trasaccion, ordené con muy mal modo le dieran una yegua.

Llevaba dos gordas para cuando se nos acabára el charqui, lo que probablemente sucederia esa noche, si teníamos muchos huéspedes.

Le entregaron la yegua, le carnearon en un santi amen y se la comieron cruda, chupando hasta la sangre caliente del suelo.

En el sitio del banquete no quedaron mas resíduos que las panzas, en las que se cebaron despues algunos caranchos famélicos.

La tarde se acercaba, y las visitas raleaban.

Llegó un hijo de Mariano Rosas, con unos cuantos. Mandábame saludar nuevamente su padre; queria saber cómo me habia ido; recomendarme sobre todo, en todos los tonos *tuviera mucho cuidado con los caballos.*

Contesté secamente.

Marchóse el mensajero, se puso el sol, acomodáronse los caballos teniéndolos á *ronda cerrada*, se recojió bastante leña, se hizo un fogon, nos pusimos en torno, circuló el mate y comenzó la charla.

Discurriendo sobre lo que habia pasado durante el dia, cambiando ideas con Mora, no me quedó duda de que los indios temian un lazo. Iban por consiguiente, á hacerme demorar en el camino con pretestos, hasta que regresasen sus descubiertas y se aseguráran y persuadieran de que trás de mí no venian fuerzas.

No debia impacientarme.

Gran virtud es la conformidad! Me resigné á mi suerte. Filosofábamos con los frailes, y como Dios es inmensameute bueno, nos inspiró confianza, y concediéndonos un sueño reparador nos permitió dormir en el suelo desigual, lo mismo que en un lecho de plumas y rosas.

XVII.

Un cuerpo sano en alma sana. — El mate. — Un convidado de piedra. — Pánico y desconfianzas de los indios. — Historias. — Un mensajero de Caniupan. — Visitas. — En marcha. — Calcumuleu. — Nuevo mensajero. — La noche. — Amonestaciones. — Primer regalo. — Unos bultos colorados.

Los franciscanos, como de costumbre, habian hecho sus camas muy cerca de mí.

Así dormíamos siempre.

Yo se los habia recomendado.

La abnegacion jenerosa de estos jóvenes misioneros; su paciente conformidad en los peligros; su carácter afable, su porte siempre comedido, sus mismas simpáticas fisonomías, todo, todo lo que constituye la persona física y moral inspiraba hácia ellos una fuerte adhesion.

Se concibe, pues, que unido á estos sentimientos el deber que tenia de cuidarlos, tratára de tenerlos constantemente á mi lado.

Cuerpo sano en alma sana es roncador.

Los reverendos roncaban á duo, haciendo el padre Moisés de tenor y el padre Marcos de bajo profundo.

Estuve tentado algunas veces de hacerles alguna broma, pero debian estar tan fatigados, que habria sido imperdonable arrancarles á un sueño que, si no era interesante, debia ser agradable y reparador.

No pude continuar durmiendo.

Me puse á soñar despierto, y despues de hacer unos cuantos castillos en el aire, llamé un asistente y le ordené que hiciera fuego.

Cuando la vislumbre del fogon me anunció que mis órlenes estaban cumplidas, hube de levantarme.

Seguí *morrongueando* y contemplando las estrellas que achonaban el firmamento, anunciando ya su trémula luz, la proximidad del *rey del dia*, hasta que sentí hervir el agua.

Levantéme, sentéme al lado del fogon y miéntras mi ente dormia como unos bienaventurados, yo apuraba la aldera, junto con Cármen, echándonos al coleto sendos nates de café.

Cármen habia salvado un poco de azúcar, felizmente; y propósito de esto, tuve que resignarme á escuchar su cariñoso reproche de que no diera tanto porque pronto nos quedaríamos sin cosa alguna.

Yo estaba distraido, viendo arder la leña, carbonizarse, olverse ceniza, y desaparecer la materia, por decirlo así, — cuando Cármen esclamó:

— Ya viene el dia.

— Pues despierta á Camilo, le dije, que venga á tomar mate.

Dicho esto cambié de postura, me recosté sobre el brazo derecho y me quedé dormitando un momento.

Los buenos dias de Camilo me hicieron abrir los ojos, y enderezarme perezosamente, haciendo con los brazos una especie de aleteo que duró tanto cuanto mi boca se abrió y cerró para bostezar.

Al sentarse Camilo le oí decir: Buen dia, amigo! Y como la salutacion despertára en mí la curiosidad de saber á quién se dirijia, tendí la vista alrededor del fogon y ví un indio rotoso, sin sombrero, tiritando de frio, acurrucado como un mono al lado de la bolsa en que Cármen tenia el azúcar, chupándose los dedos de la mano derecha y metiendo la izquierda con disimulo en aquella.

— Cómo vá, hermano? le dije.

— Bueno, hermano, contestó finjiendo un estremecimiento, añadió, llevando un puñado de azúcar á la boca:

— Mucho frio ese pobre indio.

Le hice dar un poncho calamaco que llevaba entre mis caronas.

Continué conversando, y supe que habia pasado la mayor parte de la noche cerca de nosotros; que su toldo estaba inmediato; que cuando habia vuelto á él, el dia ántes, despues de haber andado con la jente de Ramon, se habia encontrado sin su familia, la que junto con otras andaba huyendo por los montes, porque decian que los cristianos traian un gran malon; que el indio Blanco que habia llegado, de Chile, al mismo tiempo que yo era el autor de la mala nueva; que todos estaban muy alarmados; que habian mandado tres grandes descubiertas para el Norte; para el Naciente y para el Poniente, por los caminos del Cuero, del Bagual y de las Tres Lagunas, cada una de cincuenta hombres, y que la alarma duraria hasta que no viniese el parte sin novedad.

Era la confirmacion de mis conjeturas.

— Quién sabe lo que vá á suceder, — decia yo para mis adentros, — si las tales descubiertas avanzan demasiado sobre las fronteras de San Luis, Córdoba y Sud de Santa-Fé. Nada de estraño tiene que las sientan, que las tomen por una invasion, que las fuerzas se muevan y salgan al Sud, y que los descubridores traigan un parte falso.

Los franciscanos me sacaron de estas reflexiones dándome los buenos dias, y sentándose en la rueda del fogon, que convidaba con sus hermosas brasas.

Despues de los padres, se levantaron y ocuparon su puesto los oficiales, y la conversacion se hizo jeneral, ponderando todos sin escepcion alguna, lo bien que habian dormido.

Los padres no necesitaban jurarlo.

El indio era muy ladino; nos entretuvo un rato contándonos una porcion de historias; entre ellas nos habló de un pariente suyo que habia vivido sin cabeza; de unos indios que diz que vivian en tierras muy lejanas, que se alimentaban con solo el vapor del puchero; de otros que corren tan lijero como los avestruces que tienen las pantorrillas adelante, pretendiendo hacernos creer que todo cuanto decia era verdad.

Yo no sé, si él lo creia, pero parecia creerlo.

Varias veces le pregunté si él habia visto esas cosas.

Me contestó que nó, que su padre se las habia contado.

Porsupuesto que este tampoco las habia visto; se las habia ontado el abuelo de nuestro interlocutor.

Pero, qué tenia de estraño que un pobre indio creyese ales patrañas, cuando uno de mis ayudantes, el Mayor Lemenyi, creia, porque se lo habia contado no sé qué chusco, ue en Patagones hay unos indios que tienen un rabo como e una cuarta, cuyos indios ántes de sentarse en el suelo, acen un pocito con el dedo, ó con el mismo rabo, para neterlo en él y estar con mas comodidad?

Las creederas de la humanidad suelen tener unas proorciones admirables.

Todo cabe dentro de ellas, — la verdad lo mismo que a mentira.

Si me apurasen mucho, demostraria que es mas comun reer en la mentira que en la verdad.

Machiavello dice que el que quiera engañar encontrará iempre quien se deje engañar, lo que prueba que, si no ay quien mienta mas, no es por la dificultad de encontrar uien crea, sino por la dificultad de encontrar quien se esuelva á mentir.

Amaneció.

Me trajeron el parte de que en las tropillas no habia novedad. En cambio, la yegua que conservaba para comer habia muerto envenenada por un yuyo malo.

Ibamos á estar frescos si esa tarde no llegaban las cargas.

Cuando salia el sol, se presentó un mensajero de Caniupan, y despues de darme los buenos dias con muchísima política, de preguntarme si habia dormido bien, si no habia habido novedad, si no habia perdido algunos caballos, me notificó que el capitanejo vendria á visitarme al rato. Devolví los saludos y contesté que estaba pronto.

El mensajero pidió cigarros, aguardiente, yerba, *achucar*, *achucar*, se lo dieron y se marchó.

Poco á poco fueron llegando *visitantes*, ó mejor dicho, curiosos, porque no se bajaban del caballo, sino que, echados sobre el pescuezo, se quedaban largo rato así, mirándonos, y luego se marchaban, diciendo algunas veces — adios, amigo, pidiendo otras un cigarro.

La visita anunciada llegó á las dos horas. Le acompañaban veinte y tantos indios. Se apeó del caballo, despues de saludar cortesmente, me dió un mensaje de Mariano Rosas, y tomó asiento en el suelo, á mi lado, pidiéndome con la mayor familiaridad un cigarro.

Arméselo, encendílo yo mismo, y se lo puse en la boca por decirlo así.

Mariano Rosas me invitaba á cambiar de campamento, á avanzar una legua; y me pedia disculpas.

El comisionado le disculpaba por su cuenta confidencialmente, diciéndome que estaba *achumado* (ébrio).

Mandé tomar caballos y ensillar, y como el terreno era muy quebrado, durante la operacion se distrajeron los caballerizos y me robaron dos pingos.

Se lo dije á Caniupan, manifestándole *con grosería* que aquello era mal hecho, que Mariano Rosas estaba en el deber de tomar á los ladrones, para castigarlos y hacerles entregar mis caballos si no se los habian comido. Yo quise hacer aquella comedia de enojo, porque entre bárbaros mas vale pasar por brusco que por tonto.

Caniupan hizo la suya; me aseguró que los ladrones serian perseguidos, tomados y castigados, pero él sabia perfectamente bien que nadie lo habia de hacer. Porsupuesto que no lo hicieron. Perdí, pues, mis caballos, quedándome solo la satisfaccion de haber refunfuñado un rato con desahogo.

Avisáronme que todo estaba pronto para la marcha. Se lo previne á mi conductor y nos pusimos en viaje.

Los indios no andan jamás al tranco cuando toman el camino.

Al entrar en el que debiamos seguir, me dijo Caniupan poniéndose al galope:

— Galope, amigo.

Yo, que no queria dejarme dominar ni en las cosas pequeñas, ni contesté, ni galopé.

— Galope, galope, amigo, me gritó el indio.

Si yo hubiera estado prisionero, no me habria hecho tan mal efecto aquella especie de imposicion.

— No quiero galopar, le contesté.

Y como algunos de los mios que venian atrás, viendo el aire de la marcha de los indios, llegasen galopando:

— Despacio! despacio! les grité.

Los indios se fueron adelante formando un grupo; los cristianos nos quedamos atrás, formando otro.

Sujetaron ellos para esperarnos. Yo seguí al tranco, y al ponerme á su altura piqué el caballo, le apliqué un fuerte rebencazo, y gritándoles á los mios: al galope! galopamos todos, y digo todos, hablando con propiedad, porque tambien los indios galoparon, poniéndose Caniupan á la par mia.

El punto á donde nos dirijimos era la Laguna de Calcumuleu, que quiere decir Agua en que viven brujas. Distaba una legua larga de Aillancó y quedaba como á seiscientos metros de la orilla del monte de Leubucó.

De consiguiente, poco demoramos en llegar.

El lugar no presenta ninguna particularidad. Es una lagunita como hay muchas, reduciéndose su mérito á tener vertientes y agua potable casi siempre. Sus bordes son bajos; estaban adornados de tal cual arbusto.

Al llegar, Caniupan me dijo:

— Aquí es donde dice Mariano que puede parar.

— Está bien, le contesté, haciendo alto, echando pié á tierra y ordenando que camparan.

El indio vió desensillar los caballos, sacar las tropillas á cierta distancia para que comieran mejor, y cuando pareció no quedarle duda de que de allí no me moveria, se despidió recomendándome unas cuantas veces el mayor cuidado con los caballos, y se fué, á Dios gracias, dejándome en paz, pero no sin que quedáran por ahí, dispersos, á manera de espías, unos cuantos de los mismos que yo habia visto llegar con él, hacia un rato, á Aillancó.

Era hora de comer algo sólido. Se hizo fuego, se cebó mate, se intentó hacer algunos asados, pero el charqui habia desaparecido. Fué menester apretarse la barriga, y seguir dándole á la yerba y al café.

Todo el resto de ese dia pasaron incesantemente indios, del Norte para el Sur, del Sur para el Norte. Todos se

detenian, se acercaban, nos miraban y luego proseguian su camino.

Algunos conversaban largo rato con mi jente. Los franciscanos eran siempre los mas solícitos en dirijirles la palabra, y en ofrecerles un trago de un botellon de cominillo, que no sé cómo no habia volado ya.

Yo me propuse no hablar con nadie ese dia, á no ser que viniera esprofeso, mandado por alguien, así fué que me lo llevé paseando por la costa de la laguna, leyendo á Beccaria á ratos, otras veces, un juicio crítico sobre las obras de Platon, de ese filósofo inmortal á quien podria tributársele el fanático homenaje de mandar quemar todo cuanto se ha escrito sobre filosofía, desde sus dias hasta la fecha, sin que por eso las ciencias especulativas perdieran gran cosa.

Al caer la tarde, llegó un nuevo mensajero de Mariano Rosas, con una retahila de preguntas y recomendaciones, que terminaban todas con esta recomendacion sacramental: que tenga mucho cuidado con los caballos. Recibí y despedí secamente al mensajero, llamándome sobremanera la atencion, no tener hasta ese instante, noticia alguna del capitan Rivadavia, que hacia dos meses se encontraba entre los indios, con motivo del tratado, que desde el año pasado venia negociando yo con ellos.

Llegó la noche; se hizo un gran fogon, nos comimos una mula, de las mas gordas y algunos peludos y repletos y contentos, se cantó, se contaron cuentos y se durmió hasta el amanecer del siguiente dia.

Iba amaneciendo cuando me desperté; llamé á Camilo Arias, y le pregunté si habia habido alguna novedad. Contestóme que no, aunque habíamos estado rodeados de espías. Me incorporé en el blando lecho de arena, dirijí la visual á derecha é izquierda; á la espalda y al frente, y en efecto, los que habian velado nuestro sueño estaban todavía por ahí.

Calentó el sol y empezaron á llegar visitantes y á incomodarnos con pedidos de todo jénero, tanto que tuve que enfadarme cariñosamente con mis ayudantes Rodriguez y

)zarowski, porque al paso que iban, pronto se quedarian en :alzoncillos.

— Bueno es dar, les dije, mas es conveniente que estos)árbaros no vayan á imajinarse que les damos de miedo.

Estaba haciéndoles estas prudentes observaciones sobre a regla de conducta que debian observar, y como un indio ne pidiera el pañuelo de seda que tenia al cuello, aproveché la ocasion para despedirlo con cajas destempladas.

Gruñó como un perro, refunfuñó perceptiblemente una desvergüenza, añadiendo; ese cristiano malo, y se fué.

Al rato vino con cinco mas, un nuevo mensajero de Mariano Rosas.

Le recibí con mala cara.

— Manda decir el jeneral que cómo está? me preguntó.

— Tirado en el campo, dígale, le contesté.

— Manda decir el jeneral, que cómo le vá? añadió.

— Dígale, repuse, que busque una bruja de las que viven en estas aguas que le conteste, cómo le irá al que no teniendo que comer se está comiendo las mulas que necesita)ara volverse á su tierra.

— Manda decir el jeneral, continuó, si se le ofrece algo?

— Dígale al Jeneral, contesté, echando un voto tremendo,]ue es un bárbaro, que está desconfiando de un hombre de)ien que se le entrega desarmado, y que otro dia ha de reer en algun pícaro de mala fé que lo engañe.

El mensajero hizo un jesto de estrañeza al oir aquella ontestacion; advirtiéndolo yo, agregué:

— Y dígaselo, no tenga miedo.

Dicho esto, le dí la espalda, y viendo él que yo no tenia gana de seguir conversando, recojió el caballo y se dispuso á partir. Mas en ese momento llegó un grupo de indios del Norte, y mezclándose con ellos, allí se quedaron hablando, segun me dijo Mora despues, de que no habia novedad por el Cuero y que mas allá no sabian.

Al rato, cuando ya se iban, uno de ellos fué á pasar por entre los dos franciscanos que estaban descansando en el suelo, como á dos varas uno de otro.

Gritéle con voz de trueno, saltando furioso sobre él para

sofrenarle el caballo y empuñando mi rewolver, dispues á todo:

— Eh! no sea bárbaro! no me pise los padrecitos!

Y el hombre, que no habia sido indio sino cristia sujetando de golpe el caballo, casi en medio de los padı contestó:

— Yo tambien sé.

— Y si sabes, pícaro, por qué pasas por ahí?

— No les iba á hacer nada, repuso.

— Con que no les ibas á hacer nada, bandido!

Calló, dió vuelta, les habló á los indios en su leng siguiéronle estos, y se alejaron todos, habiendo pasado pobres padres por un rato asaz amargo, pues, creye hubiese habido una de pópulo bárbaro.

Estraños fenómenos del corazon humano!

Algunas horas despues de esta escena, á la que n remarcable se siguió, ese mismo hombre tan durame tratado por mí, se presentó diciéndome:

— Mi Coronel, aquí le traigo este cordero y estos choc

El hombre inculto habia cedido, justo era que yo ced á mi vez.

— Gracias, hijo, le contesté para qué te has incomoda apéate, tomaremos un mate y me contarás tu vida.

Apeóse del caballo, maneólo, sentóse cerca de m despues de algunas palabras de comedimiento dirijidas á franciscanos, nos contó su historia.

En ese instante gritaron que se avistaban, saliendo monte, unos bultos colorados.

Ya sabremos lo que era.

XVIII.

Historia de Crisóstomo. — Quienes eran los bultos colorados. — El indio Villareal y su familia. — De noche.

Tomó la palabra Crisóstomo, y dijo:

Mi Coronel, el hombre ha nacido para trabajar como el buey y padecer toda la vida.

Este introito en labios de un hombre inculto llamó la atencion de los interlocutores.

Me acomodé lo mejor que pude en el suelo para escucharle con atencion, convencido de que los dramas reales tienen mas mérito que las novelas de la imajinacion.

La otra noche se lo decia yo á Behetti, rogándole me diciera el sacrificio de ciento cincuenta metros, vulgo me acompañára una cuadra.

La historia de cualquier hombre de esos que nos estorba el paso, es mas complicada é interesante que muchos romances ideales, que todos los dias leemos con avidez; así como hay mas chiste y mas gracia circulando en este momento en el mas humilde café, que en esos libros forrados en marroquin dorado, con que especula el injenio humano.

Behetti, convino conmigo, y me hizo este cumplimiento: Vd. es célebre por sus dichos.

Y por mis desgracias, como Sir Walterio Raleigh, le contesté, — diciendo para mi capote:

Así es el mundo, trabajamos por hacernos célebres en una cuerda y lo conseguimos por el lado del ridículo.

Nos cuesta tanto conocernos!

Crisóstomo continuó.

— Yo vivia en el valle del cerro de Intiguasi.

Este cerro está cerca de Achiras y su nombre significa en quichua, si no ando desmemoriado en mis recuerdos etnográficos y filográficos, *casa del sol.* Diéronselo los incas en una de sus famosas espediciones por la parte oriental de la Cordillera. *Inti*, quiere decir sol, y *guasi* casa.

— Vivia con mis padres, cuidando unas manadas, una majada de ovejas pampas y otra de cabras.

Tambien hacíamos quesos. No nos iba tan mal. Hubo una patriada, en la que salieron corridos los *colorados* con quienes yo me fuí, porque me arrió D. Felipe, — se referia á Sáa, — anduve á monte mucho tiempo por San Luis y cuando las cosas se sosegaron me volví á mi casa. Los colorados nos habian saqueado. Los pobres siempre se embroman. Cuando no son unos, son otros los que les caen. Por eso nunca adelantamos. Seguimos trabajando y aumentando lo poco que nos habia quedado hasta que me desgracié....

Aquí frunció el ceño Crisóstomo, y un tinte de melancolía sombreó su cobriza tez, quemada por el aire y el sol.

— Y cómo fué eso? le pregunté.

— Las mujeres! las mujeres señor! que no sirven sino para perjuicio, repuso.

— Y ahora no tienes mujer?

— Sí, tengo.

— Y cómo hablas tan mal de ellas?

— Es que así es el hombre, mi Coronel — vive quejándose de lo que le gusta mas.

— Bueno, prosigue, le dije, y Crisóstomo tomó el hilo de su narracion, que ya habia predispuesto á todos en su favor, despertando fuertemente la curiosidad.

— Cerca de casa vivia otra familia pobre. Eramos muy amigos; todos los dias nos veíamos.

Tenian una hija, muy donosa. Se llamaba Inés. Por las tardes cuando recojíamos las majadas, nos encontrábamos en el arroyo, que nace de arriba del cerro. Y como la moza me gustaba, yo le tiraba la lengua y nos quedábamos mucho

o conversando. Un dia le dije que la queria, que si ella queria á mí? Me contestó callada que sí.

— Y cómo es eso de contestar callada?

— Bueno, mi Coronel, yo le conocí en la cara que puso e me queria.

— Y despues?

— Seguimos viéndonos todos los dias, saliendo lo mas nprano que podíamos á recojer para poder platicar con *lgura.*

Nos sentábamos juntitos en la orilla del arroyo, en un gar donde habia unos sauces muy lindos; nos tomábamos s manos y así nos quedábamos horas enteras viendo correr agua. Un dia le pregunté si queria que nos casáramos. o me contestó, dió un suspiro, se le saltaron las lágrimas, oró y me hizo llorar.

— A tí?

— A mí, pues, señor, contestó Crisóstomo, mirándome on un aire que parecia decir: acaso no puedo llorar yo, orque vivo entre los indios?

Sentí el reproche y le contesté: no te habia entendido ien, sigue.

Prosiguió.

Lo que se me pasó la tristeza le pregunté porqué lloraba, y me contó que su padre queria casarla con un tal Zárate, que era tropero y hombre hacendado; y que la noche ántes ya le habia dicho que si andaba en muchas conversaciones conmigo le habia de pegar unos buenos. Con la conversacion, no nos fijamos en que habia llegado la oracion, sin haber recojido las majadas. Salimos juntos á campearlas. Nos tomó la noche, se puso muy oscuro, estaba por llover y nos perdimos, pasando toda la noche en el campo .....

.....

Al dia siguiente, Inés no vino al arroyo.

Yo fuí á su casa, el padre me recibió mal; quiso pelearme.

Inés estaba en el rancho y me miraba diciéndome con unos ojos muy tristes, que no le contestára á su padre y que me fuera. Le obedecí. El viejo me insultó mucho,

hasta que me perdí de vista, sufrí y no le contesté. A
noche vino la vieja y se pelearon con mi madre. Yo es
ché todo de afuera. Mas tarde, lo que nos quedamos so
le conté á mi madre lo que me habia pasado .....
.....

La pobre me queria mucho, me trató mal, lloró y p
último me perdonó.

Pasaron varias lunas sin verse las familias.

Una noche ladraron los perros. Salí á ver que era,
era una vecina que iba á casa de Inés, donde estaban m
apurados.

A los pocos dias Inés se casó con Zárate y estuvieron
baile y beberaje en la casa. Para esto yo ya sabia lo q
le habia pasado á Inés, la noche que ladraron los perr
porque la vecina que era muy buena mujer me lo hal
contado, preguntándome: de quién será la hijita que
tenido la Inés? Me dió mucha rábia oir los cohetes d
casorio que se habia hecho en la capilla de San Barto
que está contrita de la sierra. Me fuí á la casa. Pe
mi hija.

Me gritaron, — borracho.

Hice un desparramo y salí hachado. Estuve muc
tiempo enfermo. Sané, busqué mi hija, — no la hallé.
la queria muchísimo, no la habia visto nunca. Una tarde
biendo que la casa estaba sola, me fuí á ver si la hall
á Inés. La hallé. Me recibió como si no me conoci
Le pedí mi hija, me contestó, — que estaba borracho!
hice acordar de la noche en que nos perdimos, — me c
testó, — borracho. Lloré no sé de qué, — me echó de
casa llamándome borracho. Le pegué una puñalada....

Y esto diciendo, Crisóstomo se quedó pensativo.

Nosotros nos quedamos aterrados. Y despues, dije y
sacando á todos del abismo de reflexiones en que los ha
sumido la última frase del infortunado amante.

— Despues, murmuró con amargura, despues he padeci
mucho, mi Coronel.

— Qué hiciste?

— Me fuí á mi casa, le confesé á mi madre lo que ha

hecho, y á mi padre tambien, me rogaron que me fuera para San Luis, me arreglaron unas alforjas, tomé dos buenos caballos y me dirijí á Chajan. Pero al pasar por el camino de los indios, me dió la tentacion de rumbear al Sud y me vine para acá.

— Y no has vuelto á ver tus padres, ó á Inés?

— Sí, mi Coronel, los he visto, varias veces que he ido á malon con los indios, porque el que vive aquí tiene que hacer eso, si no, no le dan de comer. A Inés, la cautivamos en una invasion con su marido y sus padres. Por mí se salvó ella; lloró tanto y me rogó tanto que la dejára, que la perdonára, que me dió lástima, estaba embarazada y conseguí que la dejáran.

Al padre y la madre se los llevaron y los vendieron á los chilenos, por una carga de bebida, que son dos barrilitos de aguardiente. Y he oido decir que están en una estancia cerca de Mucun.

Y esto diciendo, Crisóstomo tomó resuello, como para seguir su narracion.

— Y has ido á *maloquear* (invadir), muchas veces?

— Sí, mi Coronel, qué hemos de hacer! hay que buscarse la vida.

— Y tienes ganas de salir á los cristianos?

— Estoy casado con una china y tengo tres hijos, contestó, como leyéndose en sus ojos, que sí tenia ganas de salir á los cristianos; pero que no lo haria sin su mujer y sus hijos.

Francamente, estos sentimientos paternales me hacian olvidar al hombre que le diera la puñalada á Inés.

Qué abismos insondables de ternura y de fiereza oculta en sus profundidades tempestuosas el corazon humano!

Me iba perdiendo en reflexiones, cuando se oyeron varias voces: Ya vienen cerca los bultos colorados!

— No te vayas, Crisóstomo, le dije, y levantándome fuí á posarme en un mogote del terreno para ver mejor los bultos.

— Son dos chinas, dijeron unos.

— Y viene un indio con ellas, otros.

Los bultos se acercaban á media rienda.

Llegaron, saludaron cortesmente en castellano y pregun taron por el Coronel Mansilla.

— Yo soy, les contesté, echen pié á tierra.

El indio se apeó al punto. Las chinas, recojieron e pretal de pintadas cuentas, que les sirve de estribo y ba jaron del caballo con cierta dificultad por la estrechez de la manía en que van envueltas.

Era el caballero Villareal, hijo de india y de cristiano casado con la hermana de mi comadre Cármen, que me mandaba saludar y algunos presentes, — choclos y sandías La segunda china era hermana de mi comadre y de la mujer de Villareal.

Es este un hombre de regular estatura, de fisonomía dulce y espresiva, embellecida por unos grandes ojos negros llenos de fuego. Vestia como un gaucho lujoso. Habla bastante bien el castellano y se distingue por la pulcritud de su persona. Su padre, cuyo apellido lleva, fué vecino del Bragado. Tendrá treinta y cinco años. Ha estado en Buenos Aires en tiempo de Rosas, y conoce perfectamente las costumbres de los cristianos decentes. La mujer es una china magnífica, que tambien ha estado en Buenos Aires; me habló de Manuelita Rosas, tendrá treinta años. Su hermana tendrá diez y ocho, y era soltera. Ambas vestian con lujo, llevando brazaletes de cuentas de muchos colores y de plata, collares de oro y plata, el colorado *pilquen* [la manta], prendida con un hermoso alfiler de plata como de una cuarta de diámetro, aros en forma de triángulo, muy grandes, y las piernas ceñidas á la altura del tobillo con anchas ligas de cuentas.

La cuñada de Villarreal es muy bonita y vestida con miriñaque y otras yerbas, seria una *morocha* como para dar dolor de cabeza á mas de cuatro. Vestia con ménos recato que su hermana, pues, al levantar los brazos, se veia la concavidad que forma el arranque del brazo cubierto de vello y agrandándose los pliegues de la camisa descubrian parte del seno.

Me entregaron los obsequios con mil disculpas de no

haber traido mas, por la premura del tiempo y los apuros de mi comadre.

Les agradecí la fineza, hice que les acomodáran los caballos, les invité á sentarse y entramos en conversacion.

Al caer la tarde, les pregunté si venian con la intencion de pasar la noche conmigo; me contestaron que sí, si no incomodaban.

Mandé que desensilláran los caballos, se puso en el asador el cordero de Crisóstomo y miéntras se asaba, le pegamos al mate y al cominillo de los franciscanos.

Anochecia cuando llegó un enviado de Mariano Rosas, con el mensaje consabido: cómo está, cómo le vá, no se han perdido caballos?

Contesté que no habia habido novedad, y despedí al embajador lo mas pronto que pude, sin invitarle á que se apeára.

A Crisóstomo, le rogué que pasára la noche conmigo, tenia mis razones para querer conversar *á solas* con él.

Se quedó.

Nos sentamos al rededor del fogon, cenamos hasta saciarnos con choclos, que me parecieron bocado de cardenal, charlamos mucho, y, cuando ya fué tarde, tendimos las camas y como en los buenos viejos tiempos de los patriarcas nos acostamos todos juntos, por decirlo así, teniendo por cortinas el limpio y azulado cielo coronado de luces.

No hubo ninguna novedad. Dormimos á las mil maravillas. El hombre es un animal de costumbres.

Conviene prevenir por la malicia del lector, que los franciscanos, segun estaba acordado, hicieron sus camas al lado de la mia.

XIX.

El amanecer. — Llegada de las cargas. — El marchado de la mula. — Achauentrú en el Rio 4º — Un almuerzo en el fogon. — Lo que hicieron las chinas en cuanto se levantaron. — El cabo Mendoza y Wenchenao.— Enojo finjido. — Se presenta Caniupan.

Al dia siguiente amaneció la atmósfera turbia y atornasolada.

Las ondulaciones del terreno arenoso reverberando el sol, formaban caprichosos mirajes, los objetos cercanos se divisaban léjos creciendo sus proporciones.

Veíanse en lontananza grandes lagunas de superficie plateada y quieta; árboles colosales, que eran pequeños arbustos chamuscados por la quemazon; potros alzados que *escarceaban* y eran aves de rapiña, que aleteando alzaban el polvo sutil.

Una nubecilla de color terroso pardusco llamaba hacia rato la atencion de mi jente.

Yo estaba vacilando entre matar otra mula ó mandar á Crisóstomo comprar una res, porque los choclos no bastaban para que almorzára toda mi jente, cuando oí:

— Son indios!

— No, vienen muy despacio para ser indios.

— Son mulas.

— Deben ser las cargas.

La última frase, sacándome de la indecision en que estaba, me hizo incorporar, ponerme de pié, echar la visual en direccion á los objetos que ocasionaban la contradiccion, y llamar á Camilo Arias, que tiene la vista de un lince, haciéndole una indicacion con la mano:

— A ver, qué es aquello?

Camilo fijó en el horizonte sus brillantes ojos, cuya mirada iere como un dardo, y despues de un instante de reflexion, on su aplomo habitual y su aire de profunda certidumbre, ıe contestó:

— Son las cargas, señor.

— Estás cierto?

— Sí, mi Coronel.

— Arriba todos! grité. A la leña todos! Pronto, pronto n fogon que ya llegan las cargas!

Los asistentes se pusieron en movimiento, desparramán-ose á todos los vientos, y cuando cada cual regresaba con u carga, la nubecilla que habia ido avanzando sobre nos-tros transparentaba claramente, á la vista del observador ménos agudo, los tres hombres que quedaron atrás y las uatro cargas con los ornamentos sagrados pertenecientes á os franciscanos, la yerba, el azúcar, las bebidas y otras nenudencias de poco valor, que eran los grandes presentes ue yo destinaba á los caciques principales.

Venian andando á ese paso de la mula que ni es tranco i es trote, ni es galope; pero que es rápido, y que en la erga de la lengua de nuestra tierra, se llama *marchado.*

Es una especie de trote inglés, una especie de sobrepaso, ue al jinete le hace el efecto de que la mula, en lugar de aminar, se arrastra culebreando.

Todos los aires de marcha, el tranco, el trote, el galope, on cansadores, fatigan hasta postrar.

Solo el *marchado* no deshace el cuerpo, ni produce do-res en las espaldas ni en la cintura, permitiendo dormir ómodamente sobre el lomo del macho ó de la mula, como n veloz esquife que, rápido, hiende las mansas aguas, de-ando trás sí espumosa estela que, aunque parezca ma-arrónico, compararé al rostro que deja en el suelo blando l híbrido cuadrúpedo, cuya cola maniobra incesantemente á derecha é izquierda, á manera de timon, suando se mueve.

Llegaron, pues, las suspiradas cargas, y miéntras se puso todo en tierra, y se elijieron los pedazos de charqui mas gordos, se hizo un gran fogon, colocando en él una olla

para cocinar un *pucherete* y cocer el resto de choclos que quedaba.

Los padres se ocuparon en abrir sus baules, en sacar los ornamentos sagrados, que estaban húmedos y en estenderlos con el mayor cuidado al sol.

Con una parte de los presentes para los caciques hubo que hacer lo mismo.

Las mulas se habian caido repetidas veces en los guadales del Cuero, y todo se habia mojado, á pesar de haber sido retobado en cuero fresco, con la mayor prolijidad en el Fuerte Sarmiento.

Yo estaba contrariadísimo; ya sabia por esperiencia cuán delicado es el paladar de los indios, pues muchísimas veces se sentaron á mi mesa en el Rio 4º, teniendo ocasion, al mismo tiempe, de admirar la destreza con que esgrimian los utensilios gastronómicos, la cuchara y el tenedor; lo bien que manejaban la punta del mantel para limpiarse la boca, el perfecto equilibrio con que llevaban la copa rebosando de vino á los labios.

Tengo muy presente un rasgo de buena crianza de Achauentrú, capitanejo de Mariano Rosas.

Comia en mi mesa; el asistente que la servia le paso la azucarera, y como el indio viese que no tenia cuchara dentro, echó la vista al platillo de su taza de café, y como viese que tampoco tenia cucharita miró al soldado, y lo mismo que lo habria hecho el caballero mas cumplido, le dijo:

— Cuchara!

— Pronto, hombre, una cuchara para Achauentrú, le grité yo, cambiando miradas de intelijencia con todos los presentes, como diciendo: Positivamente, no es tan difícil civilizar á estos bárbaros.

Avisaron que el charqui estaba soasado y los choclos cocidos, pronto el *pucherete*.

— A comer, llamé.

Y sentándonos todos en rueda, comenzó el almuerzo, ocupando las visitas los asientos preferentes, que eran al lado de los franciscanos y de mí.

Las dos chinas estaban hermosísimas, su tez brillaba

como bronce bruñido; sus largas trenzas negras como el ébano y adornadas de cintas pampas les caian graciosamente sobre las espaldas; sus dientes cortos, iguales y limpios por naturaleza, parecian de marfil; sus manecitas de dedos cortos, torneados y afilados; sus piececitos con las uñas muy recortadas, estaban perfectamente aseados.

Esa mañana, en cuanto salió el sol, se habian ido á la costa de la laguna, se habian dado un corto baño y recatándose un tanto de nosotros, se habian pintado las mejillas y el labio inferior, con carmin, que les llevan los chilenos, vendiéndoselos á precio de oro.

María, la cuñada de Villareal, mas coqueta que su hermana la casada, se habia puesto lunarcitos negros, adorno muy favorito de las chinas.

Para el efecto, hacen una especie de tinta, de un barro que sacan de la orilla de ciertas lagunas, barro, de color plomizo, bastante compacto, como para cortarlo en panes y secarlo así al sol, ó dándole la forma de un bollo.

El charqui estaba sabrosísimo, — á buena gana no hay pan duro, dice el adajio viejo, — el *pucherete* suculento; los choclos dulces y tiernos como melcocha.

Los cristianos comimos bien; Villareal y las chinas se saturaron con aguardiente.

Villareal lo hizo hasta *caldearse*, término que, entre los indios, equivale á lo que en castellano castizo significa ponerse calamucano.

Llegó el turno del mate de café, no teniendo otro postre, y habiéndome apercibido de que nos rondaban algunos indios, recien llegados, los llamé, los invidé á tomar asiento en nuestra rueda y les dí unos buenos tragos del alcohólico anisado.

Hice acuerdos en ese momento de que no me habia informado del cabo conductor de las cargas, de las novedades del camino; y que aquel, no habiendo sido interrogado, nada me habia dicho al respecto.

Rumeaba si le llamaria ó no en el acto, cuando ciertas palabras cambiadas entre mis ayudantes me hicieron colejir que algo curioso habia ocurrido.

Me resolví al interrogatorio, diciendo incontinenti:

— Que llamen al cabo Mendoza!

— Mendoza! Mendoza! lo llama el Coronel, oyóse. Y acto contínuo se presentó el cabo, cuadrándose militarmente.

— Y, como ha ido por el camino? le pregunté.

— Medio mal, mi coronel, me contestó.

— Porqué no me habias dicho nada?

— Porque usía no me preguntó nada.

— Yo creia que no hubiera habido novedad, y tú debias haber pedido la vénia para hablarme.

El cabo agachó la cabeza y no contestó.

— Bueno, pues, cuéntame lo que te ha sucedido.

— Señor, cuando íbamos llegando á un charco que está *allicito* no mas, cerca del médano de la Verde, me salió un indio malazo, con cuatro mas, diciéndome:

— Ese soy Wenchenao, ese mi toldo, ese mi tierra. Con permiso de quién pasando?

— Voy con el Coronel Mansilla.

— Ese Coronel Mansilla, con permiso de quién pisando mi tierra.

— Eso no sé yo, amigo, déjeme seguir mi camino.

Los indios nos ponian las lanzas en el pecho y las hincaban á las mulas en el anca para hacerlas disparar.

— No siguiendo camino si no pagando.

— Y qué quiere que le pague, amigo? no vé que lo que llevamos es para el cacique Mariano?

— Entónces dando, mejor. Mariano teniendo mucho; padre Burela viniendo con mucho aguardiente.

Miéntras estábamos en esa conversacion, — mi coronel, uno de los indios descargó una mula, y llegaron unas chinas con unas pavas, las llenaron bien, echaron bastante azúcar, tabaco y papel en un poncho y se fueron.

Wenchenao nos dijo entónces:

— Bueno, amigo, siguiendo camino no mas, pero dando camisa, pañuelo, calzoncillo.

Y hasta que no le dimos algo de eso, no nos quitaron las lanzas del pecho, ni nos dejaron pasar.

— Pues has hecho buena hazaña, le dije. Con qu

tres hombres se han dejado saquear por unos cuantos indios rotosos?

— Y qué habíamos de hacer, mi coronel? contestó; peor hubiera sido que por hacer pata ancha, nos hubieran quitado todo.

— Tienes razon, le dije; retírate.

Dió media vuelta, hizo la vénia y se alejó.

Aprovechando la presencia de Villareal y de los otros indios, simulé el mayor enojo é indignacion; me levanté de la rueda del fogon, paseándome de arriba á bajo esclamaba á cada rato:

— Pícaros! ladrones! rellenando estas palabras con imprecaciones por el estilo de esta: Ojalá me hagan algo á mí, para que se los lleve el diablo!

Los indios, sin escepcion alguna, me oian fulminar rayos y centellas contra ellos, sin decir una palabra, sin moverse siquiera de su lugar.

Recien cuando parecí calmado, — Villareal, medio entre San Juan y Mendoza, valiéndome de la metáfora de la tierra, se levantó y viniendo á mí con paso vacilante y aire receloso, me dijo:

— Tenga paciencia, mi Coronel.

— Qué paciencia quiere que tenga con esta canalla, le contesté?

Siguió rogándome que me calmára, y yo contestando y, despues de escucharle una larga esplicacion sobre como eran los indios, la diferencia que habia entre uno trabajador y uno ladron, nos quedamos muy amigos.

Hecha la comedia, pedí mas aguardiente, y volví á convidar á los indios del fogon.

Porsupuesto que la señora Villareal y sü hermana no dejaron de dirijirme algunas exhortaciones amables, que finalizaban todas con esta frase: tenga paciencia, señor.

Viendo que los huéspedes se iban *caldeando*, creí oportuno hacer cesar las libaciones.

— Dando, dando mas, coronel, — me decian varios á la vez, — ya caldeados, queriendo rematar.

— No hubo tutia.

Viéndome firme, fueron despejando el campo uno trás de otro.

Villareal y sus chinas me pidieron los caballos para retirarse.

Me daban un solo sobre el modo de tratar á los indios, sobre las relevantes prendas del carácter de Ramon, su Cacique inmediato, en los momentos que se presentó un precursor de Caniupan, diciéndome que éste no tardaria en llegar; que en Leubucó se hacian grandes preparativos para recibirme, ponderando con tales aspavientos la indiada que se habia reunido, los cohetes que se quemarian, que era cosa de chuparse los dedos de gusto, pensando en la imperial recepcion que me aguardaba.

Presentóse por fin Caniupan con unos cuarenta individuos vestidos de parada, es decir, montando briosos corceles, enjaezados con todo el lujo pampeano, con grandes testeras, coleras, pretales, estribos y cabezadas de plata, todo ello de gusto chileno.

Los jinetes se habian puesto sus mejores ponchos y sombreros, llevando algunos bota fuerte, otros de potro y muchos la espuela sobre el pié pelado.

Levanté campamento, me despedí de las visitas, y escoltado por Caniupan, tomé el camino de Leubucó.

Mañana haré mi entrada triunfal allí.

XX.

El camino de Calcumuleu á Leubucó. — Los indios en el campo. — Su modo de marchar. — Cómo descansan á caballo. — Qué es tomar caballos á mano. — No habia novedad. — Cruzando un monte. — Se divisa Leubucó. — Primer parlamento. — Cada razon son diez razones.

El camino de Calcumuleu á Leubucó corria en línea paralela con el bosque que teníamos hácia el naciente, buscando una abra, que formaba una gran ensenada. De trecho en trecho se bifurcaba, saliendo ramales de rastrilladas para las diversas tolderías. Reinaba mucho movimiento en el desierto.

De todos lados asomaban indios, al gran galope siempre, sin curarse de los obstáculos naturales del terreno, donde caballos educados como los nuestros ó los ingleses habrian caido postrados de fatiga á los diez minutos por vigorosos que hubieren sido. Subian rápidos á la cumbre de los médanos de movediza arena y bajaban con la celeridad del rayo; se perdian entre los montecillos de chañar, apareciendo al punto; se hundian en las blandas sinuosidades y se alzaban luego; se tendian á la derecha, evitando un precipicio, despues á la izquierda rehuyendo otro, y así, ora en el horizonte, ora fuera de la vista del plano accidentado, cuando menos pensábamos brotaban á nuestro lado, por decirlo así, incorporándose á mi comitiva.

Ibamos formados á ratos, yendo yo con Caniupan adelante, sus indios atrás y despues de estos mi jente; otras veces en dispersion.

Andando con indios no es posibie marchar unidos.

Ellos le aflojan la rienda al caballo para que *dé todo* lo que puede, sin apurarlo nunca: de modo que los jinetes cuyo caballo tiene el galope corto se quedan atrás y los otros se van adelante.

Toda marcha de indios se inicia en órden; al rato se han desparramado como moscas, salvo en los casos de guerra. En ésta, pelean unidos ó en dispersion, á pié unos, á caballo otros, interpolados todos segun las circunstancias.

En un combate, que mis fuerzas tuvieron con ellos en los Pozos Cavados pelearon interpolados. Mi jente siendo inferior en número habia echado pié á tierra. Le llevaron tres cargas, que fueron rechazadas á balazos, y al dar vuelta caras, los pedestres se agarraban de las colas de los caballos y ayudados por el impulso de estos se ponian en un verbo fuera del alcance de las balas.

En marcha, que no es militar, los indios no reconocen jerarquías.

Lo mismo es para ellos la derecha que la izquierda, ir adelante que atrás, el capitanejo, el cacique menor ó mayor todo es igual, al último indio. El terreno, el aire de la marcha y el caballo deciden del puesto que lleva cada uno. Vá bien montado el cacique? se le verá adelante, muy adelante. Vá mal montado? Se quedará rezagado. Y el lujo consiste en tener el caballo de galope mas largo, de mas bríos y de mayor resistencia.

Ya veremos, como los mismos caballos que nos roban á nosotros, pues, ellos no tienen crias, ni razas especiales, sometidos á un réjimen peculiar y severo, cuadruplican sus fuerzas reduciéndonos muchas veces en la guerra á una impotente desesperacion.

Al llegar á la entrada del bosque, viendo que mi jente marchaba formando una chorrera y que mis caballos no podian resistir á un galope largo sostenido por la arena, que se enterraban hasta las rodillas no obstante que seguíamos las sendas de la rastrillada, le dije á Caniupan:

— Hagamos alto un rato, los padrecitos vienen muy cansados.

Era un pretesto como cualquier otro.

Caniupan sujetó de golpe su caballo, yo el mio, los que nos seguian unos despues de otros; lo mismo hicieron los indios que nos precedian, cuando se apercibieron de que estábamos parados, y poco despues formábamos dos grupos, envueltos en una nube de arena.

Para ganar tiempo y dar mas alivio á mis cabalgaduras, mandé mudarlas. Los indios no echaron pié á tierra. Tienen ellos la costumbre de descansar sobre el lomo del caballo. Se echan como en una cama, haciendo cabecera del pescuezo del animal, y estendiendo las piernas cruzadas en las ancas, así permanecen largo rato, horas enteras á veces. Ni para dar de beber se apean; sin desmontarse sacan el freno y lo ponen. El caballo del indio además de ser fuertísimo, es mansísimo. Duerme el indio? no se mueve. Está ébrio? le acompaña á guardar el equilibrio. Se apea y le baja la rienda? allí se queda. Cuánto tiempo? Todo el dia. Si no lo hace es castigado de modo que entienda *porque*. Es raro hallar un indio que use manea, traba, bosal y cabestro. Si alguno de estos útiles lleva, de seguro que anda *redomoneando* un potro, ó en un caballo arisco ó enseñando uno que ha robado en el último malon.

El indio vive sobre el caballo, como el pescador en su barca; su elemento es la Pampa, como el elemento de aquel es el mar.

A dónde vá un indio que no ensille, que no salte en pelos? Al toldo vecino que dista cuadras? Irá á caballo. Al arroyo, á la laguna, al jaguel, que están cerca de su misma morada? Irá á caballo. Todo puede faltar en el toldo de un indio. Será pobre como Aman. Hay una cosa que jamás falta. De dia, de noche, brille espléndido el sol ó llueva á cantaros, en el palenque hay siempre enfrenado y atado de la rienda, — un caballo.

A horse! A horse! my kingdom for a horse!

Todo, todo cuanto tiene dará el indio en un momento crítico, — por un caballo.

Mudábamos, tomando *á mano*.

Es una operacion campestre entretenida, no haciéndola torpemente, es decir, *enlazando*.

Cada grupo de mi jente rodeaba su tropilla. La madrin estaba maneada. Los animales remolineaban á su alrededor Entre varios tenian dos ó mas lazos formando un círculo á manera de corral. Entraban en él, uno despues de otro, por turno de numeracion, los que iban á mudar. El encargado de la tropilla, elejia un caballo de los menos *sobados*, lo designaba diciendo verbi-gracia, — el oscuro overo, — para el número 4; y el individuo determinado así, con el freno y el bozal en la siniestra, se acercaba á aquel con maña, con cuidado de no asustarlo, buscándole la vuelta echándole de léjos sobre el lomo, si no era manso, la punta de la rienda ó del cabestro á cuyo contacto se queda cas siempre quieto el manso y dócil corcel.

La operacion de mudar tomando á lazo en el medio de campo, á mas del riesgo de que los caballos ménos asustadizos se espanten, disparen y se alcen, es sumamente mo rosa, requiere gran destreza y ofrece peligros; de todos lo ejercicios del gaucho, del paisano, el mas fuerte, el mas difícil y el mas espuesto de todos es el del lazo. Cualquier maneja en poco tiempo regularmente las *boleadoras*. Ni se muy de á caballos, se requiere: siquiera mucha fuerza. E manejo del lazo al contrario. Demanda completa posesio del caballo, vigor varonil y ajilidad.

Miéntras mudábamos, llegaron varios indios del Norte, d *afuera*, como dicen ellos. Nosotros le llamamos así al Sur

Viendo sus caballos tan trasijados, le pregunté á Ca niupan:

— De dónde vienen estos?

— Esos viniendo de *afuera*, boleando, me contestó.

Eran las últimas descubiertas que regresaban, pero Ca niupan no queria confesarlo.

— Qué habiendo por los campos, hermano le agregué.

— Muy silencio, estando Cuero, Bagual y Tres Lagunas

— Entónces, indios no desconfiando ya de mí, proseguí

Camilo Arias, interrumpió el diálogo, avisándome qu estábamos prontos.

A caballo! grité; montamos, nos pusimos en marcha pocos minutos despues entrábamos en el monte de Leubucó

Sendas y rastrilladas, grandes y pequeñas lo cruzaban como una red, en todas direcciones. Galopábamos á la desbandada. Los corpulentos algarrobos, chañares y caldenes, de fecha inmemorial; los mil arbustos nacientes desviaban la línea recta del camino, obligándonos á llevar el caballo sobre la rienda para no tropezar con ellos, ó enredarnos en sus vástagos espinosos y traicioneros.

Nuestros caballos no estaban acostumbrados á correr por entre bosques. Teníamos que detenernos constantemente; por ellos, espuestos á rodar, y por nosotros mismos espuestos á quedarnos colgados de un gajo como arrebatados por un garfio.

La torpeza nuestra era solo comparable á la habilidad de los indios; miéntras nosotros, á cada paso, hallábamos una barrera que nos obligaba á abreviar el aire de la marcha, á ir al trote y al tranco, á hacer alto y proseguir, — ellos seguian imperturbables su camino, veloces como el viento. Pronto, pues, salieron ellos del bosque, quedándonos nosotros atrás. Yo no podia perder de vista que conmigo iban los franciscanos, y no era cosa de dejarlos en el camino, ni de esponerlos á columpiarse contra su gusto en un algarrobo. Demasiada paciencia habíamos tenido ya; para perderla cuando llegábamos, Dios mediante, al término de la jornada.

Los indios me esperaban en una aguadita al salir del bosque; en un gran descampado, sucesion de médanos pelados, tristes, solitarios.

A lo léjos, como una faja negra, se divisaba en el horizonte la ceja de un monte.

— Allí es Leubucó, me dijeron, señalándome la faja negra.

Fijé la vista, y, lo confieso, la fijé como si despues de una larga peregrinacion por las vastas y desoladas llanuras de la Tartaria, al acercarme á la raya de la China me hubieran dicho: allí es la gran muralla!

Voy á penetrar, al fin, en el recinto vedado.

Los ecos de la civilizacion van á resonar pacíficamente por primera vez, donde jamás asentára su planta un hombre del coturno mio.

Grandes y jenerosos pensamientos me traen; nobles elevadas ideas me dominan; mi mision es digna de un so dado; de un hombre, de un cristiano, me decia; y veia la hora en que reducidos y cristianizados aquellos bárbarc utilizados sus brazos para el trabajo, rendian pleito hom naje á la civilizacion por el esfuerzo del mas humilde sus servidores.

Aspiraciones del espíritu despierto, que se realizan c mas dificultad, que las mismas visiones del sueño, apartá

El hombre no es razonable cuando discurre, — sino cuan acierta.

Vivimos en los tiempos del éxito.

Nadie lucha contra los que tienen treinta lejiones aunq la conciencia pueda mas que todas las lejiones del mundo

Alguien habrá que lo intente algun dia. Y no con desaliento del gladiador que anticipándose á su destino mirando al César encumbrado sobre las mas altas grad del circo esclamaba.

«Los que van á morir os saludan», — sino como el fue y viril republicano:

«Primero muerto que deshonrado.»

Donde los indios me esperaban hicicimos alto: mar aflojar las cinchas, dar un descanso á los caballos y de bel despues.

Hecho esto, en dos grupos unidos que no tardaron deshacerse, nos pusimos en marcha al galope, con la mira fija en la faja negra.

Galopábamos en alas de la impaciencia y de la curiosid

No habia sido fácil empresa llegar hasta la morada Mariano Rosas. Hasta los bárbaros saben rodearse de a rato teatral para deslumbrar ó embaucar á la multitud!

De repente hizo alto un grupo de indios que nos pre dia. Hay alguna novedad, me dijo Mora, porque sino aque no se habrian parado.

— Y qué será?

— Cuando ménos han avistado algun parlamento.

— De quién?

— Del jeneral Mariano.

— Y cuántos tendremos que encontrar ántes de llegar á Leubucó?

— Quien sabe, señor, eso depende de los honores que el jeneral le quiera hacer.

Un indio venia á media rienda hácia nosotros, destacado del grupo que acababa de hacer alto, en busca de Caniupan.

Sujetamos.

Habló con él en su lengua, y luego, partió á escape, contramarchando.

Caniupan me dijo:

— Viniendo parlamento.

— Me alegro mucho.

— Topando con él, galope.

— Bueno, topando al galope.

Y esto diciendo nos pusimos al gran galope sin reparar en nada.

Yo echaba de cuando en cuando la vista atrás, y veia á mis franciscanos, espuestos sin remision á dar una furiosa rodada, y contenia un tanto la carrera de mi caballo, para que aquellos se me incorporaran, pues, Caniupan me decia á cada momento: poniendo padre á tu lado.

Así íbamos ganando terreno, levantando torbellinos de arena, rodando mas de cuatro en pocos instantes y viendo una nube que trasparentaba diversos colores, avanzar sobre nosotros.

Coronamos el dorso de un médano y distinguimos claramente un grupo como de cincuenta jinetes.

— Ese son, poquito galope, dijo Caniupan recojiendo su caballo.

— Bueno, amigo, le contesté, igualando mi caballo con el suyo.

Así seguimos un momento, hasta que hallándonos como á seiscientos metros.

— Ese son hermano, topando! dijo Caniupan y se lanzó violento.

Le seguí y mi jente me imitó.

Los franciscanos no se quedaron atrás.

Yo no sé como hicieron; pero el hecho es que llegaron

junto conmigo hasta el punto, en que diciendo y hacien Caniupan gritó:

— Parando, hermano!

Los dos grupos, el que iba y el que venia, sujetan al mismo tiempo, quedando como á veinte pasos u de otro.

Del que venia salió un indio.

Del nuestro salió otro.

Se colocaron equidistantes de sus respectivos grupos mirando el uno para el Norte y el otro para el Sur, to la palabra el que venia de Leubucó.

Cuánto tiempo habló?

Hablaria seguido, sin interrupcion alguna, sin tragar saliva, como cinco minutos.

Qué dijo?

Lo sabremos despues.

Le contestó el otro en la misma forma y modo.

Qué dijo?

Lo sabremos tambien despues.

Tres preguntas y respuestas se hicieron.

Le pregunté á Mora qué habian conversado.

Me contestó que el uno me habia saludado, y el habia contestado por mí; que el uno representaba á Mar Rosas y el otro, me representaba á mí; segun órden Caniupan que acababa de recibir.

— Pero hombre, le observé, tanto ha hablado solo p saludarme?

— Sí, mi coronel, es que los dos son buenos *lenguare* — oradores, queria decir.

— Pero hombre, insistí, si han hablado un cuarto de h cómo no han de haber hecho mas que saludarme?

— Mi coronel, es que las *razones* que traia el parlam de Mariano las ha hecho muchas mas; y el de vd. ha h lo mismo para no quedar mal.

— Y cuántas razones traia el de Mariano?

— Tres razones no mas!

— Y qué decian?

— Que como está usía, que como le ha ido de viaje,

i no ha perdido caballos, porque en los campos solos siempre uceden desgracias.

— Y para decir eso ha charlado tanto, hombre.

— Sí, mi Coronel; no vé que cada *razon* la han hecho *diez razones*.

— Y qué es eso, hombre?

— Es, mi Coronel.....

Decia esto Mora, cuando Caniupan nos interrumpió, proponiéndome, — que saludára á la comision que acababa de llegar.

Deferí á su indicacion y comenzó el saludo.

Tendrás paciencia, hasta mañana, Santiago amigo, y el paciente lector contigo.

La paciencia es una virtud que conviene ejercitar en las cosas pequeñas, que en las grandes yo opino como Romeo, por boca de Shakespeare.

XXI.

En qué consiste el arte de hacer de *una razon* varias razones. — cuantos modos conversan los indios. — Sus oradores. — Sus rodeos p pedir. — Precauciones de los Caciques ántes de celebrar una junta Numeracion y manera de contar de los Ranqueles.

Aprovechando una parada, interrogué á Mora, que tc la palabra para esplicarme en qué consiste el arte de ha de *una razon,* dos ó mas razones.

A su modo me hizo un curso de retórica completo. he dicho que es un hombre perspicaz y si no lo he di viene aquí á pelo decirlo.

Los indios ranqueles tienen tres modos y formas de (versar.

La conversacion familiar.

La conversacion en parlamento.

La conversacion en junta.

La conversacion familiar es como la nuestra, llana, fá sin ceremonias, sin figuras, con interrupciones del ó de interlocutores, animada, vehemente, segun el tópico ó las siones escitadas.

La conversacion en parlamento está sujeta á ciertas glas; es metódica, los interlocutores no pueden, ni deben in rumpirse; es en forma de preguntas y respuestas.

Tiene un tono, un compás determinado, su estribill actitudes académicas por decirlo así.

El tono y el compás pueden solo compararse á lo que las festividades relijiosas se canta con el nombre de lancico.

Es algo cadencioso, uniforme, monótono, como el murmullo de la corriente del agua.

Yo no conozco suficientemente la lengua araucana para consignar una frase.

Pero el penetrante lector, y tú, Santiago, que á este respecto te pierdes de vista, haciendo un pequeño esfuerzo me comprenderán.

Voy á estampar sonidos cuya eufonia remeda la de los vocablos auracanos.

Por ejemplo:

Epú, bicú, mucú, picú, tanqué, locó, painé, bucó, có, rotó, clá, aimé, purrá, cuerró, tucá, claó, tremen, leuquen, pichun, mincun, bitoooooon!

Supongamos, que los sonidos enumerados hayan sido pronunciados con énfasis, muy lijero, sin marcar casi las comas, y que el último haya sido pronunciado tal cual está escrito, á manera de una interjeccion prolongada, — hasta donde el aliento lo permite.

Supongamos, algo mas, que esos sonidos imitativos representando palabras bien hilvanadas, quisieran decir:

Manda preguntar Mariano Rosas, que cómo le ha ido anoche por el campo, con todos sus Jefes y Oficiales?

O, en los términos de Mora, supongamos que esa interrogacion sea *una razon.*

Pues bien, convertir una razon en dos, en cuatro ó mas razones, quiere decir, dar vuelta la frase por activa, y por pasiva, poner lo de atrás adelante, lo del medio al principio, ó al fin; en dos palabras, dar vuelta la frase de todos lados.

El mérito del interlocutor en parlamento, su habilidad, su talento, consisten en el mayor número de veces que dá vuelta cada una de sus frases ó razones; ya sea valiéndose de los mismos vocablos, ó de otros; sin alterar el sentido claro y preciso de aquellas.

De modo que los oradores de la pampa son tan fuertes en retórica, como el maestro de gramática de Molière, que instado por el *Bourgeois gentilhomme* le escribió á una dama este billete: «*Madame, vos bells yeux, me font mourir d'a-*

mour.» Y no quedando satisfecho el interesado: «*Vos bell yeux, madame, me font mourir d'amour.*» Y no gustándol esto: «*D'amour, madame, vos bells yeux me font mourir.* Y no queriendo lo último: «*Me font mourir d'amour, vo bells yeux, madame,* — con lo cual el *Bourgeois,* se di por satisfecho.

La gracia consiste en la mas perfecta uniformidad en l entonacion de las voces. Y, sobre todo, en la mayor prolongacion de la última sílaba de la palabra final.

Una cantante que aprendiera el araucano, haria furo entre los indios, por su estension de voz, si la tenia, y po otros motivos, de que se hablará á su tiempo. No es posibl poner todo en la olla de una vez.

Esa última sílaba prolongada, no es una mera *fioritur* oratoria. Hace en la oracion los oficios del punto final; as es que en cuanto uno de los interlocutoros la inicia, el otr rumea su frase, se prepara, toma la actitud y el jesto de l réplica, todo lo cual consiste en agachar la cabeza y en clavar la vista en el suelo.

Hay oradores que se distinguen por su facundia; otro por su facilidad en dar vuelta una razon; estos, por la igualdad cronométrica de su diccion; aquellos, por la entonacion cadenciosa; la jeneralidad por el poder de sus pulmones para sostener lo mismo que si fuera una nota de música, la sílaba que remata el discurso.

Miéntras dos oradores parlamentan, los circunstantes le escuchan y atienden en el mas profundo silencio, pesando el primer concepto ó razon, comparándolo con el segundo, este con el tercero, y así sucesivamente, aprobando y desaprobando con simples movimientos de cabeza.

Terminado el parlamento, vienen los juicios y discusiones sobre las dotes de los que han sostenido el diálogo.

La conversacion en parlamento, tiene siempre un carácter oficial. Se la usa, en los casos como el mio, o cuando se reciben visitas de etiqueta.

No hay idea de lo cómico y ceremoniosos que son estos bárbaros. Si el cacique recibe durante el dia veinte capitanejos, con los veinte emplea las mismas formas: con los veinte

cambia las mismas preguntas y respuestas, empezando por preguntarles por el abuelo, por el padre, por la abuela, por la madre, por los hijos, por todos los deudos en fin.

Despues de esta série de preguntas sacramentales, inevitables, infalibles, vienen otras de un órden secundario, que completan el ritual, referentes á las novedades ocurridas en los campos y en la marcha, haciendo siempre los caballos un papel principal.

Los indios se ocupan de estos á propósito de todo. Para ellos los caballos son lo que para nuestros comerciantes el precio de los fondos públicos. Tener muchos y buenos caballos, es como entre nosotros tener muchas y buenas fincas. La importancia de un indio se mide por el número y la calidad de sus caballos. Así cuando quieren dar la medida de lo que un indio vale, de lo que representa y significa, no empiezan por decir, — tiene tantos ó cuantos rodeos de vacas, tantas ó cuantas manadas de yeguas, tantas ó cuantas majadas de ovejas y cabras, sino tiene tantas tropillas de oscuros, de overos, de bayos, de tordillos, de gateados, de alazanes, de cebrunos, y resumiendo, puede encabalgar tantos ó cuantos indios, lo que quiere decir que en caso de malon podrá poner en armas muchos, y que si el malon es coronado por la victoria tendrá participacion en el botin con arreglo al numero de caballos que haya suministrado, segun lo veremos cuando llegue el caso de platicar sobre la constitucion social, militar y gobernativa de estas tríbus.

Mariano Rosas tiene la fama de un orador de nota. Cuando lleguemos á su toldo, penetremos en el recinto de su hogar, cuente sus costumbres, su vida, sus medios de gobierno y de accion, será ocasion de constatarlo con ejemplos palmarios, probando á la vez que hasta entre los bárbaros la elocuencia unida á la prudencia puede disputarle la palma con éxito completo al valor y á la espada.

Tomando el hilo de mi interrumpido relato sobre los diferentes modos de conversar de los Ranqueles, agregaré, — que en pos de las interrogaciones y contestaciones sobre la salud de la familia y las novedades de los campos, vienen otras sin importancia real, y que, despues de

muchas idas y venidas, vueltas, y revueltas, recien se llega al grano.

Un indio cuando vá de visita con el objeto de pedir algo, no descubre su pensamiento á dos tirones. Saluda, averigua todo cuanto puede serle agradable al dueño de casa, devolviendo los cumplimientos con cumplimientos, las ofertas y promesas, con ofertas y promesas, se despide, parece que vá á irse sin pedir nada; pero en el último momento desembucha su entripado, y no de golpe, sino poco á poco. Primero pedirá yerba. Se la dan? Pedirá azúcar. Se lo dan? Pedirá tabaco. Se lo dan? Pedirá papel. Y miéntras le vayan concediendo ó dando, irá pidiendo y habrá pedido muchas cosas si se las han concedido ó dado, y no habrá pedido lo que fué buscando que era, — aguardiente. El golpe de gracia viene entónces, pide por fin lo que mas le interesa y si se lo niegan contestará: no dando lo mas; pero dando aguardiente.

Esta táctica socarrona no la emplea el indio solamente en sus relaciones con los cristianos. Disimulado y desconfiado por carácter y por educacion; así procede en todas las circunstancias de su vida. Tiene mil reservas en todo y mil cosas reservadas. No hay indio que no sea poseedor de uno ó unos cuantos secretos, sin importancia quizá, pero que no descubrirá sino por interés. Este conoce él solo una laguna, aquel un médano, el otro una canada; éste una yerba medicinal, aquel un pasto venenoso, el otro una senda estraviada por el bosque. Y así dicen, no como los cristianos, — yo conozco una laguna, una yerba, una senda que nadie conoce; sino yo tengo una laguna, una yerba, una senda que nadie conoce, que nadie ha visto, por donde nadie ha andado.

Decididamente hoy estoy fatal para las digresiones. Tomé el hilo mas arriba y me apercibo que lo he vuelto á dejar. Para dejarlo del todo me falta decir lo que es la conversacion en junta.

Es un acto muy grave y muy solemne. Es una cosa muy parecida al parlamento de un pueblo libre, á nuestro congreso, por ejemplo. La civilizacion y la barbárie se dan la mano; la humanidad se salvará porque los estremos se tocan. Y por mas que digan que los estremos son viciosos, y

sostengo que eso depende de la clase de *estremos*. Será malo, irritante, odioso ser en estremo avaro; pero quién puede tachar á un caballero por ser en estremo generoso? Será una calamidad para una mujer ser en estremo fea. Pero qué mujer sosdentrá que es una desgracia ser en estremo hermosa?

Cuando he dicho que estoy fatal para las digresionos!

Volvamos á la junta, á ver si se parece ó nó, á lo que he dicho.

Reúnese ésta, nómbrase un orador, una especie de miembro informante, que espone y defiende contra uno, contra dos, ó contra mas, ciertas y determinadas proposiciones. El que quiere le ayuda.

El miembro informante suele ser el cacique. El discurso se lleva estudiado y el tono y las formas son semejantes al tono y las formas de la conversacion en parlamento, con la diferencia de que en la junta se admiten las interrupciones, los silbidos, los gritos, las burlas de todo jénero. Hay juntas muy ruidosas, pero todas, escepto algunas memorables que acabaron á capazos, tienen el mismo desenlace. Despues de mucho hablar triunfa la mayoría aunque no tenga razon. Y aquí es el caso de hacer notar que el resultado de una junta se sabe siempre de antemano, porque el cacique principal tiene buen cuidado de catequizar con tiempo á los indios y capitanejos mas influyentes en la tríbu.

Todo lo cual prueba que la máquina constitucional llamada por la liberdad Poder Lejislativo no es una invencion moderna estraordinaria; que en algo nos parecemos á los indios, ó como diria Fray Gerundio: que en todas partes se cuecen habas.

Como las esplicaciones de Mora me interesasen, prolongué la parada hasta que no me quedó ya nada que saber en materia de conversaciones pampeanas.

Vamos! le dije á Caniupan, y diciendo y haciendo seguimos el camino de Leubucó. Los indios se tendieron al galope. Por no recibir su polvo los imité.

Hácia el Sur se alzaba en el horizonte una nube que parecia de arena.

Son jinetes, dijeron algunos.

Yo fijé la vista un instante en ella, no descubrí nada.

Tenia interés en aprender á contar en lengua araucar Me dirijí, pues, á Mora, aprovechando el tiempo, ya que p algunos momentos me veia libre de embajadores, mensajer y parlamentarios, y le pregunté:

— ¿Cómo se llaman los números en la lengua de l indios?

Mora no entendió bien la pregunta. El sabia perfect mente bien lo que queria decir *cuatro*, pero ignoraba qué e *número*.

Le dirijí la interpelacion en otra forma y el resulta fué, que mis lectores mañana, y tú despues, Santiago amig sabrán contar en una lengua mas:

Uno — *quiñé.*
Dos — *epú.*
Tres — *clá.*
Cuatro — *meli.*
Cinco — *quehú.*
Seis — *caiu.*
Siete — *relgué.*
Ocho — *purrá.*
Nueve — *ailliá.*
Diez — *marí.*
Cien — *pataca.*
Mil — *barranca.*

Ahora, cincuenta se dice — *quechú-marí;* doscient *epú-pataca;* ocho mil, — *purrá-barranca*; y cien mil, — *p taca-barranca.*

Y esto prueba dos cosas:

1º Que teniendo la nocion abstracta del número co prensivo de infinitas unidades, como un millon, que en lengua se dice, *marí-pataca-barranca*, estos bárbaros son tan bárbaros ni tan obtusos como muchas perso creen.

2º Que su sistema de numeracion es igual al teutóni segun se vé por el ejemplo de *quechú-marí*, que vale ta como *cincuenta;* pero que gramaticalmente es, — *cinco-d*

Si hay quien se haya aflijido porque nuestro siste

entario se parece al de los Ranqueles, consuélese,

ı alemanes, justamente orgullosos de ser paisanos de
r y de Goëthe, se parecen tambien á ellos. Bismarck,
ı hombre de estado, contaria las aguilas de las legiones
oras en Sadowa, lo mismo que el indio Mariano Rosas,
sus lanzas al regresar del malon.
o la nube de arena avanza . . . . . .

XXII.

Una nube de arena. — Cálculos. — El ojo del indio. — Segundo parlamento. — Se avista el toldo de Mariano Rosas. — Frente á él.

La nube de arena que habia llamado mi atencion ántes de empezar el diálogo con Mora, se movia y avanzaba sobre nosotros, se alejaba, jiraba hácia el poniente, luego hácia el naciente, se achicaba, se agrandaba, volvia á achicarse y á agrandarse, se levantaba, descendia, volvia á levantarse y á descender; á veces tenia una forma, á veces otra, ya era una masa esférica, ya una espiral, ora se condensaba, ora se esparcia, se dilataba, se difundia, ora volvia á condensarse haciéndose mas visible, manteniendo el equilibrio sobre la columna de aire hasta una inmensa altura, ya reflejaba unos colores, ya otros, ya parecia el polvo de cien jinetes, ya el de potros alzados, unas veces polvo levantado por las ráfagas de viento errantes, otras el polvo de un rodeo de ganado vacuno que remolinea; creíamos acercarnos al fenómeno y nos alejábamos, creíamos alejarnos y nos acercábamos, creíamos descubrir visiblemente en su seno algunos objetos y nada veíamos; creíamos juguetes de la óptica, la imájen de algo que se movia velozmente de un lado á otro, de arriba á abajo que iba y venia, que de repente se detenia partiendo súbito luego; íbamos á llegar y no llegábamos, porque el terreno se doblaba en médanos abruptos, subíamos, bajábamos, galopábamos, trotábamos con la imajinacion sobrexitada, creyendo llegar en breve á una distancia que despejára la incógnita de nuestra curiosidad; pero nada, la nube se apartaba de camino como huyendo de nosotros, sin cesar sus variadas

caprichosas evoluciones, burlando el ojo esperto de los mas prácticos, dando lugar á conjeturas sin cuento, á apuestas y disputas infinitas.

Así seguíamos nuestro camino, derrotados por aquella nube estraña cuando divisamos en direccion al Leubucó unos polvos que momentáneamente fijaron nuestra atencion apartándola de lo que la traia preocupada en tan alto grado.

No tardamos en cerciorarnos de que los polvos eran de un grupo bastante crecido de indios que al gran galope se dirijian hácia nosotros. Tienen ellos un modo tan peculiar de andar por los campos que no era fácil confundirlos con otra cosa.

Volvimos, pues, á fijar la vista en la nube aquella que nos habia ganado el flanco izquierdo y que ya afectaba un aspecto mas conocido, trasparentando formas movibles de séres animados. En ese momento los polvos se tendieron hácia el Oriente, formando un círculo inmenso y como queriendo envolver dentro de él todo cuanto andaba por los campos. Al mismo tiempo divisamos otros polvos en el rumbo que llevábamos y oyéronse varias voces:

— Aquellos andan boleando!

— Aquellos vienen para acá!

Mora me dijo: esos polvos, señor, que tenemos al frente han de ser de otro parlamento que viene á saludarlo.

Para mis adentros esclamé: si se acabarán algun dia los cumplidos!

Caniupan me dijo: ese comision grande, viniendo á topar.

— Bueno, le contesté, y señalándole á la izquierda preguntéle.

— Qué es aquello?

El indio fijó sus ojos en el espacio, recorrió rápidamente el horizonte y luego me contestó:

— Boleando guanacos.

Efectivamente, la nube que por tanto tiempo habia preocupado nuestra atencion, estaba ya casi encima de nosotros. envolviendo en sus entrañas una masa enorme de guanacos que estrechada poco á poco por los boleadores, venia á llevarnos por delante.

Cuidado con las tropillas! grité, y haciendo alto las rodeamos porque la masa de guanacos podia arrebatarlas.

La tierra se estremecia como cuando la sacude el trueno, oíanse alaridos en todas direcciones, sentíase un ruido sordo . . . la masa enorme de guanacos rompiendo la resistencia del aire pasó como un torbellino, dejándonos envueltos en tinieblas de arena. Detrás pasaron los indios reboleando las boleadoras, converjiendo todos hácia el mismo punto, que parecia ser una planicie que quedaba á nuestra derecha.

Cuando aquel aluvion de cuadrúpedos desfiló y disipándose las tinieblas de arena se hizo la luz, volvimos á ponernos al galope.

Segun lo habia calculado Mora, los polvos últimos que se avistaron eran otro parlamento que venia.

Esta vez no fué un indio el que se destacó de él; destacaronse tres.

Al verlos Caniupan destacó otros tres.

Cruzáronse estos á cierta altura con los otros; hablaron no sé qué y ambos grupos prosiguieron su camino.

Llegaron á nosotros los tres que venian y despues que hablaron con Caniupan, dijome este:

— Formando jente, hermano, ese comision.

Hice alto, dí mis ordenes y formamos en batalla cubriéndome la retaguardia los indios de Caniupan. Púsose éste á mi lado derecho y por indicacion suya coloqué los dos franciscanos á mi izquierda. Mora se puso detrás de mí.

Una vez formados nos pusimos al galope. Galopamos un rato y cuando la comision que venia, se dibujó claramente sobre una pequeña eminencia del terreno, como á unos dos mil metros de nosotros, Caniupan me dijo.

— Ese comision lindo, hermano, ahora no mas topando

— Cuando guste, hermano, topando no mas.

Los que venian hicieron alto; regresaron los tres indios de Caniupan y los otros tres volvieron á los suyos.

Caniupan me dijo:

— Poquito parando, hermano.

— Bueno hermano, le contesté, sujetando.

Destacó un indio sobre los que venian diciéndole no sé qué. Los otros hicieron lo mismo.

Llegó el heraldo, habló con Caniupan y este me dijo:

— Ahora topando, hermano.

— Cuando quiera, topando hermano.

Y esto diciendo nos pusimos al gran galope.

Los otros nos imitaron; venian formados en órden de batalla, haciendo flamear tres grandes banderas coloradas, colocadas en largas cañas, que ocupaban los estremos y el centro de la línea.

Marchamos así hasta quedar distantes unos de otros como cuatrocientos metros.

Caniupan me dijo:

— Cerquita ya, topando.

— Topando, le contesté.

El se lanzó á toda brida; yo le seguí y los buenos franciscanos haciendo de tripas corazon imitaron mi ejemplo.

Cuando íbamos materialmente á toparnos, sujetamos simultáneamente unos y otros quedando distante veinte pasos.

El que presidia el parlamento destacó su orador.

Caniupan destacó el suyo.

Colocáronse equidistantes de sus respectivos grups mirando el uno al Oriente y el otro al Occidente y comenzó el parlamento.

Duró lo bastante para fastidiar á un santo.

El orador que mandaba Mariano Rosas era un Ciceron de la pampa.

Hablaba por los codos, prolongaba la última sílaba de la palabra final, como si su garganta fuera un instrumento de viento y tenia el arte de hacer de una razon quince razones.

El orador que Caniupan nombró para que me representára, no le iba en zaga.

Así fué que no me valió acortar mis contestaciones.

Mi representante se dió maña para multiplicar mis razones, tanto como su interlocutor multiplicaba las suyas.

Mariano Rosas me mandaba decir:

Que se alegraba mucho de que fuera llegando á su toldo (1.ª razon).

Que cómo me habia ido de viaje (2.ª razon).

Que si no habia perdido algunos caballos (3.ª razon).

Que cómo estaba yo y todos mis jefes, oficiales y soldados (4.ª razon).

A estas cuatro razones, yo contesté con otras cuatro.

Pero como el orador de Mariano hizo las suyas sesenta razones el mio hizo lo mismo con las mias.

Despues que estos interesantes saludos pasaron, tuve que dar la mano á todos. Eran unos ochenta, — entre ellos habia muchos cristianos.

A cada apreton de manos, á cada abrazo, me aturdian los oidos con hurras y víctores.

Con los abrazos y los apretones de mano cesaron los alaridos.

Mezcláronse los indios que habian venido con los de Caniupan, y formando un solo grupo y marchando todos en órden, proseguimos nuestro camino, avistando á poco andar otros polvos.

— Ese, otro comision, me dijo Caniupan, señalándomelos.

— Me alegro mucho, le contesté, diciendo interiormente: á este paso no llegaremos en todo el dia Leubucó.

Subíamos á la falda de un medanito y Mora me dijo:

— Allí es Leubucó.

Miré en la direccion que me indicaba y distinguí confusamente á la orilla de un bosque los aduares del cacique jeneral de las tríbus ranquelinas, las tolderías de Mariano Rosas.

Los polvos se acercaban velozmente. Llegó un indio; habló con Caniupan y este destacó otro. Despues llegaron tres y Caniupan destacó igual número. En seguida llegaron seis y Caniupan destacó seis tambien.

Así, recibiendo y despachando mensajes y mensajeros, ganábamos terreno rápidamente, de modo que no tardamos en avistar la nueva série de embajadores en cuyas garras íbamos á caer.

Caniupan me dijo:

— Ese comision, lindo, grandote.

— Ya veo que es linda, le contesté.

Y tenia razon en lo de grandote, porque en efecto, formaban un grupo considerable.

Caniupan me dijo:

— Topando fuerte, hermano.

— Topando como guste, le contesté.

— Mandando hacer alto hermano, agregó.

— Hice alto.

— Formando jente, hermano, me dijo.

Llené sus indicaciones y mi comitiva formó en batalla, poniéndome yo con los frailes al frente en el órden de ántes. Los indios de Caniupan me cubrieron la retaguardia y los otros, haciendo dos alas, se colocaron á derecha é izquierda de mí. Las tres banderas ocuparon el centro de la línea que formábamos, como á veinte pasos á vanguardia, Caniupan iba á mi lado.

Formados en esa disposicion rompimos la marcha al galope.

Los que venian avanzaban tambien al galope.

Oyéronse toques de corneta.

Caniupan me dijo:

— Ese comision ahorita topando.

— Ya lo veo, le contesté.

Galopamos algunos minutos, — hicimos alto viendo que los que venian se habian parado, — y despues que hablaron con Caniupan, trayendo y llevando mensajes varios indios, continuamos la marcha.

A una indicacion de corneta, Caniupan me dijo:

— Ahora topando ya, hermano.

Y como de costumbre lanzóse á media rienda dándome el ejemplo.

Esta vez íbamos á toparnos á todo correr en medio de una espantosa algazara que hacian los indios golpeándose la boca abierta con la palma de la mano.

El terreno salpicado de pequeños arbustos, blando y desigual esponia á todos á una tremenda rodada. No podíamos marchar en formacion. Nos desbandábamos y nos uníamos alternativamente. Los pobres frailes, encomendando su alma á Dios, me seguian lo mas cerca posible. Muchos rodaron

apretándolos enteros el caballo, y eran jinetes de primer órden. Sarcasmos de la vida! uno de los frailes rodó y salió parado.

Las dos comitivas avanzaban, íbamos materialmente á toparnos ya, cuando á una indicacion de corneta sujetaron los que venian y nosotros tambien.

Siguióse una escena igual á la anterior, entre dos oradores que se ocuparon una media hora de mi salud y de mis caballos. Pero esta vez todo fué mas soportable, porque miéntras los oradores multiplicaban sus razones con elocuente encarnizamiento, yo conversaba con el capitan Rivadavia que habia salido á mi encuentro.

Éste valiente y resuelto Oficial, prudente y paciente, me representaba hacia tres meses entre los indios.

Le abracé con efusion, y uno de los momentos mas gratos de mi vida, ha sido aquel. Quien haya alguna vez encontrado un compatriota, un amigo en estranjera playa, ó en rejiones apartadas y desconocidas, desiertas é inhabitadas, despues de haber espuesto su vida unas cuantas veces, podrá solo comprender mis impresiones.

Terminados los saludos, que eran seis razones, las que fueron convertidas en sesenta de una parte y otra, llegó el turno de los abrazos y apretones de mano. Esta vez no hubo mas alteracion en el ceremonial que toques de corneta. Dí unos ciento y tantos abrazos y apretones de mano, y cuando ya no me quedaba costilla ni nervio en la muñeca, que no me doliera, comenzaron los alaridos de regocijo y los vivas, atronando los aires. Todo el mundo, escepto mi jente, se desparramó gritando, *escaramuceando, rayando* los caballos, ostentando el mérito de estos y su destreza. Aquello era una verdadera fiesta, una fantasía á lo árabe.

Así desparramados, dispersos, *jineteando*, marchamos un largo rato, viendo darse de pechadas mortales á unos, rodar á otros, haciendo estos bailar los caballos, tirándose los unos al suelo en medio de la carrera y subiendo ájiles, corriendo los unos de rodillas sobre el lomo de su caballo y los otros de pié, en una palabra, haciendo cada cual alguna pirueta

A un toque de corneta se reunieron todos, y formamos

como ántes lo espliqué aumentando las alas los recien llegados.

Acababa de llegar un enviado de Mariano Rosas.

Su toldo estaba ahí cerca. Penetrar en él era cuestion de minutos al fin.

Regresó el mensajero y Caniupan me dijo:

— Caminando poquito, hermano; dicho lo cual rocojió su caballo y se puso al tranco.

Tuve que conformarme á su indicacion. Recojí mi caballo é igualé el paso del suyo.

Llegó otro mensajero de Mariano Rosas, habló con Caniupan y despues me dijo éste:

— Parando, hermano.

Le habló á Mora en su lengua y este me tradujo, — que debíamos echar pié á tierra y esperar órdenes.

El lector juzgará si habia motivo para rabiar un rato.

Yo, que en esta escursion á los indios he aprendido una virtud que no tenia, que por modestia callo, repito lo que ántes he dicho: que no es tan fácil penetrar en el toldo del Sr. Jeneral D. Mariano Rosas, como le llaman los suyos.

XXIII.

Epocas buenas y malas. — En que cosas cree el autor. — La cadena del mundo moral — Será cierto que los padres saben mas que los hijos? — El capitan Rivadavia, Hilarion, Nicolai. — Camargo. — Dilaciones.

Con la última parada se me quemaron los libros. Es verdad que hace mucho tiempo que en mis cálculos entra todo, ménos lo principal.

El hombre suele tener épocas de graves errores, de imperdonables desaciertos y tristes equivocaciones.

Como todo el que se ha lanzado sin preparacion en la corriente de la vida lo sabe, hay años buenos y malos, meses propicios y fatales, dias color de rosa, dias negros como el ollin de una chimenea.

Años, meses y dias en que á todo acertamos, en que nuestro espíritu parece tener su jeometría, en que todo nos halaga y nos sonrie.

Y, á la inversa, años, meses y dias en que todo nos sale al revés.

Si amamos, nos olvidan; si vamos á la guerra, nos hieren ó nos prostergan; si somos candidatos al parlamento, nos derrotan; si jugamos, perdemos; si tomamos comidas con aceite, se nos indijestan; si compramos billetes de lotería, ni cerca le andamos á la suerte; finalmente, hay temporadas aciagas en que ni por chiripa andamos bien. O, como dicen los andaluces, temporadas en que nuestro estado normal, es andar en la mala.

Esto debe consistir en algo.

Yo he pensado mucho en la justicia de Dios, con motivo

de ciertos percances propios y ajenos, pues un hombre discreto debe estudiar el mundo y sus vicisitudes, en cabeza propia y en cabeza ajena.

Y, francamente, hay momentos en que me dan tentaciones de creer que nuestro bello planeta no está bien organizado.

¡Quién sabe si no entramos en un período de desequilibrio moral!

He de buscar algun amigo ducho en trotes de ciencia y conciencia que me indique si hay algun tratado de mecánica terrenal, por el estilo del de La Place.

Por lo pronto me he refujiado en un tratadito cuyo título es: — «La moral aplicada á la política, ó el arte de esperar».

Debe ser muy bueno; es un libro chico y anónimo, — hace tiempo vengo observando que los mejores libros son los manuales, cuyo autor se ignora.

La razon creo hallarla en la modestia, sentimiento que anda jeneralmente á caballo.

En este tratadito pienso hallar la solucion de muchas de mis dudas.

Yo tengo creencias y convicciones arraigadas, que las he sacado no sé de donde, — hay cosas que no tienen filiacion, — y no quisiera perderlas ó que se embrollaran mucho en los archivos de mi imajinacion.

Yo creo en Dios, por ejemplo, cosa en la que sin duda cree el respetable público, — aunque hay un refran maldito que dice: fíate en Dios y no corras.

Yo creo en la justicia y que las almas nobles deben hacérsela aun á aquellos mismos que se la niegan á ellos; sin embargo, todos los dias veo jente desesperada por la calle, quejándose de que no hay justicia en la tierra.

Y hasta ahora les he oido decir á los que tienen y ganan pleitos: que bien anda la justicia!

Los mismos abogados no hacen otra cosa que gritar contra la justicia!

Dos alegatos distintos de bien probado sobre lo mismo, qué implican?

Yo creo en la caridad, y mientras tanto todo el dia oigo

hablar mal del prójimo y veo jente conducida al cementerio que no tiene trás de que caerse muerta.

Yo creo en la relijion; creo que el patriotismo, el honor, la probidad, el amor del prójimo, son cuestiones de relijion.

Miéntras tanto, el otro dia he leido en un libro italiano, — estos italianos pierden la cabeza cuando se ocupan de relijion, — que todas las relijiones quieren hacerse ricas.

Yo creo en la Constitucion y en las leyes, y un viejo muy lleno de esperiencia que me suele dar consejos, me dice: todos gobiernan lo mismo, no es Rosas el que no puede.

Yo creo en el pueblo y si mañana lo convocan á elecciones, resulta que no hay quien sufrague.

Yo creo en el libre albedrío y todos los dias veo jentes que se dejan llevar de las narices por otros; y mi nocion de la responsabilidad humana se conmueve hasta en sus mas sólidos fundamentos.

Como se vé, yo creo en una porcion de cosas muy buenas, muy morales y muy útiles.

El pulpero de en frente no cree ni entiende nada de eso.

Pero lo pasa bien.

Tiene buena salud, una renta fija, una clientela segura: nadie le inquieta, ni le amenaza, ni le fulmina. Es un desconocido; pero es una potencia.

La suerte debe entrar por mucho; porque de balde no han inventado el refran: «Suerte te dé Dios hijo, que el saber poco te vale.»

Y el apellido ha de influir tambien algo.

Es muy raro hallar un hombre que aborrezca á otro que no sabe como se llama.

Por eso, sin duda, los brasileros se mudan el nombre.

El otro dia no se me ocurrió esto.

Cuando acabe de leer mi tratadito, he de estar ya en estado de curarme de todas mis supersticiones.

Dentro de poco voy á ser un hombre completo, moralmente bien entendido.

Entónces sí, á qué todo cuanto emprenda me sale á las mil maravillas?

A qué si entablo un pleito lo gano?

A qué si emprendo un viaje no naufrago?

A qué si compro billetes de lotería me saco una suerte mayor?

A qué si hago una campaña me dan un premio?

A qué si vuelvo á los indios no me sucede lo que me ha sucedido? — que me hagan esperar tanto en el camino?

Será cierto que la esperiencia es madre de la ciencia?

Sin duda por eso dicen, — que el Diablo no sabe tanto por ser Diablo, cuanto por ser viejo.

Se me habia olvidado anotar, al enumerar mis creencias, que tambien creo en este caballero. Le he visto varias veces.

Será cierto que mi anciano padre tiene razon en los consejos que me ha dado y me dá, — consejos que en mi petulancia moderna jamás he querido seguir, tanto que para saber como piensa él no hay mas que averiguar cómo pienso yo?

Será cierto que la cadena del mundo moral, se forma así, vinculando la amarga esperiencia de ayer con los desencantos de hoy, metodizando y conformando nuestra vida, segun los preceptos de los que han vivido y visto mas que nosotros, orgullosos filósofos de papel?

Será cierto que el muchacho mas instruido, mas aventajado, mas sábio, al lado de su padre será siempre un niño de tetas, un pigmeo?

Santiago amigo! Será cierto que tu padre sabe mas que tú?

Que el jeneral Guido, sabia mas que Cárlos, que es un poco de sabiduría?

Que Don Florencio Varela, sabia mas que Héctor que sabe tantas *cosas*, — mas que Mariano, lo dudo.

Que mi padre sabe, mas que yo, que no soy muy atrasado que digamos, particularmente en estudios sociales?

A mí me dá por ahí. Mi fuerte es el conocimiento de los hombres.

Pero estos me reservan unos desengaños!

Es con lo que pienso argüir al mocoso de mi hijo, cuando se me levante con el santo y la limosna, que no tardará en suceder.

Ya ha empezado á hacer actos espontáneos, calculados para desprestijiar mi autoridad paternal, á gastar mas de lo que debe, siendo objeto de privadas murmuraciones en la familia, y metiéndose á estudiar medicina contra mis consejos.

Estudiar medicina sin mi consentimiento! Pues es disparate!

Solo puedo comparar semejante aberracion, en un siglo como este, en que yo le curo homeopáticamente un panadizo al que lo tenga, con una espedicion á los Indios Ranqueles.

En efecto, querido Santiago, mirando con sangre fria mi viaje á los toldos, no te parece que ha sido perder tiempo?

No te parece, que las demoras que me ha hecho sufrir Mariano Rosas, ántes de dejarme penetrar en su morada, las he merecido por mi estravagancia?

Cuanto mejor hubiera sido que mi jefe inmediato me negára la licencia.

Si lo hace, cuando ménos me atufo, que así somos, — desconocemos la mano que nos desea el bien y se la damos á quien nos quiere mal!

Pero acerquémonos á Leubucó, saliendo de donde nos detuvimos ayer.

Viendo que la parada se prolongaba y que mis cabalgaduras estaban muy sudadas, mandé mudar, para hacer la entrada en regla.

Era temprano aun y quien sabe cuanto tiempo íbamos á permanecer todavía sobre el caballo.

Miéntras mudaban, el capitan Rivadavia me presentó varios personajes políticos refujiados en Tierra Adentro, — siendo los dos mas notables, un mayor Hilarion Nicolai y un teniente Camargo.

Ambos han pertenecido á la jente de Sáa, y ganaron los indios despues de la sableada de San Ignacio, llevando un puñado de soldados.

Muy mal me habian hablado de estos dos hombres.

Yo iba sumamente prevenido contra ellos, temiendo ser objeto de alguna maldad, aunque reflexionando me parecia que el hecho de ser cristiano decia mirarlo como una garantía.

Dígase lo que se quiera, — la cabra siempre tira al monte.

Mas tarde veremos si yo discurria mal en medio de las reocupaciones de mi ánimo. Y mi ejemplo, podrá serles útil , los que juzguen á los hombres por las reglas vulgares, ıpasionadas, iracundas, cuando la gran ley de la vida y de)ios, es la caridad.

Ni el viejo Hilarion, ni el bandido Camargo, me hicieron ıl efecto que yo esperaba, ni me saludaron como me lo temia. Hilarion con todas sus mañas y Camargo con todas sus bellaquerías son los hombres simpáticos, atentos y educados, especialmente Hilarion. Camargo es un tipo mas crudo.

El primero tendrá cincuenta y cinco años, el segundo veinte y ocho. El uno tiene una larga barba, blanca como la nieve; el otro un lindo bigote negro, como azabache.

El uno parece un inglés; el otro tiene todo el sello del hijo de la tierra.

Hilarion es una especie gauchi-político. Camargo es un compadre neto, que sabe leer y escribir perfectamente, valiente, osado, orgulloso y desprendido. Hilarion contemporiza con los indios, no habla su lengua. Camargo, al contrario, habla el araucano, dice lo que siente, no le teme á la muerte y al mas pintado le acomoda una puñalada.

Y sin embargo, Camargo, es un ser susceptible de enmienda, segun lo veremos cuando llegue el momento de referir su vida, sus desgracias, — las causas porque se hizo federal, debidas en gran parte á una mujer.

Las tales mujeres tienen el poder diabólico de hacer todo cuanto quieren, y por eso ha de ser que los franceses dicen: *ce que femme veut Dieu le veut.* De un federal son capaces de hacer un unitario y vice-versa, que es cuanto se puede decir. Por supuesto que de cualquiera hacen un tonto.

La presencia de mis nuevos conocidos, la charla con ellos, la operación de mudar caballos, hicieron mas soportable la imprevista *antesala* que me obligaron á hacer.

Yo disimulaba mal, sin duda, mi destemplado humor; porque todos á una, los que parecian mas racionales y conocedores de los usos y costumbres de los indios me decian, —

tenga paciencia, señor, así es esta tierra, el jeneral es buen hombre, lo quiere recibir en forma.

No habia mas recurso que esperar, hasta que se acabáran los preparativos. Aquello iba á estar espléndido, segun el tiempo que se empleaba en los arreglos. Ni la pirámide de la plaza de la Victoria, cuando se viste de gala, gastando mas en trajes de lienzo y carton que en un forro de mármol eterno, emplea tanto tiempo en adornarse, como todo un cacique de las tríbus ranquelinas.

Me daban una leccion, sobre el ceremonial decretado para mi recepcion, cuando llegó un indiecito muy apuesto, cargado de prendas de plata y montando un *flete* en regla.

Le seguia una pequeña escolta.

Era el hijo mayor de Mariano Rosas, que por órden de su padre venia á recibirme y saludarme.

La salutacion consistió en un rosario de preguntas, — todas referentes á lo que ya sabemos, al estado fisiolójico de mi persona, á los caballos y novedades de la marcha.

A todo contesté políticamente, con la sonrisa en los labios y una tempestad de impaciencia en el corazon.

Esta vez, á mas de las preguntas indicadas, me hicieron otra, — que cuántos hombres me acompañaban y qué armas llevaba.

Satisfice cumplidamente la curiosidad.

Ya sabe el lector cuantos éramos al llegar á las tierras de Ramon.

El número no se habia aumentado ni disminuido por fortuna; ninguna desgracia habia ocurrido. En cuanto á las armas, consistian en cuchillos, sables sin vaina entre las caronas y cinco revolvers, de los cuales dos eran mios.

El hijo de Mariano Rosas, regresó á dar cuenta de su mision. Mas tarde vino otro enviado y con él la órden de que nos moviéramos.

Una indicacion de corneta se hizo oir.

Reuniéronse todos los que andaban desparramados; formamos como lo describí ayer y nos movimos.

Ya estábamos á la vista del mismo Mariano Rosas; yo podia distinguir perfectamente los rasgos de su fisonomía,

contar uno por uno los que constituian su corte pedestre, su séquito, los grandes personajes de su tríbu, ya íbamos á echar pié á tierra, cuando, sorpresa inesperada! fuímos notificados de que aun habia que esperár.

Esperames pues....

Habiendo esperado yo tanto; por qué no han de esperar Vds. hasta mañana ó pasado?

La curiosidad, aumenta el placer de las cosas vedadas, difíciles de conseguir.

XXIV.

Qué hacer cuando no hay mas remedio! — Cuál era el objeto de esta otra parada. — Pretensiones de la ignorancia. — Las brujas. — Saludos y regocijos. — Qué sucedia miéntras tenia lugar el parlamento. — Ajitacion en el toldo de Mariano Rosas. — Las brujas vieron al fin lo mismo que el Cacique. — Cómo estaba formado éste. — Qué es Leubucó y qué caminos parten de allí. — Echo pié á tierra. — Victores.

Hay situaciones en que una indicacion, por mas política que sea, tiene todo el carácter de una órden militar.

Qué habia de hacer, cuando con la mayor finura araucana me insinuaron, que, á pesar de hallarme ya á tiro de pistola del toldo suspirado, debia detenerme un rato mas?

Claro está, conformarme.

Permanecimos á caballo, en el mismo órden de formacion que llevábamos.

Aquella parada á última hora, inopinada, que no habia formado parte del programa imajinario de nadie, tenia en el ceremonial de la corte de Mariano Rosas un gran significado.

En las paradas anteriores, el objeto real habia sido, — unas veces, ganar tiempo hasta que se tranquilizára la multitud, — otras veces, cumplir con los deberes oficiales y sociales de la buena crianza y cortesía.

Esta vez el Cacique mayor, los Caciques secundarios, los capitanejos, los indios de *importancia*, — como se estila en Tierra Adentro, — querian verme un rato de cerca, ántes de que echara pié á tierra, estudiar mi fisonomía, mi mirada, mi aire, mi aspecto; asegurarse, por ciertas razones fundamen-

tales, de mis intenciones, leyendo en mi rostro lo que llevaba oculto en los repliegues del corazon.

Y querian hacer esto, no solo conmigo, sino con todos los que me acompañaban, inclusive los dos reverendos franciscanos, santos varones, incapaces de arrancarles las alas á una mosca.

En medio de su disimulo y malicia jenial y estudiada, los salvajes y los pueblos atrasados en civilizacion tienen siempre algo de candorosos.

Ellos creen cosa muy fácil engañar al estranjero.

El orgullo de la ignorancia se traduce constantemente, empezando por creer que se sabe mas que el prójimo.

La ignorancia tomada individual ó colectivamente es la misma en sus manifestaciones, — falsamente orgullosa y osada.

Mariano Rosas creyó engañarme.

Estábamos al habla, con tal de esforzar un poco la voz, y siguiendo el plan conocido me destacó un embajador.

Ni una palabra de mi lengua entendia éste.

Era calculado.

Se buscaba que sin apelacion me valiera del lenguaraz hasta para contestar sí, ó nó.

Así duraba mas tiempo la esposicion de mi persona y séquito, — se nos examinaba prolijamente.

Y miéntras se nos examinaba, las viejas brujas, en virtud de los informes y detalles que recibian, descifraban el horóscopo, leyendo en el porvenir, relataban mis recónditas intenciones y conjuraban el espíritu maligno, — el *gualicho*.

Habló el representante de Mariano Rosas.

Las coplas fueron las consabidas, con el agregado de que, — se alegraba tanto de verme llegar bueno y sano á su tierra; que estaba para servirme con todos sus Caciques, capitanejos é indios, que aquel era un dia grande, y que, en prueba de ello oyese.

Al decir esto, hacian descargas con carabinas y fusiles, unos cuantos cristianos andrajosos, entre los que se distinguia un negro, especie de *Rigoletto;* quemaban cohetes de la India en gran cantidad y prorumpian en alaridos de regocijo.

Yo contestaba con toda la afabilidad de un diplomátic — por el órgano de mi lenguaraz, que á su turno se dirij á un representante que me habia designado Caniupan, ı estátua del Comendador, desde el instante en que nos m vimos de Calcumuleu.

Multiplicando los dos interlocutores principales, á cu mas sus razones, — so pena de desacreditarse ante el co cepto de la opinion pública, que estaba allí congregada, habia remedio, los saludos duraban tanto como un rosario

Despues que fuí saludado yo, cumplimentado y felicita me pidieron permiso para hacerlo con los franciscanos, q por el hecho de andar á mi lado, de ver mis atenciones c ellos, y, sobre todo, porque *llevaban corona* eran reputad mis segundos en jerarquia.

Concedí el permiso, y vino un diálogo como los que conocemos, con su multiplicacion de razones, con sus últim sílabas prolongadas á mas no poder, y en el que resonar con mucha frecuencia los vocablos: *chao*, padre; *uchain* grande; *chachao*, Dios; y *cuchauentrú*, que tambien quie decir Dios, con esta diferencia: *chachao*, responde á idea de *mi Padre* y *cuchauentrú*, á la de, el *omnipoten* literalmente traducido significa *hombre grande* de *cucha uentrú.*

Los franciscanos contestaron evanjélicamente, ofrecien bautizar, casar y salvar todas almas que quisieran recur al ausilio espiritual de su ministerio.

Felizmente los intérpretes, no entendieron muy bien s apostólicas razones, y no pudieron multiplicarlas tanto co la concurrencia lo habria deseado.

En pos de los franciscanos vinieron mis oficiales, pa cuyo efecto me pidieron tambien la vénia.

A ese paso, iban á ser interrogados, saludados y ag sajados hasta las mulas que llevaban las cargas.

Este artículo del ceremonial se hizo hablando uno de n oficiales por todos, segun me lo indicó Mora.

Se redujo todo á lo sabido, — razones elevadas á quinta potencia, en medio de la mímica oratoria mas forzada.

En tanto que estos parlamentos tenian lugar, muchos ndios viejos, de estraño aspecto, jiraban en torno mio y de os mios, con aire misterioso callados, cejijunto el rostro y :omo estudiando á los recien llegados y la situacion. Se ban y venian, tornaban á irse y volvian á venir, llevánloles lenguas á las brujas, que hacian el exorcismo, y á as cuales les iba el pellejo, ó la vida, si por alguna casuaidad, incongruencia ó nigromancia acontecia una desgra:ia, como enfermarse, morirse un indio ó un caballo de :stimacion.

Las tales adivinas acaban sus dias así, sacrificadas si no ienen bastante talento, prevision ó fortuna para acertar. \ cada triqui-traque las llaman y consultan.

Para ir á malon, consulta; para saber si lloverá habienlo seca, consulta; para saber de qué está enfermo el que se nuere, consulta. Y si los hechos augurados fallan, adios ›obre bruja! su brujería no la salva de las garras de la angrienta preocupacion, — muere.

No obstante es un artículo abundante entre los indios, — ›rueba evidentemente de que el charlatanismo tiene su puesto ›referente en todas partes: pronosticar el destino de la ıumanidad y de las naciones, aunque la civilizacion moderna :s mas induljente. Nosotros mandaremos guillotinar á Mazzini, es un griton ménos de la libertad; pero á los que ha:en el milagro de la estravasacion de la sangre de San Jenaro, — nó.

Una indescriptible ajitacion reinaba en el toldo de Mariano Rosas. Indios y chinas á pié y á caballo, iban y venian en todas direcciones. Algo estraordinario acontecia, que se relacionaba conmigo.

Llamó mi atencion.

Le pregunté impaciente á Mora qué seria. No pudo satisfacerme. Él mismo lo ignoraba. Despues supe que las viejas brujas habian andado medio apuradas. Sus pronósticos no fueron buenos al principio. Yo era precursor de grandes é inevitables calamidades; *gualicho* transfigurado venia conmigo.

Para salvarse habia que sacrificarme, ó hacer que me volviera á mi tierra con cajas destempladas. Como se vé, todas las brujas son iguales, — la base de la nigromancia está en la credulidad, en el miedo, en los instintos maravillosos, en las preocupaciones populares.

Pero Mariano Rosas, no queria ni sacrificarme, ni que me volviera como habia venido, sin echar pié á tierra siquiera en Leubucó.

Los recalcitrantes, los viejos, los que jamás habian vivido entre los cristianos, los que no conocian su lengua, ni sus costumbres, los que eran enemigos de todo hombre estraño, de sangre y color que no fuera india, — creian en los vaticinios de las brujas.

Pero ya lo he dicho, Mariano Rosas, que á fuer de cacique principal sabia mas que todos, no participaba de sus opiniones.

Se les previno, pues, á las brujas, que estudiasen mejor el curso del sol, la carrera de las nubes, el color del cielo, el vuelo de las aves, el jugo de las yerbas amargas que masticaban, los zahumerios de bosta que hacian; porque el cacique que *veia otra cosa*, queria estrecharme la mano, y abrazarme, convencido de que *gualicho* no andaba conmigo, de que yo era el Coronel Mansilla en cuerpo y alma.

Mariano Rosas, estaba formado en ala, frente á mí, como á unos cincuenta pasos. A su izquierda tenia á Epumer, su hermano mayor, su jeneral en campaña. Por un voto solemne, aquel no se mueve jamás de su tierra, no puede invadir, ni salir á tierra de cristianos. Despues de Epumer, seguian los capitanejos Relmo, Cayupan otros mas y entre estos Melideo, que quiere decir *cuatro ratones,* de *meli,* cuatro, y *deo* raton.

Es costumbre entre los ranqueles ponerse nombres así, y nótese que digo nombres, no apodos ni sobre-nombres. El uno se llama como dejo dicho, — el otro se llamará cuatro ojos, éste «cuero de tigre, aquel cabeza de buey y así.»

En seguida de los capitanejos, ocupaban sus puestos varios indios de importancia, luego alguna chusma y por fin algunos cristianos de la jente de un titulado coronel Ayala,

que fué de Sáa, estraviado político; pero que no es mal hombre, que me trató siempre con cariño y consideracion.

Estos cristianos estaban armados de fusil y carabina, que no brillaban por cierto de limpios, y eran los que con gran apuro y dificultad hacian las salvas en honor mio. Ayala los dirijia. El padre Burela que, como se sabe, habia llegado de Mendoza dos dias ántes que yo, con un cargamento de bebidas y otras menudencias para el rescate de cautivos, tambien andaba por allí, ocupando un puesto preferente. Jorje Macias condiscípulo mio, en la escuela del respetable y querido señor don Juan A. de la Peña, cautivo hacia dos años, andaba el pobre como bola sin manija.

La morada de Mariano Rosas, consistia en unos cuantos toldos diseminados y en unos cuantos ranchos, construidos por la jente de Ayala, en un corral y varios palenques.

Leubucó es una laguna sin interés, — quiere decir *agua que corre*, *leubú* corre y de *có* agua. Queda en un descampado á orilla de una ceja de monte, en una quebrada de médanos bajos. Los alrededores de aquel paraje son tristísimos, es lo mas yermo y estéril de cuanto he visto; una soledad ideal.

De Leubucó, arrancan caminos, grandes rastrilladas por todas partes. Allí es la estacion central. Salen caminos para las tolderias de Ramon que quedan en los montes de *Carrilobo;* para las tolderías de Baigorrita, situadas á la orilla de los montes de *Quenque;* para las tolderías de Calfucurá en Salinas Grandes; para la Cordillera, y para las tríbus araucanas.

Yo he recojido, á fuerza de maña y disimulo muchos datos á este último respecto, que algun dia no lejano, publicaré, para que el pais los utilice. Y digo con maña y disimulo, porque entre los indios, nada hay mas inconveniente para un estraño, para un hombre sospechoso, como debia serlo y lo era yo, que preguntar ciertas cosas, manifestar curiosidad de conocer las distancias, la situacion de los lugares, á donde jamás han llegado los cristianos, todo lo cual se procura mantener rodeado del misterio mas completo. Un indio no sabe nunca donde queda el Chalileo, por ejem-

plo; qué distancia hay de Leubucó á Wada. La mayor indiscrecion que quede cometer un cristiano asilado es decirlo.

Me acuerdo que en el Rio 4º, queriendo yo tener algunos datos sobre la poblacion de los Ranqueles, le hice cierto número de preguntas á Linconao, que tanto me queria, delante de Achauentrú. Como aquel contestára bastante satisfactoriamente, este con tono airado le amenazó diciéndole en araucano: que cuando regresase á Tierra Adentro, le diria á Mariano Rosas que era «un traidor que habia estado hablando esas cosas conmigo, — y dirijiéndose á los demás indios circunstantes, añadió: vds. son testigos.»

Yo, que habia de entender, lo supe por mi lenguaraz Mora, me lo dijo en voz baja, rogándome que no lo comprometiera y que no continuára el interrogatorio, que suspendí, quedando poco mas enterado que ántes.

Los conjuros terminaron, el horóscopo astrolójico dejó de augurar males, las águilas no miraron ya para el sur, sino para el norte, — lo que queria decir que vendria jente de *adentro* para *afuera*, no de afuera para adentro, ó en otros términos, que no habria malon de cristianos, que nada habia que temer.

La hora de recibirme habia llegado.

Ya era tiempo!

Un enviado salió de las filas de Mariano Rosas y me dijo, siempre por intérprete:

— Manda decir el jeneral que eche pié á tierra con sus jefes y oficiales.

— Está bien, contesté.

Y eché pié á tierra, y junto conmigo los cristianos é indios que me seguian. Y á ese tiempo se oyó un hurra atronador y un viva el coronel Mansilla.

Yo contesté acompañándome todo el mundo.

Viva Mariano Rosas!

Viva el Presidente de la República.

¡Vivan los indios arjentiños!

Habia verdadero júbilo, los tiros de carabina y de fusil no cesaban, ni los cohetes, ni la infernal gritería, golpeándose la boca abierta con la palma de la mano.

Jorje Macias vino á mí y me abrazó llorando.

Como no me habian hecho ninguna indicacion, me quedé unto á mi caballo, despues de desmontarme.

Ya estaba aleccionado.

Hubo otro parlamento.

Lo volveré á repetir: no es tan fácil como se cree, llegar ıasta hacerle un *salam-aleck* á Mariano Rosas.

XXV.

Gracias á Dios. — Empieza el ceremonial. — Apretones de mano y abrazos. — De cómo casi hube de reventar. — Por algo me habia de hacer célebre yo. — Que mas podian hacer los bárbaros?

Mucho me habia costado llegar á Leubucó y asentar mi planta en los umbrales de la morada de Mariano Rosas.

Pero ya estaba allí, sano y salvo, sin mas pérdidas que dos caballos, ni mas percances que el susto á inmediaciones de Aillancó, á consecuencia de la estraña y fantástica recepcion del cacique Ramon.

Haber pretendido otra cosa habria sido querer cruzar el mar sin vientos ni olas; andar en las calles de Buenos Aires, en verano sin polvo, en invierno sin lodo, lavarse la cara sin mojársela, ó como dice el refran, comer huevos sin romper cáscaras.

Me parece que tenia porque conceptuarme afortunado, ó en términos mas cristianos, porque darle gracias al que todo lo puede, como en efecto lo hice, esclamando interiormente: ¡Loado sea Dios!!

Con el caballo de la brida, esperaba indicaciones para adelantarme á saludar á Mariano Rosas, pasando en revista los personajes que tenia al frente, aunque afectando una gran indiferencia por cuanto me rodeaba.

Todos los bárbaros son iguales, — ni les gusta confesar que no han visto ántes ciertas cosas, cuando éstas llaman su atencion; ni que los que penetran sus guaridas, hallen raro lo que en ellas ven.

En el Rio 4º yo me solia divertir, mostrándoles á los

ndios un reloj de sobre-mesa, que tenia despertador, un barómetro, una aguja de marear óptica, un teodolito y un anteojo.

Miraban y miraban con intensa ojeada los objetos, y como quien dice, — eso no llama tanto como vd. cree mi atencion, — me decian: «Allá en Tierra adentro mucho lindo eniendo.»

Un indio, que debia ser algo, como paje del cacique, abló con Mariano Rosas, y en seguida con Caniupan, mi nseparable compañero.

Este á su turno habló con Mora.

Mi lenguaraz, siguiendo la usanza, me dijo:

— Señor, dice el jeneral Mariano, que ya lo vá á recibir; ue quiere darle la mano y abrazarlo; que se dé la mano on sus capitanejos y se abrace tambien con ellos, para que n todo tiempo lo conozcan y lo miren como amigo, al ombre que les hace el favor de visitarlos, poniendo en ellos anta confianza.

Pasando por los mismos trámites, fué despachado el menajero con un recadito muy afectuoso y cordial.

Mora volvió á conversar con Caniupan, y me dijo espues:

— Señor, dice Caniupan que ya puede adelantarse á darle a mano al jeneral Mariano; que haga con él y con los emás que salude *lo mismo que ellos* hagan con vd.

— Y qué diablos van á hacer conmigo, le pregunté?

— Nada, mi coronel, cosas de los indios, así es en esta erra, me contestó.

— Supongo que no será alguna barbaridad, agregué.

— No señor, es que han de querer tratarlo con cariño; orque están muy contentos de verlo y medio *achumados*, epuso.

— Pero, poco mas ó ménos, qué me van á hacer, proeguí?

— Es que han de querer abrazarlo y cargarlo, respondió.

Pues si no es mas que eso, murmuré para mis adentros, o hay de que alarmarse, y como cuando grita uno á los ue acaudilla en un instante supremo, — adelante! adelante!

— Caballeros! dije, mirando á mis oficiales y á los dos franciscanos, que estaban hechos unas pascuas, sonriéndose con cuantos los miraban, — vamos á saludar á Mariano.

Avancé, me siguieron, llegamos á tiro de apreton de manos del Cacique y comenzó el saludo.

Mariano Rosas me alargó la mano derecha, se la estreché.

Me la sacudió con fuerza, se la sacudí.

Me abrazó cruzándome los brazos por el hombro izquierdo, lo abracé.

Me abrazó cruzándome los brazos por el hombro derecho, lo abracé.

Me cargó y me suspendió vigorosamente, dando un grito estentóreo; lo cargué y suspendí, dando un grito igual.

Los concurrentes á cada una de estas operaciones golpeándose la boca abierta con la mano y poniendo á prueba sus pulmones, gritaban: aaaaaaaaaaaaaaa!!!

Despues que me saludé con Mariano, un indio, especie de maestro de ceremonias, me presentó á Epumer.

Nos hicimos lo mismo que con su hermano, en medio de incesantes y atronadores aaaaaaaaaaaaa!!!

Luego vino Relmo, — igual escena á la anterior: aaaaaaaaaaaaa!!!

En seguida Cayupan, — lo mismo: aaaaaaaaaaaa!!!

En pos de éste, Melideo, (alias) *cuatro ratones*, indio sólido como una piedra, de regular estatura; pero panzudo, gordo, pesado, cómo quién? como mi camarada Peña, el edecan del Presidente.

Aquí fueron los apuros para cargarlo y suspenderlo.

Mis brazos lo abarcaban apenas; hice un esfuerzo, el amor proprio de hombre forzudo estaba comprometido, no alcanzarlo me parecia hasta desdoroso para los cristianos; redoblé el esfuerzo y mi tentativa fué coronada por el éxito mas completo, como lo probaron los ¡aaaaaaaaaa!!! dados esta vez con mas ganas y prolongados mas que los anteriores.

Aquello fué pasaje de comedia, casi reventé, casi se me salieron los pulmones, porque esto de tener que dar un grito, que haga estremecer la tierra al mismo tiempo que el cuerpo

se encorva, haciendo un gran esfuerzo para levantar del suelo un peso mayor que el de uno mismo, es asunto sério del punto de vista de la fisiolojía orgánica; pero que mas que á todo se presta á la risa.

Imajináos á Orion, á este querido amigo, de quien la biografía dirá algun dia: que tenia la impaciencia del bien, el sentimiento delicado de la amistad, todo el talento chispeante del Porteño, y bajo una corteza de escéptico, por cierta inclinacion al caricato, un corazon de oro, — imajináos, decia, á este amigo, en un dia de público regocijo, el próximo 9 de Julio, verbi-gracia, en la Plazá de la Victoria, muy emperifollada con sus adornos de papel, carton, lienzo y engrudo, subido sobre un tablado, luchando á brazo partido, en medio de las mas risueñas algazáras de una turba multa, por cargar y levantar á nuestro cofrade Hernandez, ex-Redactor del «Rio de la Plata» *cué*, cuya obesidad globulosa toma diariamente proporciones alarmantes para los que, como yo le quieren, amenazando ó remontarse á las rejiones etéreas ó reventar como un torpedo paraguayo, sin hacer daño á nadie; imajináos, eso, vuelvo á decir, y tendreis una idea de lo que me pasó á mí durante mi faena hercúlea con Melideo, cumpliendo con el ceremonial establecido en la tierra donde me hallaba y con las leyes del orgullo de raza y de relijion que me prohibian cejar un punto, dar un paso atrás, retroceder, aflojar en lo mas mínimo.

Ah! si aquello se hubiera concluido con el abrazo de Melideo!

Pero qué! despues de Melideo vinieron otros y otros capitanejos; despues de estos varios indios de importancia; por conclusion, la chusma ranquelina y cristiana.

No se oia mas que la resonacion producida por la repercusion de los continuados gritos aaaaaaaaaaa!!!

Yo sudaba la gota gorda, mi voz estaba ronca como el éco de un gallo en fríjida mañana de Julio, mis fuerzas agotadas.

Se me figuraba que la atmósfera tenia mil grados sobre cero, que no era trasparente, sino densa, como para cortarla en tajadas, pesaba sobre mí como una plancha de hierro.

No me morí de calor, de cansancio, de tanto gritar; porque Alá es grande, y nos sostiene y nos da enerjía física y moral cuando habemos menester de ella, — tal es de bueno!

Miéntras yo pasaba revista de aquellos bárbaros, me acordaba del dicho de Alcibiades: á donde fueres haz lo que vieres, — y rumeaba: te habia de haber traido á visitar los ranqueles!

Al mejor se lo doy, á abrazar cuatro veces, cargar y suspender otras tantas á cualquiera, gritando como un marrano: aaaaaaaaaaa!!! no es cosa.

Pero cuando ese cualquiera llega á pesar nueve arrobas, tanto como Melideo; pero cuando hay que repetir la misma operacion muscular y pulmonar ochenta ó cien veces, el ejercicio es grave, y puede darle á uno títulos suficientes para ocupar algun dia en el mausóleo de la posteridad un lugar preferente entre los gladiadores ó luchadores del siglo XIX.

Por algo me habia de hacer célebre yo, — aunque las olas del tiempo se tragan tantas reputaciones.

Espero sin embargo, que en esta tierra fecunda no faltará un bardo apasionado que cual otro Don Alonso de Ercilla cante: No las damas, no amor, no jentilezas, — si no las *loncoteadas* de un pobre coronel y sus franciscanos.

Asuntos mas pobres y ménos interesantes he visto cantados en estos últimos tiempos por la lira de trovadores, cuyos nombres no pasarán á remotos siglos, pero que son poetas, segun el diccionario de la lengua, en una de sus varias acepciones que en este momento se me ocurre: «Cualquier titulado vate, bardo, trovador, sin méritos para «ello; cualquiera que versifica siquiera lo haga contra la «voluntad de Dios y falseando las leyes del Parnaso».

Los franciscanos, no fueron obligados, mas que á dar la mano; lo mismo mis oficiales; lo proprio mis asistentes.

Muy cerca de una hora tardamos en abrazos, salutaciones y demás actos de cortesanía indiana.

Con el último indio que yo saludé, abracé y cargué gri-

tando lo mas fuerte que mis gastados pulmones me lo permitieron: aaaaaaaaaaaa!!! se oyeron los postreros hurras y víctores de la multitud, que no tardó en desparramarse montando la mayor parte á caballo, entregándose á los regocijos ecuestres de la tierra, como carreras, *rayadas*, pechadas y piruetas de toda clase, por fin.

Yo estaba orgulloso, contento de mí mismo, como si hubiera puesto una pica en Flandes, no solo por la enerjía y fortaleza, de que habia dado pruebas incontestables y señaladas, sino porque ciertas frases que oia vagar por la atmósfera hacian llegar hasta mi conciencia el convencimiento de que aquellos bárbaros admiraban por primera vez en el hombre culto y civilizado, en el cristiano representado por mí, la potencia física, dote natural, que ellos ejercitan tanto y que tanto envidian y respetan.

De vez en cuando llegaban á mis oidos estos ecos: Ese Coronel Mansilla muy toro; ese coronel Mansilla cargando; ese coronel Mansilla lindo».

Y esto diciendo, un sin número de curiosos se acercaba á mí, hasta estrecharme y no dejarme mover del sitio. Mirábanme de arriba abajo, la cara, el cuerpo, la ropa, el puñal de oro y plata que llevaba en el costado, mostrando su cabo cincelado, las botas granaderas, la cadena del reloj y los perendengues que pendian de ella, todo, todo cuanto llamaba por su hechura ó color la atencion. Y despues de mirarme bien, me decian alargándome la mano:

— Ese coronel, dando la mano, amigo. Y no solo me daban la mano, sino que me abrazaban y me besaban, con sus bocas súcias, babosas, alcohólicas, pintadas.

Idénticas demostraciones hacian con los oficiales, con los asistentes y con los franciscanos. Varias chinas y mujeres blancas cristianisadas, por no decir cristianas, se acercaban á estos, se arrodillaban, y tomándoles los cordones les decian: «La bendicion, mi Padre». De veras, aquel recojimimiento, aquel respeto primitivo me enterneció. Qué cosa tan grande es la relijion, como consuela, conforta y eleva el espíritu!

Los franciscanos dieron algunas bendiciones y á poca

costa hicieron felices á unas cuantas ovejas descarriadas ó arrebatadas á la grey.

El contento era jeneral, qué digo! universal.

Nadie, y eso que habia muchísima jente, *achumada*, nos faltó al respeto en lo mas mínimo. Al contrario, caciques y capitanejos, indios de importancia y chusma, cristianos asilados y cautivos, todos, todos nos trataban con la mas cumplida finura araucana.

Francamente, nos indemnizaban con réditos de los malos ratos, hambrunas, detenciones é impertinencias del camino.

¿Qué mas podian hacer aquellos bárbaros, sino lo que hacian?

Les hemos enseñado algo nosotros, que revele la disposicion jenerosa, humanitaria, cristiana de los gobiernos, que rijen los destinos sociales? Nos roban, nos cautivan, nos incendian las poblaciones, es cierto. Pero qué han de hacer, si no tienen hábitos de trabajo? Los primeros albores de la humanidad presentan acaso otro cuadro? Qué era Roma un dia? Una gavilla de bandoleros, rapaces, sanguinarios, crueles, traidores.

Y entónces, qué tiene que decir nuestra decantada civilizacion?

Quejarnos de que los indios nos asolen, es lo mismo que quejarnos de que los gauchos sean ignorantes, viciosos, atrasados.

A quién la culpa, sino á nosotros mismos?

Pero entremos al toldo de Mariano Rosas, quien ántes de ofrecérmelo, me preguntó: qué queria hacer con mis caballos, si hacerlos cuidar con mi jente ó que él me los hiciera cuidar? — quien, preguntándome si mi jente habia comido, y habiéndole contestado que no, llamó á su hijo *Lincoln*, — porque se llama así no sé, — y le ordenó en castellano que carneara pronto una vaca gorda.

El toldo de Mariano Rosas, como todos los toldos tiene una enramada, descansemos en ella hasta mañana; á fin de no alterar el método que me he propuesto seguir en el relato.

Tambien conviene hacerlo así para que ni tú, Santiago

amigo, ni el lector se hastien, — que lo poco gusta y lo mucho cansa, aunque á este respecto pueden dividirse las opiniones segun sea el capítulo de que se trate.

Quién se cansa de leer á Byron, á Goëthe, á Juvenal, á Tácito?

Nadie.

Y á mí?

Cualquiera.

XXVI.

La enramada de Mariano Rosas. — Parlamento y comida. — Agasajo. — Pasion de los indios por la bebida. — Qué es un yapaí. — Epumer, hermano mayor de Mariano Rosas. — El y yo. — Me deshago de mi capa colorada. — Regalos. — Distribucion de aguardiente. — Una orjia. — Miguelito.

De las dos proposiciones de Mariano Rosas, sobre las bestias opté por la primera, teniendo presente que el ojo del amo engorda el caballo.

Llamé á Camilo Arias y le dí mis órdenes; Mariano las completó con varias indicaciones relativas al mejor pasto, al agua, á las horas de recojer y encerrar, segun lo que se dispusiera. Terminó recomendando el mayor cuidado y vijilancia de dia y de noche, por los *indios gauchos ladrones*, probándome con lo primero, que era hombre entendido en asuntos de campo, con lo segundo, que no es mal sastre quien conoce el paño.

Pasamos á la enramada, que quedaba unida al toldo. Este es siempre de cuero, aquella de paja, jeneralmente de *chala* de maiz. Otro dia cuando entremos en un toldo veremos cómo está construido y distribuido, hoy quedémonos en la enramada, que era como todas, un armazon de madera, con techumbre de plano horizontal. Tendria sesenta varas cuadradas.

Allí habian preparado asientos. Consistian en cueros de carnero, negros, lanudos, grandes y aseados; dos ó tres formaban el lecho, otros tantos arrollados el respaldo. Estaban colocados en dos filas y el espacio intermedio acababa de

ser barrido y regado. Una fila era para los recien llegados, otra para el dueño de casa, sus parientes y visitas. La fila que me designaron á mí miraba al naciente; á la derecha, en la primera hilera veíase un asiento que era el mio mas elevado que los demás, con respaldo ancho y alto, con dos rollos de ponchos, á derecha é izquierda, formando almohadones.

Todo estaba perfectámente bien calculado, como para sentarse con comodidad, con las piernas cruzadas á la turca, estiradas, dobladas: acostarse, reclinarse ó tomar la postura que se quisiera.

Frente á frente de mí se sentó Mariano Rosas; aunque él habla bastante bien el castellano, lo mismo que cualquiera de nosotros, hizo venir un lenguaraz. Convenia que todos los circunstantes oyesen *mis razones* para que llevasen lenguas á sus *pagos* y se hiciese en favor mio una atmósfera popular.

El parlamento comenzó como aquellos avisos de teatro del tiempo de Rosas, que decian, — despues de los *vivas y mueras de costumbre* (y que costumbre tan civilizada y fraternal!), — se representará el lindo drama romántico en verso *Clotilde, ó el crimen por amor*, verbi-gracia, que cuadraba tan bien con el introito del cartel como ponerle á un santo Cristo un par de pistolas.

Es decir, que en pos de las preguntas y respuestas de ordenanza, — cómo está Vd., cómo le ha ido con todos sus jefes y oficiales, no ha perdido algunos caballos, porque en los campos solos, siempre suceden desgracias, — vinieron otras inesperadas; pero todas ellas sin interés.

Yo hablé de los dos caballos que me habian robado en Aillancó, del saqueo de Wenchenao á las cargas, y lo hice con vivacidad, apostrofando á los que así me habian faltado al respeto, pareciéndome que mi tono de autoridad llamaba la atencion de todos.

Haria cinco minutos que conversábamos, traduciendo el lenguaraz de Mariano sus razones y Mora las mias cuando trajeron de comer.

Entraron varios cautivos y cautivas, — una de éstas habia

sido sirvienta de Rosas, — trayendo grandes y cóncavos platos de madera, hechos por los mismos indios, rebosando de carne cocida y caldo aderezado con cebolla, ají y harina de maiz.

Estaba escelente, caliente, suculento y cocinado con visible esmero.

Las cucharas eran de madera, de hierro, de plata; los tenedores lo mismo; los cuchillos comunes.

Sirvieron á todos, á los recien llegados y á las visitas que me habian precedido.

A cada cual le tocó un plato como una fuente.

Miéntras se comia, se charlaba.

Yo no tardé en tomar confianza; estaba como en mi casa, mejor que en ella, sin tener que dar ejemplo á mis hijos.

Comia como un bárbaro, — me acomodaba á mi gusto en el magnífico asiento de cueros y ponchos; decia cuanto disparate se me venia á la punta de la lengua y hacia reir á los indios ni mas ni ménos que Allú á la concurrencia.

Al que se me acercaba, algo le hacia, — ó le daba un tiron de narices, ó le aplicaba un coscorron, ó le pegaba una fuerte palmada en las posaderas.

Los mas chuscos me devolvian con usura mis bromas.

Se acabó el primer plato y trajeron otro, como para frailes *pantagruelicos*, lleno de asado de vaca, riquísimo.

Materialmente, — me chupé los dedos con él, que no es lo mismo comer á manteles, que en el suelo y en Leubucó.

Despues del asado nos sirvieron algarroba pisada, maiz tostado y molido, á manera de postre, es bueno.

Trajeron agua en vasos, jarros y *chambaos* (es un jarrito de aspa).

Y, á indicacion del dueño de casa, que con impaciencia gritó varias veces: trapo! trapo! (los indios no tienen voz equivalente) unos cuantos pedazos de jénero de distintas clases y colores para que nos limpiáramos la boca.

Se acabó la comida y empezó el turno de la bebida.

Este capítulo es sério, si es que despues de las sábias máximas, consejos oportunos y graves reflexiones de Brillat Savarin, puede haber algo mas sério que el comer.

Aquel filósofo, inmortal en su jénero, tiene dos aforismos que podian parafrasearse aquí, diciendo: dime lo que bebes e diré lo que eres; el destino de las naciones depende de o que beben.

Manuel Gascon, ha de pretender *á priori y á posteriori*, que para él el problema está resuelto, sosteniendo que de todas las bebidas la mejor es el agua.

Digo que esto depende de las circunstancias, como que no hayan visitas, y prosigo.

Los indios beben, como todo el mundo, por la boca.

Pero ellos no beben comiendo.

Beber es un acto aparte.

Nada hay para ellos mas agradable.

Por beber posponen todo.

Y así como el guerrero que se apresta á la batalla, prepara sus armas, — ellos, cuando se disponen á beber, esconden las suyas.

Miéntras tienen que beber, beben; beben una hora, un dia, dos dias, dos meses.

Son capaces de pasárselo bebiendo hasta reventar.

Beber es olvidar, reir, gozar.

No teniendo aguardiente ó vino, beben *chicha* ó *piquillin.*

Esta vez estaban de fiesta con vino.

El acto está sujeto á ciertas reglas, que se observan como todas las reglas humanas, hasta que se puede.

Se inicia con un *yapai*, que es lo mismo que si dijéranos: *the pleasure of a glass of wine with you?* para que vean los de la colonia inglesa que en algo se parecen á los canqueles.

Pero esta invitacion, se diferencia algo de la nuestra.

Nosotros empezamos por llenar la copa del invitado, luego la propria; bebemos simultáneamente, haciéndonos un saludo mas ó ménos risueño y cordial, espiándonos por sobre el borde de la copa, á ver quién la apura mas; y es de buena educacion, de estilo clásico, no beberla toda, ni tan poco que parezca se ha aceptado el brindis por compromiso; como que él significa, — á la salud de vd. cuando no se ha

propuesto uno por la patria, por la libertad ó por el Presidente de la República.

Los indios empiezan por decir *yapai*, llenando bien el tiesto en que beben, que jeneralmente es un cuernito.

La persona á quien se dirijen, contesta *yapai*.

Bebe primero el que invitó, hasta poder hacer lo que los franceses llaman *goute en l'ongle*, es decir, hasta que no queda una gota, llena despues el vaso, copa, jarro ó cuernito exactamente, como él lo bebiera, se lo pasa al contrario, y este se lo echa al coleto diciendo *yapaí*.

Si el yapaí ha sido de media cuarta, media cuarta hay que beber.

Porsupuesto que no conozco nada peor visto que una persona que se escusa de beber, diciendo: — no sé.

En un hombre tal jamás tendrian confianza los indios.

Así como en toda comida bien dirijida, hay siempre un anfitrion que la preside, que hace los honores, que la anima; así tambien en todo beberaje de indios hay uno que lleva la palabra; es el que hace el gasto por lo comun.

Esta vez, el que hacia el gasto ostensiblemente era Mariano Rosas, en realidad el Estado, que le habia dado sus dineros al Padre Burela, para rescatar cautivos.

Pero aunque Mariano Rosas hacia el gasto y era el dueño de la casa, Epumer su hermano era el anfitrion.

Epumer, es el indio mas temido entre los ranqueles, por su valor, por su audacia, por su demencia cuando está beodo.

Es un hombre como de cuarenta años, bajo, gordo, bastante blanco y rosado, ñato, de labios gruesos y pómulos protuberantes, lujoso en el vestir, que parece tener sangre cristiana en las venas, que ha muerto á varios indios con sus propias manos, entre ellos á un hermano por parte de madre, que es jeneroso y desprendido, manso estando bueno de la cabeza, que no estándolo le pega una puñalada al mas pintado.

Con este nene tenia que habérmelas yo.

Llevaba un gran facon con vaina de plata cruzado por delante, y me miraba por debajo del ala de un rico som-

rero de paja de Guayaquil, adornado con una ancha cinta ncarnada, pintada de flores blancas.

Yo llevaba un puñal con vaina y cabo de oro y plata, ombrero gacho de castor, y alta el ala, no le quitaba los jos al orgulloso indio, mirándole fijamente cuando me irijia á él.

Bebíamos todos.

No se oia otra cosa que *yapaí* hermano! *yapaí* hermano!

Mariano Rosas no aceptaba ninguna invitacion, decia estar ıfermo y parecia estarlo.

Atendia á todos, haciendo llenar las botellas cuando se ;otaban; amonestaba á unos, despedia á otros cuando me comodaban mucho con sus impertinencias; me pedia dislpas á cada paso, en dos palabras, hacia, á su modo, y gun los usos de su tierra, perfectamente bien los honores su casa.

Epumer no habia simpatizado conmigo, y á medida que iba *caldeando*, sus pullas iban siendo mas directas y udas.

Mariano Rosas lo habia notado, y se interponia consıtemente entre su hermano y yo, terciando en la con:sacion.

Yo le buscaba la vuelta al indio y no podia encon-rsela.

A todo lo hallaba taimado y reacio.

Llegó á contestarme con tanta grosería, que Mariano 'o que pedirme lo disculpára, haciéndome notar el estado su cabeza.

Y sin embargo á cada paso me decia:

— Coronel Mansilla, — yapaí!

— Epumer, — yapaí! le contestaba yo.

Y llenábamos con vino de Mendoza los cuernos y los ırábamos.

Mis oficiales se habian visto obligados á abandonar la :amada, so pena de quedar tendidos, tantos eran los *ıaí*.

Los indios *caldeados* ya, apuraban las botellas, bebian . método; vino! vino! pedian para *rematarse*, como ellos

dicen, y Mariano hacia traer mas vino, y unos caian y otros se levantaban, y unos gritaban y otros callaban, y unos reian y otros lloraban, y unos venian y me abrazaban y me besaban, y otros me amenazaban en su lengua, diciéndome *winca enganando.*

Yo me dejaba manosear y besar, acariciar en la forma que querian, empujaba hasta darlo en tierra al que se sobrepasaba demasiado, y como el vino iba haciendo su efecto, estaba dispuesto á todo. Pero con bastante calma para decirme:

Es menester ahullar con los lobos para que no me coman.

Mis aires, mis modales, mi disposicion franca, mi paciencia, mi constante aceptar todo *yapaí* que se me hacia, comenzaron á captarme simpatías.

Lo conocí y aproveché la coyuntura.

La ocasion la pintan calva.

Llevaba una capa colorada, una linda, aunque malhadada capa colorada, que hice venir de Francia, igual á las que usan los oficiales de caballería de los cuerpos arjelines indíjenas.

Yo tengo cierta inclinacion á lo pintoresco, y, durante mucho tiempo, no he podido sustraerme á la tentacion de satisfacerla.

Y tengo la pasion de las capas, — que me parece inocente, sea dicho de paso.

En el Paraguay usaba capa blanca siempre.

Hasta dormia con ella.

Mi capa era mi mujer.

Pero que caro cuestan á veces las pasiones inocentes!

Por usar capa colorada me han negado el voto en los comicios.

Por usar capa colorada me han creido *colorado.*

Por usar capa colorada me han creido caudillo de malas intenciones. Pero entónces cómo dicen que el hábito no hace al monje?

Decididamente, Figueroa es quien tiene razon. «Pues el hábito hace al monje por mas que digan que nó.»

Me quité la histórica capa. me puse de pié. me acerqué á Epumer, y dirijiéndole palabras amistosas le dije:

— Tome, hermano, esta prenda. que es una de las que mas quiero.

Y diciendo y haciendo. se la coloqué sobre los hombros.

El indio quedó idéntico á mí. y en la cara le conocí que mi accion le habia gustado.

— Gracias, hermano. me contestó. dándome un abrazo que casi me reventó.

Ví brillar los ojos de Mariano Rosas. como cuando el relámpago de la envidia hiere el corazon.

Tomé mi lindo puñal y dándoselo le dije:

— Tome, hermano, vd. úselo en mi nombre.

Lo recibió con agrado, me dió la mano y me lo agradeció.

Mandé traer mi lazo que era una obra maestra y se lo regalé á Relmo.

Ya estaba en vena de dar hasta la camisa.

Mandé traer mis boleadoras que eran de marfil, con abrazaderas de plata. y se las regalé á Melideo.

Mandé traer mis dos revolvers y se los regalé á los hijos de Mariano.

Llevaba tres sombreros de los mejores, llevaba medias, pañuelos, camisas, regalé cuanto tenia.

Y por último mandé traer un barril de aguardiente y se lo dí á Mariano.

Mariano me dijo:

— Para que vea, hermano, como soy yo con los indios, delante de vd. les voy á repartir á todos. Yo soy así, cuanto tengo es para mis indios, son tan pobres!

Vino el barril y comenzó el reparto por botellas, calderas, vasos, copas y cuernos.

En tanto que Mariano hacia la patriarcal distribucion, — un hombre de su confianza, un cristiano, se acercó á mí y en voz baja me dijo:

— Dice el jeneral Mariano que si trae mas aguardiente que guarde un poquito para él; que esta noche cuando se quede solo piensa divertirse *solo*; que ahora no es proprio que él lo haga.

Qué te parece como se hila entre los indios?

Contesté que tenia otro barril, que repartiese todo el que acababa de recibir.

La orjía siguió; era una bacanal en regla.

Epumer, comenzó á ponerse como una áscua, terrible.

Mariano quiso sacarme de allí; me negué, su hermano queria beber conmigo y yo no queria abandonar el campo, esponiéndome á las sospechas de aquellos bárbaros.

Soy fuerte, contaba conmigo.

Si la fortuna no me ayudaba, alguna vez se acaba todo; algun dia termina esta batalla de la vida en que todo es orgullo y vanidad.

— Yapaí, me dijo Epumer, ofreciéndome un cuerno lleno de aguardiente.

— Yapaí, contesté horripilado; yo podia beber una botella de vino de una sentada. Pero un cuerno al mejor se la doy.

En ese instante y miéntras Epumer apuraba el cuerno, una voz suave me dijo al oido:

— No tenga cuidado, aquí estoy yo.

Dí vuelta sorprendido, y me hallé con una fisonomía infantil; pero enérjica.

— Y quién eres tú?

— Un cristiano, Miguelito.

XXVII.

Pasion de Miguelito. — Los hombres son iguales en todas las circunstancias de la vida. — Retrato de Miguelito. — Su historia.

Miguelito, habia concebido por mi una de esas pasiones eléctricas, que revelan la espontaneidad del alma; que son un refujio de las grandes tribulaciones. que consuelan y fortalecen; que no retroceden ante ningun sacrificio, que confunden al escéptico y al creyente lo llenan de inefable satisfaccion.

Cruzamos el mar tempestuoso de la vida entre la angustia y el dolor — la alegría y el placer; entre la tristeza y el llanto, — el contento y la risa; entre el desencanto y la duda, — la creencia y la fé. Y cuando mas fuertes nos conceptuamos, el desaliento nos domina, y cuando mas débiles parecemos, inopinadas enerjías nos prestan el varonil aliento de los héroes.

Vivimos de sorpresa en sorpresa, de revelacion en revelacion, de victoria en victoria, de derrota en derrota.

Somos algo mas que un dualismo; somos algo de complejo, de complicado ó indescifrable.

Y sin embargo, — es falso, que los hombres sean mejores en la mala fortuna que en la buena; caidos que cuando están arriba, pobres que ricos.

El avaro, nadando en la opulencia, no se cree jamás con deberes para con el desvalido.

El jeneroso, no calcula si lo supérfluo de que hoy dia se desprende, será mañana para él una necesidad.

El cobarde, es siempre fuerte con los débiles, débil con los fuertes.

El valiente, ni es opresor, ni se deja oprimir, puede doblarse, — quebrarse jamás.

El débil, busca quien le dé sombra, quien le gobierne y le dirija.

El fuerte, ampara y proteje, se basta á sí mismo.

El virtuoso es modesto.

El vicioso es audaz.

Somos como Dios nos ha hecho.

Es por eso que la caridad nos prescribe el amor, la induljencia, la jenerosidad.

Es por eso que la grandeza humana consiste en adherirse á lo imperfecto.

Tal hombre que yo amo, no merece mi estimacion; tal otro que estimo, no es mi amigo.

La razon, es la inflexible lójica.

El corazon, la inesplicable versatilidad.

Los problemas psicolójicos son insolubles.

De dónde brota para la planta la virtualidad de emision?

De la hoja, de la celda, de los pétalos, de los estambres, de los ovarios?

Misterio . . . . . .

Las fuerzas plásticas de la naturaleza son jeneradoras.

Quien dice biolojía, dice órganos productores.

Pero cómo se operan los fenómenos de la vida?

Del corazon nacen los grandes afectos y los grandes ódios, del corazon nacen los pensamientos sublimes y las sublimes aberraciones; del corazon nace lo que me estremece y me enternece, lo que me consuela y lo que me ajita.

A impulsos de qué?

Lo que ayer embellecía mi vida hoy me hastía; lo que ayer me daba la vida, hoy me mata; ayer creia no poder vivir sin lo que hoy me falta, y hoy descubro en mí jermenes inesperados para resistir y sufrir.

Como la lámpara que se estingue; pero que no muere; así es nuestro corazon.

Nos quejamos de los demás, jamás de nosotros mismos.

Es que somos ingratos ó severos?

No!

Es que no nos entendemos.

Si nos comprendiéramos no seríamos injustos, anhelando como anhelamos el bien.

Maldecimos la fortuna, en lugar de confesar como Bruto:

«*There is a tide in the affairs of men,*

«*Which, taken at the flood, leads on to fortune.*»

Que hay una marea en los negocios humanos que entrando en ella cuando sube conduce á la fortuna.

Sea de esto lo que fuere, una cosa es innegable, — que quien sabe sufrir y esperar á todo puede atreverse. Y si esto se negase, no me negarán esto otro: que cuando el hombre tiene necesidad de un hombre y lo busca, lo halla.

Nuestra desesperacion, no es frecuentemente mas que el efecto de nuestra impaciencia febril.

La solidaridad humana es un hecho tanjible, — en política, en economía social, en relijion, en amistad.

La vida se consume cambiando servicios por servicios. La armonía depende de este convencimiento vulgar, que está en la conciencia de todos: hoy por tí, mañana por mí.

Es por eso que el tipo odioso por escelencia, — es el de aquel que, violando la sábia ley de la reciprocidad, se mancha eternamente con el borron de la ingratitud.

Dante, coloca á estos desgraciados en el cuarto recinto del último infierno.

A los que entran allí, — *Vexilla regis prodeunt inferni*, — los estandartes de Satanás salen á recibirlos y la cohorte abólica empedra con sus cráneos la glacial morada.

Cuántas veces sin buscar el hombre que necesitamos, no hallamos en nuestro camino!

La aparicion de Miguelito, en el toldo de Mariano Rosas, una prueba de ello.

Yo estaba amenazado de un peligro y no lo sabia.

Miguelito me lo previno y me puse en guardia. Estar prevenido, es la mitad de la batalla ganada.

Miguelito tiene veinte y cuatro años. Es lampiño, blanco, como el marfil y el sol no ha tostado su tez; tiene ojos

sido sirvienta de Rosas, — trayendo grandes y cóncavos platos de madera, hechos por los mismos indios, rebosando de carne cocida y caldo aderezado con cebolla, ají y harina de maiz.

Estaba escelente, caliente, suculento y cocinado con visible esmero.

Las cucharas eran de madera, de hierro, de plata; los tenedores lo mismo; los cuchillos comunes.

Sirvieron á todos, á los recien llegados y á las visitas que me habian precedido.

A cada cual le tocó un plato como una fuente.

Miéntras se comia, se charlaba.

Yo no tardé en tomar confianza; estaba como en mi casa, mejor que en ella, sin tener que dar ejemplo á mis hijos.

Comia como un bárbaro, — me acomodaba á mi gusto en el magnífico asiento de cueros y ponchos; decia cuanto disparate se me venia á la punta de la lengua y hacia reir á los indios ni mas ni ménos que Allú á la concurrencia.

Al que se me acercaba, algo le hacia, — ó le daba un tiron de narices, ó le aplicaba un coscorron, ó le pegaba una fuerte palmada en las posaderas.

Los mas chuscos me devolvian con usura mis bromas.

Se acabó el primer plato y trajeron otro, como para frailes *pantagruelicos*, lleno de asado de vaca, riquísimo.

Materialmente, — me chupé los dedos con él, que no es lo mismo comer á manteles, que en el suelo y en Leubucó.

Despues del asado nos sirvieron algarroba pisada, maiz tostado y molido, á manera de postre, es bueno.

Trajeron agua en vasos, jarros y *chambaos* (es un jarrito de aspa).

Y, á indicacion del dueño de casa, que con impaciencia gritó varias veces: trapo! trapo! (los indios no tienen voz equivalente) unos cuantos pedazos de jénero de distintas clases y colores para que nos limpiáramos la boca.

Se acabó la comida y empezó el turno de la bebida.

Este capítulo es sério, si es que despues de las sábias máximas, consejos oportunos y graves reflexiones de Brillat Savarin, puede haber algo mas sério que el comer.

Aquel filósofo, inmortal en su jénero, tiene dos aforismos que podian parafrasearse aquí, diciendo: dime lo que bebes te diré lo que eres; el destino de las naciones depende de lo que beben.

Manuel Gascon, ha de pretender *á priori y á posteriori*, que para él el problema está resuelto, sosteniendo que de todas las bebidas la mejor es el agua.

Digo que esto depende de las circunstancias, como que no hayan visitas, y prosigo.

Los indios beben, como todo el mundo, por la boca.

Pero ellos no beben comiendo.

Beber es un acto aparte.

Nada hay para ellos mas agradable.

Por beber posponen todo.

Y así como el guerrero que se apresta á la batalla, prepara sus armas, — ellos, cuando se disponen á beber, esconden las suyas.

Miéntras tienen que beber, beben; beben una hora, un dia, dos dias, dos meses.

Son capaces de pasárselo bebiendo hasta reventar.

Beber es olvidar, reir, gozar.

No teniendo aguardiente ó vino, beben *chicha* ó *piquillin.*

Esta vez estaban de fiesta con vino.

El acto está sujeto á ciertas reglas, que se observan como todas las reglas humanas, hasta que se puede.

Se inicia con un *yapai*, que es lo mismo que si dijéramos: *the pleasure of a glass of wine with you?* para que vean los de la colonia inglesa que en algo se parecen á los ranqueles.

Pero esta invitacion, se diferencia algo de la nuestra.

Nosotros empezamos por llenar la copa del invitado, luego la propria; bebemos simultáneamente, haciéndonos un saludo mas ó ménos risueño y cordial, espiándonos por sobre el borde de la copa, á ver quién la apura mas; y es de buena educacion, de estilo clásico, no beberla toda, ni tan poco que parezca se ha aceptado el brindis por compromiso; como que él significa, — á la salud de vd. cuando no se ha

propuesto uno por la patria, por la libertad ó por el Presidente de la República.

Los indios empiezan por decir *yapai*, llenando bien el tiesto en que beben, que jeneralmente es un cuernito.

La persona á quien se dirijen, contesta *yapai*.

Bebe primero el que invitó, hasta poder hacer lo que los franceses llaman *goute en l'ongle*, es decir, hasta que no queda una gota, llena despues el vaso, copa, jarro ó cuernito exactamente, como él lo bebiera, se lo pasa al contrario, y este se lo echa al coleto diciendo *yapai*.

Si el yapaí ha sido de media cuarta, media cuarta hay que beber.

Porsupuesto que no conozco nada peor visto que una persona que se escusa de beber, diciendo: — no sé.

En un hombre tal jamás tendrian confianza los indios.

Así como en toda comida bien dirijida, hay siempre un anfitrion que la preside, que hace los honores, que la anima; así tambien en todo beberaje de indios hay uno que lleva la palabra; es el que hace el gasto por lo comun.

Esta vez, el que hacia el gasto ostensiblemente era Mariano Rosas, en realidad el Estado, que le habia dado sus dineros al Padre Burela, para rescatar cautivos.

Pero aunque Mariano Rosas hacia el gasto y era el dueño de la casa, Epumer su hermano era el anfitrion.

Epumer, es el indio mas temido entre los ranqueles, por su valor, por su audacia, por su demencia cuando está beodo.

Es un hombre como de cuarenta años, bajo, gordo, bastante blanco y rosado, ñato, de labios gruesos y pómulos protuberantes, lujoso en el vestir, que parece tener sangre cristiana en las venas, que ha muerto á varios indios con sus propias manos, entre ellos á un hermano por parte de madre, que es jeneroso y desprendido, manso estando bueno de la cabeza, que no estándolo le pega una puñalada al mas pintado.

Con este nene tenia que habérmelas yo.

Llevaba un gran facon con vaina de plata cruzado por delante, y me miraba por debajo del ala de un rico som-

brero de paja de Guayaquil, adornado con una ancha cinta encarnada, pintada de flores blancas.

Yo llevaba un puñal con vaina y cabo de oro y plata, sombrero gacho de castor, y alta el ala, no le quitaba los ojos al orgulloso indio, mirándole fijamente cuando me dirijia á él.

Bebíamos todos.

No se oia otra cosa que *yapaí* hermano! *yapaí* hermano!

Mariano Rosas no aceptaba ninguna invitacion, decia estar enfermo y parecia estarlo.

Atendia á todos, haciendo llenar las botellas cuando se agotaban; amonestaba á unos, despedia á otros cuando me incomodaban mucho con sus impertinencias; me pedia disculpas á cada paso, en dos palabras, hacia, á su modo, y segun los usos de su tierra, perfectamente bien los honores de su casa.

Epumer no habia simpatizado conmigo, y á medida que se iba *caldeando*, sus pullas iban siendo mas directas y agudas.

Mariano Rosas lo habia notado, y se interponia constantemente entre su hermano y yo, terciando en la conversacion.

Yo le buscaba la vuelta al indio y no podia encontrársela.

A todo lo hallaba taimado y reacio.

Llegó á contestarme con tanta grosería, que Mariano tuvo que pedirme lo disculpára, haciéndome notar el estado de su cabeza.

Y sin embargo á cada paso me decia:

— Coronel Mansilla, — yapaí!

— Epumer, — yapaí! le contestaba yo.

Y llenábamos con vino de Mendoza los cuernos y los apurábamos.

Mis oficiales se habian visto obligados á abandonar la enramada, so pena de quedar tendidos, tantos eran los *yapaí*.

Los indios *caldeados* ya, apuraban las botellas, bebian sin método; vino! vino! pedian para *rematarse*, como ellos

dicen, y Mariano hacia traer mas vino, y unos caian y otros se levantaban, y unos gritaban y otros callaban, y unos reian y otros lloraban, y unos venian y me abrazaban y me besaban, y otros me amenazaban en su lengua, diciéndome *winca enganando*.

Yo me dejaba manosear y besar, acariciar en la forma que querian, empujaba hasta darlo en tierra al que se sobrepasaba demasiado, y como el vino iba haciendo su efecto, estaba dispuesto á todo. Pero con bastante calma para decirme:

Es menester ahullar con los lobos para que no me coman.

Mis aires, mis modales, mi disposicion franca, mi paciencia, mi constante aceptar todo *yapai* que se me hacia, comenzaron á captarme simpatías.

Lo conocí y aproveché la coyuntura.

La ocasion la pintan calva.

Llevaba una capa colorada, una linda, aunque malhadada capa colorada, que hice venir de Francia, igual á las que usan los oficiales de caballería de los cuerpos arjelines indíjenas.

Yo tengo cierta inclinacion á lo pintoresco, y, durante mucho tiempo, no he podido sustraerme á la tentacion de satisfacerla.

Y tengo la pasion de las capas, — que me parece inocente, sea dicho de paso.

En el Paraguay usaba capa blanca siempre.

Hasta dormia con ella.

Mi capa era mi mujer.

Pero que caro cuestan á veces las pasiones inocentes!

Por usar capa colorada me han negado el voto en los comicios.

Por usar capa colorada me han creido *colorado*.

Por usar capa colorada me han creido caudillo de malas intenciones. Pero entónces cómo dicen que el hábito no hace al monje?

Decididamente, Figueroa es quien tiene razon. «Pues el hábito hace al monje por mas que digan que nó.»

Me quité la histórica capa, me puse de pié, me acerqué á Epumer, y dirijiéndole palabras amistosas le dije:

— Tome, hermano, esta prenda, que es una de las que mas quiero.

Y diciendo y haciendo, se la coloqué sobre los hombros.

El indio quedó idéntico á mí, y en la cara le conocí que mi accion le habia gustado.

— Gracias, hermano, me contestó, dándome un abrazo que casi me reventó.

Ví brillar los ojos de Mariano Rosas, como cuando el relámpago de la envidia hiere el corazon.

Tomé mi lindo puñal y dándoselo le dije:

— Tome, hermano, vd. úselo en mi nombre.

Lo recibió con agrado, me dió la mano y me lo agradeció.

Mandé traer mi lazo que era una obra maestra y se lo regalé á Relmo.

Ya estaba en vena de dar hasta la camisa.

Mandé traer mis boleadoras que eran de marfil, con abrazaderas de plata, y se las regalé á Melideo.

Mandé traer mis dos revolvers y se los regalé á los hijos de Mariano.

Llevaba tres sombreros de los mejores, llevaba medias, pañuelos, camisas, regalé cuanto tenia.

Y por último mandé traer un barril de aguardiente y se lo dí á Mariano.

Mariano me dijo:

— Para que vea, hermano, como soy yo con los indios, delante de vd. les voy á repartir á todos. Yo soy así, cuanto tengo es para mis indios, son tan pobres!

Vino el barril y comenzó el reparto por botellas, calderas, vasos, copas y cuernos.

En tanto que Mariano hacia la patriarcal distribucion, — un hombre de su confianza, un cristiano, se acercó á mí y en voz baja me dijo:

— Dice el jeneral Mariano que si trae mas aguardiente le guarde un poquito para él; que esta noche cuando se quede solo piensa divertirse *solo*; que ahora no es proprio que él lo haga.

Qué te parece como se hila entre los indios?

Contesté que tenia otro barril, que repartiese todo el que acababa de recibir.

La orjía siguió; era una bacanal en regla.

Epumer, comenzó á ponerse como una áscua, terrible.

Mariano quiso sacarme de allí; me negué, su hermano queria beber conmigo y yo no queria abandonar el campo, esponiéndome á las sospechas de aquellos bárbaros.

Soy fuerte, contaba conmigo.

Si la fortuna no me ayudaba, alguna vez se acaba todo; algun dia termina esta batalla de la vida en que todo es orgullo y vanidad.

— Yapaí, me dijo Epumer, ofreciéndome un cuerno lleno de aguardiente.

— Yapaí, contesté horripilado; yo podia beber una botella de vino de una sentada. Pero un cuerno al mejor se la doy.

En ese instante y miéntras Epumer apuraba el cuerno, una voz suave me dijo al oido:

— No tenga cuidado, aquí estoy yo.

Dí vuelta sorprendido, y me hallé con una fisonomía infantil; pero enérjica.

— Y quién eres tú?

— Un cristiano, Miguelito.

XXVII.

Pasion de Miguelito. — Los hombres son iguales en todas las circunstancias de la vida. — Retrato de Miguelito. — Su historia.

Miguelito, habia concebido por mí una de esas pasiones eléctricas, que revelan la espontaneidad del alma; que son un refujio de las grandes tribulaciones, que consuelan y fortalecen; que no retroceden ante ningun sacrificio, que confunden al escéptico y al creyente lo llenan de inefable satisfaccion.

Cruzamos el mar tempestuoso de la vida entre la angustia y el dolor — la alegría y el placer; entre la tristeza y el llanto, — el contento y la risa; entre el desencanto y la duda, — la creencia y la fé. Y cuando mas fuertes nos conceptuamos, el desaliento nos domina, y cuando mas débiles parecemos, inopinadas enerjías nos prestan el varonil aliento de los héroes.

Vivimos de sorpresa en sorpresa, de revelacion en revelacion, de victoria en victoria, de derrota en derrota.

Somos algo mas que un dualismo; somos algo de complejo, de complicado ó indescifrable.

Y sin embargo, — es falso, que los hombres sean mejores en la mala fortuna que en la buena; caidos que cuando están arriba, pobres que ricos.

El avaro, nadando en la opulencia, no se cree jamás con deberes para con el desvalido.

El jeneroso, no calcula si lo supérfluo de que hoy dia se desprende, será mañana para él una necesidad.

El cobarde, es siempre fuerte con los débiles, débil con los fuertes.

El valiente, ni es opresor, ni se deja oprimir, puede doblarse, — quebrarse jamás.

El débil, busca quien le dé sombra, quien le gobierne y le dirija.

El fuerte, ampara y proteje, se basta á sí mismo.

El virtuoso es modesto.

El vicioso es audaz.

Somos como Dios nos ha hecho.

Es por eso que la caridad nos prescribe el amor, la induljencia, la jenerosidad.

Es por eso que la grandeza humana consiste en adherirse á lo imperfecto.

Tal hombre que yo amo, no merece mi estimacion; tal otro que estimo, no es mi amigo.

La razon, es la inflexible lójica.

El corazon, la inesplicable versatilidad.

Los problemas psicolójicos son insolubles.

De dónde brota para la planta la virtualidad de emision?

De la hoja, de la celda, de los pétalos, de los estambres, de los ovarios?

Misterio . . . . . .

Las fuerzas plásticas de la naturaleza son jeneradoras.

Quien dice biolojía, dice órganos productores.

Pero cómo se operan los fenómenos de la vida?

Del corazon nacen los grandes afectos y los grandes ódios, del corazon nacen los pensamientos sublimes y las sublimes aberraciones; del corazon nace lo que me estremece y me enternece, lo que me consuela y lo que me ajita.

A impulsos de qué?

Lo que ayer embellecía mi vida hoy me hastía; lo que ayer me daba la vida, hoy me mata; ayer creia no poder vivir sin lo que hoy me falta, y hoy descubro en mí jermenes inesperados para resistir y sufrir.

Como la lámpara que se estingue; pero que no muere; así es nuestro corazon.

Nos quejamos de los demás, jamás de nosotros mismos.

Es que somos ingratos ó severos?

No!

Es que no nos entendemos.

Si nos comprendiéramos no seríamos injustos, anhelando como anhelamos el bien.

Maldecimos la fortuna, en lugar de confesar como Bruto:

«*There is a tide in the affairs of men,*

«*Which, taken at the flood, leads on to fortune.*»

Que hay una marea en los negocios humanos que entrando en ella cuando sube conduce á la fortuna.

Sea de esto lo que fuere, una cosa es innegable, — que quien sabe sufrir y esperar á todo puede atreverse. Y si esto se negase, no me negarán esto otro: que cuando el hombre tiene necesidad de un hombre y lo busca, le halla.

Nuestra desesperacion, no es frecuentemente mas que el efecto de nuestra impaciencia febril.

La solidaridad humana es un hecho tanjible, — en política, en economía social, en relijion, en amistad.

La vida se consume cambiando servicios por servicios. La armonía depende de este convencimiento vulgar, que está en la conciencia de todos: hoy por tí, mañana por mí.

Es por eso que el tipo odioso por escelencia, — es el de aquel que, violando la sábia ley de la reciprocidad, se mancha eternamente con el borron de la ingratitud.

Dante, coloca á estos desgraciados en el cuarto recinto del último infierno.

A los que entran allí, — *Vexilla regis prodeunt inferni,* — los estandartes de Satanás salen á recibirlos y la cohorte diabólica empedra con sus cráneos la glacial morada.

Cuántas veces sin buscar el hombre que necesitamos, no le hallamos en nuestro camino!

La aparicion de Miguelito, en el toldo de Mariano Rosas, es una prueba de ello.

Yo estaba amenazado de un peligro y no lo sabia.

Miguelito me lo previno y me puse en guardia. Estar prevenido, es la mitad de la batalla ganada.

Miguelito tiene veinte y cuatro años. Es lampiño, blanco, como el marfil y el sol no ha tostado su tez; tiene ojos

negros, vivos, brillantes como dos estrellas, cejas pobladas y arqueadas, largas, pestañas, frente despejada, nariz afilada, labios gruesos, bien delineados, pómulos salientes, cara redonda, negros y lácios cabellos largos; estatura regular, mas bien baja, anchas espaldas y una musculatura vigorosa.

Sus cejas revelan orgullo, sus pómulos valor, su nariz perspicacia, sus labios dulzura, sus ojos impetuosidad, su frente resolucion.

Vestia bota de potro, calconzillo cribado con fleco, chiripá de poncho inglés listado, camisa de Crimea mordoré, tirador con botones de plata, sombrero de paja ordinaria, guarnecido de una ancha cinta colorada; al cuello tenia atado un pañuelo de seda amarillo pintado de varios colores, llevaba un facon con cabo de plata y unas boleadoras ceñidas á la cintura.

Ya he dicho que Miguelito es cristiano; me falta decir que no es cautivo, ni refujiado político.

Miguelito está entre los indios huyendo de la justicia.

A los veinte y cuatro años ha pasado por grandes trabajos; tiene historia, historia que vale la pena de ser contada, y que contaré, — ántes de seguir describiendo las escenas báquicas con Epumer, — tal cual él me la contó, noches despues de haberle conocido yendo en mi campaña de Leubucó á las tolderías del cacique Baigorrita.

Hablaré como él habló.

— Yo era pobre, señor, y mis padres tambien. Mi madre vivia de su conchavo; mi padre era gallero, yo corredor de carreras.

A veces mi padre y yo juntos, otras separadamente, nos conchavábamos de peones carreteros, ó para acarrear ganados de San Luis á Mendoza.

Los tres éramos nacidos y criados en el Morro, y allí vivíamos. Mi viejo era un gaucho lindo, nadie pialaba como él, ni componia gallos mejor; era jóven y guapeton. No he visto hombre mas alentado. Solo tenia el defecto de la chupa. Cuando tomaba le daba por celarla á mi madre, que era muy trabajadora y muy buena, la pobre, que Dios la tenga en gloria.

— A mas de eso mi viejo era buen guitarrero, y hombre bastante leido y escribido, pues sus primeros patrones, que fueron muy hacendados, lo enseñaron bien.

— Y cómo se llamaba tu padre?

— Lo mismo que yo, mi Coronel, Miguel Corro. Somos de unos Corro de la Punta de San Luis, que allí fueron jente de posibles en tiempo de Quiroga.

Pero mi padre, mi madre y yo, como le he dicho, hemos nacido en el Morro, cerca del cerro, en un rancho que está en un terrenito, que siempre pasó por nuestro, aunque yo no sé de quién será. Si conoce el Morro, mi Coronel, le diré donde queda: queda hácia el ladito de abajo de la quinta de D. Novillo, á quien cómo no ha de conocer, si es rico como Vd.

La casa estaba casi siempre sola porque mi madre, se iba por la mañanita al pueblo, y no volvia de su conchavo hasta despues de la cena de sus patrones.

Mi padre y yo no parábamos; él por sus gallos, yo por los caballos que tenia en compostura.

Todos los dias tarde y mañana tenia que caminarlos. Luego, el viejo y yo éramos alegres y no perdíamos bailecito. Me queria mucho y siempre me buscaba para que le acompañara; así es que yo era quien lo disculpaba y lo componia con mi madre lo que se peleaban.

De ese modo lo pasábamos, y, aunque éramos pobres, vivíamos contentos, porque jamás nos faltaban buenos reales con que comprar los vicios y ropa. Caballos, para qué hablar! Siempre teníamos superiores.

En la casa donde mi madre estaba acomodada, habia una niña muy donosita, que yo veia siempre que iba por allí de paso, á hablar con la vieja.

Como los dos éramos muchachos, lo que nos veíamos, nos reíamos. Yo al principio creí que era juguete de la niña; pero despues ví que me queria y le empecé á hacerle el amor, hasta que mi madre lo supo, y me dijo, que no volviera mas por allí.

Le obedecí, y me puse á visitar otra muchacha, hija de un paisano amigo de mi familia, que tenia algunos animales y

muchas prendas de plata, como que era hombre de unas manos tan baqueanas para el naipe, que de cualquier parte le sacaba á uno la carta que él queria. Era peine como él solo. Nadie le ganaba al monte, ni al truco, ni á la primera.

La hija de la patrona de mi madre se llamaba Dolores; la otra se llamaba Rejina. Esta era buena muchacha; pero de ande como aquella!

No me acuerdo bien cuanto tiempo pasaria; debió pasar así como medio año.

Un dia, mi madre volvió á descubrir que yo seguia en coloquios con la Dolores, siempre que podia, y se me enojó mucho, y aunque ya era hombrecito me amenazó.

Yo me reí de sus amenazas y seguí cortejando á la Dolores y á la Rejina; porque las dos me gustaban y me querian.

Ya Vd. sabe, mi Coronel, lo que es el hombre, cuantas vé cuantas quiere, y las mujeres que necesitan poco!

Yo no me acuerdo ni de lo que hice, ni de lo que contesté entónces. Pero probablemente aprobé el dicho de Miguelito y suspiré.

Miguelito prosiguió.

Otro dia, mi padre y mi madre me dijeron, que el padre de Rejina, les habia dicho que si ellos querian nos casaríamos; que él me habilitaria. Que qué me parecia?

Les contesté que no tenia ganas de casarme. Mi madre se puso furiosa y el viejo, que nunca se enojaba conmigo, tambien. Mi madre me dijo, que ella sabia por que era; que me habia de costar caro, por no escuchar sus consejos, que cómo me imajinába, que la Dolores podia ser mi mujer, que al contrario, en cuanto la familia maliciara algo me echarian de veterano; porque eran ricos y muy amigos del Juez y del Comandante militar.

Yo no escuchaba consejos, ni tenia miedo á nada y seguia mis amores con la Dolores, aunque sin conseguir que me diera el sí.

Mi madre estaba triste, decia que alguna desgracia nos iba á suceder; ya la habian despedido de la casa de la Dolores y de todo me echaba la culpa á mí.

De repente lo pusieron preso á mi padre, y lo largaron despues; en seguida me pusieron preso á mí, nada mas que porque les dió la gana, lo mismo que á mi padre. Vd. ya sabe, mi Coronel, lo que es ser pobre y andar mal con los que gobiernan.

Pero me largaron tambien; y al largarme me dijo el teniente de la partida, que ya sabia que habia andado maleando.

— Maleando cómo, le pregunté?

— En juntas contra el Gobierno, me contestó.

Y de ande, mi Coronel?

Todito era purita mentira.

Lo que habia era que ya me estaban haciendo la cama.

Ni mi padre ni yo, nunca habíamos andado con los colorados, porque no teníamos mas opinion que nuestro trabajo y nos gustaba ser libres, y cuando se ofrecia una guardia, por no tomar una carabina, mas bien le pagábamos al Comandante, que es como se vé uno libre del servicio, si no, es de valde.

Una tarde, ya anochecía, estábamos en el fogon, todos los de casa; sentimos un tropel, ladraron los perros y lueguito se oyó ruido de sables.

Qué será, qué no será, decíamos.

Mi madre se echó á llorar, diciéndome:

— Tú tienes la culpa de lo que vá á suceder.

Vd. sabe mi Coronel lo que son las mujeres, y sobre todo las madres para adivinar una desgracia.

Parece que todo lo viesen ántes de suceder, como le pasó á mi vieja aquella noche. Porque al ratito de lo que le iba diciendo, ya llegó la partida y se apeó el que la mandaba, haciendo que mi padre marchára con él sin darte tiempo ni á que alzára el poncho.

Se lo llevaron en cuerpito.

Pasamos con mi madre una noche triste, muy triste; mirándonos, yo callado y ella llorando sentada en una sillita al lado de su cama, porque no se acostó.

Al dia siguiente en cuanto medio quiso aclarar, ensillé, monté y me fuí derechito al pueblo, á ver que habia.

Lo acusaban á mi padre de un robo.

Y decia que si no ponia personero, lo iban á mandar á la frontera.

Y de ande habia de sacar plata para pagar personero, ni quién habia de querer ir?

Me volví á mi casa bastante aflijido con la noticia que le llevaba á mi madre. Pero pensando que si me admitian por mi padre podia librarlo.

Le conté á mi madre lo que sucedia, y le dije lo que queria hacer.

Se quedó callada.

Le pregunté qué le parecia.

Siguió callada.

Se enojó mucho, me echó; me fuí, volví tarde, los perros no ladraron, porque me conocieron; llegué sin que me sintieran hasta la puerta del rancho.

La hallé hincada rezando, delante de un nicho que teníamos, que era *Nuestra Señora del Rosario.*

Rezaba en voz muy baja; yo no podia oir sino el final de los Padre-Nuestros y de las Ave-Marias.

Contenia el resuello para no interrumpirla, cuando oí que dijo:

«Madre mia y señora, ruega por él y por mi hijo.»

Suspiré fuerte.

Mi madré dió vuelta; yo entré en el rancho y la abracé.

No me dijo nada.

Con mi padre no se podia hablar, estaba incomunicado.

Yo anduve unos cuantos dias dando vueltas á ver si conseguia conversar con él y al fin lo conseguí.

Me contó lo que habia.

No era nada.

Todo era por hacernos mal.

Querian que saliéramos del pago.

Empezaban con él, seguirian conmigo.

A fuerza de plata, vendiendo cuanto teníamos, logramos que lo largáran.

Para esto el Juez dió en visitar á mi madre solicitándola, y yo me tuve que casar con Rejina, porque su padre

fué quien mas dinero nos prestó para comprar la libertad del mio.

Desde el dia en que mi padre salió de la prision, — esa noche me casé yo, — ya no hubo paz en mi casa.

El hombre se puso triston, no lo pasaba sino en riñas con mi madre.

Se le habia puesto que la pobre habia andado en tratos con el Juez, por su libertad; creia que todavía andaba.

Y qué habia de andar, mi Coronel, si era una mujer tan santa!

Pero ya sabe Vd. lo que es un hombre desconfiado.

Mi padre lo era mucho.

— Y á tí cómo te iba con la Rejina, le pregunté al llegar á esta altura del relato.

— Como al diablo, me contestó.

— Pero, ántes me has dicho que la querias y que te gustaba, agregué.

— Es verdad, señor, pero es que á la Dolores la queria mucho tambien, y me gustaba mas, repuso.

— Y la veias? proseguí.

— Todas los noches, señor, y de ahí vino mi desgracia y la de toda mi familia, contestó con amargura, envolviéndose en una nube de melancolía.

Pobre Miguelito! esclamé interiormente, admirando aquella injenuidad infantil en un hombre, cuyo brazo habia estado resuelto por simpatía hácia mí, á darle una puñalada al tremendo y temido Epumer.

XXVIII.

Teoría sobre el ideal. — Miguelito continúa contando su historia. — Cuadro de costumbres.

Toda narracion sencilla, natural, sin artificios ni afectacion, halla ecos simpáticos en el corazon.

El ideal no puede realizarse sino manteniéndonos dentro de los límites de la naturaleza.

O no existe, ó no es verdad?

O no hay belleza plástica, — rasgos, líneas, formas humanas perfectas?

O no hay belleza aérea, — accidentes, fenómenos fujitivos, perfeccion moral?

Miguelito me habia cautivado.

Era como una aparicion novelesca en el cuadro romántico de mi peregrinacion; de la azarosa cruzada que yo habia emprendido devorado por una fiebre jenerosa de accion, con una idea determinada, y digo determinada, porque siendo la capacidad del hombre limitada, para hacer algo útil, grande ó bueno, tenemos necesariamente que circunscribir nuestra esfera de accion.

Viendo el tinte de tristeza que vagaba por su simpática fisonomía, lo dejé un rato replegado sobre sí mismo, y cuando la nube sombría de sus recuerdos se disipó, le dije:

— Continúa, hijo, la historia de tu vida, me interesa.

Miguelito continuó.

— Yo no vivia con mis padres, ellos estaban sumamente pobres, y yo habia gastado cuanto tenia por la libertad de mi viejo. Tuve que irme á vivir con la familia de Rejina.

Los primeros tiempos anduve muy bien con mi mujer.

Mis suegros me querian y me ayudaban á trabajar, prestándome dinero, me cuidaban y me atendian.

Al principio todos los suegros son buenos. Pero despues!

Por eso los indios tienen razon en no tratarse con ellos. Conoce esa costumbre de aquí, mi Coronel?

— No, Miguelito, qué costumbre es esa?

— Cuando un indio se casa, y el suegro ó la suegra van á vivir con él, no se ven nunca, aunque estén juntos. Dicen que los suegros tiene *gualicho*.

Fíjese lo que entre en un toldo y verá como cuélgan unas mantas para no verse el yerno con la suegra.

— Vaya una costumbre, que no anda tan desencaminada, esclamé para mis adentros, y dirijiéndome á mi interlocutor, continúa, — le dije.

Miguelito murmuró:

— Son muy diantres estos indios, mi Coronel, — y prosiguió así:

— Al poco tiempo no mas de estar casado con la Rejina, ya comenzó mi *familia* * á andar como mi padre y mi madre.

Todos los dias nos peleábamos; parecíamos perros y gatos.

Y en todas las riñas que teníamos se metia mi suegro, algunas veces, mi suegra, siempre dándole la razon á la hija.

Cuando la sacaba mejor tenia que salirme de la casa, dejando que me gritasen pícaro, calavera, pobreton.

Me daba rábia y no volvia en muchos dias, me lo llevaba comadreando por ahí, y era peor.

Así es el mundo.

De llapa cuando volvia, como la Rejina estaba mal acostumbrada, porque los padres la aconsejaban, no queria ser mi mujer.

Me daba rábia y poco á poco le iba perdiendo el cariño.

Es verdad que como la Dolores me recibia siempre de noche, á escondidas de sus padres, que viéndome casado nada sospechaban de nuestros amores, ya no tenia mucha necesidad de ella.

* Nuestros paisanos le llaman así á la mujer, y vice-versa.

Al hombre nunca le falta mujer, mi Coronel, como vd. no ignora.

Ya vé aquí; tiene uno cuántas quiere.

Lo que suele faltar es plata.

En habiendo, compra uno todas las que puede mantener.

Mariano Rosas tiene cinco ahora, y ántes ha tenido siete.

Calfucurá tiene veinte. Qué indio bárbaro!

— Y tú, cuántas tienes?

— Yo no tengo ninguna, porque no hay necesidad.

— Cómo es eso?

— Si aquí la mujer soltera hace lo que quiere.

Ya verá lo que dice Mariano de las chinas y cautivas, de sus mismas hijas. Y porqué cree entónces que á los cristianos les gusta tanto esta tierra? Por algo habia de ser, pues.

Me quedé pensando en las seducciones de la barbárie; y como habia tiempo para enterarme de ellas y queria conocer el fin de la historia empezada, le dije:

— Y te arreglaste al fin con tus suegros y con tu mujer propia?

— Me arreglaba y me desarreglaba. Unos tiempos andábamos mesturados; otros, yo por un lado, ellos por otro.

Por último, Rejina se habia puesto muy celosa; por que, no sé cómo, supo mis cosas con la Dolores.

Hasta me amenazó una vez con que me habia de delatar.

Aquello era una madeja que no se podia desenredar; y á mas habian dado en la tandita de hablar mal de mi madre, de modo que yo los oyera. Decian que ella era mi tapadera y yo la del Juez.

Una noche casi me desgracié con mi suegro.

Si no es por Rejina, le meto el alfajor hasta el cabo, por mal hablado.

Era una picardía; porque mi madre, mi Coronel, era mujer de ley.

Trabajar como un macho todo el dia y rezar, era su vida.

Como sucede siempre en las familias, nos compusimos. Pero de los labios para afuera. Adentro habia otra cosa.

Yo prudenciaba, porque mi madre me decia siempre: tené paciencia, hijo.

— Y la Dolores? le pregunté.

— Siempre la veia, mi Coronel, me contestó.

— Y cómo hacias?

Ahorita le voy á contar y verá todas las desgracias que sucedieron.

Yo iba casi todas las noches oscuras á casa de la Dolores.

Saltaba la tápia, me escondia entre los árboles de la huerta y allí esperaba hasta que ella venia.

Mi caballo lo dejaba maneado del lado de afuera.

Cuando la Dolores venia, porque no siempre podia hacerlo, nos quedábamos un largo rato en amor y compañía, y luego me volvia á mi casa.

Un dia mi madre me dijo:

«Hijo, ya no lo puedo sufrir á tu padre; cada vez se pone «peor con la chupa; todo el dia está dale que dale con el «Juez. Me ha dicho que si viene esta noche lo ha de ma«tar á él y á mí. Y yo no me atrevo á despedirlo; porque «tengo miedo de que á vds. les venga algun perjuicio. Ya «ves lo que sucedió la vez pasada. Y ahora con las bullas «que andan, se han de agarrar de cualquier cosa para hacer«los veteranos.»

Con esta conversacion me fuí muy pensativo á ver á la Dolores.

Estuvimos, como siempre, desechando penas.

Nos despedimos, salté la tápia, desmanié mi flete, monté, le solté la rienda y tomó el camino de la querencia al trotecito.

Yo iba pensando en mi madre, diciendo — si le habrá sucedido algo, — mejor será que vaya para allá, — cuando el caballo se paró de golpe.

El animal estaba acostumbrado á que yo me apeára en el camino á prender un cigarrito, en un nicho en donde todas las noches ponian una vela por el alma de un difunto.

Me desmonté.

El nicho tenia una puertita.

Hacia mucho viento.

Fuí á abrirla ántes de haber armado el cigarro y se me ocurrió que si se apagaba la luz, no lo podria encender.

La dejé cerrada hasta armar bien.

Acabé de hacerlo, abrí la puerta y teniendo el caballo de la rienda con una mano y empinándome, porque el nicho estaba en una peña alta, encendia el cigarro con la derecha cuando, — zas, tras, me pegaron un bofeton.

Solté la rienda; el caballo con el ruido se espantó y disparó: yo creí que era el alma del difunto, que no queria que encendiera el cigarro en su vela, me helé de miedo y eché á correr asustado, sin saber lo que me pasaba, sin ocurrírseme de pronto que no era un bofeton lo que habia recibido, sino un portazo dado por el viento.

Corria despavorido y habia enderezado mal. En lugar de correr para mi casa, que quedaba en las orillas, corria para el pueblo. La noche estaba como boca de lobo. Se me figuraba que me corrian de atrás y de adelante. De todos lados oia ruido. Nunca me he asustado mas fiero, mi Coronel.

Al llegar á las calles del pueblo, la sangre se me iba calentando; y veia claro en la oscuridad y oia bien.

Muchas voces gritaban:

Por allí! por allí!

— Cáiganle! dénle!

Al doblar una cuadra me topé con unos cuantos, que no tuve tiempo de reconocer.

Alto ahí! me gritaron.

Hice alto.

— Quién es Vd.? me preguntaron.

— Miguel Corro, contesté.

Maten! maten! gritaron.

Hicieron fuego de carabina, me dieron sablazos y caí tendido en un charco de sangre. Por suerte no me pegaron ningun balazo. De no ahí quedo para toda la siega.

Y esto diciendo, Miguelito cayó en una especie de sopor, del que volvió luego.

— Y .... le dije.

— Al dia siguiente, prosiguió, me desperté en el cuerpo de la guardia de la partida. No podia ver bien, porque la sangre cuajada me tapaba los ojos. Quise levantarme, no pude.

Me limpié la cara, poco á poco fuí viendo luz. Me habian puesto en el cepo del pescuezo y de los piés. Ya sabe como son los de la partida de policía, mi Coronel, los mas pícaros, de todos los pícaros, y los mas malos.

Todo ese dia no ví á nadie, ni oí mas que ruido de jente que entraba y salia. Estarian tomando declaraciones.

A la noche, entró uno de la partida y me tiró una tumba de carne. No tuve alientos para comerla. Me estaba yendo en sangre.

Como tenia las manos libres, me rompí la camisa, hice unas tiras y medio me até las heridas, que eran en la cabeza y en la caja del cuerpo. Estaba cerca de un rincon y alcancé á sacar unas telas de araña. Quién sabe de nó cómo me vá!

Pasé una noche malísima; cuando no me despertaban los dolores, me despertaban los ratones ó los murciélagos! Qué haber de bichos, mi Coronel. Los ratones me comian las botas y los murciélagos me chupaban los cuajarones de sangre.

Al otro dia, reciencito, me sacaron del cepo, y me llevaron entre dos á donde estaba el Juez.

Me preguntaron, qué cómo me llamaba, qué cuantos años tenia, y otras cosas mas.

Me preguntaron, qué de dónde venia la noche que me prendieron, y por no comprometer á la Dolores eché una mentira. Dije que de casa de mi madre. Fué para perjuicio.

Se me olvidaba decirle, que el Juez, no era el que yo conocia, el que visitaba á mi madre, causante de tantos males en mi casa, sino otro sujeto del Morro.

Ese dia no me preguntaron mas. Al otro me tomaron otras declaraciones, y al otro, otras, y así me tuvieron una porcion de tiempo, incomunicado, dándome á medio dia una tumba de carne y un guámparo de aguá.

Yo estaba medio loco, nada sabia de mi madre, ni de mi

padre, ni de mi mujer, ni de la Dolores. Creia que no se acordaban de mí y me daban ganas de ahorcarme con la faja.

Por fin, una noche, escuché una conversacion del centinela con no sé quién., y supe, — que yo habia muerto al Juez. Así decian. Y decian tambien que si no me fusilaban, me destinarian. Yo no entendia nada de aquel barullo.

Un dia, el soldado de la partida que me daba de comer y beber, me hizo una seña, como diciéndome: tengo algo que decirle.

Le contesté con la cabeza, como diciendo: ya entiendo.

Mas tarde entró y me dijo: manda decir la hija de Don.. que si necesita dinero que le avise.

Temiendo que fuera alguna jugada que me quisieran hacer, contesté: déle las gracias, amigo.

Y cuando el policiano, se iba á ir, le dije: me hace un favor paisano; me dice por qué estoy preso?

— Eso lo sabrá Vd. mejor que yo.

— Sabe Vd. si está en su casa mi padre, Miguel Corro.

— Sí, está.

— Y mi madre?

— Tambien.

— Y dónde lo han muerto al Juez?

— Cerca de la casa de Vd. *pues.* Para qué quiere hacerse el que no sabe? No vé que ya está todo descubierto!

Me quedé confuso, — no le pregunté nada mas y el hombre se fué.

A los pocos dias me pusieron comunicado.

Mi madre fué la primera persona que ví. No le decia, mi Coronel, que era una santa mujer!

Por ella supe lo que habia. Llorando, me lo contó todo. Pobrecita! Mi padre habia muerto de celos al Juez. Pero nadie sino ella lo habia visto. Y á mí me creian el asesino; porque me habian hallado corriendo á pié, por las calles del pueblo, á deshoras.

Mi vieja estaba muy aflijida. Decia que decian, que me iban á fusilar y que eso no podia ser, que yo qué culpa tenia.

Yo le dije: mi madrecita, yo quiero salvar á mi padre.

Ella lloraba....

En ese momento entró uno de la partida y dijo: ya es hora de retirarse. Se va á entrar el sol.

Nos abrazamos, nos besamos, lloramos, — mi vieja se fué y yo me quedé triste como un dia sin sol.

Me prometió volver al dia siguiente, á ver que se nos ocurria.

Esto dijo Miguelito, y como quien tiene necesidad de respirar con espansion para proseguir, suspiró.... lágrimas de ternura arrasaron sus ojos.

Me enterneció.

XXIX.

El gaucho es un producto peculiar de la tierra arjentina. — Monomanía de la imitacion. — Continuacion de la historia de Miguelito. — Cuadro de costumbres. — Qué es filosofar?

Cada zona, cada clima, cada tierra, dá sus frutos especiales. Ni la ciencia, ni el arte, intelijentemente aplicados por el injenio humano alcanzan á producir los efectos químico-naturales de la jeneracion espontánea.

Las blancas y perfumadas flores del aire de las islas Paranaenses; las esbeltas y verdes palmeras de Morería; los encumbrados y robustos cedros del Líbano; los banianes de la India, cuyos gajos cayendo hasta el suelo, toman raices, formando vastísimas galerías de fresco y tupido follaje, crecen en los invernáculos de los jardines zoolójicos de Lóndres y Paris. Pero cómo? Mústios y sin olor aquellas, bajas y amarillentas estas; enanos raquíticos los unos; sin su esplenpor tropical los otros.

Lo mismo en esa bella planta endijena, que se desarolla del interior al esterior; que vive de la contemplacion y del éstasis, que canta y que llora, que ama y aborrece, que muere en el presente para poder vivir en la posteridad.

El aire libre, el ejercicio varonil del caballo, los campos abiertos como el mar, las montañas empinadas hasta las nubes, la lucha, el combate diario, la ignorancia, la pobreza, la privacion de la dulce liberdad, el respeto por la fuerza; la aspiracion inconciente de una suerte mejor, — la contemplacion del panorama físico y social de esta patria, — produce un tipo jeneroso, que nuestros políticos han perseguido

y estigmatizado, que nuestros bardos no han tenido el valor de cantar, sino para hacer su caricatura.

La monomanía de la imitacion quiere despojarnos de todo; de nuestra fisonomía nacional, de nuestras costumbres, de nuestra tradicion.

Nos van haciendo un pueblo de zarzuela. Tenemos que hacer todos los papeles, ménos el que podemos. Se nos arguye con las instituciones, con las leyes, con los adelantos ajenos. Y es indudable que avanzamos.

Pero no habríamos avanzado mas estudiando con otro criterio los problemas de nuestra organizacion é inspirándonos en las necesidades reales de la tierra?

Mas grandes somos por nuestros arranques jeniales, que por nuestras combinaciones frias y reflexivas.

A dónde vamos por ese camino?

A alguna parte, á no dudarlo.

No podemos quedarnos estacionarios, cuando hay una dinámica social, que hace que el mundo marche y que la humanidad progrese.

Pero esas corrientes que nos modelan como blanda cera, dejándonos contrahechos, nos llevan con mas seguridad y mas rápidamente que nuestros impulsos propios, turbulentos, confusos, — á la abundancia, á la riqueza, al reposo, á la libertad en la ley?

Yo no soy mas que un simple cronista; felizmente!

Me he apasionado de Miguelito, y su noble figura me arranca, á pesar mio, ciertas reflexiones. Allí donde el suelo produce sin preparacion, ni ayuda una alma tan noble, como la suya, es permitido creer que nuestro barro nacional empapado en sangre de hermanos puede servir para amasar sin liga estraña algo como un pueblo con fisonomía propria, con el santo orgullo de sus antepasados, de sus mártires, cuyas cenizas descansan por siempre en frias é ignoradas sepulturas.

Miguelito siguió hablando.

— Al dia siguiente vino mi madre, trayéndome una olla de mazamorra, una caldera, yerba y azúcar; hizo ella misma fuego en el suelo, calentó agua y me cebó mate.

La Dolores, le habia mandado una platita con la peona, diciéndole, que ya sabíamos que andábamos en apuros; que no tuviese vergüenza, que la ocupára, si tenia alguna necesidad.

Miéntras tanto mi mujer propia no parecia. Vea, mi Coronel, lo que es casarse uno de mala gana, por la plata, como lo hacen los ricos.

La peona de la Dolores le contó á mi madre, que la niña estaba enferma, y le dió á entender de qué, y que yo debia ser el malhechor.

Mi vieja me echó un sermon sobre esto. Me recordó los consejos, que yo nunca quise escuchar, porque así son siempre los hijos, y acabó diciendo redondo: «Y ahora cómo vas á remediar el mal que has hecho?»

Me dió mucha vergüenza, mi Coronel, lo que mi madre me dijo; porque me lo decia mucho mejor de lo que yo se lo voy contando y con unos ojos que relumbraban como los botones de mi tirador. Pobre mi vieja! Como ella no habia hecho nunca mal á nadie, y la habia visto criarse á la Dolores, le daba lástima que se hubiese desgraciado.

Si quiera no te hubieras casado! me decia á cada rato.

Yo suspiraba, nada mas se me ocurria. El hombre se pone tan bruto cuando vé que ha hecho mal!

Una caldera llenita me tomé de mate y toda la mazamorra, que estaba muy rica. Mi madre pisaba el maiz como pocas y la hacia lindo.

Me curó despues las heridas con unos remedios que traia; eran yuyos del cerro.

Despues, de un atadito sacó una camisa limpia y unos calzoncillos y me mudé.

Me armó cigarros, como para toda la noche, nos sentamos en frente uno de otro, nos quedamos mirándonos un largo rato, y cuando estaba para irse, se presentó el que le llevaba la pluma al Juez con unos papeles bajo el brazo y dos de la partida.

Le mandaron á mi madre que saliera y tuvo que irse.

El Juez me leyó todas mis declaraciones y una porcion de otras cosas, que no entendí bien. Por fin me preguntó,

que si confesaba, que yo era el que habia muerto al otro Juez?

Me quedé suspenso, podian descubrir á mi padre y yo queria salvarlo.

Para qué es un hijo, mi coronel, no le parece?

— Tienes razon, le contesté.

El prosiguió:

— No se muere mas que una vez y alguna vez ha de suceder eso.

El escribano me volvió á preguntar que qué decia? Le contesté, que yo era el que habia muerto al otro.

Por qué? me dijo.

Me volví á quedar sin saber qué contestar.

El escribano me dió tiempo.

Pensando un momento se me ocurrió decir, que porque en unas carreras, siendo él rayero, sentenció en contra mia y me hizo perder la carrera del gateado overo, que era un pingo muy superior que yo tenia. Y era cierto, mi Coronel, fué una trampa muy fiera que me hicieron, y desde ese dia ya anduvimos mal mi padre y yo; porque la parada habia sido fuerte y perdimos tuitito cuanto teniamos.

Despues me preguntó, que si alguien me habia acompañado á hacer la muerte, y le contesté que no; que yo solo lo habia hecho todo, que no tenian que culpar á naides.

Que qué habia hecho con la plata que tenia el Juez en los bolsillos?

Le dije que yo no le habia tocado nada.

Cuando ménos los mismos de la partida, lo habian saqueado como lo suelen hacer. Es costumbre vieja en ellos y despues le achacan la cosa al pobre que se ha desgraciado.

No me preguntó nada mas, y se fué, y me volvieron á poner incomunicado y de esa suerte me tuvieron una infinidad de dias.

Ni con mi madre me dejaban hablar. Pero ella iba todos los dias una porcion de veces á ver cuando se podria y á llevarme que comer.

Ya me aburria mucho de la prision y estaba con ganas

de que me despacháran pronto, para no penar tanto; porque las heridas se habian empeorado con la humedad del cuarto, y porque la sabandija no me dejaba dormir, ni de dia ni de noche.

Aquello no era vida.

Volvió otro dia el escribano y me leyó la sentencia.

Me condenaba á muerte, vea lo que es la justicia, mi Coronel. Y dicen que los dotores saben todo! Y si saben todo, cómo no habian descubrido que yo no era el asesino del Juez, aunque lo hubiera confesado? Y mucho que despues de la patriada de Caseros, no hablan sino de la Constitucion!

Será cosa muy buena. Pero los pobres, somos siempre pobres, y el hilo se corta por lo mas delgado.

Si el Juez me hubiera muerto á mí en de veras, á que no lo habian mandado matar?

He visto mas cosas así, mi Coronel, y eso que todavía soy muchacho.

El escribano me dejó solo.

Pasé una noche, como nunca.

Yo no soy miedoso; pero se me ponian unas cosas tan tristes! tan tristes! en la cabeza que á veces me daba miedo la muerte. Pensaba, pensaba en que si yo no moria moriria mi padre y eso me daba aliento. El viejo habia sido tan bueno y tan cariñoso conmigo! Juntos habíamos andado trabajando, compadreando, comadreando en jugadas y en riñas. Cómo no lo habia de querer, hasta perder la vida por él, — la vida, que, al fin, cualquier dia la rifa uno por una calaverada, ó en una trifulca, en la que los pobres salen siempre mal.

Qué ganas de tener una guitarra tenia, mi Coronel.

En cuanto me volvieron á poner comunicado fué lo primerito que le pedí á mi madre que llevára. Me la llevó y cantando me lo pasaba.

Los de la partida venian á oirme todos los dias, y ya se iban haciendo amigos mios. Si hubiera querido fugarme, me fugo. Pero por no comprometerlos no lo hice. El hombre ha de tener palabra, y ellos me decian siempre: no nos vaya á comprometer, amigo.

Siempre que mi vieja iba á visitarme me lo repetian; y el centinela se retiraba y me dejaba platicar á gusto con ella.

Mi madre no sabia nada todavía de que me hubieran sentenciado y yo no se lo queria decir, porque la veia muy contenta; creyendo que me iban á largar, desde que nada se descubria, y no la queria aflijir.

Pero como nunca falta quien dé una mala noticia, al fin lo supo.

Se vino zumbando á preguntármelo.

En qué apuros me ví, mi Coronel, con aquella mujer tan buena, que me queria tanto!

Cuando le confié la verdad, lloró como una Magdalena.

Sus ojos parecian un arroyo, estuvieron lagrimando horitas enteras.

De pregunta en pregunta me sacó que yo habia confesado ser el asesino del Juez, por salvar al viejo.

Y hubiera visto, mi Coronel, una mujer que no se enojaba nunca, enojarse, no conmigo; porque á cada momento me abrazaba y me besaba diciéndome mi hijito, sino con mi padre.

El, él no mas tiene la culpa de todo, decia, y yo no he de consentir que te maten por él; todito lo voy á descubrir.

Y de pronto se secó los ojos, dejó de llorar, se levantó y se quiso ir.

— A dónde vá, mamita, le dije?

— A salvar á mi hijo, me contestó.

Iba á salir, la agarré de las polleras y á la fuerza se quedó.

Le rogué muchísimo que no hiciera nada, que tuviera confianza en la Vírjen del Rosario, de la que era tan devota, que todavía podia hacer algo y salvarme.

Vd. sabe, mi Coronel, lo que es la suerte del hombre. Cuando mas alegre anda, lo friegan, y cuando mas aflijido está, Dios lo salva.

Yo he tenido siempre mucha confianza en Dios.

— Y has hecho bien, le dije, Dios no abandona nunca á los que creen en él.

— Así es, mi Coronel, por eso esa vez, y despues otras me he salvado.

— Y qué hizo tu madre?

— Cedió á mis ruegos, y se fué diciendo: esta noche le voy á poner velas á la Vírjen y ella nos ha de amparar.

Y como la Virjencita del nicho, de que ántes le he hablado, mi Coronel, era muy milagrosa, sucedió lo que mi vieja esperaba, me salvó.

Miguelito hizo una pausa.

Yo me quedé filosofando.

Filosofando!

Sí; filosofar es creer en Dios ó reconocer que el mayor de los consuelos que tienen los míseros mortales, es confiar su destino á la proteccion misteriosa, omnipotente de la relijion.

Por eso al grito de los escépticos, yo contesto, como Fenelon:

Dilatamini!

Si hay un *ananké*,* — hay tambien quien mira, quien vé, quien proteje, resguarda, ama y salva á sus criaturas, sin interés.

Cuando me arranqueis todo, si no me arrancais esa conviccion suave, dulce, que me consuela y me fortalece, qué me habreis arrancado?

* ἀναγκη, en griego: fatalidad.

XXX.

Mi vademecum y sus méritos. — En qué se parece Orion á Roqueplan. — Donde se aprende el mundo. — Concluye la historia de Miguelito.

Quiero empezar esta carta ostentando un poco mi erudicion á la violeta.

Yo tambien tengo mi vademecum de citas, — es un tesoro como cualquier otro.

Pero mi tesoro tiene un mérito. No es herencia de nadie. Yo mismo me lo he formado.

En lugar de emplear la mayor parte del tiempo en pasar el tiempo, me he impuesto ciertas labores útiles.

De ese modo, he ido acumulando, sin saberlo, un bonito capital, como para poder esclamar cualquier dia: *anche io son pittore.*

Mi vademecum tiene á mas del mérito apuntado, una ventaja. Es muy manuable y portátil. Lo llevo siempre en el bolsillo.

Cuando lo necesito, lo abro, lo hojeo y lo consulto en un verbo.

No hay cuidado que me sorprendan con él en la mano, como á esos literatos cuyo bufete es una especie de santa sanctorum.

Cuidado con penetrar en el estudio vedado sin anunciarlos, cuando están pontificando!

Imprudentes!

Os impondriais de los misteriosos secretos!

Le arrancaríais á la esfinje el tremendo arcano!

Perderíais vuestras ilusiones!

Veríais á vuestros sábios en camisa, haciéndose un traje pintado con las plumas de la ave silvana, de negruzcas alas, de rojo pico y piés, de grandes y negras uñas.

Yo no sé mas que lo que está apuntado en mi vademecum por índice y órden cronolójico.

No es gran cosa. Pero es algo.

Hay en él todo.

Citas *ad hoc*, en varios idiomas que poseo bien y mal, anécdotas, cuentos, impresiones de viaje, juicios críticos sobre libros, hombres, mujeres, guerras terrestres y marítimas, bocetos, esbozos, perfiles, siluetas. Por fin, mis memorias hasta la fecha del año del Señor que corremos, escritos en diez minutos.

Si yo diera á luz mi vademecum no seria un librito tan útil como el almanaque. Seria, sin embargo, algo entretenido.

Yo no creo que el público se fastidiaria leyendo por ejemplo:

Qué puntos de contacto hay entre Epaminondas, el Municipal de Tebas, como lo llamaba el demagogo Camilo Des Moulins y D. Bartolo?

Qué frac llevaba nuestro actual Presidente cuando se recibió del poder; en qué se parece su cráneo insolvente de pelo á la cabeza de Sócrates?

En qué se parece *Orion* á Roqueplan, este *Orion* de quien sacando una frase de mi vademecum, — ajena por supuesto, — puede decirse: que es la personalidad porteña mas porteña, el hombre y el escritor que tiene á Buenos Aires en la sangre, ó mejor dicho, una encarnacion andante y pensante de esta antigua y noble ciudad; que en este océano de barro, no hay un solo escollo que él no haya señalado; que en los entretelones ha aprendido la política, que como periodista y hombre á la moda, ha enriquecido la literatura de la tierra, á los sastres y sombrereros; que las *cosas* suyas, despues de olvidadas aquí, van á ser cosas nuevas en provincia; que no habria sido el primer hombre en Roma la brutal, pero que lo habria sido en Atenas la letrada; que conoce á todo el mundo y á quien todo el mundo conoce;

que se hace aplaudir en Ginebra, que se hace aplaudir en Córdoba la levítica, hablando con la libertad herética de un francmason; que se hace aplaudir en el Rosario, la ciudad californiana, á propósito de la fraternidad universal; que se hace aplaudir en Gualeguaychú, disertando en tiempos de Urquiza, sobre la justicia y los derechos inalienables del ciudadano; que puede ser profeta en todas partes, *ed altri siti*, ménos . . . . . iba á decir en su tierra; que no ha podido ser municipal en ella; que hoy cumple treinta y ocho años, y á quien yo saludo con el afecto íntimo y sincero del hermano en las aspiraciones y en el dolor, aunque digan que esto es traer las cosas por los cabellos.

Sí, *Orion*, amigo, yo te deseo, y tú me entiendes, — «la fuerza de la serpiente y la prudencia del leon,» — como diria el *Bourgeois gentil-homme,* cambiando los frenos, al entrar en tu octavo lustro, frisando en la vejez, en ese período de la vida, en que ya no podemos tener juicio, porque no es tiempo de ser locos. Me entiendes?

Y con esto, lector, entro en materia.

Lo que sigue es griego, griego helénico, no griego porque no se entienda.

Ek te biblion kubernetes.

Yo tambien he estudiado griego.

Monsieur Rouzy puede dar fé, y tú, Santiago, amigo, fuiste quien me lo metió en la cabeza.

Es una de las cosas menos malas que le debo á tu inspiracion mefistofélica.

Tú fuiste quien me apasionó por el hombre del capirotazo.

Acaso yo le conocia bien en 1860?

En prueba de que sé griego, como un colejial, ahí vá la traduccion del dicho anónimo:

«No se aprende el mundo en los libros.»

Aquí era donde queria llegar.

Los circunloquios me han demorado en el camino.

Siento tener que desagrader á mi ático amigo Cárlos Guido, cuyo buen gusto literario los abomina. Sírvame de escusa el carácter confidencial del relato.

Sí, el mundo no se aprende en los libros; se aprende observando, estudiando los hombres y las costumbres sociales.

Yo he aprendido mas de mi tierra vendo á los Indios Ranqueles, que en diez años de despestañarme, leyendo opúsculos, folletos, gacetillas, revistas y libros especiales.

Oyendo á los paisanos referir sus aventuras, — he sabido como se administra la justicia, como se gobierna, qué piensan nuestros criollos, de nuestros mandatarios y de nuestras leyes.

Por eso me detengo mas de lo necesario quizá en relatar ciertas anécdotas, que parecerán cuentos forjados para alargar estas pájinas y entretener al lector.

Ojalá fuera cuento la historia de Miguelito!

Desgraciadamente ha pasado tal cual la narro, y si fija la atencion un momento, es porque es verdad. Tiene esta un gran imperio hasta sobre la imajinacion.

Miguelito siguió hablando así:

— Las voces que andaban era que pronto me afusilarian, porque iba á haber revolucion y me podia escapar.

Figúrese como estaria mi madre, mi Coronel! Todo se le iba en velas para la Vírjen.

Dia á dia me visitaba, pidiéndome que no me aflijiera, diciéndome que la Vírjen no nos habia de abandonar en la desgracia, que ella tenia esperiencia y que mas de una vez habia visto milagros.

Yo no estaba aflijido sino por ella.

Queria disimular. Pero qué! era muy ducha y me lo conocia.

Usted sabe, mi Coronel, que los hijos por muy ladinos que sean no engañan á los padres, sobre todo á la madre.

Vea si yo pude engañar á mi vieja cuando entré en amores con la Dolores.

Qué habia de poder!

En cuanto empezó la cosa me lo conoció, y me mandó que me fuera con la música á otra parte.

Bien me arrepiento de no haber seguido su consejo.

La Dolores no habria padecido tanto como padeció por mí.

Pero los hijos no seguimos nunca la opinion de nuestros padres.

Siempre creemos que sabemos mas que ellos.

Al fin nos arrepentimos.

Pero entónces ya es tarde.

— Nunca es tarde cuando la dicha es buena, le interrumpí.

Suspiró, y me contestó.

— Qué! mi Coronel, hay males que no tienen remedio.

— Y has vuelto á saber de la Dolores? le pregunté.

— Sí, mi Coronel, me contestó, se lo voy á confesar, porque vd. es hombre bueno, por lo que he visto y las mentas que les he oido á los muchachos que vienen con vd.

— Puedes tener confianza en mí, repuse.

— Y él prosiguió:

Siempre que puedo hacer una escapada si tengo buenos caballos, me corto solo, tomo el camino de la laguna del Bagual, llego hasta el Cuadril, espero en los montes la noche; paso el Rio 5º, entro en la Villa de Mercedes, donde tengo parientes, me quedo allí unos dias, me voy despues en dos galopes al Morro, me escondo en el Cerro, en lo de un amigo, y de noche visito á mi vieja y veo á la Dolores que viene á casa con la chiquita.

— Entónces tuvo una hija, le dije.

— Sí, mi Coronel, me contestó. No le conté ántes que nos habíamos desgraciado?

— Y á tu mujer no la sueles ver?

Mi mujer! esclamó, lo que hizo fué enredarse con un estanciero.

Y dice la muy perra, que está esperando la noticia de mi muerte para casarse. Y que se casaban con ella! Como si fuera tan linda!

— Y otros paisanos de los que están aquí, salen come tú y van á sus casas?

— El que quiere lo hace, Vd. sabe, mi Coronel, que los campos no tienen puertas; las descubiertas de los fortines, ya sabe uno á que horas hacen el servicio, y luego, al frente casi nunca salen.

Es lo mas fácil cruzar el Rio 5° y la línea, y en estando á retaguardia ya está uno seguro, porque á quién le faltan amigos?

— Entónces, constantemente estarán yendo y viniendo de aquí para allá.

— Porsupuesto. Si aquí se sabe todo.

Los Videla, que son parientes de D. Juan Sáa, cuando les dá la gana, toman una tropilla; llegan á la Jarilla, la dejan en el monte, y con caballo de tiro se van al Morro, compran allí lo que quieren, ellos mismos á veces, en las tiendas de los amigos y despues se vuelven con cartas para todos.

Algunas veces suelen llegar á Renca, que ya vé donde queda, mi Coronel.

A medida que Miguelito hablaba, yo reflexionaba sobre lo que es nuestro pais; veia la complicidad de los moradores fronterizos en las depredaciones de los indíjenas y el problema de nuestros ódios, de nuestras guerras civiles y de nuestras persecuciones, complicado con el problema de la seguridad de las fronteras.

Le escuchaba con sumo interés y curiosidad.

Miguelito prosiguió:

— El otro dia, cuando vd. llegó, mi Coronel, los Videla habian andado por San Luis; vinieron con la voz de que vd. y el jeneral Arredondo estaban en la villa de Mercedes, y diciendo, que por allí se decia que ahora sí que las paces se harian.

Deseando conocer el desenlace de la historia de los amores de Miguelito, le dije:

— Y la Dolores vive con sus padres?

— Sí, mi Coronel, me contestó, son jente buena y rica, y cuando han visto á su hija en desgracia no la han abandonado; la quieren mucho á mi hijita. Si algun dia me puedo casar, ellos no se han de oponer, así me lo ha dicho la Dolores.

Pero cuándo se muere la otra! Luego yo no puedo salir de aquí; porque la justicia me agarraria y mucho mas despues del modo como me escapé.

— Y cómo te escapaste?

— Seguia preso. Mi madre vino un dia y me dijo:

Dice tu padre que estés alerta, que él no tiene opinion, que lo han convidado para una patriada, que se anda haciendo rogar á ver si son espías; que en cuanto esté seguro de que juegan limpio se va á meter en la cosa, con la condicion de que lo primero que han de hacer es asaltar la guardia y salvarte; que de nó, no se mete.

En eso anda. No hay nada concluido todavía. Esta noche han quedado en ir los hombres y mañana te diré lo que convengan.

Yo lo animo á tu padre, haciéndole ver que es el único remedio que nos queda, y le pongo velas á la Vírjen para que nos ayude. Todas las noches sueño contigo y te veo libre y no hay duda que es un aviso de la Vírjen.

Al dia siguiente volvió mi madre. Todo estaba listo. Lo que faltaba era quien diese el grito. Decian que D. Felipe Sáa debia llegar de oculto á las dos noches, y que él lo daria; que si no venia, como habia un dia fijo, lo daria el que fuese mas capaz de gobernar la jente que estaba apalabrada. D. Juan Sáa debia venir de Chile al mismo tiempo.

Bueno, mi Coronel, sucedió como lo habian arreglado.

Una noche al toque de retreta, unos cuantos que estaban esperando en la orilla del pueblo, atropellaron la casa del Juez, otros la Comandancia, y mi padre con algunos amigos suyos cargó la Policía.

Para esto, un rato ántes ya los habian emborrachado bien á los de la partida. Algunos quisieron hacer pata ancha. Pero qué! los de afuera eran mas. Entraron, rompieron la puerta del cuarto en que yo estaba y me sacaron.

Cuando estuve libre, mi padre me dijo: «Dame un abrazo hijo, yo no te he querido ver, porque me daba vergüenza verte preso por mi mala cabeza, y porque no fueran á sospechar alguna cosa.»

Casi me hizo llorar de gusto el viejo: le habian salido pelos blancos y no era hombre grande, todavía era jóven.

Esa noche el Morro fué un barullo, no se oyeron mas que tiros, gritos y repiques de campana.

Murieron algunos.

Yo lo anduve acompañando á mi padre y evité algunas desgracias porque no soy matador. Querian saquear la casa de la Dolores, con achaque de que era *salvaje,* yo no lo permití; primero me hago matar.

Por la mañana vino una jente del Gobierno y tuvimos que hacernos humo. Unos tomaron para la Sierra de San Luis, otros para la de Córdoba. Mi padre, como habia sido tropero, enderezó para el Rosario. Yo por tomar un camino tomé otro. Galopé todo el santo dia, — y cuando acordé me encontré con una partida. Disparé, me corrieron, yo llevaba un pingo como una luz, qué me habian de alcanzar! Fuí á sujetar cerca de Rio 5°, por esos lados de Santo Tomé. Entónces no habia puesto vd. fuerzas allí, mi Coronel, me topé con unos indios, me junté con ellos, me vine para acá, y acá me he quedado, hasta que Dios, ó vd. me saque, mi Coronel.

— Y tu padre, que suerte ha tenido, lo sabes? le pregunté.

— Murió del cólera, me contestó, con amargura, esclamando: pobre viejo! era tan chupador!

Y con esto termina la historia real de Miguelito; que *mutatis mutandis* es la de muchos cristianos que han ido á buscar un asilo entre los indios.

Ese es nuestro pais.

Como todo pueblo que se organiza, él presenta cuadros los mas opuestos.

Grandes y populosas ciudades como Buenos Aires, con todos los placeres y los halagos de la civilizacion; teatros, clubs, jardines, paseos, palacios, templos, escuelas, museos, vias férreas, una ajitacion vertijinosa, — en medio de unas calles estrechas, fangosas, súcias, fétidas, que no permiten ver el horizonte, ni el cielo limpio y puro, sembrado de estrellas relucientes, — en las que yo me ahogo, echando de ménos mi caballo.

Fuera de aquí, campos desiertos, grandes heredades, donde vejeta el proletario, en la ignorancia y la estupidez.

La iglesia, la escuela, dónde están?

Aquí, el ruido del trabajo y la opulencia que asoma.

Allá, el silencio de la pobreza y de la miseria que adormece.

Aquí, todo afirmación como un grito de [illegible] orgulloso, — por el egoísmo.

Allí, todo duda, su conciencia como un pregonero de la tierra de promisión, — por el egoísmo también.

Tesis y antítesis de la vida de una república.

Eso dicen que es gobierno y administración.

Y para hacerse mejor, todos los días [illegible] por gente pidiendo inmigración.

Me hace el efecto de una nación [illegible] en recursos, [illegible] una [illegible] de la palabra del verbo, — crecer y multiplicarse.

— — —

XXXI.

Ojeada retrospectiva. — El valor á media noche, es el valor por escelencia. — Miedo á los perros. — Cuento al caso. — Qué es loncotear. — Sigue la orjía. — Epumer se cree insultado por mí. — Una serenata.

Estábamos en el toldo de Mariano Rosas cuando conocí por primera vez á Miguelito.

La orjía habia comenzado:

> «Este chilla, algunos lloran,
> Y otros á beber empiezan,
> De la chusma toda al cabo
> La embriaguez se enseñorea.»

Los franciscanos comprendiendo que aquello no rezaba con ellos, se pusieron en retirada, refujiándose en el rancho de Ayala; los oficiales se habian colocado á distancia de poder acudir en ausilio mio si era necesario; los asistentes rondaban la enramada con disimulo; Camilo Arias, con su aire taciturno, se me aparecia de vez en cuando como una sombra, diciéndome de léjos con su mirada ardiente, espresiva, penetrante: por aquí ando yo.

Por bien templado que tengamos el corazon, es indudable que el silencio, la soledad, el aislamiento y el abandono hacen crecer el peligro en la medrosa imajinacion.

Es por eso que el valor á media noche, es el valor por escelencia.

Las tinieblas tienen un no sé qué de solemne, que suele helar la sangre en las venas hasta conjelarla.

Yo no creo que exista en el mundo un solo hombre que no haya tenido miedo alguna vez de noche.

De dia, en medio del bullicio, ante testigos, sobre todo ante mujeres, todo el mundo es valiente, ó se domina lo bastante para ocultar su miedo.

Yo he dicho por eso alguna vez: el valor es cuestion de público.

El hombre que en presencia de una dama hace acto de irresolucion puede sacar patente de cobarde.

Yo tengo un miedo cerval á los perros, son mi pesadilla; por donde hay, no digo perros, un perro, yo no paso por el oro del mundo si voy solo, no lo puedo remediar, es un heroismo superior á mí mismo.

En Rojas, cuando era capitan, tenia la costumbre de cazar.

De tarde tomaba mi escopeta y me iba por los alrededores del pueblito.

En direccion al bañado, donde los patos abundaban mas, habia un rancho.

Inevitablemente debia pasar por allí, si queria ahorrarme un rodeo por lo ménos de tres cuartos de legua.

Pues bien. Venirme la idea de salir y asaltarme el recuerdo de un mastin que habitaba el susodicho rancho, era todo uno.

Desde ese instante formaba la resolucion valiente de medírmelas con él.

Salia de mi casa y llegaba al sitio crítico, haciendo calculos estratéjicos, meditando la maniobra mas conveniente, la actitud mas imponente esactamente, como si se tratára de una batalla en la que debiera batirme cuerpo á cuerpo.

En cuanto el can diabólico me divisaba, me conocia; estiraba la cola, se apoyaba en las cuatro patas dobladas, quedando en posicion de asalto, contraia las quijadas y mostraba dos filas de blancos y agudos dientes.

Eso solo bastaba para que yo embolsase mi violin. Avergonzado de mí mismo, pero diciendo interiormente: — «el miedo es natural en el prudente», — cambiaba de rumbo, rehuyendo el peligro.

Un dia me amonesté ántes de salir, me proclamé, me palpé á ver si temblaba.

Estaba entero, me sentí hombre de empresa, y me dije: *pasaré.*

Salgo, marcho, avanzo y llego al Rubicon.

Miserable! temblé, vacilé, luché, quise hacer de tripas corazon, pero fué en vano.

Yo no era hombre, ni soy ahora, capaz de batirme con perros.

Juro que los detesto, si no son mansos, inofensivos como ovejas, aunque sean falderos, cuscos ó pelados.

Mi adversario, no solo me reconoció, sino que en la cara me conoció que tenia miedo de él.

Maquinalmente bajé la escopeta que llevaba al hombro.

Sea la sospecha de un tiro, sea lo que fuese, el perro hizo una evolucion, tomó distancia y se plantó, como diciendo: descarga tu arma y despues veremos.

Habria hecho el perro lo mismo con cualquier otro caminante?

Probablemente nó.

Era manso, yo lo averigué despues.

Pero es que yo no le habia caido en gracia, y que, conociendo mi debilidad, se divertia conmigo, como yo podia haberlo hecho con un muchacho.

No hay que asombrarse de esto. La memoria en los animales, á falta de otras facultades está sumamente desarrollada.

Cualquier caballo, mula, jumento ó perro, nos aventaja en conocer el intrincado camino por donde tenemos costumbre de andar.

Los pájaros se trasladan todos los años de un pais á otro, emigrando á mas ó menos distancias, segun sus necesidades fisiolójicas.

Ahí están las golondrinas que, despues de larga ausencia vuelven á la guarida de la misma torre, del mismo techo, del mismo tejado, que habitaron el año anterior.

Queda de consiguiente fuera de duda que lo que el perro hacia conmigo, lo hacia á sabiendas. Pícaro perro!

Hubo un momento en que casi lo dominé. Ilusion de un alma pusilánime!

Al primer amago de carga eché á correr con escopeta y todo; los ladridos, no se hicieron esperar, esto aumentó el pánico, de tal modo, que el animal ya no pensaba en mí y yo seguia desolado por esos campos de Dios.

Y sin embargo, si yo hubiera ido en compañía de alguna dama, el muy astuto no me corre.

Y ella habria huido.

Las mujeres tienen el don especial de hacernos hacer todo jénero de disparates, inclusive el de hacernos matar.

Yo me bato con cualquier perro, aunque sea de presa, por una mujer, aunque sea vieja y fea, si soy su *cabaleiro servente.*

Otro se suicida por una mujer, con pistola, navaja de barba, veneno ó arrojándose de una torre. No hay que discutirlo.

Hay héroes porque hay mujeres.

Y es mejor no pensarlo, — qué seria el hermoso planeta que habitamos, sin ellas?

La presencia é inmediacion de los mios, el orgullo de no dejarme avasallar, ni sobrepujar por aquellos bárbaros en nada y por nada, me hacian insistir contra las reiteradas instancias de Mariano Rosas, en no retirarme.

Mi principal temor era embriagarme demasiado. A una *loncoteada*, no le temia tanto.

Loncotear, llaman los indios á un juego de manos, bestial.

Es un pujilato que consiste en agarrarse dos de los cabellos y en hacer fuerza para atrás, á ver cual resiste mas á los tirones.

Desde chiquitos se ejercitan en él.

Cuando á un indiecito le quieren hacer un cariño varonil, le tiran de las mechas y si no le saltan las lágrimas, le hacen este elojio: *ese toro.*

El toro es para los indios el prototipo de la fuerza y del valor. El que es toro, entre ellos, es un nene de cuenta.

Los «*yapaí*, hermano», no cesaban!

Epumer la habia emprendido conmigo, y un indiecito Caiomuta, que jamás quiso darme la mano, so pretesto de

Sí, el mundo no se aprende en los libros; se aprende observando, estudiando los hombres y las costumbres sociales.

Yo he aprendido mas de mi tierra vendo á los Indios Ranqueles, que en diez años de despestañarme, leyendo opúsculos, folletos, gacetillas, revistas y libros especiales.

Oyendo á los paisanos referir sus aventuras, — he sabido como se administra la justicia, como se gobierna, qué piensan nuestros criollos, de nuestros mandatarios y de nuestras leyes.

Por eso me detengo mas de lo necesario quizá en relatar ciertas anécdotas, que parecerán cuentos forjados para alargar estas pájinas y entretener al lector.

Ojalá fuera cuento la historia de Miguelito!

Desgraciadamente ha pasado tal cual la narro, y si fija la atencion un momento, es porque es verdad. Tiene esta un gran imperio hasta sobre la imajinacion.

Miguelito siguió hablando así:

— Las voces que andaban era que pronto me afusilarian, porque iba á haber revolucion y me podia escapar.

Figúrese como estaria mi madre, mi Coronel! Todo se le iba en velas para la Vírjen.

Dia á dia me visitaba, pidiéndome que no me aflijiera, diciéndome que la Vírjen no nos habia de abandonar en la desgracia, que ella tenia esperiencia y que mas de una vez habia visto milagros.

Yo no estaba aflijido sino por ella.

Queria disimular. Pero qué! era muy ducha y me lo conocia.

Usted sabe, mi Coronel, que los hijos por muy ladinos que sean no engañan á los padres, sobre todo á la madre.

Vea si yo pude engañar á mi vieja cuando entré en amores con la Dolores.

Qué habia de poder!

En cuanto empezó la cosa me lo conoció, y me mandó que me fuera con la música á otra parte.

Bien me arrepiento de no haber seguido su consejo.

La Dolores no habria padecido tanto como padeció por mí.

Pero los hijos no seguimos nunca la opinion de nuestros padres.

Siempre creemos que sabemos mas que ellos.

Al fin nos arrepentimos.

Pero entónces ya es tarde.

— Nunca es tarde cuando la dicha es buena, le interrumpí.

Suspiró, y me contestó.

— Qué! mi Coronel, hay males que no tienen remedio.

— Y has vuelto á saber de la Dolores? le pregunté.

— Sí, mi Coronel, me contestó, se lo voy á confesar, porque vd. es hombre bueno, por lo que he visto y las mentas que les he oido á los muchachos que vienen con vd.

— Puedes tener confianza en mí, repuse.

— Y él prosiguió:

Siempre que puedo hacer una escapada si tengo buenos caballos, me corto solo, tomo el camino de la laguna del Bagual, llego hasta el Cuadril, espero en los montes la noche; paso el Rio 5º, entro en la Villa de Mercedes, donde tengo parientes, me quedo allí unos dias, me voy despues en dos galopes al Morro, me escondo en el Cerro, en lo de un amigo, y de noche visito á mi vieja y veo á la Dolores que viene á casa con la chiquita.

— Entónces tuvo una hija, le dije.

— Sí, mi Coronel, me contestó. No le conté ántes que nos habíamos desgraciado?

— Y á tu mujer no la sueles ver?

Mi mujer! esclamó, lo que hizo fué enredarse con un estanciero.

Y dice la muy perra, que está esperando la noticia de mi muerte para casarse. Y que se casaban con ella! Como si fuera tan linda!

— Y otros paisanos de los que están aquí, salen come tú y van á sus casas?

— El que quiere lo hace, Vd. sabe, mi Coronel, que los campos no tienen puertas; las descubiertas de los fortines, ya sabe uno á que horas hacen el servicio, y luego, al frente casi nunca salen.

Es lo mas fácil cruzar el Rio 5º y la línea, y en estando á retaguardia ya está uno seguro, porque á quién le faltan amigos?

— Entónces, constantemente estarán yendo y viniendo de aquí para allá.

— Porsupuesto. Si aquí se sabe todo.

Los Videla, que son parientes de D. Juan Sáa, cuando les dá la gana, toman una tropilla; llegan á la Jarilla, la dejan en el monte, y con caballo de tiro se van al Morro, compran allí lo que quieren, ellos mismos á veces, en las tiendas de los amigos y despues se vuelven con cartas para todos.

Algunas veces suelen llegar á Renca, que ya vé donde queda, mi Coronel.

A medida que Miguelito hablaba, yo reflexionaba sobre lo que es nuestro pais; veia la complicidad de los moradores fronterizos en las depredaciones de los indíjenas y el problema de nuestros ódios, de nuestras guerras civiles y de nuestras persecuciones, complicado con el problema de la seguridad de las fronteras.

Le escuchaba con sumo interés y curiosidad.

Miguelito prosiguió:

— El otro dia, cuando vd. llegó, mi Coronel, los Videla habian andado por San Luis; vinieron con la voz de que vd. y el jeneral Arredondo estaban en la villa de Mercedes, y diciendo, que por allí se decia que ahora sí que las paces se harian.

Deseando conocer el desenlace de la historia de los amores de Miguelito, le dije:

— Y la Dolores vive con sus padres?

— Sí, mi Coronel, me contestó, son jente buena y rica, y cuando han visto á su hija en desgracia no la han abandonado; la quieren mucho á mi hijita. Si algun dia me puedo casar, ellos no se han de oponer, así me lo ha dicho la Dolores.

Pero cuándo se muere la otra! Luego yo no puedo salir de aquí; porque la justicia me agarraria y mucho mas despues del modo como me escapé.

— Y cómo te escapaste?

— Seguia preso. Mi madre vino un dia y me dijo:

Dice tu padre que estés alerta, que él no tiene opinion, que lo han convidado para una patriada, que se anda haciendo rogar á ver si son espías; que en cuanto esté seguro de que juegan limpio se va á meter en la cosa, con la condicion de que lo primero que han de hacer es asaltar la guardia y salvarte; que de nó, no se mete.

En eso anda. No hay nada concluido todavía. Esta noche han quedado en ir los hombres y mañana te diré lo que convengan.

Yo lo animo á tu padre, haciéndole ver que es el único remedio que nos queda, y le pongo velas á la Vírjen para que nos ayude. Todas las noches sueño contigo y te veo libre y no hay duda que es un aviso de la Vírjen.

Al dia siguiente volvió mi madre. Todo estaba listo. Lo que faltaba era quien diese el grito. Decian que D. Felipe Sáa debia llegar de oculto á las dos noches, y que él lo daria; que si no venia, como habia un dia fijo, lo daria el que fuese mas capaz de gobernar la jente que estaba apalabrada. D. Juan Sáa debia venir de Chile al mismo tiempo.

Bueno, mi Coronel, sucedió como lo habian arreglado.

Una noche al toque de retreta, unos cuantos que estaban esperando en la orilla del pueblo, atropellaron la casa del Juez, otros la Comandancia, y mi padre con algunos amigos suyos cargó la Policía.

Para esto, un rato ántes ya los habian emborrachado bien á los de la partida. Algunos quisieron hacer pata ancha. Pero qué! los de afuera eran mas. Entraron, rompieron la puerta del cuarto en que yo estaba y me sacaron.

Cuando estuve libre, mi padre me dijo: «Dame un abrazo hijo, yo no te he querido ver, porque me daba vergüenza verte preso por mi mala cabeza, y porque no fueran á sospechar alguna cosa.»

Casi me hizo llorar de gusto el viejo: le habian salido pelos blancos y no era hombre grande, todavía era jóven.

Esa noche el Morro fué un barullo, no se oyeron mas que tiros, gritos y repiques de campana.

Murieron algunos.

Yo lo anduve acompañando á mi padre y evité algunas desgracias porque no soy matador. Querian saquear la casa de la Dolores, con achaque de que era *salvaje,* yo no lo permití; primero me hago matar.

Por la mañana vino una jente del Gobierno y tuvimos que hacernos humo. Unos tomaron para la Sierra de San Luis, otros para la de Córdoba. Mi padre, como habia sido tropero, enderezó para el Rosario. Yo por tomar un camino tomé otro. Galopé todo el santo dia, — y cuando acordé me encontré con una partida. Disparé, me corrieron, yo llevaba un pingo como una luz, qué me habian de alcanzar! Fuí á sujetar cerca de Rio 5°, por esos lados de Santo Tomé. Entónces no habia puesto vd. fuerzas allí, mi Coronel, me topé con unos indios, me junté con ellos, me vine para acá, y acá me he quedado, hasta que Dios, ó vd. me saque, mi Coronel.

— Y tu padre, que suerte ha tenido, lo sabes? le pregunté.

— Murió del cólera, me contestó, con amargura, esclamando: pobre viejo! era tan chupador!

Y con esto termina la historia real de Miguelito; que *mutatis mutandis* es la de muchos cristianos que han ido á buscar un asilo entre los indios.

Ese es nuestro pais.

Como todo pueblo que se organiza, él presenta cuadros los mas opuestos.

Grandes y populosas ciudades como Buenos Aires, con todos los placeres y los halagos de la civilizacion; teatros, clubs, jardines, paseos, palacios, templos, escuelas, museos, vias férreas, una ajitacion vertijinosa, — en medio de unas calles estrechas, fangosas, súcias, fétidas, que no permiten ver el horizonte, ni el cielo limpio y puro, sembrado de estrellas relucientes, — en las que yo me ahogo, echando de ménos mi caballo.

Fuera de aquí, campos desiertos, grandes heredades, donde vejeta el proletario, en la ignorancia y la estupidez.

La iglesia, la escuela, dónde están?

Aquí, el ruido del tráfago y la opulencia que aturde.

Allá, el silencio de la pobreza y de la barbárie que estremece.

Aquí, todo aglomerado como un grupo de moluscos asqueroso, — por el egoismo.

Allí, todo disperso, sin conhesion, como los peregrinos de la tierra de promision, — por el egoismo tambien.

Tesis y antitesis de la vida de una república.

Eso dicen que es gobernar y administrar.

Y para lucirse mejor, todos los dias clamando por gente, pidiendo inmigracion!

Me hace el efecto de esos matrimonios improvisados, sin recursos, miserables, cuyo único consuelo es el de la palabra del verbo, — creced y multiplicáos!

XXXI.

Ojeada retrospectiva. — El valor á media noche, es el valor por escelencia. — Miedo á los perros. — Cuento al caso. — Qué es loncotear. — Sigue la orjía. — Epumer se cree insultado por mí. — Una serenata.

Estábamos en el toldo de Mariano Rosas cuando conocí por primera vez á Miguelito.

La orjía habia comenzado:

> «Este chilla, algunos lloran,
> Y otros á beber empiezan,
> De la chusma toda al cabo
> La embriaguez se enseñorea.»

Los franciscanos comprendiendo que aquello no rezaba con ellos, se pusieron en retirada, refujiándose en el rancho de Ayala; los oficiales se habian colocado á distancia de poder acudir en ausilio mio si era necesario; los asistentes rondaban la enramada con disimulo; Camilo Arias, con su aire taciturno, se me aparecia de vez en cuando como una sombra, diciéndome de léjos con su mirada ardiente, espresiva, penetrante: por aquí ando yo.

Por bien templado que tengamos el corazon, es indudable que el silencio, la soledad, el aislamiento y el abandono hacen crecer el peligro en la medrosa imajinacion.

Es por eso que el valor á media noche, es el valor por escelencia.

Las tinieblas tienen un no sé qué de solemne, que suele helar la sangre en las venas hasta conjelarla.

Yo no creo que exista en el mundo un solo hombre que no haya tenido miedo alguna vez de noche.

De dia, en medio del bullicio, ante testigos, sobre todo ante mujeres, todo el mundo es valiente, ó se domina lo bastante para ocultar su miedo.

Yo he dicho por eso alguna vez: el valor es cuestion de público.

El hombre que en presencia de una dama hace acto de irresolucion puede sacar patente de cobarde.

Yo tengo un miedo cerval á los perros, son mi pesadilla; por donde hay, no digo perros, un perro, yo no paso por el oro del mundo si voy solo, no lo puedo remediar, es un heroismo superior á mí mismo.

En Rojas, cuando era capitan, tenia la costumbre de cazar.

De tarde tomaba mi escopeta y me iba por los alrededores del pueblito.

En direccion al bañado, donde los patos abundaban mas, habia un rancho.

Inevitablemente debia pasar por allí, si queria ahorrarme un rodeo por lo ménos de tres cuartos de legua.

Pues bien. Venirme la idea de salir y asaltarme el recuerdo de un mastin que habitaba el susodicho rancho, era todo uno.

Desde ese instante formaba la resolucion valiente de medírmelas con él.

Salia de mi casa y llegaba al sitio crítico, haciendo calculos estratéjicos, meditando la maniobra mas conveniente, la actitud mas imponente esactamente, como si se tratára de una batalla en la que debiera batirme cuerpo á cuerpo.

En cuanto el can diabólico me divisaba, me conocia; estiraba la cola, se apoyaba en las cuatro patas dobladas, quedando en posicion de asalto, contraia las quijadas y mostraba dos filas de blancos y agudos dientes.

Eso solo bastaba para que yo embolsase mi violin. Avergonzado de mí mismo, pero diciendo interiormente: — «el miedo es natural en el prudente», — cambiaba de rumbo, rehuyendo el peligro.

Un dia me amonesté ántes de salir, me proclamé, me palpé á ver si temblaba.

Estaba entero, me sentí hombre de empresa, y me dije: *pasaré.*

Salgo, marcho, avanzo y llego al Rubicon.

Miserable! temblé, vacilé, luché, quise hacer de tripas corazon, pero fué en vano.

Yo no era hombre, ni soy ahora, capaz de batirme con perros.

Juro que los detesto, si no son mansos, inofensivos como ovejas, aunque sean falderos, cuscos ó pelados.

Mi adversario, no solo me reconoció, sino que en la cara me conoció que tenia miedo de él.

Maquinalmente bajé la escopeta que llevaba al hombro.

Sea la sospecha de un tiro, sea lo que fuese, el perro hizo una evolucion, tomó distancia y se plantó, como diciendo: descarga tu arma y despues veremos.

Habria hecho el perro lo mismo con cualquier otro caminante?

Probablemente nó.

Era manso, yo lo averigué despues.

Pero es que yo no le habia caido en gracia, y que, conociendo mi debilidad, se divertia conmigo, como yo podia haberlo hecho con un muchacho.

No hay que asombrarse de esto. La memoria en los animales, á falta de otras facultades está sumamente desarrollada.

Cualquier caballo, mula, jumento ó perro, nos aventaja en conocer el intrincado camino por donde tenemos costumbre de andar.

Los pájaros se trasladan todos los años de un pais á otro, emigrando á mas ó menos distancias, segun sus necesidades fisiolójicas.

Ahí están las golondrinas que, despues de larga ausencia vuelven á la guarida de la misma torre, del mismo techo, del mismo tejado, que habitaron el año anterior.

Queda de consiguiente fuera de duda que lo que el perro hacia conmigo, lo hacia á sabiendas. Pícaro perro!

Hubo un momento en que casi lo dominé. Ilusion de un alma pusilánime!

Al primer amago de carga eché á correr con escopeta y todo; los ladridos, no se hicieron esperar, esto aumentó el pánico, de tal modo, que el animal ya no pensaba en mí y yo seguia desolado por esos campos de Dios.

Y sin embargo, si yo hubiera ido en compañía de alguna dama, el muy astuto no me corre.

Y ella habria huido.

Las mujeres tienen el don especial de hacernos hacer todo jénero de disparates, inclusive el de hacernos matar.

Yo me bato con cualquier perro, aunque sea de presa, por una mujer, aunque sea vieja y fea, si soy su *cabaleiro servente.*

Otro se suicida por una mujer, con pistola, navaja de barba, veneno ó arrojándose de una torre. No hay que discutirlo.

Hay héroes porque hay mujeres.

Y es mejor no pensarlo, — qué seria el hermoso planeta que habitamos, sin ellas?

La presencia é inmediacion de los mios, el orgullo de no dejarme avasallar, ni sobrepujar por aquellos bárbaros en nada y por nada, me hacian insistir contra las reiteradas instancias de Mariano Rosas, en no retirarme.

Mi principal temor era embriagarme demasiado. A una *loncoteada*, no le temia tanto.

Loncotear, llaman los indios á un juego de manos, bestial.

Es un pujilato que consiste en agarrarse dos de los cabellos y en hacer fuerza para atrás, á ver cual resiste mas á los tirones.

Desde chiquitos se ejercitan en él.

Cuando á un indiecito le quieren hacer un cariño varonil, le tiran de las mechas y si no le saltan las lágrimas, le hacen este elojio: *ese toro.*

El toro es para los indios el prototipo de la fuerza y del valor. El que es toro, entre ellos, es un nene de cuenta.

Los «*yapaí*, hermano», no cesaban!

Epumer la habia emprendido conmigo, y un indiecito Caiomuta, que jamás quiso darme la mano, so pretesto de

Es lo mas fácil cruzar el Rio 5º y la línea, y en estando á retaguardia ya está uno seguro, porque á quién le faltan amigos?

— Entónces, constantemente estarán yendo y viniendo de aquí para allá.

— Porsupuesto. Si aquí se sabe todo.

Los Videla, que son parientes de D. Juan Sáa, cuando les dá la gana, toman una tropilla; llegan á la Jarilla, la dejan en el monte, y con caballo de tiro se van al Morro, compran allí lo que quieren, ellos mismos á veces, en las tiendas de los amigos y despues se vuelven con cartas para todos.

Algunas veces suelen llegar á Renca, que ya vé donde queda, mi Coronel.

A medida que Miguelito hablaba, yo reflexionaba sobre lo que es nuestro pais; veia la complicidad de los moradores fronterizos en las depredaciones de los indíjenas y el problema de nuestros ódios, de nuestras guerras civiles y de nuestras persecuciones, complicado con el problema de la seguridad de las fronteras.

Le escuchaba con sumo interés y curiosidad.

Miguelito prosiguió:

— El otro dia, cuando vd. llegó, mi Coronel, los Videla habian andado por San Luis; vinieron con la voz de que vd. y el jeneral Arredondo estaban en la villa de Mercedes, y diciendo, que por allí se decia que ahora sí que las paces se harian.

Deseando conocer el desenlace de la historia de los amores de Miguelito, le dije:

— Y la Dolores vive con sus padres?

— Sí, mi Coronel, me contestó, son jente buena y rica, y cuando han visto á su hija en desgracia no la han abandonado; la quieren mucho á mi hijita. Si algun dia me puedo casar, ellos no se han de oponer, así me lo ha dicho la Dolores.

Pero cuándo se muere la otra! Luego yo no puedo salir de aquí; porque la justicia me agarraria y mucho mas despues del modo como me escapé.

— Y cómo te escapaste?

— Seguia preso. Mi madre vino un dia y me dijo:

Dice tu padre que estés alerta, que él no tiene opinion, que lo han convidado para una patriada, que se anda haciendo rogar á ver si son espías; que en cuanto esté seguro de que juegan limpio se va á meter en la cosa, con la condicion de que lo primero que han de hacer es asaltar la guardia y salvarte; que de nó, no se mete.

En eso anda. No hay nada concluido todavía. Esta noche han quedado en ir los hombres y mañana te diré lo que convengan.

Yo lo animo á tu padre, haciéndole ver que es el único remedio que nos queda, y le pongo velas á la Vírjen para que nos ayude. Todas las noches sueño contigo y te veo libre y no hay duda que es un aviso de la Vírjen.

Al dia siguiente volvió mi madre. Todo estaba listo. Lo que faltaba era quien diese el grito. Decian que D. Felipe Sáa debia llegar de oculto á las dos noches, y que él lo daria; que si no venia, como habia un dia fijo, lo daria el que fuese mas capaz de gobernar la jente que estaba apalabrada. D. Juan Sáa debia venir de Chile al mismo tiempo.

Bueno, mi Coronel, sucedió como lo habian arreglado.

Una noche al toque de retreta, unos cuantos que estaban esperando en la orilla del pueblo, atropellaron la casa del Juez, otros la Comandancia, y mi padre con algunos amigos suyos cargó la Policía.

Para esto, un rato ántes ya los habian emborrachado bien á los de la partida. Algunos quisieron hacer pata ancha. Pero qué! los de afuera eran mas. Entraron, rompieron la puerta del cuarto en que yo estaba y me sacaron.

Cuando estuve libre, mi padre me dijo: «Dame un abrazo hijo, yo no te he querido ver, porque me daba vergüenza verte preso por mi mala cabeza, y porque no fueran á sospechar alguna cosa.»

Casi me hizo llorar de gusto el viejo: le habian salido pelos blancos y no era hombre grande, todavía era jóven.

Esa noche el Morro fué un barullo, no se oyeron mas que tiros, gritos y repiques de campana.

Murieron algunos.

Yo lo anduve acompañando á mi padre y evité algunas desgracias porque no soy matador. Querian saquear la casa de la Dolores, con achaque de que era *salvaje,* yo no lo permití; primero me hago matar.

Por la mañana vino una jente del Gobierno y tuvimos que hacernos humo. Unos tomaron para la Sierra de San Luis, otros para la de Córdoba. Mi padre, como habia sido tropero, enderezó para el Rosario. Yo por tomar un camino tomé otro. Galopé todo el santo dia, — y cuando acordé me encontré con una partida. Disparé, me corrieron, yo llevaba un pingo como una luz, qué me habian de alcanzar! Fuí á sujetar cerca de Rio 5°, por esos lados de Santo Tomé. Entónces no habia puesto vd. fuerzas allí, mi Coronel, me topé con unos indios, me junté con ellos, me vine para acá, y acá me he quedado, hasta que Dios, ó vd. me saque, mi Coronel.

— Y tu padre, que suerte ha tenido, lo sabes? le pregunté.

— Murió del cólera, me contestó, con amargura, esclamando: pobre viejo! era tan chupador!

Y con esto termina la historia real de Miguelito; que *mutatis mutandis* es la de muchos cristianos que han ido á buscar un asilo entre los indios.

Ese es nuestro pais.

Como todo pueblo que se organiza, él presenta cuadros los mas opuestos.

Grandes y populosas ciudades como Buenos Aires, con todos los placeres y los halagos de la civilizacion; teatros, clubs, jardines, paseos, palacios, templos, escuelas, museos, vias férreas, una ajitacion vertijinosa, — en medio de unas calles estrechas, fangosas, súcias, fétidas, que no permiten ver el horizonte, ni el cielo limpio y puro, sembrado de estrellas relucientes, — en las que yo me ahogo, echando de ménos mi caballo.

Fuera de aquí, campos desiertos, grandes heredades, donde vejeta el proletario, en la ignorancia y la estupidez.

La iglesia, la escuela, dónde están?

Aquí, el ruido del tráfago y la opulencia que aturde.

Allá, el silencio de la pobreza y de la barbárie que estremece.

Aquí, todo aglomerado como un grupo de moluscos asqueroso, — por el egoismo.

Allí, todo disperso, sin conhesion, como los peregrinos de la tierra de promision, — por el egoismo tambien.

Tesis y antitesis de la vida de una república.

Eso dicen que es gobernar y administrar.

Y para lucirse mejor, todos los dias clamando por jente, pidiendo inmigracion!

Me hace el efecto de esos matrimonios imprevisores, sin recursos, miserables, cuyo único consuelo es el de la palabra del verbo, — creced y multiplicáos!

XXXI.

Ojeada retrospectiva. — El valor á media noche, es el valor por escelencia. — Miedo á los perros. — Cuento al caso. — Qué es loncotear. — Sigue la orjía. — Epumer se cree insultado por mí. — Una serenata.

Estábamos en el toldo de Mariano Rosas cuando conocí por primera vez á Miguelito.

La orjía habia comenzado:

> «Este chilla, algunos lloran,
> Y otros á beber empiezan,
> De la chusma toda al cabo
> La embriaguez se enseñorea.»

Los franciscanos comprendiendo que aquello no rezaba con ellos, se pusieron en retirada, refujiándose en el rancho de Ayala; los oficiales se habian colocado á distancia de poder acudir en ausilio mio si era necesario; los asistentes rondaban la enramada con disimulo; Camilo Arias, con su aire taciturno, se me aparecia de vez en cuando como una sombra, diciéndome de léjos con su mirada ardiente, espresiva, penetrante: por aquí ando yo.

Por bien templado que tengamos el corazon, es indudable que el silencio, la soledad, el aislamiento y el abandono hacen crecer el peligro en la medrosa imajinacion.

Es por eso que el valor á media noche, es el valor por escelencia.

Las tinieblas tienen un no sé qué de solemne, que suele helar la sangre en las venas hasta conjelarla.

Yo no creo que exista en el mundo un solo hombre que no haya tenido miedo alguna vez de noche.

De dia, en medio del bullicio, ante testigos, sobre todo ante mujeres, todo el mundo es valiente, ó se domina lo bastante para ocultar su miedo.

Yo he dicho por eso alguna vez: el valor es cuestion de público.

El hombre que en presencia de una dama hace acto de irresolucion puede sacar patente de cobarde.

Yo tengo un miedo cerval á los perros, son mi pesadilla; por donde hay, no digo perros, un perro, yo no paso por el oro del mundo si voy solo, no lo puedo remediar, es un heroismo superior á mí mismo.

En Rojas, cuando era capitan, tenia la costumbre de cazar.

De tarde tomaba mi escopeta y me iba por los alrededores del pueblito.

En direccion al bañado, donde los patos abundaban mas, habia un rancho.

Inevitablemente debia pasar por allí, si queria ahorrarme un rodeo por lo ménos de tres cuartos de legua.

Pues bien. Venirme la idea de salir y asaltarme el recuerdo de un mastin que habitaba el susodicho rancho, era todo uno.

Desde ese instante formaba la resolucion valiente de medírmelas con él.

Salia de mi casa y llegaba al sitio crítico, haciendo calculos estratéjicos, meditando la maniobra mas conveniente, la actitud mas imponente esactamente, como si se tratára de una batalla en la que debiera batirme cuerpo á cuerpo.

En cuanto el can diabólico me divisaba, me conocia; estiraba la cola, se apoyaba en las cuatro patas dobladas, quedando en posicion de asalto, contraia las quijadas y mostraba dos filas de blancos y agudos dientes.

Eso solo bastaba para que yo embolsase mi violin. Avergonzado de mí mismo, pero diciendo interiormente: — «el miedo es natural en el prudente», — cambiaba de rumbo, rehuyendo el peligro.

Un dia me amonesté ántes de salir, me proclamé, me palpé á ver si temblaba.

Estaba entero, me sentí hombre de empresa, y me dije: *pasaré.*

Salgo, marcho, avanzo y llego al Rubicon.

Miserable! temblé, vacilé, luché, quise hacer de tripas corazon, pero fué en vano.

Yo no era hombre, ni soy ahora, capaz de batirme con perros.

Juro que los detesto, si no son mansos, inofensivos como ovejas, aunque sean falderos, cuscos ó pelados.

Mi adversario, no solo me reconoció, sino que en la cara me conoció que tenia miedo de él.

Maquinalmente bajé la escopeta que llevaba al hombro.

Sea la sospecha de un tiro, sea lo que fuese, el perro hizo una evolucion, tomó distancia y se plantó, como diciendo: descarga tu arma y despues veremos.

Habria hecho el perro lo mismo con cualquier otro caminante?

Probablemente nó.

Era manso, yo lo averigué despues.

Pero es que yo no le habia caido en gracia, y que, conociendo mi debilidad, se divertia conmigo, como yo podia haberlo hecho con un muchacho.

No hay que asombrarse de esto. La memoria en los animales, á falta de otras facultades está sumamente desarrollada.

Cualquier caballo, mula, jumento ó perro, nos aventaja en conocer el intrincado camino por donde tenemos costumbre de andar.

Los pájaros se trasladan todos los años de un pais á otro, emigrando á mas ó menos distancias, segun sus necesidades fisiolójicas.

Ahí están las golondrinas que, despues de larga ausencia vuelven á la guarida de la misma torre, del mismo techo, del mismo tejado, que habitaron el año anterior.

Queda de consiguiente fuera de duda que lo que el perro hacia conmigo, lo hacia á sabiendas. Pícaro perro!

Hubo un momento en que casi lo dominé. Ilusion de un alma pusilánime!

Al primer amago de carga eché á correr con escopeta y todo; los ladridos, no se hicieron esperar, esto aumentó el pánico, de tal modo, que el animal ya no pensaba en mí y yo seguia desolado por esos campos de Dios.

Y sin embargo, si yo hubiera ido en compañía de alguna dama, el muy astuto no me corre.

Y ella habria huido.

Las mujeres tienen el don especial de hacernos hacer todo jénero de disparates, inclusive el de hacernos matar.

Yo me bato con cualquier perro, aunque sea de presa, por una mujer, aunque sea vieja y fea, si soy su *cabaleiro servente.*

Otro se suicida por una mujer, con pistola, navaja de barba, veneno ó arrojándose de una torre. No hay que discutirlo.

Hay héroes porque hay mujeres.

Y es mejor no pensarlo, — qué seria el hermoso planeta que habitamos, sin ellas?

La presencia é inmediacion de los mios, el orgullo de no dejarme avasallar, ni sobrepujar por aquellos bárbaros en nada y por nada, me hacian insistir contra las reiteradas instancias de Mariano Rosas, en no retirarme.

Mi principal temor era embriagarme demasiado. A una *loncoteada*, no le temia tanto.

Loncotear, llaman los indios á un juego de manos, bestial.

Es un pujilato que consiste en agarrarse dos de los cabellos y en hacer fuerza para atrás, á ver cual resiste mas á los tirones.

Desde chiquitos se ejercitan en él.

Cuando á un indiecito le quieren hacer un cariño varonil, le tiran de las mechas y si no le saltan las lágrimas, le hacen este elojio: *ese toro.*

El toro es para los indios el prototipo de la fuerza y del valor. El que es toro, entre ellos, es un nene de cuenta.

Los «*yapaí*, hermano», no cesaban!

Epumer la habia emprendido conmigo, y un indiecito Caiomuta, que jamás quiso darme la mano, so pretesto de

que yo iba de mala fé: *Winca* engañando! salia constantemente de sus labios.

El vino y el aguardiente corrian como agua, derramados por la trémula mano de los beodos, que ya rujian como fieras, ya lloraban, ya cantaban, ya caian como piedras, roncando al punto ó trasbocando, como atacados del cólera.

Aquello daba mas asco que miedo.

Todos me trataban con respeto, menos Epumer y Caiomuta.

Tambaleaban de embriaguez.

Epumer, llevaba de vez en cuando la mano derecha al cabo de su refuljente facon, y me miraba con torvo ceño.

Miguelito me decia:

— No se descuide por delante, mi Coronel, aquí estoy yo por detrás.

Cuando rehusaba un *yapaí*, gruñian como perros, la cólera se pintaba en sus caras vinosas y murmuraban iracundas palabras que yo no podia entender.

Miguelito me decia:

— Se enojan, porque Vd. no bebe, mi Coronel; dicen que no lo hace por no descubrir sus secretos con la chupa.

Yo entónces me dirijia á alguno de los presentes y lo invitaba, diciéndole:

— *Yapaí* hermano, y apuraba el cuerno ó el vaso.

Una algazara estrepitosa, producida por medio de golpes dados en la boca abierta, con la palma de la mano, estallaba incontinenti.

Bababababababababababababababa!!!

Resonaba ahogándose los últimos écos en la garganta de aquellos sapos gritones.

Miéntras el licor no se acabára, la saturnal duraria.

La tarde venia.

Yo no queria que me sorprendiera la noche entre aquella chusma hedionda, cuyo cuerpo contaminado por el uso de la carne de yegua, exhalaba nauseabundos efluvios; regoldaba á todo trapo, cada eruto parecia el de un cochino cebado con ajos y cebollas.

En donde hay indios, hay olor á azafetida.

Intenté levantarme del suelo para retirarme á la sordina, viendo que la mayoría de los concurrentes estaba ya achumada.

Epumer me lo impidió.

Yapaí! yapaí! me dijo.

Yapaí! yapaí! contesté.

Y uno despues de otro cumplimos con el deber de la etiqueta.

El cuerno que se bebió él tenia la capacidad de una cuarta.

Una dósis semejante de aguardiente era como para voltear á un elefante, si estos cuadrúpedos fuesen aficionados al trago.

Medio perdió la cabeza.

Al llevar yo el mio á los labios, me santigüé con la imajinacion como diciendo: Dios me ampare.

Jamás probé brebaje igual. Ví estrellas, sombras de todos colores, un mosáico de tintes atornasolados, como cuando por efecto de un dolor agudo apretamos los párpados, y cerrando herméticamente los ojos la retina vé visiones informes.

Al enderezarse Epumer, yo no sé que chuscada le dije.

El indio se puso furioso; quiso venírseme á las manos.

Mariano Rosas y otros le sujetaron; me pidieron encarecidamente que me retirára.

Me negué, insistieron, me negué, me negué tenazmente.

Me hicieron presente que cuando se *caldeaba*, se ponia fuera de sí; que era mal intencionado.

No hay cuidado, fué toda mi contestacion.

El indio pugnaba por desasirse de los que le tenian; queria abalanzarse sobre mí, su mano estaba pegada al facon.

Pataleaba, rujia, apoyaba los talones en el suelo, endurecia el cuerpo y se enderezaba como galvanizado.

Sus ojos me seguian, los mios no le dejaban.

En uno de los esfuerzos que hizo sacó el facon.

Era una daga acerada de dos filos, con cruz y cabo de plata; y en un vaiven llegó á ponerse casi sobre mí.

— Cuidado mi Coronel, me dijo Miguelito, interponiéndose, y hablándole al salvaje en su lengua con acento dulcísimo.

— Cuidado! gritaron varios.

Yo, afectando una tranquilidad que dejase bien puesto el honor de mi sangre y de mi raza:

— No hay cuidado; contesté.

El esfuerzo convulsivo supremo, hecho por el indio, agotó el resto de sus fuerzas hercúleas enervadas por los humos alcohólicos.

Los que le sujetaban, sintiéndole desfallecer abandonaron el cuerpo á su propria gravedad; cumplióse la inmutable ley;

E caddi, come corpo morto cade!

Cesó la ajitacion.

Queriendo saber qué causa, qué motivo, qué palabras mias pusieran fuera de sí á mi contendor, pregunté:

— Por qué se ha enojado?

— Porque vd. le ha llamado perro, dijo uno.

— Es falso, dijo Miguelito en araucano; el Coronel habló de perros; pero no dijo que Epumer fuera perro.

Nadie respondió.

Efectivamente, en la broma que intenté hacerle á Epumer, por ver si lo arrancaba á sus malos pensamientos, no sé como interpolé el vocablo, — perros.

Para los indios, como para los árabes, no habia habido insulto mayor que llamarles *perro.*

Epumer me entendió mal y se creyó ofendido.

De ahí su rapto de furia.

La noche batia sus pardas alas; los indios ébrios roncaban, vomitaban, se revolvian por el suelo, hechos un monton, apoyando este sus súcios piés en la boca de aquel; el uno su panza sobre la cara del otro.

Varias chinas y cautivas trajeron cueros de carnero y les hicieron cabeceras, poniéndolos en posturas cómodas.

Otros se quedaron murmurando con indescriptible é inefable fruicion báquica.

Mariano Rosas, me hizo decir con su hombre de con-

fianza, que si queria darle el resto de aguardiente que le habia reservado.

De mil amores, contesté, y aprovechando la coyuntura que se me presentaba de abandonar el campo de mis proezas, salí de la enramada y me dirijí al ranchito en que se habian alojado mis oficiales.

Entregué el aguardiente.

Me tendí cansado, como si hubiera subido con un quintal en las espaldas á la cumbre del Vesubio.

En qué me tendí?

Sobre un cuero de potro; era el colchon de una mala cama improvisada con palos desiguales y nudosos.

El sueño no tardó en llevarme al mundo de la tranquilidad pasajera.

Gozaba cuando una serenata me despertó.

Era un negro, tocador de acordion, una especie de Orfeo de la pampa.

Tuve que resignarme á mi estrella, que levantarme y escuchar un cielito cantado en honor mio.

Qué mal rato me dió el tal negro despues!

XXXII.

El negro del acordion y la música. — Reflexiones sobre el criterio vulgar. — Sueño fantástico. — Lucius Victorius Imperator. — Un mensajero nocturno de Mariano Rosas. — Se reanuda el sueño fantástico. — Mi entrada triunfal en Salinas Grandes. — La realidad. — Un huésped á quien no le es permitido dormir.

El negro no tardó en irse con la música á otra parte. Bendije al cielo.

Como poeta festivo, como payador, no podia rivalízar con *Aniceto el Gallo* ni con *Anastasio el Pollo.*

Ni siquiera era un artista en acordion.

Yo tengo por otra parte poco desarrollado él órgano frenolójico de los tonos, pudiendo decir como Voltaire: *la musique c'est de tous les tapages le plus supportable.*

Es una fatalidad como cualquier otra, que me priva de un placer inocente mas en la vida.

Te contaria á este respecto algo muy curioso, — un triunfo de la frenolojía, — ó en otros términos, la historia de mis padecimientos infantiles por la guitarra*. Y te la contaria á pesar del natural temor de que me creyesen mas malo de lo que soy; porque tengo la desgracia de ser insensible á la armonía.

Tú sabes, que segun las reglas del criterio vulgar, no puede ser bueno, quien no ama la música, las flores, — aunque ame muchas otras cosas que embriagan y deleitan mas que ellas.

* Mi madre conserva entre sus papeles, empastado en gró de aguas blanco, un *Método para aprender la guitarra* escrito por mí á los doce años.

Hay jentes que de buena fé, creen que el sentimiento estético ó del arte es inseparable de los hombres de corazon.

Tal persona que ama con locura la música, es, sin embargo, incapaz de un acto de jenerosidad.

Tal otra que gastaria cien mil pesos en un auténtico de Rubens, no haria un sacrificio por el amigo mas querido.

Esas jentes viven acariciando dulces errores, lo mismo que los que subordinan la moral al sentimiento, y hay que dejar á cada loco con su tema.

Pero semejante pájina seria demasiado íntima para agregarla aquí.

Me resigno, pues, á suprimirla, sustrayéndome á la tentacion de una confidencia personal ajena al asunto jefe.

Apenas me ví libre de quien inhumanamente me habia arrancado de los brazos de Morfeo, volví á tenderme en mi duro y sinuoso lecho.

Poco tardé en dormirme profundamente.

Saboreaba el suave beleño; soñaba que yo era el conquistador del desierto; que los aguerridos ranqueles, magnetizados por los écos de la civilizacion habian depuesto sus armas; que se habian reconcentrado formando aldeas; que la iglesia y la escuela habian arraigado sus cimientos en aquellas comarcas desheredadas; que la voz del Evanjelio ahogaba las preocupaciones de la idolatria; que el arado, arrancándole sus frutos óptimos á la tierra, regada con fecundo sudor, producia abundantes cosechas; que el estrépito de los *malones* invasores habia cesado, pensando solo, aquellos bárbaros infelices, en multiplicarse y crecer, en aprovechar las estaciones propicias, en acumular y guardar, para tener una vejez tranquila y legarles á sus hijos un patrimonio pingüe; que yo era el patriarca respetado y venerado, el benefactor de todos, y que el espíritu maligno, viéndome contento de mi obra útil y buena, humanitaria y cristiana, me concitaba á una mala accion, á dar mi golpe de estado.

Mortal!, me decia, aprovecha los dias fugaces. No seas necio, piensa en tí, no en la Patria!

La gloria del bien es efímera, humo, puro humo. Ella pasa y nada queda. No tienes mujer é hijos? Pues bien.

No te obedecen y te siguen, no te quieren y respetan estos rebaños humanos?

Pues bien.

No tienes poder, no eres de carne y huesos, no amas el placer?

Pues bien.

Apártate de ese camino, insensato! Imprevisor, loco! Escucha la palabra de la esperiencia, hazte proclamar y coronar emperador! Imita á Aurelio I. Tienes un nombre romano, *Lucius Victorius*, *imperator*, sonará bien al oido de la multitud.

Yo escuchaba con cierto placer mezclado de desconfianza las amonestaciones tentadoras; ideaba ya si el trono en que me habia de sentar, la diadema que habia de ceñir y el cetro que habia de empuñar, cuando subiera al capitolio serian de oro macizo, ó de cuero de potro y de madera de calden, cuando una voz que reconocí entre sueños llamó á mi puerta, diciendo:

— Coronel Mansilla?

No contesté de pronto. Reconocí la voz, la habia oido hacia poco; pero no estaba del todo despierto.

— Coronel Mansilla! Coronel Mansilla! volvieron á decir.

Reinaba una profunda oscuridad en el desmantelado rancho donde me habia hospedado; mis oficiales roncaban, como hombres sin penas; un ruido tumultuoso, sordo, llegaba confusamente hasta la nocturna morada. Me senté en la cama y paré la oreja, á ver si volvian á llamar, fijando la vista en un resquicio de la puerta, que era un cuero de vaca colgado.

— Coronel Mansilla! volvieron á decir.

Al fulgor de la luz estelar, columbré una cabeza negra, motosa, y entre dos fajas rojas resaltando comos lustrosas cuentas negras sobre el turjente seno de una hermosa, dos filas de ebúrneos dientes.

Era el negro del acordion.

Para serenatas estaba yo.

Me hizo el efecto de Mefistófeles.

Vade retro Satanas, le grité!

No entendió. Ya lo creo. Latin puro á esas horas y al lado del toldo de Maríano Rosas!

— Mi coronel Mansilla, fué su contestacion.

— Vete al diablo, repliqué.

— Me manda el General Mariano.

— Y qué quiere?

— Manda decir, — que cómo le ha ido á *su merced* (testual), de viaje; que si no ha perdido algunos caballos; que cómo ha pasado la noche; que si ha dormido bien?

Me pareció una burla.

Me quedé perplejo un instante, y luego contesté.

Dile que de viaje me ha ido bien; que caballos Wenchenao me ha robado dos, que es un pícaro: que para saber cómo he pasado la noche y cómo he dormido, es menester que me dejen descansar y que amanezca.

Y esto diciendo, me coloqué horizontalmente haciendo una línea mista con el cuerpo, de manera que el hueso del cuadril y los hombros coincidieran con los hoyos de mi escabroso lecho.

La cara desapareció.

Hacia frio, helaba en los primeros dias de Abril, tenia pocas cobijas, no era fácil conciliar el sueño bajo tales auspicios; tanteando en las tinieblas cojí la punta de algo que debia ser jerga ó poncho, tiré y como quien pesca un cetáceo de arrobas, que se agarra en el fondo fangoso, despojé á un prójimo de una de sus *pilchas*.

Me la eché encima, me envolví, me acurruqué bien, me tapé hasta las narices y comencé á resollar fuerte, haciendo de mis labios una especie de válvula para que saliera el aliento condensado y crecieran los grados de la temperatura que circundaba mi transida humanidad.

Me estaba por dormir. Hay ideas que parecen una cristalizacion. Así no mas no se evaporan. Veia como envuelta en una bruma rojiza la vision de la gloria.

El espíritu maligno se cernia sobre ella.

Yo era emperador de los Ranqueles.

Hacia mi entrada triunfal en Salinas Grandes. Las tríbus de Calfucurá me aclamaban. Mi nombre llenaba el desierto

preconizado por las cien lenguas de la fama. Me habian erijido un gran arco triunfal.

Representaba un coloso como el de Rodos. Tenia un pié en la soberbia cordillera de los Andes, otro en las márjenes del Plata. Con una mano empuñaba una pluma disforme de ganzo, cuyas aristas brillaban como mostacilla de oro, chispeando de su punta letras de fuego, que era necesario leer con la rapidez del relámpago para alcanzar á descifrar que decian: *mené*, *thekel*, *phares*. Con la otra blandia una espada de inconmensurable largor, cuya hoja de bruñido acero resplandecia como un meteoro, centelleando en ella diamantinas letras, que era menester leer con la rapidez del pensamiento para adivinar que decian: *In hoc signo vincis*.

Por debajo de aquel monumento de ejipcia estructura y proporciones, capaz de provocar la envidia sangrienta, la venganza corsa y el ódio eterno de un Faraon, desfilaba como el rayo, tirada por veinte yuntas de yeguas chúcaras, una carreta tucumana, cubierta de penachos, de clines caballares de varios colores y en cuyo lecho se alzaba un dosel de pieles de carnero.

En él iba sentado un mancebo de rostro pintado con carmin. Era yo! Manejaba la ecuestre récua con un látigo de cháguara que no tenia fin, al grito infernal de: *pape satan! pape satan alepe!* Mi traje consistia en un cuero de yaguar; los brazos del animal formaban las mangas, las piernas los calzones, lo demás cubria el cuerpo y, por fin, la cabeza con sus colmillos agudos adornaba y cubria mi frente á manera de antiguo capacete.

La cola no sé qué se habia hecho. Un ser estraño, invisible para todos, ménos para mí, queria ponerme una de paja. Yo le miraba como diciéndole, basta de atavíos, y él vacilaba y me seguia sin saber qué hacer.

Una escolta formada en zig-zags, me precedia, cubriéndome la retaguardia. Indíjenas de todas las castas australes se veian allí, — ranqueles, puelches, pehuenches, picunches, patagones y araucanos. Los unos iban en potros bravos, los otros en mansos caballos, estos en guanacos, aquellos en

avestruces, muchos á pié, varios montades en cañas, infinitos en alados cóndores.

Sus armas eran lanzas y bolas; sus trajes mistos, á lo gaucho, á la francesa, á la inglesa, á lo Adan los mas. Cantaban un himno marcial al son de unas flautas de cañuto de grueso carrizo, y las palabras *Lucius Victorius Imperator*, resonaban con fragor en medio de repetidas, — ba-ba-ba-ba-ba-ba-ba-ba-ba!!!

Nuevo Baltazar, yo marchaba á la conquista de una ciudad poderosa, contra el dictámen de mis consejeros que me decian: Allí no penetrarás victorioso jamás; porque sus calles están empedradas con enormes monolitos y cubiertas de pantanos, por donde es imposible que pase tu carreta.

Tenaz, como soy en sueños, no quería escuchar la voz autorizada de mis espertos monitores. Me habia hecho aclamar y coronar, por aquellas jentes sencillas, habia superado ya algunos obstáculos en mi vida; por qué no habia de tentar la empresa de luchar y vencer una civilizacion decrépita?

Por otra parte, yo habia nacido en esa egrejia ciudad y ella iba á enorgullecerse de verme llegar á sus puertas, no como Aníbal á las de Roma, sino cual otro valiente Camilo.

Por aquí iba medio despierto, medio dormido, cuando volvieron á hacerme sentar en la cama, llamando á mi puerta.

— Coronel Mansilla?

— Qué hay? pregunté.

El malhadado negro contestó!

— Dice el General que cómo ha pasado la noche?

— Hombre, dile que mañana le contestaré.

El mensajero contestó, no pude percibir qué.

Una baraunda repentina ahogó su voz.

Volvia yo á estudiar qué postura se adaptaria mas á la cama, que me habian deparado las circunstancias y esperaba no ser interrumpido otra vez. Quimera!

Mi verdadera bestia negra habia ido y vuelto.

— Coronel Mansilla! Coronel Mansilla! me gritó.

— Qué quieres, le contesté con mal humor, sin moverme.

— Aquí está el hijo del general.

Esto era ya mas sério.

Me incorporé.

— Qué se ofrece, hermano pregunté?

— Dice mi padre que vaya, me contestó.

— Que vaya, ahora?

— Sí.

Llamé á Cármen, mi fiel ministril; le pedí agua para lavarme, luz, peine, un cepillo de dientes, todo cuanto podia ser un pretesto para demorarme y ganar tiempo, á ver si venia el dia.

Oia el ruido de la orjía nocturna, y no me hacia buen estómago la idea de tomar parte en ella á oscuras.

Segun mi costumbre en campaña, dormia vestido, desnudándome de dia por la hijiene y otras yerbas.

De un salto estuve en pié.

Cármen trajo luz, un candil de grasa de potro, agua, peine, cuanto le pedí, haciendo un viaje para cada cosa, como que tenia que revolver las alforjas para hallarlas.

Hice mi estudiosa *toilette*, lo mas despacio que pude.

Miéntras tanto, varios curiosos, ébrios á cual mas, llegaron á mi puerta y me estuvieron observando.

Como tardase en salir del rancho, presentóse una nueva diputacion. La componian dos hijos de Mariano. Tomó la palabra el mayor de ellos y me dijo:

— Dice mi padre, qué como está, qué como le vá, qué como ha pasado la noche, que cuando vá, que está medio *caldeado* y tiene ganas de *remartarse* con vd?

Contesté con la mayor política, agradeciendo tantas atenciones, y asegurando que no tardaria en presentármele al General.

Tardé mas en limpiarme los dientes, que en lustrar un par de botas granaderas.

El negro esplicaba como perito aquella operacion.

El muy pillo habia sido esclavo de no recuerdo que estanciero del Sur de Buenos Aires, soldado del General Rivas, desertor, y conocia bien los usos y costumbres de los cristianos civilizados.

Decia que eso que yo hacia era para que nunca se me cayeran los dientes.

Los apostrofaba á los indios, — de vds. son muy bárbaros! tocaba su infernal acordion, cantaba, bailaba al compás de él y me apuraba diciéndome de cuando en cuando: Vamos, vamos, mi amo!

Al fin tuve que obedecer, y digo que obedecer; porque lo que hice no fué otra cosa.

Tenia tanta gana de tomar aguardiente como de hacerme cortar una oreja.

Salí del rancho, dejando á mis compañeros dormidos como piedras. El padre Moisés roncaba mas fuerte que todos. El padre Marcos se habia alojado en el rancho de Ayala.

La noche estaba fria, el dia lejano aun. Las estrellas brillaban con esa luz diáfana del invierno. El campo cubierto por la helada parecia salpicado de piedras finas. Un gran fogon moribundo ardia en la enramada del Cacique. Apiñados unos sobre otros, lo rodeaban varios montones de indios *achumados*. Muchos caballos ensillados estaban con la rienda caida, inmóviles, donde los habian dejado el dia ántes. Mariano Rosas con una limeta en una mano y un cuerno en la otra se tambaleaba junto con otros entre los mansos animales.

Armaban una algarabia, y entre *yapaí* y *yapaí*, resonaba frecuentemente el nombre del coronel Mansilla.

Escoltado por el negro, por los hijos de Mariano y los curiosos, llegué á donde ellos estaban.

Al verme, hicieron lo que todos los borrachos que no han perdido completamente la cabeza, pretendieron disimular su estado.

Mariano Rosas, me echó un discurso en su lengua, que no entendí y fué muy aplaudido. Comprendí sin embargo, que habia hablado de mí en términos los mas cariñosos; porque miéntras peroraba varias voces dijeron, — ese cristiano bueno, ese cristiano toro!

Terminó haciéndome un *yapaí*.

Bebió él primero, segun se estila.

Apuraba el cuerno, cuando una voz muy simpática para mí, me dijo al oido.

— Aquí estoy yo, mi coronel, no tenga cuidado; y su comadre Cármen está allí en la enramada haciendo que duerme, para escuchar todo.

Era Miguelito.

Le estreché la mano, y tomé el cuerno lleno de licor que me pasaba Mariano.

XXXIII.

Retrato de Mariano Rosas. — Su política. — Cómo le tomaron prisionero los cristianos. — Rosas le hace peon de su estancia del Pino. — Su fuga. — Agradecimiento por su antiguo patron. — Paralelo. — De pillo á pillo. Voto de un indio. — Muerte de Painé. — Derecho hereditario, entre los indios. — Los refujiados políticos. — Mareo. — Mariano Rosas quiere *loncotear* conmigo. — Apuros. — Una sombra.

El cacique jeneral de las tribus Ranquelinas tendrá cuarenta y cinco años de edad.

Pertenece á la categoría de los hombres de talla mediana. Es delgado, pero tiene unos miembros de acero. Nadie bolea, ni piala, ni sujeta un potro del cabestro como él.

Una negra cabellera larga y lácia, nevada yá, cae sobre sus hombros y hermosea su frente despejada, surcada de arrugas horizontales. Unos grandes ojos rasgados, hundidos, garzos y chispeantes, que miran con fijeza por entre largas y pobladas pestañas, cuya espresion habitual es la melancolía, pero que se animan gradualmente, revelando entónces orgullo, enerjía, y fiereza; una nariz pequeña deprimida en la punta, de abiertas ventanas, signo de desconfianza, de líneas regulares y acentuadas; una boca de labios delgados que casi nunca muestra los dientes, marca de astucia y crueldad; una barba aguda, unos juanetes saltados, como si la piel estuviera disecada, manifestacion de valor, y unas cejas vellosas, arqueadas, entre las cuales hay siempre unas rayas perpendiculares, señal inequívoca de irascibilidad, caracterizan su fisonomía, bronceada por naturaleza, requemada por las inclemencias del sol, del aire frio, seco y penetrante del desierto pampeano.

Mariano Rosas, es hijo del famoso cacique Painé.

Colocado estratéjicamente en Leubucó, entre las tribus de los caciques Ramon y Baigorrita, es el jefe de una confederacion. Apoyando unas veces á Ramon contra Baigorrita y otras á Baigorrita contra Ramon, su predominio sobre ambos es constante.

Dividir para reinar, es su divisa. Así Baigorrita y Ramon, que son bravos en la pelea, diestros en todos los ejercicios ecuestres, entendidos en todo jénero de faenas rurales, sin tenerle envidia á este Bismark ranquelino, ponderan la prudencia de sus consejos, su sesuda prevision, su carácter persistente y conciliador.

El año de 1834 fué hecho prisionero en la Laguná de Langhelo, situada donde actualmente existe el fuerte «Gainza», cuyos primeros cimientos los puse yo, al avanzar, hace ocho meses, la frontera Sur de Santa Fé.

Este paraje dista como treinta leguas de Melincué.

Mariano Rosas, junto con varios indiecitos y alguna chusma se habian quedado allí, cuidando una caballada de refresco, miéntras su belicoso padre daba un *malon*, internándose muy adentro.

Los cristianos encargados de la seguridad de la frontera Norte de Buenos Aires, maniobrando hábilmente se lanzaron al Sur, cuando sintieron la invasion, para salirles á los ladrones de adelante; ocuparon y se posesionaron de una de las aguadas principales por donde debian pasar con el botin, sorprendieron á los caballerizos, les quitaron toda la caballada y los cautivaron lo mismo que á la chusma.

Mariano Rosas y sus compañeros de infortunio fueron conducidos á los Santos Lugares. Allí permanecieron engrillados y presos, tratados con dureza, cerca de un año, segun sus recuerdos.

Perdian la esperanza de mejorar de suerte. Mas como está de Dios que el hombre suba á la cumbre de la montaña cuando ménos lo espera, cayendo en el abismo de la desgracia cuando todo sonrie á su alrededor, — un dia los llevaron á presencia del dictador D. Juan Manuel de Rozas.

Interrogándolos minuciosamente, supo este, que Mariano,

que se llamaba á la sazon como su padre, era hijo de un cacique principal de mucha nombradía. Le hizo bautizar, sirviéndole de padrino, le puso Mariano en la pila, le dió su apellido y le mandó con los otros de peon á su estancia del «Pino».

En ella pasaron algunos años trabajando duro, alojados al raso contra un corral de ñandubay, recibiendo lecciones útiles y provechosas sobre la manera de hacer las faenas de campo, sobre el modo de amansar debidamente un potro, aprendiendo á rejentear un establecimiento en forma, tratados unas veces á rebencazos, sin haber faltado en nada, atendidos jeneralmente con cariño, recibiendo raciones y salario como uno de tantos trabajadores, — hasta que el amor de la familia, el recuerdo de las tolderías, el anhelo de una completa libertad, despertaron en ellos la idea de la fuga, á costa de cualquier riesgo.

Aprovechando una hermosa noche de luna y la confianza que en ellos tenian, echaron mano de una tropilla de caballos escojidos y alzándose, rumbearon al Occidente. Perdiéronse por los campos porque no eran baqueanos y porque temerosos de ser descubiertos y aprehendidos no querian acercarse á las estancias á preguntar donde quedaba el Bragado, pueblito que conocian por haber andado *maloqueando* por allí, siendo muchachos.

Notada en el «Pino» su desaparicion, fueron perseguidos, segun supieron despues por una mujer que cautivaron; pero no los alcanzaron.

En el puente de Marquez hallaron una partida de policía. La engañaron diciendo que habian venido á comercio y que se volvian para Tierra Adentro. Llegaron á la Federacion, hoy Junin, despues de haber andado seis dias por los campos sin rumbo determinado, descansando y ocultándose entre los cardales y pajonales, y allí los dejaron pasar, mediante un pretesto igual al anterior. Entónces habia paz con algunas tribus que vivian por el Toai, de modo que la composicion de lugar ideada, para escapar á la persecucion, se concibe que surtiera efecto.

Esta es la referencia que el mismo Mariano Rosas me

ha hecho. Si no te pareciese verosímil, recuerda aquello, Santiago amigo, de:

«Y si lector dijerdes ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento».

Mariano Rosas conserva el mas grato recuerdo de veneracion por su padrino, habla de él con el mayor respeto, dice que cuanto es y sabe se lo debe á él, que despues de Dios no ha tenido otro padre mejor; que por él sabe como se arregla y compone un caballo parejero; como se cuida el ganado vacuno, yeguarizo y lanar, para que se aumente pronto y esté en buenas carnes en toda estacion; que él le enseñó á enlazar, á pialar y bolear á lo gaucho.

Que á mas de estos beneficios incomparables le debe el ser cristiano, lo que le ha valido ser muy afortunado en todas sus empresas.

Ya te he dicho que estos bárbaros respetan á los cristianos, reconociendo su superioridad moral, annque les gusta vivir como indios, el *dolce far niente*, tener el mayor número posible de mujeres, tantas cuántas pueden mantener en una palabra, ser evanjelistas en cuanto esto presupone cierta virtud misteriosa para ser felices en la paz y en la guerra.

Verdad es que la civilizacion moderna hace lo mismo con cierto disimulo, y es por esto, sin duda, que alguien ha dicho, — que nuestra pretendida civilizacion no es muchas veces mas que un estado de barbárie refinada.

Por supuesto, que siendo yo sobrino carnal de Rozas, oyéndolo hablar al indio de su padrino y projenitor postizo, me hacia la ilusion de que lo mas fácil del mundo para mí era catequizarlo. Al mas ducho se le queman los libros en presencia de un hombre de estado primitivo.

La vanidad y tontera humanas, dónde no reciben su castigo? Ya veremos como la diplomacia es igual en todas partes, lo mismo en Lóndres que en Viena, en Buenos Aires que en Leubucó; que la cuña para ser buena ha de ser del mismo palo. Y lo que es mas filosófico aun, — que la gratitud anda á caballo en casa de aquellos que creen merecerselo todo.

Al poco tiempo de estar Mariano Rosas en su tierra, su padrino, que no daba puntada sin nudo, viendo que el pájaro se le habia escapado de la jaula, y que es bueno tener presente, que quien cria cuervos se espone á que estos le coman los ojos, — le mandó un gran regalo.

Consistia en doscientas yeguas, cincuenta vacas y diez toros de un pelo, dos tropillas de overos negros con madrinas oscuras, un apero completo con muchas prendas de plata, algunas arrobas de yerba y azúcar, tabaco y papel, ropa fina, un uniforme de Coronel y muchas divisas coloradas.

Con este rejio presente iba una afectuosa misiva que Mariano conserva, concebida mas ó ménos así:

«Mi querido ahijado: No crea vd. que estoy enojado por su partida, aunque debió habérmelo prevenido para evitarme el disgusto de no saber qué se habia hecho. Nada mas natural que Vd. quisiera ver á sus padres, sin embargo de que nunca me lo manifestó. Yo le habria ayudado en el viaje, haciéndolo acompañar. Digale á Painé que tengo mucho cariño por él, que le deseo todo bien, lo mismo que á sus Capitanejos é indiadas. Reciba ese pequeño obsequio que es cuanto por ahora le puedo mandar. Ocurra á mí siempre que esté pobre. No olvide mis consejos porque son los de un padrino cariñoso, y que Dios le dé mucha salud y larga vida. Su afectísimo Juan de Rosas.»

Esta cartita melíflua y calculada, llevaba un apéndice insignificante al parecer:

«*Post Data.* Cuando se desocupe, véngase á visitarme con algunos amigos.»

Difícil y algo mas que difícil, árdua cosa es desentrañar las intenciones del mas inocente mortal.

Que cada cual comente á su manera la carta y la *post data* susodichas pues.

Yo, cuando se trata de los pensamientos del prójimo, siempre tengo presente el dicho de cierto moralista de nota, con el que lo confundió una vez á un hombre de Estado: la ley de Dios que prohibe los juicios temerarios es no solamente ley de caridad, sino de justicia y buena lójica.

Mariano Rosas recibió la carta y el presente, deliberó qué debia hacer, y como la mejor suerte de los dados es no jugarlos, ó como diria Sancho, si de esta escapo y no muero, no mas bodas en el cielo, resolvió: agradecerle á su padrino la fineza y no visitarle.

Con este motivo y para que en ningun tiempo se dudára de sus sentimientos, despues de consultar á las viejas agoreras, juró no moverse jamás de su tierra.

Vinculado por este voto solemne á su hogar, al terreno donde nació, á los bosques en que pasó su infancia, Mariano Rosas no ha pisado, despues de su cautiverio, en tierra de cristianos y tiene la preocupacion de que si viene personalmente á alguna invasion caerá prisionero.

Conozco este episodio de su vida, porque el mismo me lo ha contado.

Diciéndole que el jeneral Arredondo me habia encargado le manifestára los vivos deseos que tenia de conocerle y que cuando estuviera afianzada la paz era conveniente que le hiciera una visita en la Villa de Mercedes, me contestó:

— Eso nó, hermano.

— Por qué? le pregunté.

Refirióme entónces con minuciosos detalles lo que llevo relatado, — para que se vea que toda la ciencia de los indios, en su trato con los cristianos se reduce á un aforismo que nosotros practicamos todos los dias: la desconfianza es madre de la seguridad.

He dicho que Mariano Rosas era hijo de Painé.

Painé murió trájicamente.

El jeneral D. Emilio Mitre, para salvar su division en 1856, tuvo que dejar en el desierto la mayor parte de su material de guerra.

Llegó hasta Chamalcó y de allí contramarchó.

Los indios se vinieron sobre sus rastros.

Painé, Cacique jeneral entónces de las tríbus Ranquelinas, los acaudillaba. En los montes hallaron un armon de municiones.

Entre ellas habia granadas.

Un accidente hizo reventar una.

El armon voló y con él Painé.

Así murió ese Cacique mentado.

Su hijo mayor, Mariano Rosas, heredó entónces el gobierno y el poder.

Se cree jeneralmente que entre los indios, prevaleciendo el derecho del mas fuerte, cualquiera puede hacerse Cacique ó Capitanejo.

Pero no es así, ellos tienen sus costumbres, que son sus leyes.

Aquellas jerarquías son hereditarias existiendo hasta la abdicacion del padre en favor del hijo mayor si es apto para el mando.

Por eso actualmente, viviendo el padre del Cacique Ramon, es este quien gobierna las indiadas de Carrilobo.

Entre los indios, como en todas partes, hay revoluciones que derrocan á los que invisten el poder supremo. La regla, sin embargo, es la que dejo dicho; solo sufre alteracion cuando el Cacique ó Capitanejo no tiene hijos ni hermanos que puedan heredar su puesto.

En este caso se hace un plebiscito y la mayoría dirime pacíficamente las cosas, — ni mas ni ménos que como en un pueblo donde el sufrajio universal campea por sus respetos.

Mas revolucienes hemos hecho nosotros, víctimas hoy de una oclocracia, mañana de otra, quitando y poniendo Gobernadores, que los indios por la ambicion de gobernar.

Y es asunto que se presta á fecundas consideraciones, que los que aman la libertad racional se persigan unos á otros y se esterminen con implacable saña, conculcando las instituciones que ellos mismos han formulado, reconociendo y jurando que son salvadores, por la satisfaccion sensual del poder, — y que los que solo aman la libertad natural no quiebren lanzas en fratricidas guerras.

Pero ya caigo.

Es que los bárbaros no andan detrás de la mejor de las Repúblicas.

Es que ellos creen una cosa de que nosotros no nos queremos convencer: que los principios son todo, los hombres

nada; que no hay hombres necesarios; «que si César hubiese «pensado como Caton, otros hubieran pensado como César, «y que la República destinada á perecer habria sido arras«trada al precipicio por cualquier otra mano».

Mariano Rosas se viste como un gaucho, paquete, pero sin lujo.

A mí me recibió con camiseta de Crimea, mordoré, adornada de trencilla negra, pañuelo de seda al cuello, chiripá de poncho inglés, calzoncillo con fleco, bota de becero, tirador con cuatro botones de plata y sombrero de castor fino, con ancha cinta colorada.

Como Leubucó es el asiento principal de todos los refujiados políticos, la santa federacion está allí á la orden del dia.

Y aunque parezca broma ó exajeracion, debo decirlo, las noticias no escasean.

Todo cuanto sueñan los refujiados circula como noticia que ha venido de Mendoza ó San Luis, de Córdoba ó el Rosario.

Hoy es Urquiza quien se ha pronunciado contra los *salvajes*, mañana Sáa que ha invadido; al dia siguiente Guayama, el bandolero de los llanos es el que ha sublevado la Rioja, despues los Taboada han dado el grito contra el Gobierno.

Todas estas voces se discuten, se comentan, se prestan á mil conjeturas, se trata de saber cómo han llegado, quién las ha traido, y el tiempo corre y nada sucede, y el *malon* aplazado se realiza, porque el tiempo es oro y es necesario no perderlo, ya que los amigos federales se duermen en las pajas. No hay idea de todas las quimeras que en aquellos mundos han mecido la imajinacion con motivo de la guerra del Paraguay. Ha sido una comedia.

Pero, ahora que ya sabes el oríjen de Mariano Rosas, que cara tiene, como se viste, de qué se ocupan los politicastros de Tierra Adentro y otras particularidades, reanudemos el hilo del relato empezado al terminar mi carta anterior.

Mariano me habia hecho un yapaí. Yo tenia el cuerno lleno de aguardiente en la mano.

— Yapaí, hermano, le dije, y me lo bebí de un sorbo para no tomarle el gusto, como si fuera una purga de aceite de castor.

Sentí como si me hubieran echado una brasa de fuego en el estómago. La erupcion no se hizo esperar; mi boca era un albañal. Despedia á torrentes todo cuanto habia comido y una revolucion intestinal rujia dentro de mí. Oia el bullicio porque tenia orejas, no veia nada. Se me figuraba que no estaba en el suelo sino suspendido en el aire, dando vueltas á la manera de una rueda que se jira sobre un eje, aunque me parecia que la cabeza siempre quedaba para abajo, gravitando mas que todo el resto de mi humanidad. Horribles ánsias, nauseabundas arcadas, bascas ágrias como vinagre, una desazon é inquietud imponderables me devoraban.

Pasó el mareo.

Los yapaí siguieron para reforzar la tranca, como decia cierto espiritual amigo sectario de Baco, cuando entraba al Club del Progreso, picado ya, y le pedia al mozo una copita de coñac.

Hay situaciones que son como un incendio en alta mar, todas las probabilidades están en contra. Yo me hallaba en una de ellas.

Para remate de fiestas, Mariano queria loncotear conmigo, *loncotear* á las tres de la mañana! Era nada lo del ojo y lo llevaba en la mano! Me defendí como pude. El indio no estaba para bromas. Viendo que loncotear era imposible, le dió por agarrarme de los hombros con entrambas manos sacudiéndome con sus fuerzas atléticas unas veces, empujándome para atras otras. Hermano! hermano! me decia con estridente voz, mimbreándose como una vara. Yo le contenia y le rechazaba con moderacion. Un movimiento brusco mio podia hacerle dar un traspié. Y si se caia de narices, quién sabe si sus comensales no me hacian á mí lo que los arrieros á don Quijote.

Bien considerado el caso era peliagudo. Una de las veces

que esforzándome en contenerlo tropezó, por poco no cae despatarrado, despachurrándose.

Abrazóse de mí con sus membrudos brazos. Temí algo. Le busqué el puñal, lo hallé, lo empuñé vigorosamente para que no pudiera hacer uso de él, y así permanecimos un rato, él pugnando por sacarme campo afuera, yo luchando por no retirarme de la enramada. Nos separábamos, nos volviamos á abrazar. Tornábamos á separarnos y en cada atropellada que me hacia metíame las manos por la cara.

Yo estaba tentado de llamar á mis oficiales y asistentes, porque francamente, recelaba un desaguisado. Pero me daba no sé qué hacerlo. Cierto es que allí no habia perros que me asustáran, mas es que tampoco habia miriñaques que me alentáran. Aquel público, el instinto que me despertaba en mí era el de la propia conservacion.

De aguardiente no quedaba ya sino el olor.

La chusma queria rematarse.

— Dando mas aguardiente, coronel, me decian.

— Otro poco hermano, me dijo Mariano.

Miguelito les habló en su lengua, y tirándome de un brazo:

— Vamos, mi coronel, me dijo.

Comprendí que queria sacarme de allí. Le seguí. Los indios se echaron en el suelo, unos sobre otros, todos revueltos.

Miguelito me llevaba en direccion á mi rancho. Iba á amanecer. El cielo se habia cubierto de nubes. La luz de las estrellas apenas brillaba al través. Estábamos en tinieblas. Yo caminaba, no por mi voluntad sino arrastrado por mi guardian. Me bamboleaba perdiendo por momentos el equilibrio. Llegamos á la puerta de mi rancho, Miguelito alzó el cuero.

Entre y descanse, me dijo, mi Coronel. Yo voy á entretenerlos á aquellos.

Entré.

Detrás de mí entró una sombra.

A la luz moribunda del candil que habia llevado Cármen, hacia un rato, me pareció ver una mujer.

Estas mujeres se le aparecen á uno en todas partes. Nos aman con abnegacion.

Y tan crueles que somos despues con ellas!

Nos dan la vida, el placer, la felicidad.

Y para qué? Para que tarde ó temprano en un arranque de hastío, esclamemos:

«Siempre igual, necias mujeres.»

XXXIV.

Efectos del aguardiente. — Una mano femenil. — Mi comadre Cármen me cuenta lo sucedido. — Unas coplas. — La vida de un artista en acordion en dos palabras. — Preguntas y respuestas. — Las obras públicas de Leubucó. — Insistencia del organista. — Un baño. — Mariano Rosas en el corral. — Cómo matan los indios la res.

El candil ardia y se apagaba como un fuego fátuo.

Buscando mi cama, donde no estaba, porque los últimos humos del mareo me hacian ver todos los objetos trastornados, al revés, tropecé con la luz y la estinguí. Con los ojos de la imajinacion veia el caos. Trataba de encontrar un punto de apoyo para no caerme. Mis brazos funcionaban como las aspas de un molino. Me caí. Me levanté. Volví á caerme encima de los compañeros de rancho.

Ni los frailes, ni los oficiales sintieron la mole que repetidas veces se desplomó sobre ellos.

Mi ronca voz, ahogándose en la garganta, llamaba un asistente.

Nadie me oia.

Tanteando como un ciego perlático, cojí una cosa blanda, sedosa, suave, y, al mismo tiempo, percibí como en sueños un ruido de gallinas. Mi mano habia asido de la rabadilla un gallo ó pollo despertando todo el gallinero de Mariano Rosas, que huyendo de la helada, sin duda, se habia guarecido en nuestra morada, tomando posesion de mi lecho.

La sorpresa me hizo soltar la presa, abandonar el punto de apoyo y caer de boca, posándola sobre algo blando, hediondo y frio.

Creí asfixiarme, porque no podia cambiar de posicion.

Mis piernas parecian dislocadas, como las de un muñeco. Haciendo un esfuerzo supremo, me enderecé. Describí dos semicírculos con los brazos. Hallé una mano pequeña, pulida, caliente que me sostuvo, arrastrándome poco á poco. Un brazo rodeó mi cuerpo. Recliné mi cabeza desvanecida sobre un seno palpitante y dí unos cuantos pasos, lo mismo que un herido, alzóse el cuero de la puerta del rancho y penetró en él, hiriendo mis ojos medio abiertos, la luz crepuscular.

Confusamente percibí varias voces que decian:

— ¿Dónde está ese coronel Mansilla?

— Dando mas aguardiente!

Una voz contestó:

— No está aquí.

Y al mismo tiempo, cayendo el cuero de improviso, volvió á quedar el rancho envuelto en una completa oscuridad.

Oí como el murmullo de jente que refunfuña y ruido como el de pisadas que se alejan.

Sentí que una cosa áspera, como una tela de lana, repasaba mi rostro y que me empujaban hácia adelante.

Yo no era dueño de mí mismo. Obedecia, abria y cerraba los ojos.

Ví entrar de nuevo la luz del alba en el rancho. Despues sentí frio. Caminaba á la par de otra persona que con cariño me sustentaba.

Me quedé dormido.

Al rato me desperté al lado de un gran fogon.

En torno de él estaban tres mujeres y tres hombres, cristianos todos. Me habian hecho una cama con jergas y cueros. A mi lado estaba una china.

— Qué quiere tomar, me dijo, mate ó café?

Fijé con agradecimiento los ojos en ella y reconocí á mi comadre Cármen.

Café, comadre, le contesté.

Y miéntras lo preparaba, contóme que cuando me separé de Mariano Rosas, ella estaba en la enramada, despierta, por si algo necesitaba; que se deslizó entre las sombras de

la noche, ayudándole á Miguelito á llevarme á mi rancho; que al salir, varios indios habian acudido á preguntar por mí; que finjiendo voz de cristiano les habia contestado que no estaba; y que para que no me incomodáran y me dejáran descansar, me habia llevado á un toldo vecino en el que habitaban puros cristianos.

Me puse á tomar café. Gradualmente fueron desapareciendo los efectos narcóticos del aguardiente. La aurora color de rosa entraba con sus rayos de fuego por entre las rendijas del toldo. Cantaban los gallos, cacareaban las gallinas, relinchaban los caballos, bramaban los toros, oíase el balido de las ovejas, ajitábase todo al despertar de la naturaleza.

Vibraron las notas de un mal tocado acordion, y una voz que me hizo crispar los nervios entonó unas coplas.

Señor Coronel Mansilla,
Permítame que le cante.

Iba á tronar contra el negro, porque era él en cuerpo y alma el de la música, cuando entró en el toldo, y plegando su instrumento y sellando sus labios, interrumpió las coplas para decirme:

— Buenos dias, mi amo, — su mercé ha pasado bien la noche?

Me pareció mejor írmele á las buenas y así le contesté:

— Muy bien, hombre, gracias, siéntate. Pero con la condicion que no has de tocar tu maldito acordion, ni has de cantar. Yo estoy harto.

Sentóse.

Le pasaron un mate, y entre chupada y chupada, me refirió su vida en cuatro palabras.

— Mi amo, me dijo, yo soy federal. Cuando cayó nuestro padre Rozas, que nos dió la libertad á los negros, estaba de baja. Me hicieron veterano otra vez. Estuve en el Azul con el jeneral Rivas. De allí me deserté y me vine para acá. Y no he de salir de aquí, hasta que no vuelva el Restaurador, que ha de ser pronto, porque D. Juan Sáa nos ha escrito que él lo va á mandar buscar. Yo he sido de los negros de Ravelo.

Y aquí interrumpió la historia de su vida, entonando, ó mejor dicho, desentonando, esta cancion:

Que viva la patria
Libre de cadenas,
Y viva el gran Rozas
Para defenderla.

Le atajé el resuello, diciéndole:

— Hombre, ya te he dicho que no quiero oirte cantar.

Callóse, y mirándome con cierta desconfianza me pregunto:

— Vd. es sobrino de Rozas?

— Sí.

— Federal?

— No.

— Salvaje?

— No.

— Y entónces, qué es?

— Qué te importa!

El negro frunció la frente, y con voz y aire irrespetuoso:

— No me trate mal porque soy negro y pobre, me dijo.

— No seas insolente, le contesté.

— Aquí todos somos iguales, repuso, agregando algo indecente.

Agarré una astilla de leña enorme, levanté el brazo, y diciéndole: ahora verás, — iba á darle un garrotazo, cuando mi comadre Cármen me contuvo, diciéndome:

— No le haga caso, compadre, á ese negro borracho.

Dirijióse á él, hablándole en araucano, y el negro, que se habia puesto de pié, volvió á sentarse, diciéndome:

— Dispense su merced.

— Estás dispensado, le contesté, pero cuidado con volver á tratarme como me has tratado!

Intentó desplegar su acordion. Era en vano. Me hacia el efecto de una lima de acero, que raspa los dientes.

Tuvo que renunciar á su pasion filarmónica. Tomó la palabra, y siguió hablando de sus opiniones políticas, y de las delicias de aquella tierra.

— Aquí hay de todo, mi Coronel, me decia. Al que es

hombre de bien, lo tratan bien, y al que es pícaro, el jeneral Mariano lo castiga, haciéndole trabajar en las obras públicas.

Solté una carcajada, amplia é injénua.

— Las obras públicas?

— Sí, mi amo.

Y qué obras públicas son esas?

— Ahhhhh! Los corrales del jeneral.

En este momento entró, refregándose los ojos, el padre Marcos, atraido por la lumbre de nuestro hermoso fogon, buscando agua caliente para tomar un jarro de té.

Sentóso en la rueda el buen franciscano y siguió la charla, sazonándola el negro con algunas agudezas, y rogándome de vez en cuando que le dejára tocar su acordion.

— Nó, nó, le decia yo, prefiero oir un cuerno á tu acordion.

Su aire favorito era el muy popular de *arrincónemela**, y esta tocata, recordándome á Buenos Aires, me entristecia.

Suplicaba.

Decididamente, el acordion era para él una necesidad, — como el violin para Paganini, — el piano para Gottschalk.

Yo me negaba inflexiblemente.

Y no solo me negaba á que luciera su habilidad, sino que le amenazaba con hacerle perder la gracia de Mariano Rosas, sino tenia juicio, mandándole á éste á mi regreso al Rio 4º un organito de resorte.

— Entónces, le decia, ya no serás un hombre necesario aquí.

Salió el sol; tenia necesidad de refrescar mi cuerpo. Recuerda, Santiago, amigo, que no he dormido ni me he lavado, desde que estábamos en Calcumuleu.

Pregunté si no habia por allí cerca donde bañarse.

Me dijeron que sí, que á veinte cuadras de distancia habia un gran jaguel, con piso de tosca, donde se bañaban de madrugada las chinas de Mariano y él mismo.

* La habia sacado de oido oyéndosela tocar en la guitarra á un desertor.

Le pedí á un cristiano que me lo enseñára.

Llamé á un asistente, hice traer un caballo, abandoné el fogon, salté en pelos y de una sentada estuve en el baño.

Hacia un frio glacial. Manuel Gazcon, que es un pato, un hidrópata, por estudio y por conviccion, se habria deleitado allí.

Las abluciones despejaron mis sentidos y retemplaron mi cuerpo, borrando hasta los rastros de la mala noche. Me sentí otro hombre.

Hice que mi asistente se bañára, y mientras él tiritaba de frio, dando diente con diente, por la falta de costumbre de zabullirse en el agua con el alba, — yo me paseaba á largos trancos por la blanda arena, provocando la reaccion. Se produjo, monté á caballo y tomé el camino de los toldos.

De regreso, ví mucha jente, y una gran polvareda cerca de la orilla del monte. Corrian dentro de un corral. Cambié de direccion y fuí á ver qué hacian.

Habian enlazado una vaca gorda y se disponian á carnearla.

Mariano Rosas estaba allí, fresco como una lechuga. Se habia bañado ántes que yo. Nadie que no estuviera en el secreto habria sospechado la noche que habia pasado. Los estragos hechos en su cuerpo por el aguardiente se descubrian, sin embargo, en la depresion de los párpados inferiores, cuyo tinte era violáceo.

En el instante de acercarme al corral, reboleaba el lazo para echar un piale. Lo recojió, y viniendo á mí con el mayor cariño y cortesía, me estiró la mano y me dió los buenos dias, preguntándome cómo habia pasado la noche, que si no me habian incomodado.

Estuve tan galante y afectuoso como él.

— Esa vaca gorda es para Vd., hermano, me dijo.

Y súbito, reboleó el lazo y echó un piale maestro y volviéndose á mí, haciendo pié con una destreza envidiable, me dijo:

Esto se lo debo á su tio, hermano.

Enlazada y pialada la res, cayó en tierra.

Creí que iban á matarla como lo hacemos los cristianos,

clavándole primero el cuchillo repetidas veces en el pecho, y degollándola en medio de bramidos desgarradores, que hacen estremecer la tierra.

Hicieron otra cosa.

Un indio le dió un bolazo en la frente dejándola sin sentido.

En seguida la degollaron.

— Para qué es ese bolázo, hermano? le pregunté á Mariano.

— Para que no brame, hermano, me contestó. No vé que dá lastima matarla así?

Que la civilizacion haga sus comentarios y se conteste á sí misma, — si bárbaros que tienen el sentimiento de la bondad para con los animales son susceptibles, ó nó de una jenerosa redencion.

Degollada la res, la abandonaron á las chinas. Ellas la desollaron, la descuartizaron y la despostaron, recojiendo hasta la sangre.

Mariano Rosas y yo nos volvimos juntos á su toldo, conversando por el camino como dos viejos camaradas. Ni él, ni yo, hicimos mencion para nada de las escenas de la noche anterior.

Mariano montaba un caballo oscuro de su predileccion, aperado con sencillez.

Era un animal vigoroso. Tenia la marca del jeneral D. Anjel Pacheco.

Llegamos á su toldo. Nos apeames, nos sentamos, y poco á poco comenzaron á llegar visitas, entrando y saliendo las jentes de la casa. Yo era objeto de todo jénero de atenciones. Me cebaron mate, me sirvieron un churrasco gordo, suculento, chorreando sangre, á la inglesa.

Me lo comí todo entero, quemándome los dedos y chupándomelos despues, como se estila en la tierra. Donde no hay manteles ni servilletas, qué otra cosa se ha de hacer?

Mariano me pidió permiso para dejarme solo un momento. Salió, desensilló el oscuro, lo soltó, ensilló un moro, y lo ató de la rienda en el palenque. Dió algunas órdenes y volvió á la enramada sobando una manea.

— Hermano, me dijo, á mí me gusta hacer yo mismo mis cosas. Así salen mejor. Mi apero no lo maneja nadie, ni mis caballos tampoco. Mi padrino era lo mismo cuando yo lo conocí. A Dios gracias, soy hombre sano.

Despues de esto cambiamos algunas palabras sin interés. Por último, me ofreció presentarme su familia.

Mañana estaremos de recepcion.

XXXV.

El toldo de Mariano Rosas visto de la enramada. — Preparativos para recibirme. — Un bufon en Leubucó. — De visita. — Descripcion de un toldo. — La mesa. — El indio y el gaucho. — Paralelo afijente. — Reflexiones. — La comida. — Un incidente gaucho.

La puerta del toldo de Mariano Rosas, caia á la enramada.

Varias chinas y cautivas lo barrian con escobas de biznaga, regaban el suelo arrojando en él jarros de agua, que sacaban con una mano de un gran tiesto de madera que sostenian con otra; colocaban á derecha é izquierda asientos de cueros negros de carnero, muy lanudos; ponian todo en órden, haciendo lios de los aperos, tendiendo las camas, colgando en ganchos de madera, hechos de orquetas de chañar, lazos, bolas, riendas, maneadores y bozales.

Una cuadrilla de indiecitos, sacaba en cueros, arrastrados mediante una soga de lo mismo, los montones de basura é inmundicia que las chinas y cautivas iban haciendo en simetría, revelando que aquella operacion era hecho con frecuencia.

Un grupo de chinas de varias edades se peinaba con escobitas de paja brava, arreglando sus largos y lustrosos cabellos en dos trenzas de á tres gruesas guedejas cada una que remataban en una cinta pampa, y, para ajustarlas y alisarlas mejor, las humedecian con saliba, se pintaban unas á las otras, con carmin en polvo, los labios y los pómulos, se sombreaban los párpados y se ponian lunarcitos negros con el barro consabido; se ponian sarcillos, brazaletes, colla-

res, se ceñian el cuerpo bien con una ancha faja de vivos colores, y por último, se miraban en espejitos redondos de plomo de dos tapas, de unos que todo el mundo habrá visto en nuestros almacenes.

Yo veia todos estos preparativos, echando miradas furtivas al interior del toldo.

El negro del acordion se presentó, con su instrumento en mano. Estaban identificados por lo visto, no podian separarse; sin negro no habia acordion, sin acordion no habia negro.

Preludió un airecito y entonó unas coplas de su invencion.

Tambien era poeta, ya lo previne, aunque haciendo constar que sus baladas no recordaban las de Tirteo.

«Señor don Mariano Rosas
La familla ya lo espera.»

Cantó el maestro de ceremonias de Leubucó, fiel judío de la política, resuelto á esperar allí hasta la consumacion de sus dias, la venida del Mesías, — el regreso del Restaurador.

Mariano le miró, con esa cara benévola, con esa sonrisa afectuosa, con que los hombres ensoberbecidos por el poder miran á sus palaciegos y aduladores.

El negro, que conocía su posicion, hizo algunas piruetas y danzó.

Parecia un sátiro.

Tenia la mota parada como cuernos, los ojos saltados enrojecidos por el alcohol, unas narices anchas y chatas llenas de escrecencias, unos labios gordos y rosados como salchichas crudas.

Se le hizo bueno el partido y siguió tocando su acordion, mirándome picarescamente, como quien dice: ahora te tengo.

La buena crianza, no permitia manifestarme disgustado de las gracias coreográficas, ni de la habilidad musical de aquel valido predilecto y mimado del dueño de casa.

Al contrario, como Mariano Rosas me mirára, de cuando en cuando sonriéndose, tenia que sonreirme.

XXXIV.

Efectos del aguardiente. — Una mano femenil. — Mi comadre Cármen me cuenta lo sucedido. — Unas coplas. — La vida de un artista en acordion en dos palabras. — Preguntas y respuestas. — Las obras públicas de Leubucó. — Insistencia del organista. — Un baño. — Mariano Rosas en el corral. — Cómo matan los indios la res.

El candil ardia y se apagaba como un fuego fátuo.

Buscando mi cama, donde no estaba, porque los últimos humos del mareo me hacian ver todos los objetos trastornados, al revés, tropecé con la luz y la estinguí. Con los ojos de la imajinacion veia el caos. Trataba de encontrar un punto de apoyo para no caerme. Mis brazos funcionaban como las aspas de un molino. Me caí. Me levanté. Volví á caerme encima de los compañeros de rancho.

Ni los frailes, ni los oficiales sintieron la mole que repetidas veces se desplomó sobre ellos.

Mi ronca voz, ahogándose en la garganta, ¡llamaba un asistente.

Nadie me oia.

Tanteando como un ciego perlático, cojí una cosa blanda, sedosa, suave, y, al mismo tiempo, percibí como en sueños un ruido de gallinas. Mi mano habia asido de la rabadilla un gallo ó pollo despertando todo el gallinero de Mariano Rosas, que huyendo de la helada, sin duda, se habia guarecido en nuestra morada, tomando posesion de mi lecho.

La sorpresa me hizo soltar la presa, abandonar el punto de apoyo y caer de boca, posándola sobre algo blando, hediondo y frio.

Creí asfixiarme, porque no podia cambiar de posicion.

Mis piernas parecian dislocadas, como las de un muñeco. Haciendo un esfuerzo supremo, me enderecé. Describí dos semicírculos con los brazos. Hallé una mano pequeña, pulida, caliente que me sostuvo, arrastrándome poco á poco. Un brazo rodeó mi cuerpo. Recliné mi cabeza desvanecida sobre un seno palpitante y dí unos cuantos pasos, lo mismo que un herido, alzóse el cuero de la puerta del rancho y penetró en él, hiriendo mis ojos medio abiertos, la luz crepuscular.

Confusamente percibí varias voces que decian:

— ¿Dónde está ese coronel Mansilla?

— Dando mas aguardiente!

Una voz contestó:

— No está aquí.

Y al mismo tiempo, cayendo el cuero de improviso, volvió á quedar el rancho envuelto en una completa oscuridad.

Oí como el murmullo de jente que refunfuña y ruido como el de pisadas que se alejan.

Sentí que una cosa áspera, como una tela de lana, repasaba mi rostro y que me empujaban hácia adelante.

Yo no era dueño de mí mismo. Obedecia, abria y cerraba los ojos.

Ví entrar de nuevo la luz del alba en el rancho. Despues sentí frio. Caminaba á la par de otra persona que con cariño me sustentaba.

Me quedé dormido.

Al rato me desperté al lado de un gran fogon.

En torno de él estaban tres mujeres y tres hombres, cristianos todos. Me habian hecho una cama con jergas y cueros. A mi lado estaba una china.

— Qué quiere tomar, me dijo, mate ó café?

Fijé con agradecimiento los ojos en ella y reconocí á mi comadre Cármen.

Café, comadre, le contesté.

Y miéntras lo preparaba, contóme que cuando me separé de Mariano Rosas, ella estaba en la enramada, despierta, por si algo necesitaba; que se deslizó entre las sombras de

la noche, ayudándole á Miguelito á llevarme á mi rancho; que al salir, varios indios habian acudido á preguntar por mí; que finjiendo voz de cristiano les habia contestado que no estaba; y que para que no me incomodáran y me dejáran descansar, me habia llevado á un toldo vecino en el que habitaban puros cristianos.

Me puse á tomar café. Gradualmente fueron desapareciendo los efectos narcóticos del aguardiente. La aurora color de rosa entraba con sus rayos de fuego por entre las rendijas del toldo. Cantaban los gallos, cacareaban las gallinas, relinchaban los caballos, bramaban los toros, oíase el balido de las ovejas, ajitábase todo al despertar de la naturaleza.

Vibraron las notas de un mal tocado acordion, y una voz que me hizo crispar los nervios entonó unas coplas.

Señor Coronel Mansilla,
Permítame que le cante.

Iba á tronar contra el negro, porque era él en cuerpo y alma el de la música, cuando entró en el toldo, y plegando su instrumento y sellando sus labios, interrumpió las coplas para decirme:

— Buenos dias, mi amo, — su mercé ha pasado bien la noche?

Me pareció mejor írmele á las buenas y así le contesté:

— Muy bien, hombre, gracias, siéntate. Pero con la condicion que no has de tocar tu maldito acordion, ni has de cantar. Yo estoy harto.

Sentóse.

Le pasaron un mate, y entre chupada y chupada, me refirió su vida en cuatro palabras.

— Mi amo, me dijo, yo soy federal. Cuando cayó nuestro padre Rozas, que nos dió la libertad á los negros, estaba de baja. Me hicieron veterano otra vez. Estuve en el Azul con el jeneral Rivas. De allí me deserté y me vine para acá. Y no he de salir de aquí, hasta que no vuelva el Restaurador, que ha de ser pronto, porque D. Juan Sáa nos ha escrito que él lo va á mandar buscar. Yo he sido de los negros de Ravelo.

Y aquí interrumpió la historia de su vida, entonando, ó mejor dicho, desentonando, esta cancion:

Que viva la patria
Libre de cadenas,
Y viva el gran Rozas
Para defenderla.

Le atajé el resuello, diciéndole:

— Hombre, ya te he dicho que no quiero oirte cantar.

Callóse, y mirándome con cierta desconfianza me pregunto:

— Vd. es sobrino de Rozas?

— Sí.

— Federal?

— No.

— Salvaje?

— No.

— Y entónces, qué es?

— Qué te importa!

El negro frunció la frente, y con voz y aire irrespetuoso:

— No me trate mal porque soy negro y pobre, me dijo.

— No seas insolente, le contesté.

— Aquí todos somos iguales, repuso, agregando algo indecente.

Agarré una astilla de leña enorme, levanté el brazo, y diciéndole: ahora verás, — iba á darle un garrotazo, cuando mi comadre Cármen me contuvo, diciéndome:

— No le haga caso, compadre, á ese negro borracho.

Dirijióse á él, hablándole en araucano, y el negro, que se habia puesto de pié, volvió á sentarse, diciéndome:

— Dispense su merced.

— Estás dispensado, le contesté, pero cuidado con volver á tratarme como me has tratado!

Intentó desplegar su acordion. Era en vano. Me hacia el efecto de una lima de acero, que raspa los dientes.

Tuvo que renunciar á su pasion filarmónica. Tomó la palabra, y siguió hablando de sus opiniones políticas, y de las delicias de aquella tierra.

— Aquí hay de todo, mi Coronel, me decia. Al que es

hombre de bien, lo tratan bien, y al que es pícaro, el jeneral Mariano lo castiga, haciéndole trabajar en las obras públicas.

Solté una carcajada, amplia é injénua.

— Las obras públicas?

— Sí, mi amo.

Y qué obras públicas son esas?

— Ahhhhh! Los corrales del jeneral.

En este momento entró, refregándose los ojos, el padre Marcos, atraido por la lumbre de nuestro hermoso fogon, buscando agua caliente para tomar un jarro de té.

Sentóso en la rueda el buen franciscano y siguió la charla, sazonándola el negro con algunas agudezas, y rogándome de vez en cuando que le dejára tocar su acordion.

— Nó, nó, le decia yo, prefiero oir un cuerno á tu acordion.

Su aire favorito era el muy popular de *arrincónemela**, y esta tocata, recordándome á Buenos Aires, me entristecia.

Suplicaba.

Decididamente, el acordion era para él una necesidad, — como el violin para Paganini, — el piano para Gottschalk.

Yo me negaba inflexiblemente.

Y no solo me negaba á que luciera su habilidad, sino que le amenazaba con hacerle perder la gracia de Mariano Rosas, sino tenia juicio, mandándole á éste á mi regreso al Rio 4º un organito de resorte.

— Entónces, le decia, ya no serás un hombre necesario aquí.

Salió el sol; tenia necesidad de refrescar mi cuerpo. Recuerda, Santiago, amigo, que no he dormido ni me he lavado, desde que estábamos en Calcumuleu.

Pregunté si no habia por allí cerca donde bañarse.

Me dijeron que sí, que á veinte cuadras de distancia habia un gran jaguel, con piso de tosca, donde se bañaban de madrugada las chinas de Mariano y él mismo.

* La habia sacado de oido oyéndosela tocar en la guitarra á un desertor.

Le pedí á un cristiano que me lo enseñára.

Llamé á un asistente, hice traer un caballo, abandoné el fogon, salté en pelos y de una sentada estuve en el baño.

Hacia un frio glacial. Manuel Gazcon, que es un pato, un hidrópata, por estudio y por conviccion, se habria deleitado allí.

Las abluciones despejaron mis sentidos y retemplaron mi cuerpo, borrando hasta los rastros de la mala noche. Me sentí otro hombre.

Hice que mi asistente se bañára, y mientras él tiritaba de frio, dando diente con diente, por la falta de costumbre de zabullirse en el agua con el alba, — yo me paseaba á largos trancos por la blanda arena, provocando la reaccion. Se produjo, monté á caballo y tomé el camino de los toldos.

De regreso, ví mucha jente, y una gran polvareda cerca de la orilla del monte. Corrian dentro de un corral. Cambié de direccion y fuí á ver qué hacian.

Habian enlazado una vaca gorda y se disponian á carnearla.

Mariano Rosas estaba allí, fresco como una lechuga. Se habia bañado ántes que yo. Nadie que no estuviera en el secreto habria sospechado la noche que habia pasado. Los estragos hechos en su cuerpo por el aguardiente se descubrian, sin embargo, en la depresion de los párpados inferiores, cuyo tinte era violáceo.

En el instante de acercarme al corral, reboleaba el lazo para echar un piale. Lo recojió, y viniendo á mí con el mayor cariño y cortesía, me estiró la mano y me dió los buenos dias, preguntándome cómo habia pasado la noche, que si no me habian incomodado.

Estuve tan galante y afectuoso como él.

— Esa vaca gorda es para Vd., hermano, me dijo.

Y súbito, reboleó el lazo y echó un piale maestro y volviéndose á mí, haciendo pié con una destreza envidiable, me dijo:

Esto se lo debo á su tio, hermano.

Enlazada y pialada la res, cayó en tierra.

Creí que iban á matarla como lo hacemos los cristianos,

clavándole primero el cuchillo repetidas veces en el pecho, y degollándola en medio de bramidos desgarradores, que hacen estremecer la tierra.

Hicieron otra cosa.

Un indio le dió un bolazo en la frente dejándola sin sentido.

En seguida la degollaron.

— Para qué es ese bolázo, hermano? le pregunté á Mariano.

— Para que no brame, hermano, me contestó. No vé que dá lastima matarla así?

Que la civilizacion haga sus comentarios y se conteste á sí misma, — si bárbaros que tienen el sentimiento de la bondad para con los animales son susceptibles, ó nó de una jenerosa redencion.

Degollada la res, la abandonaron á las chinas. Ellas la desollaron, la descuartizaron y la despostaron, recojiendo hasta la sangre.

Mariano Rosas y yo nos volvimos juntos á su toldo, conversando por el camino como dos viejos camaradas. Ni él, ni yo, hicimos mencion para nada de las escenas de la noche anterior.

Mariano montaba un caballo oscuro de su predileccion, aperado con sencillez.

Era un animal vigoroso. Tenia la marca del jeneral D. Anjel Pacheco.

Llegamos á su toldo. Nos apeames, nos sentamos, y poco á poco comenzaron á llegar visitas, entrando y saliendo las jentes de la casa. Yo era objeto de todo jénero de atenciones. Me cebaron mate, me sirvieron un churrasco gordo, suculento, chorreando sangre, á la inglesa.

Me lo comí todo entero, quemándome los dedos y chupándomelos despues, como se estila en la tierra. Donde no hay manteles ni servilletas, qué otra cosa se ha de hacer?

Mariano me pidió permiso para dejarme solo un momento. Salió, desensilló el oscuro, lo soltó, ensilló un moro, y lo ató de la rienda en el palenque. Dió algunas órdenes y volvió á la enramada sobando una manea.

— Hermano, me dijo, á mí me gusta hacer yo mismo mis cosas. Así salen mejor. Mi apero no lo maneja nadie, ni mis caballos tampoco. Mi padrino era lo mismo cuando yo lo conocí. A Dios gracias, soy hombre sano.

Despues de esto cambiamos algunas palabras sin interés. Por último, me ofreció presentarme su familia.

Mañana estaremos de recepcion.

XXXV.

El toldo de Mariano Rosas visto de la enramada. — Preparativos para recibirme. — Un bufon en Leubucó. — De visita. — Descripcion de un toldo. — La mesa. — El indio y el gaucho. — Paralelo afijente. — Reflexiones. — La comida. — Un incidente gaucho.

La puerta del toldo de Mariano Rosas, caia á la enramada.

Varias chinas y cautivas lo barrian con escobas de biznaga, regaban el suelo arrojando en él jarros de agua, que sacaban con una mano de un gran tiesto de madera que sostenian con otra; colocaban á derecha é izquierda asientos de cueros negros de carnero, muy lanudos; ponian todo en órden, haciendo lios de los aperos, tendiendo las camas, colgando en ganchos de madera, hechos de orquetas de chañar, lazos, bolas, riendas, maneadores y bozales.

Una cuadrilla de indiecitos, sacaba en cueros, arrastrados mediante una soga de lo mismo, los montones de basura é inmundicia que las chinas y cautivas iban haciendo en simetría, revelando que aquella operacion era hecho con frecuencia.

Un grupo de chinas de varias edades se peinaba con escobitas de paja brava, arreglando sus largos y lustrosos cabellos en dos trenzas de á tres gruesas guedejas cada una que remataban en una cinta pampa, y, para ajustarlas y alisarlas mejor, las humedecian con saliba, se pintaban unas á las otras, con carmin en polvo, los labios y los pómulos, se sombreaban los párpados y se ponian lunarcitos negros con el barro consabido; se ponian sarcillos, brazaletes, colla-

res, se ceñian el cuerpo bien con una ancha faja de vivos colores, y por último, se miraban en espejitos redondos de plomo de dos tapas, de unos que todo el mundo habrá visto en nuestros almacenes.

Yo veia todos estos preparativos, echando miradas furtivas al interior del toldo.

El negro del acordion se presentó, con su instrumento en mano. Estaban identificados por lo visto, no podian separarse; sin negro no habia acordion, sin acordion no habia negro.

Preludió un airecito y entonó unas coplas de su invencion.

Tambien era poeta, ya lo previne, aunque haciendo constar que sus baladas no recordaban las de Tirteo.

«Señor don Mariano Rosas
La familla ya lo espera.»

Cantó el maestro de ceremonias de Leubucó, fiel judío de la política, resuelto á esperar allí hasta la consumacion de sus dias, la venida del Mesías, — el regreso del Restaurador.

Mariano le miró, con esa cara benévola, con esa sonrisa afectuosa, con que los hombres ensoberbecidos por el poder miran á sus palaciegos y aduladores.

El negro, que conocía su posicion, hizo algunas piruetas y danzó.

Parecia un sátiro.

Tenia la mota parada como cuernos, los ojos saltados enrojecidos por el alcohol, unas narices anchas y chatas llenas de escrecencias, unos labios gordos y rosados como salchichas crudas.

Se le hizo bueno el partido y siguió tocando su acordion, mirándome picarescamente, como quien dice: ahora te tengo.

La buena crianza, no permitia manifestarme disgustado de las gracias coreográficas, ni de la habilidad musical de aquel valido predilecto y mimado del dueño de casa.

Al contrario, como Mariano Rosas me mirára, de cuando en cuando sonriéndose, tenia que sonreirme.

Los circunstantes festejaban las bufonadas del negro.

Estaba radiante de júbilo; se sentaba al lado del cacique, le palmeaba, le abrazaba y mirándole con admiracion, esclamaba,: ah! toro lindo! Este es mi padre! Yo doy por él la vida! No es verdad mi amo?

Mariano, hacia un movimiento de aprobacion con la cabeza y en voz baja me decia: es muy fiel.

Miserable condicion humana!

El hombre es el mismo en todas partes, se inclina á los que lisonjean su necio orgullo, su amor propio, su vanidad; huye y se aleja de los que se estiman lo bastante para no envilecerse con la mentira.

No en valde Dante ha colocado á los aduladores en el Malebolge, — la fosa maldita — hundidos hasta las narices en pestíferas letrinas.

Llegaron mas visitas.

Todas fueron recibidas por Mariano con estudiada cortesía, observando estrictamente el ceremonial.

Y sabemos que consiste en una série monótona de preguntas y respuestas.

Para todo el mundo habia asiento.

Despues que terminaban los saludos, venia la presentacion.

Yo tenia que levantarme, que dar la mano, que abrazar y que contestar con frases análogas, estas preguntas y salutaciones:

Me alegro de haberle conocido!

Cómo le ha ido de camino?

No ha perdido algunos caballos?

Estamos muy contentos de verlo aquí!

El negro tocaba, cantaba, bailaba y á quien mejor le parecia le adjudicaba una patochada. Para él era lo mismo que fuera un cacique, que un capitanejo; un indio que un cristiano. Tenia influencia en palacio y podia usar y abusar de sus festejadas gracias.

Llamé á los franciscanos para que los recien llegados les conocieran.

Vinieron. Con su aire dulce y manso saludaron á todos

siendo objeto de demonstraciones de respeto. El sacerdote es para los indios algo de venerando.

Hay en ellos un jérmen fecundo que esplotar en bien de la relijion, de la civilizacion y de la humanidad.

Miéntras tanto qué se ha hecho?

Cómo se llaman, pregunto yo, los mártires jenerosos, que han dado el noble ejemplo de ir á predicar el Evanjelio entre los infieles de esta parte del continente americano?

Cuántas cruces ha regado la barbárie con sangre de misioneros propagadores de la fé?

Ah! esta civilizacion nuestra puede jactarse de todo, hasta de ser cruel y esterminadora consigo misma. Hay, sin embargo, un título modesto que no puede revindicar todavía, — es haber cumplido con los indíjenas los deberes del mas fuerte. Ni siquiera clementes hemos sido. Es el peor de los males.

La presencia de los franciscanos no fué un obstáculo para que siguiera funcionando el acordion.

Yo estaba impaciente por entrar en el toldo de Mariano y conocer su familia.

En una de las vueltas que el negro daba, sentándose acá y allá, se puso á mi lado.

— Mira, le dije al oido, si sigues tocando, en cuanto llegue al Rio 4º mandaré lo que te dije, — el organito para Mariano.

Me miró como diciéndome, — por piedad no, y haciendo callar el instrumento y dirijiéndose á Mariano, le dijo:

— Ya está todo pronto.

Mariano me invitó entónces á pasar al toldo, se puso de pié y me enseñó el camino.

Le seguí dejando á los franciscanos con las visitas en la enramada.

Entramos.

Sus mujeres que eran cinco, sus hijas que eran tres y sus hijos que eran Epumer, Waiquiner, Amunao, Lincoln, Duguinao y Piutrin, estaban sentados en rueda.

A cierta distancia habia un grupo de cautivas.

Las chinas me saludaron con la cabeza, los varones se pusieron de pié, me dieron la mano y me abrazaron.

Las cautivas con la mirada. Me conmovieron.

Quién no se conmueve con la mirada triste y llorosa de una mujer?

Mariano me enseñó un asiento, me senté; él se puso á mi lado, dándome la izquierda.

En frente habia otra fila de asientos. Entraron varios indios y los ocuparon. Eran indios predilectos de Mariano.

Las chinas se levantaron y se pusieron en movimiento. En el medio del toldo habia tres fogones en línea y en cada uno de ellos humeaban grandes ollas de puchero y se tostaban gordos asados.

Un toldo, es un galpon de madera y cuero. Las cumbreras, horcones y costaneras son de madera; el techo y las paredes de cuero de potro cosido con vena de avestrúz. El mojinete tiene una gran abertura; por allí sale el humo y entra la ventilacion.

Los indios no hacen nunca fuego al raso. Cuando van á malon tapan sus fogones. El fuego y el humo traicionan al hombre en la Pampa, son su enemigo. Se ven de lejos. El fuego es un faro. El humo una atalaya.

Todo toldo está dividido en dos secciones de nichos á derecha é izquierda, como los camarotes de un buque. En cada nicho hay un catre de madera, con colchones y almohadas de pieles de carnero; y unos sacos de cuero de potro colgados en los pilares de la cama. En ellos guardan los indios sus cosas.

En cada nicho pernocta una persona.

De las teorías de Balzac, sobre los lechos matrimoniales, los indios creen que la mejor para la conservacion de la paz doméstica es la que aconseja cama separada.

Como ves, Santiago amigo, el espectáculo que presenta el toldo de un indio, es mas consolador que el que presenta el rancho de un gaucho. Y no obstante, el gaucho es un hombre civilizado. O son bárbaros? Cuáles son los verdaderos caracteres de la barbárie?

En el toldo de un indio, hay divisiones para evitar la

promiscuidad de los sexos: camas cómodas, asientos, ollas, platos, cubiertos, una porcion de utensilios que revelan costumbres, necesidades.

En el rancho de un gaucho, falta todo. El marido, la mujer, los hijos, los hermanos, los parientes, los allegados, viven todos juntos, y duermen revueltos. Qué escena aquella para la moral!

En el rancho del gaucho, no hay jeneralmente puerta.

Se sientan en el suelo, en duros pedazos de palo, ó en cabezas de vaca disecadas. No usan tenedores, ni cucharas, ni platos. Rara vez hacen puchero, porque no tienen olla. Cuando lo hacen, beben el caldo en ella, pasándosela unos á otros. No tienen jarro, un cuerno de buey lo suple. A veces ni esto hay. Una caldera no falta jamás, porque hay que calentar agua para tomar mate. Nunca tiene tapa. Es un trabajo taparla y destaparla. La pereza se la arranca y la bota.

El asado se asa en un asador de fierro, ó de palo, y se come con el mismo cuchillo con que se mata al prójimo, quemándose los dedos.

Qué triste y desconsolador es todo esto? Me parte el alma tener que decirlo. Pero para sacar de su ignorancia á nuestra orgullosa civilizacion, hay que obligarla á entablar comparaciones.

Así se replegará cuanto ántes sobre sí misma, y comprenderá que la solucion de los problemas sociales de esta tierra es apremiante.

La suerte de las instituciones libres, el porvenir de la democracia y de la libertad serán siempre inseguros miéntras las masas populares permanezcan en la ignorancia y atraso.

El *cabrio emisario* de las leyes, tienen que ser las costumbres. Dadme una asociacion de hombres cualquiera, con hábitos de trabajo, con necesidades, con decencia, y os prometo en poco tiempo un pueblo con leyes bien calculadas. El bien es una utopia cuando la semilla que debe producirlo no está sazonada. La aspiracion de la libertad racional es una quimera, cuando los instrumentos que deben practicarla son corrompidos.

Dios ha ligado fatalmente los efectos á las causas. Ni

los olmos dan peras, — ni las instituciones sus frutos donde las nociones del bien y del mal, de lo bueno y de lo malo no están universalmente encarnadas en todo pecho. Siguiendo la ruta que llevamos, elevaremos los andamios del templo; pero al levantar la bóveda, el edificio se desplomará con estrépito y aplastará con sus escombros á todos.

Los artífices desaparecerán y el desaliento de los que contemplaban su obra conducirá á la anarquía. Por eso el primer deber de los hombres de estado es conocer su pais.

A los cinco minutos de estar en el toldo nos sirvieron de comer. A cada cual le pusieron delante un gran plato de madera con puchero abundante de choclos y zapallo, cubiertos, — cuchara, tenedor, cuchillo, — y agua.

Las cautivas eran las sirvientas. Algunas vestian como indias y estaban pintadas como ellas. Otras ocultaban su desnudez en andrajosos y súcios vestidos.

Cómo me miraban estas pobres! Qué mal disimulada resignacion traicionaban sus rostros! La que mas avenida parecia era la nodriza de la hija menor de Mariano; habia sido criada en la casa de D. Juan Manuel de Rozas. La cautivaron en Mulitas, en la famosa invasion que trajo el indio Cristo, en la época del gobierno de Urquiza, — cuando lo que se robaba aquí se vendia en las fronteras de Córdoba y San Luis.

Yo no habia comido mas que un churrasquito, desde el dia ántes; el puchero estaba muy apetitoso y bien condimentado. Me puse pues á comer con tanta gana como anoche en el club del Progreso. Y como no habian olvidado los trapos, como olvidaron las servilletas allí, lo hice como un caballero.

Terminado el puchero, trajeron asado, despues sandías.

Estábamos en los postres cuando volvió á presentarse el negro con su inseparable acordion. Se sentó como en su casa al lado de Mariano y comenzó la música. Afortunadamente se habia puesto muy ronco y no podia cantar. Que te dure la ronquera, decia yo para mis adentros, y lo miraba, haciéndole con la cabeza una especie de amenaza de mandar el organito ofrecido y temido por él. El sátrapa me miraba compasivamente. Lo dejé seguir.

Conversábamos como en un salon, — cada uno con quien queria.

Los indios no dan cigarros á los cristianos que están de visita. Para fumar yo, tuve que regalar de los mios á todos.

Los indiecitos nos alcanzaban fuego, y cuando se quedaban jugando ó distraidos, Mariano los aventaba diciéndoles, — Salgan de ahí, no falten al respeto á sus mayores, eran sus palabras casi testuales. Observé que eran en este sentido bien criados.

Mariano, queriendo ponderarme uno de sus hijos, me dijo:

— Este es muy gaucho.

Despues me esplicaron la frase. El indiecito ya robaba maneas y bozales. Mas tarde completaria su educacion robando ovejas, despues vacas. Es la escala.

En seguida me presentó otro.

Era un muchacho de *trece* años, no podia tener mas. Y eso debia tener por la época en que me aseguraran habia nacido. Su mérito consistia en tener mujer ya. Su cara no carecia de atractivos; tenia bastante espresion. Revelaba escesos prematuros, un tísico en perspectiva.

Fumábamos y charlábamos alegremente, cuando se presentó Epumer, con mi capa colorada, la capa causante de tantos malos ratos y dolores de cabeza. Confieso que no me pareció tan fea.

Me saludó con política y me habló con cariño.

Pidió aguardiente, y Mariano le dijo en su lengua, — que no era hora de beber.

Sentóse y tomó parte en la conversacion.

Una cara, que yo no habia visto desde que llegamos, cuya aparicion por allí debia preocuparme, se mostró por una rendija del toldo y con disimulo me hizo una seña significativa.

Finjí un pretesto. Se lo comuniqué á mi huésped y le pedí permiso para retirarme, y me retiré diciendome á mi mismo, lleno de curiosidad — qué habrá?

XXXVI.*

Por qué se me presentaba Camilo Arias. — Caractéres de este hombre y de nuestros paisanos. — El indio Blanco. — Sus amenazas. — Le pido una entrevista á Mariano Rosas. — Me tranquiliza. — Costumbres de los indios. — No existe la prostitucion de la mujer soltera. — Qué es *cancanear*. — El pudor entre las indias. — La mujer casada. — De cuantos modos se casan las indias. — Las viudas. — Escena con Rufino Pereira. — Igualdad. — Miguelito intercede por Rufino.

La cara era la de Camilo Arias.

Salí del toldo, entré en la enramada, eché una visual hácia el lado por donde me habian llamado la atencion, y viendo que aquel se dirijia á mi rancho, haciendo un rodeo, me apresuré á entrar en él.

Entré luego.

Hice salir á los que estaban dentro; al capitan Rivadavia le ordené que estuviera en acecho de los espías que, segun costumbre, debian observar mis movimientos y escuchar mis conversaciones; y á otro oficial, que con todo disimulo se acercára á Camilo y le dijera que podia entrar.

Mi fiel y adicto compañero de tantas correrías por la frontera no se hizo esperar.

Segun mis instrucciones no se me habia acercado desde el dia que llegamos á Leubucó.

Algo grave, alarmante ó que convenia que yo no ignorase acontecia, cuando se me presentaba.

El no era hombre de alarmarse, ni de faltar á su consigna sin razon. Tenia toda la sangre fria, toda la astucia,

* Esta carta será mejor que no la lean las señoras.

toda la esperiencia del mundo, que tan prematuramente adquieren nuestros paisanos; son condiciones características en ellos, que la vida errante y azarosa que llevan desarrolla en sumo grado.

Es cosa que pasma verlos desde chiquitos cruzar los campos solos, á toda hora del dia y de la noche, en un mancarron ó picando una carreta; alejarse de las casas ó de las poblaciones, á bolear avestruces, guanacos ó gamas, á *peludear* ó *quirquinchar*, dormir entre las pajas, desafiar las intemperies, casi desnudos, con el caballo de la rienda y precaverse contra todas eventualidades, — de los indios, de los cuatreros, de los ladrones.

Apenas entró Camilo en el rancho, le pregunté, — qué hay?

Miró á su alrededor, se cercioró de que no habia nadie, y dudando aun del testimonio de sus sentidos, se me acercó al oido y me dijo:

— El indio Blanco ha venido.

— Y qué . . . . le contesté encojiéndome de hombros.

— Está en una pulpería y dice que si Mariano Rosas ha hecho la paz, él no la ha hecho.

— Y quién está con él?

— Varios indios y cristianos.

— Y qué dicen?

— Lo mismo que él, que si Mariano Rosas ha hecho la paz, ellos no la han hecho.

— Nada mas dicen?

— Sí, dicen mas; dicen que ya lo veremos.

— Y cómo lo has sabido?

— Haciéndome el zonzo, el que no entendia, me allegué á ellos, y como algo entiendo su lengua he comprendido todo.

— Bien, retírate, cuidado esta noche con los caballos.

— No hay cuidado, señor.

Se marchó, y me quedé pensando qué haria. Despues de un momento de reflexion resolví decirle á Mariano Rosas lo que ocurria.

Llamé al capitan Rivadavia y le ordené que le anunciára mi visita.

Me contestó que podia ir cuando gustase.

Volví á su toldo, despidió á las visitas y cuando nos quedamos solos le referí el caso.

Por mas que quiso disimular le conocí que la conducta del indio Blanco le irritaba, porque desconocia su autoridad.

No tenga cuidado, hermano, me dijo, y le mandó á uno de sus hijos que llamára á Camargo.

Miéntras éste vino, me enteró de algunas costumbres de su tierra.

Hermano, me dijo, mas ó ménos, — aquí á mi toldo puede entrar á la hora que guste, con confianza, de dia ó de noche es lo mismo. Está en su casa. Los indios somos jente franca y sencilla, no hacemos ceremonia con los amigos, damos lo que tenemos, y cuando no tenemos pedimos.

No sabemos trabajar, porque no nos han enseñado. Si fuéramos como los cristianos, seríamos ricos; pero no somos como ellos y somos pobres. Ya vé como vivimos. Yo no he querido aceptar su ofrecimiento de hacerme una casa de ladrillo, no porque desconozca que es mejor vivir bajo de buen techo, que como vivo, sino porque, qué dirian los que no tuviesen las mismas comodidades que yo? Que ya no vivia como vivió mi padre, que me habia hecho hombre delicado, que soy un flojo.

Era escusado refutar estas razones; me limitaba á escuchar con atencion y manifiesto interés.

Siguió hablando y me esplicó, que entre los indios no existe la prostitucion de la mujer soltera. Esta se entrega al hombre de su predileccion. El que quiere penetrar en un toldo de noche, se acerca á la cama de la china que le gusta y le habla.

Ni el padre, ni la madre, ni los hermanos le dicen una palabra. No es asunto de ellos, sino de la china. Ella es dueña de su voluntad y de su cuerpo, puede hacer de él lo que quiera. Si cede, no se deshonra, no es ni criticada, ni mal mirada. Al contrario es una prueba de que algo vale; de otra manera no la habrian solicitado, — ó *cancaneado.*

En lengua araucana, el acto de penetrar en un toldo á

deshoras de la noche se llama *cancanear*, y *cancan*, equivale á seduccion.

Los filólogos franceses pueden averiguar si estos vocablos se los han tomado los indios á los galos ó estos á los indios

Yo solo sé decir que es muy curioso que entre indios y franceses *cancanear* y *cancan*, respondan á ideas que se relacionan con Cupido y sus tentaciones.

Como se vé, la mujer soltera es libre como los pájaros para los placeres del amor entre los indios.

Se creerá por esto que la licencia es jeneral entre ellos, que los Lovelace abundan y que no hay mas que fijarse en una china para esclamar después: *fuí, ví* y *vencí?*

No tal.

La libertad, es un correctivo en todo. Como la lanza del guerrero antiguo, ella cura las mismas heridas que hace. Esta verdad es vieja en el mundo

La libertad trae la licencia; pero la licencia tiene su antídoto en la licencia misma.

En cuanto á la libertad de la mujer esta observacion social ha sido hecha ya no recuerdo por quien.

Las francesas se casan para ser libres; las inglesas para dejar de serlo. Cuáles son los efectos? Que en Francia es mayor el número de mujeres solteras seducidas y en Inglaterra el de casadas.

Y, por regla jeneral, — los predestinados del matrimonio son los celosos. Por qué? Porque el pudor es el mayor cancerbero de la mujer.

Existe el pudor entre las indias, se me preguntará quizá mañana por algunos curiosos?

Para ahorrarme contestaciones, anticiparé que en todas partes del mundo, así entre los pueblos civilizados como entre las tríbus salvajes mas atrasadas, la mujer tiene el instinto de saber, que el pudor aumenta el misterio del amor.

De lo contrario seria cosa de hacerse uno indio mañana mismo, de renunciar á la seguridad de las fronteras y dejarnos conquistar por las Ranqueles.

Al lado de la mujer soltera: — la mujer casada es una esclava, entre los indios.

La mujer soltera tiene una gran libertad de accion; sale cuando quiere, va donde quiere, habla con quien quiere, hace lo que quiere.

La mujer casada, depende de su marido para todo.

Nada puede hacer sin permiso de éste.

Tiene sobre ella derecho de vida ó muerte.

Por una simple sospecha, por haberla visto hablando con otro hombre, puede matarla.

Así son de desgraciadas!

Y tanto mas cuanto que quieran ó no, tienen que casarse con quien las pueda comprar.

Hay tres modos de casarse.

El primero, es como en todas partes. Con consentimiento de los padres y por amor, — con el apéndice de que hay que pagarles á aquellos. En este caso, si despues de casada una china, se le escapa al marido y se refujia en casa de sus padres, — el tonto que se casó por amor pierde mujer y cuanto por ella dió.

El segundo, consiste en rodear el toldo de la china que se quiere, acompañado de varios y en arrancarla á viva fuerza, — con el beneplácito y ayuda de sus padres. En este otro caso, tambien hay que pagar; pero mas que en el anterior. Si la mujer huye despues y se refujia en el toldo paterno hay que entregarla.

El tercero es parecido al anterior; se rodea el toldo de la china, con el mayor número de amigos posible, y quiera ella ó nó, — quieran los padres ó nó, se la arranca á viva fuerza. Pero en este caso hay que pagar mucho mas que en el otro. Si la mujer huye despues y se refujia en el toldo paterno, la entregan ó nó. Si no la entregan los padres, en uso de su derecho, el marido pierde lo que pagó. Y el loco que se casó á la fuerza, por la pena es cuerdo.

No están tan mal dispuestas las cosas entre los indios, — el amor y la violencia esponen á iguales riesgos.

Un indio puede casarse con dos ó mas mujeres; jeneralmente no tienen mas que una, porque casarse es negocio sério, cuesta mucha plata.

Hay que tener muchos amigos que presten las prendas y

que deben darse en el primer caso, y en el segundo y tercero las prendas y el auxilio de la fuerza.

Solo los cacíques y los capitanejos tienen mas de una mujer.

La mas antigua es la que rejentea el toldo; las demás tienen que obedecerle, aunque hay siempre una favorita que se sustrae á su dominio.

Las viudas representan un gran papel entre los indios cuando son hermosas.

Son tan libres como las solteras en un sentido, — en otro mas, porque nadie puede obligarlas á casarse, ni robarlas.

De manera que las tales viudas, lo mismo entre los indios que entre los cristianos, son las criaturas mas felices del mundo.

Con razon hay mujeres que corren el riesgo de casarse á ver si enviudan.

El cacique Epumer, está casado con una viuda y no tiene mas que una mujer.

Yo la encontré muy hermosa* é interesante, y en una visita que la hice me recibió con suma amabilidad y gracia.

Es una india cuyo porte y aseo sorprenden.

Viuda habia de ser la que lograse dominar á un hombre como Epumer, bravío, impetuoso, tremendo!

Terminaba Mariano Rosas sus lecciones ranquelinas, cuando llegó su hijo con Camargo.

— Teniente, le dijo, vaya dígale á Epumer que he sabido que Blanco ha llegado y que anda hablando lo que no debe; que lo cite para la junta que debe haber y que si no calla ya sabe.

Este *ya sabe* queria decir que lo matasen si era necesario, si no obedecia.

Camargo obedeció y salió, volviendo al rato con la contestacion de Epumer.

Decia este, que ya habia sabido lo que andaba hablando Blanco y que le habia hecho decir que se moderase.

Oyendo esto Mariano, me dijo:

— Ya vé, hermano, como no hay cuidado. No haga caso

* Con permiso de los que pretenden que los gustos se pueden discutir.

de ese indio. Yo he de hacer que se someta, y de no, que se vaya. Cuando oyó decir que nos iban á invadir, dejó el «Cuero» y sin mi permiso se fué para Chile con cuanto tenia. Y ahora que sabe que estamos de paz, que no hay temor de que nos invadan vuelve. Ese es amigo para los buenos tiempos. No ha de hacer nada, es pura boca.

Camargo confirmó todo cuanto dijo Mariano y agregó algunas observaciones muy de gaucho, como por ejemplo: yo sé donde ese indio pícaro tiene la vida.

En estas pláticas estábamos y la hora de comer se acercaba, cuando entrando el capitan Rivadavia, me dijo que me esperaban con la comida pronta.

Saqué el reloj y haciéndoselo ver á Mariano, dije: — las cuatro.

El indio lo miró, como dándome á entender que estaba familiarizado con el objeto y me dijo:

— Muy bueno, yo tengo uno de plata. Pero no lo uso. Aquí no hay necesidad.

— Es verdad, le contesté.

Y él repuso:

— Vaya no mas, hermano, á comer, ya es un poco tarde.

Salí, pues, nuevamente del toldo, comí, y al entrarse el sol, volví á la enramada.

Mariano estaba sentado con unos cuantos indios, medio *achumado* como ellos.

Me ofrecieron asiento, lo acepté.

Bebian aguardiente.

Me hicieron un *yapaí*, acepté.

Me hicieron otro, acepté.

Me hicieron otro, acepté.

Felizmente para mis entrañas la copa en que echaban el aguardiente era un cuerno muy pequeñito, y la botella de aguardiente estaba ya por acabarse en los momentos que llegué.

Mariano se habia quedado meditabundo con la vista fija en el suelo.

Los otros indios se iban durmiendo.

Yo me engolfaba no sé en que pensamientos, cuando un hombre de *mi séquito* se presentó, manteniendo el equilibrio

con dificultad y teniendo un cuchillo en una mano y una botella de aguardiente en la otra.

Al verle la cólera paralizó la circulacion de mi sangre.

— Retírate, Rufino! le grité.

No me obedeció y siguió avanzando.

— Retírate! volví á gritarle con mas fuerza.

No me obedeció tampoco y siguió avanzando, y ofreciéndole la botella á Mariano Rosas, le dijo:

— Tome, mi jeneral.

Mariano la tomó.

Se la quité. Aquel momento era decisivo para mí. Si me dejaba faltar al respeto por uno de mis mismos soldados era hombre perdido.

Y quitándosela, eché mano al puñal y gritándole al gaucho, — *retírate!* con mas fuerza que ántes, me abalancé sobre él, saltando por sobre varios indios.

Rufino obedeció recien y huyó. Volví sobre mis pasos y me senté ajitadísimo, la bilis me ahogaba.

Mariano, que no se habia movido de su sitio, me dijo con estudiosa calma y siniestra espresion:

— Aquí somos todos iguales, hermano.

— No, hermano, le contesté. Vd. será igual á sus indios. Yo no soy igual á mis soldados. Ese pícaro me ha faltado al respeto, viniendo ébrio á donde yo estoy y negándose á obedecerme á la primera intimacion de que se retirára. Aquí mas que en ninguna parte me deben respetar los mios.

El indio frunció el ceño, tomando su fisonomía una espresion en la que me pareció leer: este hombre es audaz.

Yo no calculé el efecto, aunque comprendí que si me dejaba dominar por el borracho me desprestijiaba á los ojos de aquel bárbaro.

Nos quedamos en silencio un largo rato.

Ni él ni yo queríamos hablar.

Él murmuró de nuevo: «aquí todos somos iguales.»

Mi contestacion fué, viendo que Rufino armaba un alboroto en el fogon de mis asistentes, gritar, finjiéndome furioso, porque habia recobrado la serenidad:

— Pónganle una mordaza.

El indio arrugó mas la frente. Yo hice lo mismo y permanecimos mudos.

Miguelito nos sacó del abismo de nuestras reflexiones.

Venia á interceder por Rufino, ofreciéndome cuidarle él mismo.

Me pareció oportuno ceder.

Llévalo, le dije. Pero cuidado!

Rufino oyó y contestó, — no hay cuidado, mi coronel, y comenzó á dar vivas al coronel Mansilla.

Le hice señas con el dedo que callára, — obedeció.

Un momento despues oíase en un toldo vecino, en el que habia una pulpería, su voz tonante.

Mariano me dijo:

— Están alegres los mozos.

— Sí, lo contesté secamente, y dándole las buenas tardes, le dejé solo.

La noche se acercaba, lo mandé traer á Rufino y le hice acostar á dormir.

Rufino tiene una historia.

Es un tipo de gaucho malo.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

3 2044 010 370 559

A FINE IS INCURRED IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

5152509

MAR 18 '76 H

WIDENER
BOOK DUE
MAR 25 1990

WIDENER
DEC 16 2002
CANCELLED

WIDENER
NOV 09 2002
BOOK DUE

WIDENER
NOV 08 2003
BOOK DUE
CANCELLED

3 2044 010 370 559

A FINE IS INCURRED IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

5152509

MAR 18 '76 H

WIDENER
BOOK DUE
MAR 25 1990

WIDENER
DEC 18 2002
CANCELLED

WIDENER
NOV 09 2002
BOOK DUE

WIDENER
NOV 08 2003
BOOK DUE
CANCELLED